ASHWOOD

EL BOSQUE RECUERDA NUESTROS NOMBRES



CORELIA LANE

ASHWOOD:
El bosque recuerda nuestros nombres

Corelia Lane
(Neith)

©Corelia Lane, mayo de 2026
Portada: Neith

Ashwood: El bosque recuerda nuestros nombres, de Corelia Lane, está registrada bajo una licencia Creative Commons. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras.

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Otras obras de las autoras:

Para mi grupo de terapia favorito: mi escuadrón de Fortnite.
Para Leo, en especial, porque este año nos ha enseñado lo que significa resistir.

Y para ti, que a pesar del tiempo, sigues aquí.

Neith.

Introducción

El bosque tiene una vida distinta en el crepúsculo. Sus árboles altos se inclinan unos sobre otros y las sombras forman corredores que transportan el aliento fresco de la noche venidera. El otoño ha empezado y con él la época de oscuridad: las hojas caen en silencio, los animales se preparan para la llegada del frío, y el bosque se encierra, guardando sus secretos hasta que el sol vuelva a vencer sobre las sombras. Corbin siempre ha sentido que pertenece a este lugar, que es su casa, pero esta noche algo no va bien. Esta noche el ambiente bulle de inquietud.

Gruñidos profundos, carreras apresuradas, aullidos que se quiebran en la distancia. Los animales están nerviosos, los ha escuchado desde su cabaña. Hay movimiento entre los árboles, algo que no debería estar allí, algo que perturba el tránsito tranquilo del bosque hacia la noche. Corbin se calza las botas, coge la escopeta y sale de la casa con Morrow a su lado. La labradora negra olfatea el aire, avanza hacia los senderos con los sentidos tensos, cada paso hundiéndose en la tierra húmeda una vez alcanzan el límite de su propiedad.

La noche casi ha caído del todo cuando, entre los matorrales, algo se mueve. Morrow se eriza y gruñe. Corbin se acerca, la perra ladra con fuerza y huye lloriqueando, de vuelta a casa en un impulso de miedo incontrolable. Nunca antes la ha visto hacer algo parecido. Corbin apunta al frente con el arma. Entre la maleza hay una figura encorvada. Sea lo que sea, le hiela la sangre en las venas. Es primitivo y tiene algo familiar que le retuerce las entrañas.

—¡Eh! ¡¿Qué haces ahí?! —No está seguro de que no sea humano, tal vez es una persona con un denso abrigo de piel. Un abrigo tieso de suciedad. O tal vez se las va a ver con un oso.

La cosa, sea lo que sea, responde con un gruñido más fuerte. El sonido se prolonga, gutural, y Corbin tiene la ominosa sensación de que está intentando articular palabras. Le quiere decir algo.

El miedo lo paraliza, pero no va a permitir que eso suceda. Eso sería la muerte. Respira hondo, levanta la escopeta y dispara al aire. Un grito sale del bosque, ambiguo, que podría pertenecer a bestia o humano por igual. La cosa echa a correr entre los matorrales. No llega a verla bien, cree que se pone a cuatro patas antes de perderse en la espesura. Tras de sí deja un silencio antinatural, más oscuro que la noche. Corbin vuelve a casa y encuentra a Morrow refugiada tras la puerta, encogida con el rabo entre las piernas.

Un pensamiento recurrente no desaparecerá en días: algo ha despertado en el bosque de Ashwood esta noche. Y no es la primera vez que lo hace.

Capítulo 1

Hace rato que estoy despierto. La luz del amanecer es gris, se va volviendo rosada, poco a poco, al tiempo que se cuela entre los edificios de la ciudad. La gente dice que es fácil acostumbrarse a lo que se ve todos los días, pero a mí me impresiona la ciudad, el tráfico que se mueve lento en las calles de San Francisco, congestionado, ese mundo que despierta ajeno a nosotros en este nido con vistas a la civilización.

El brazo de Ian descansa sobre mi pecho, pesado y seguro. Incluso dormido, tengo la sensación de que Ian es consciente de sí mismo, de que mide su respiración y adopta la postura exacta para resultar lo más perfecto posible.

Intento incorporarme con cuidado. Él emite un sonidito molesto y se mueve para recuperar el contacto. Su mano, grande y cálida, me recorre el abdomen y noto cómo su cuerpo despierta antes que él. La erección presiona contra mi trasero, reclamando atención antes de que yo haya terminado de despertar.

—No —murmura en mi oído—. Quédate.

—Solo voy a por agua.

—Hoy tengo una presentación importante —susurra frotando la nariz contra mi cuello—. Preferiría despertarme bien.

Me estiro bajo las sábanas. La rutina es más importante para Ian que para mí, así que tampoco me importa retrasar el momento de levantarme. Sus dedos encuentran el camino de siempre, jugueteando con el vello de mi pubis, y la reacción llega por inercia, familiar como el sonido del despertador o el sabor del café de la mañana.

Una tensión conocida se despereza en mi vientre.

—¿Has pensado lo que hablamos anoche? —pregunta, ya despierto del todo—. Lo de tu libro.

Claro que lo he pensado. Ian siempre habla de mi libro como si supiera mejor que yo hacia dónde pretendo ir.

—Sí.

—Me alegro. —Puedo imaginar su media sonrisa—. Porque, sinceramente, Ewan, ese tono tan melancólico no es lo que ahora mismo está funcionando. Y tú puedes hacer algo mucho más fuerte. Algo que no te encierre tanto en tus cosas.

Tus cosas.

Ian no lo dice con mala intención. Para él es una forma de animarme a salir de ese espacio donde siempre termino refugiándome. A pesar de eso, cada vez que lo escucho siento que todo lo que me importa se vuelve pequeño, algo privado que no merece demasiado sitio en el mundo real. Entiendo que además de mi pareja es mi editor. Está haciendo su trabajo y lo que me resulta irritante es que sea capaz de hacerlo mientras intenta excitarme. Da igual. No deberíamos estar hablando de eso.

Su mano se ha colado entre mis piernas y acaricia la erección que despierta con fuerza. No quiero pensar en el trabajo.

—Ya lo hablaremos después, ¿vale? —le digo.

Me ladeo para deslizar una mano en su pelo y besarlo. Ian se apoya en un codo y toma el control del beso. Se me olvidan todas las tonterías al mirarlo. ¿Cómo puede estar peinado incluso al despertar? Tiene el pelo más negro que he visto jamás, y aparenta poco más que mis treinta y tres años, aunque tiene cuarenta. El cuerpo elástico y tonificado a base de gimnasio se pega a mí, siento cómo frota su sexo entre mis nalgas y una sed terrible me seca la garganta. Estoy abriendo el cajón para sacar el lubricante cuando mi móvil tiembla sobre la mesilla de noche y un nombre que no puedo ignorar ilumina la pantalla.

«Mamá».

Me quedo inmóvil. Mi madre no suele llamarme, y menos a estas horas. Apenas son las siete de la mañana.

—¿Quién es? —pregunta Ian con un deje de impaciencia—. Es temprano.

—Es mi madre.

Ian detiene las caricias.

—Ah.

—Ya, cariño, pero tengo que ponerme… Es raro que llame a estas horas.

Sabe lo que significan esas llamadas. Siempre me traen intranquilidad, pensamientos que se enredan y acaban ocupándolo todo. Después de hablar con ella mi cabeza se queda atrapada ahí durante horas, a veces días, y todo lo demás se resiente. Los asuntos familiares son, para Ian, una especie de ruido de fondo que se cuela en medio de la vida que hemos construido. Y lo entiendo, si no sintiera una ansiedad premonitoria apretándome las tripas ignoraría el móvil y seguiría donde lo hemos dejado.

Aparto su brazo y me levanto. Él suspira suavemente, no tanto por la interrupción como por lo que sabe que viene después. Si la llamada acaba como casi siempre, más tarde intentará convencerme de que no debería dejar que estas cosas me afecten tanto.

Me llevo el móvil a la cocina y respondo.

—¿Mamá?

Al otro lado hay un silencio que me despierta una punzada dolorosa en el pecho.

—Ewan… —dice por fin—. ¿Estás sentado?

El estómago se me cierra de golpe.

—¿Qué pasa?

—Tu padre… —La oigo tragar saliva—. Tu padre no aparece.

Apoyo la mano en la encimera. La cocina está impecable, blanca. Es irreal. Es un sueño.

—¿Cómo que no aparece?

—Salió ayer por la mañana. Dijo que iba al bosque, como siempre, pero no volvió. Nadie lo ha visto. He hablado con la policía, con los vecinos…

La voz se le quiebra. Un día. Es demasiado. Mi padre es un hombre de costumbres rígidas y tiene problemas de salud que intenta paliar con una vida sana. Puede haber sufrido un ataque, puede haberse caído en medio de la espesura. Las posibilidades son infinitas, y ninguna favorable al tratarse de una persona mayor.

—Voy a ir —decido tras un momento de silencio paralizador. No quiero sentirme así. Desde aquí no puedo hacer nada.

—No, cariño, no hace falta que…

—Voy a ir —repito—. Dime exactamente qué te han dicho.

—Han estado buscándolo en el bosque, se cruzó con algunos vecinos, aunque nadie lo vio regresar. Hoy irán a la reserva por si allí han visto algo…

Mientras escucho Ian aparece y se apoya en el marco de la puerta, desnudo y perfectamente compuesto, mirándome con preocupación. Levanto una mano pidiéndole un segundo y frunce los labios.

—Vale, mamá, aún es pronto para ponernos catastrofistas. Haz lo que te diga la policía y no estés sola en casa, ¿vale? Llama a Dolly, que esté contigo. En cuanto llegue hablamos —le digo al teléfono. Mi madre protesta—. No. Estaré allí cuanto antes.

Cuelgo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ian.

—Mi padre ha desaparecido.

Parpadea y tarda un momento en procesarlo.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Mi madre no sabe dónde está. Dice que salió ayer y no ha vuelto.

—Joder… —Se pasa una mano por la cara, intentando ordenar la información—. ¿Y la policía? ¿Ha denunciado?

—Sí, ya están moviéndose.

Ian asiente despacio, pensativo.

—Tengo la presentación en menos de una hora —dice para sí—. Y esta tarde la reunión con… —Se interrumpe al darse cuenta de lo que está haciendo y se acerca a mí—. Perdona. Es que… esto es muy raro, Ewan. —Lo miro sin decir nada. Está nervioso. Suele gestionar bien los problemas, al menos si no tienen que ver con los asuntos de familia o los emocionales. Ahí se pierde—. Podemos contratar a alguien. Un investigador privado, o alguien que pueda moverse por allí. No tienes por qué ir tú ahora mismo si…

—Es mi padre.

Ian suspira y se acerca para abrazarme.

—Sí, sí… Lo sé.

Acepto el abrazo, aunque no estoy del todo cómodo. Me falta el aire, la presión en mi estómago no se ha aflojado. Quiero irme cuanto antes. Ian me da un beso en los labios, lo correspondo y me aparto.

—Tengo que ir y estar con mi madre ahora.

—¿Estás seguro? —pregunta con el ceño fruncido—. Ashwood nunca te hace bien.

—Es mi familia.

Ian asiente despacio.

—Lo entiendo…

Quiero creerle. Mi relación con mi familia siempre ha sido complicada y durante mucho tiempo Ian ha sido quien me ha ayudado a mantener el equilibrio cuando todo volvía a desordenarse. Ahora no se trata de eso, no puedo simplemente ignorar la llamada de mi madre.

Algo ha pasado en Ashwood, algo malo, y sé que no volver no es una opción.

El aeropuerto de Bangor es más pequeño de lo que recordaba. Puede que siempre haya sido así y soy yo el que ha cambiado su percepción. En San Francisco todo es más grande. Los pasillos son bajos y el suelo está gastado. A través de los ventanales el cielo es de un gris opaco y sin profundidad. Dejo escapar un suspiro pesado. Alguna deidad burlona ha decidido apagar el color del mundo para acompañar mi estado de ánimo.

Recojo mi maleta en silencio. Todo se mueve despacio aquí, incluso la cinta transportadora, que avanza con un zumbido cansado. Cuando por fin aparece mi equipaje, oscuro y anónimo entre otros pocos, siento una punzada absurda de alivio, como si hubiera temido que incluso eso pudiera perderse. Temo que la desaparición de mi padre solo sea el inicio de una de esas temporadas en las que todas las desgracias del mundo se ciernen sobre mí.

Miro el móvil. Ian me escribió durante el vuelo, poco después del despegue, y recibo ahora el mensaje.

Avísame cuando aterrices. Te quiero.

Nada más. Ni un *¿cómo estás?*, ni un *¿ha habido noticias?* Tampoco lo esperaba. Ian no sabe gestionar estas cosas, las que no

puede resolver a golpe de talón o convertir en una lista de prioridades. No todo en la vida puede arreglarse con una llamada o una corrección y sé que eso le frustra muchísimo.

Le escribo:

Ya estoy en Maine. Te escribo en cuanto llegue a casa. Yo también te quiero.

Y guardo el teléfono sin esperar respuesta. Si hago el cálculo, sé que ahora mismo debe estar en la presentación. La vida sigue, al fin y al cabo.

El *hall* de llegadas está casi vacío. Hay dos familias, un hombre mayor con gorra de béisbol y una pareja discutiendo en voz baja junto a una máquina de refrescos. Nadie tiene demasiada prisa. Nadie está muy interesado en nada. Todos son ajenos a mi sensación de que la tierra va a partirse en dos y a tragárselo todo. Ese apocalipsis solo existe en mi cabeza, en una parte concreta de mi vida que espero que no afecte a todo lo demás.

Al salir, el aire frío me golpea la cara. Es otoño, pero aquí el otoño no se anda con tonterías, no se desliza con amabilidad hacia los inviernos suaves de California. Respiro hondo y el olor intenso a tierra mojada me despierta a otra realidad. San Francisco queda muy lejos. Demasiado lejos.

Camino hasta la zona de alquiler de coches. La mujer del mostrador me sonríe con amabilidad mientras teclea mi nombre al darle los datos.

—¿Va a quedarse mucho tiempo?

—No lo sé.

Asiente. Esa respuesta debe ser más común de lo que parece. Para mí es extraña, siempre he tenido claro cuánto iba a quedarme: pocos días, lo justo para mantener el título de buen hijo en las fiestas importantes, en esos momentos en los que el pueblo debe refrescar la memoria de que los Abrams tienen un hijo y está vivo.

Me entrega las llaves y un papel con instrucciones. El coche está en el aparcamiento exterior, fila C. Voy arrastrando la maleta, con el cansancio ya pesándome sobre los hombros. Y acabo de llegar…

El coche es demasiado grande para mí. Gris, con el olor inconfundible a plástico nuevo y productos de limpieza de los coches de alquiler. Dejo el equipaje en el maletero y me siento al volante sin arrancar. Me permito una pausa y solo escucho el silbido irregular del viento contra la carrocería.

Miro otra vez el móvil. Mi madre no ha llamado desde el mensaje de esta mañana.

Han empezado a buscar de nuevo. Te avisaré.

No necesito más para que el nudo en el estómago se tense un poco más.

Arranco el coche. La radio se enciende sola y una voz local habla de lluvias dispersas, de carreteras secundarias resbaladizas y de la caída temprana de las temperaturas esta semana. Bajo el volumen sin llegar a apagarla. El silencio me incomoda aún más.

Salgo del aparcamiento y me incorporo a la carretera y en ese instante tengo la sensación de estar cruzando un umbral. No hay nada dramático, ningún cartel que lo anuncie, aun así, algo cambia. Los edificios desaparecen pronto, sustituidos por árboles altos, ya tiznados de rojo y amarillo, y por tramos de carretera donde el asfalto se quiebra y hace la conducción inestable.

Ashwood aún queda a varias horas, pero la distancia es distinta ahora, más densa. No es solo un punto en el mapa: es un lugar al que siempre evito volver del todo, al que miro de reojo sin atreverme a enfrentar la imagen al completo.

Aprieto un poco más el volante.

No he venido a recordar nada, he venido porque mi padre ha desaparecido y en eso debo centrarme.

Dejar atrás la carretera principal me obliga a bajar la velocidad. El contraste es evidente otra vez. El bosque, cada vez más espeso y agreste, me impone un ritmo que no puedo ignorar, más pausado y reflexivo. La radio sigue sonando, ha sintonizado alguna emisora local que acompaña la noche de otoño con una canción melancólica de Nick Drake. Casi había olvidado el apego que sentimos en esta tierra por la tristeza, nutrido seguramente por el clima tan sombrío de los otoños y los inviernos.

Aún no he llegado a la señal que anuncia el pueblo y ya noto la cercanía en la forma en que la oscuridad se cierra. Ashwood aparece tras una curva, con las casas brotando a un lado del río como hongos alimentados por la humedad.

La luz de las farolas es amarilla y apenas consigue atravesar la niebla que se espesa entre los edificios. El pueblo duerme, o finge hacerlo. Las calles están vacías, aunque no del todo desiertas. Hay una sensación de vida suspendida, todo está detenido en el tiempo hasta que el sol rompa el hechizo de quietud.

Paso junto al colegio. El edificio es uno de los más grandes del pueblo. El patio queda oculto tras la verja y los columpios solo se intuyen. No necesito verlos para recordar la disposición, el campo de juegos y la zona ajardinada donde nos tumbábamos a disfrutar de los primeros rayos del sol de primavera. Más adelante está la biblioteca. Pequeña, de ladrillo, con un tejado que parece un sombrero demasiado grande para ella. La escalinata frontal desaparece a medias en la niebla. Tengo muchos recuerdos allí, todos son buenos, y tal vez por eso prefiero no recrearme demasiado en ellos, en tirar de una madeja que siempre lleva al mismo sitio. No he venido a recordar y aparto las imágenes que acechan, centrándome en el camino a casa.

Las tiendas del centro tienen los escaparates cerrados y apagados, las vidrieras me devuelven el destello de los faros y el reflejo distorsionado del coche al pasar. Ashwood no ha cambiado.

No hay bienvenida, no hay rechazo. El pueblo simplemente está ahí, detenido en su burbuja temporal.

Sigo conduciendo hacia la zona residencial, dejando atrás el centro. El barrio me recibe con el mismo silencio y aminoro la marcha. No quiero llamar demasiado la atención. Son las diez y la quietud es tan absoluta que el motor del coche suena como un gruñido intenso. La niebla se arrastra a ras del suelo y suaviza los contornos de las casas. Las calles son anchas y ordenadas, con casas de madera clara a los lados, contraventanas oscuras, jardines cuidados aunque el otoño haya empezado a ganar al empeño de los cuidadores. Las hojas se amontonan en los bordillos y se pegan al asfalto.

Apenas hay luces encendidas. Ventanas aisladas, cálidas, flotando en la niebla como si no pertenecieran del todo a la realidad. Me pregunto cuántas personas están despiertas, cuántas miran la televisión, cuántas saben —o creen saber— lo que ha pasado con mi padre. Cuántas están asomándose para ver pasar el coche en medio de la noche, preguntándose quién llega a estas horas. El barrio siempre fue discreto, atento sin parecerlo, contenido en sus propios secretos.

Apago la radio.

La casa aparece al final de la calle, una isla que emerge de la niebla. Es de dos plantas, de madera, con la fachada clara y el porche iluminado para dar la bienvenida a cualquier visitante. Está exactamente donde debe estar, con el aspecto que siempre tuvo. Dentro, las luces están encendidas. Es una fotografía antigua, una imagen que no cambia con el tiempo, que se mantiene inamovible. Un estandarte de estabilidad en un mundo cambiante.

Aparco frente al seto, en el mismo sitio de siempre. Me quedo unos segundos dentro del coche, con las manos sobre el volante, escuchando el silencio. Necesito este momento para asimilar que ya no soy el que salió de San Francisco: ahora soy el hijo humilde y sensato de los Abrams. Un buen hijo, un buen estudiante, un tipo

amable y social. Un tipo discreto. Un tipo que no habla de su vida real, de lo que le importa, de a quién ama y qué proyectos tiene con él. Un tipo que encontró el éxito lejos del pueblo moribundo en el que tanto costaba crecer.

Cuando bajo del coche el aire frío se me cuela por el cuello del abrigo y cruzo el pequeño camino hasta el porche arrebujándome en él. Las tablas de madera crujen bajo mis pasos al detenerme frente a la puerta y llamo al timbre.

Me abre una mujer menuda, con el pelo teñido de rubio suelto y rizado. Ya ha pasado los sesenta años, como mi madre, y la conozco de toda la vida. Dolly Finch siempre se entera la primera de las grandes noticias de Ashwood, ya sean desgracias o acontecimientos que celebrar. Da la casualidad de que, en este caso, es buena amiga de mi madre.

—Hola, señora Finch —saludo levantando una mano, algo cohibido. Hace mucho tiempo que no la veo.

—¡Ewan, pero bueno! —exclama al verme y me agarra del brazo para meterme en la casa. Ella misma cierra la puerta—. Helen, tu hijo ya está aquí.

Hay más gente en casa. Dolly me arrastra al salón, allí está mi madre, sentada en el sofá, flanqueada por otras dos amigas: Ruth Calder y Margaret Lowell. Junto con Dolly, forman parte del club de lectura del que mi madre ha sido socia desde la adolescencia. Hay un plato de galletas casi intacto en la mesilla y tazas de té aún humeantes. Solo hay una persona a la que no conozco: una mujer de unos treinta años, con el pelo castaño recogido en una trenza y una estrella de *sheriff* en la camisa ajustada. Está de pie y espera en silencio a que las demás me saluden.

—Hijo… —Mi madre se ve cansada y, con todo, está compuesta. Lleva el pelo recogido, de un rubio ceniza jaspeado de canas que empieza a ser plateado. De ella heredé el color de mi pelo. Se levanta y me recibe con un abrazo. En mi familia nunca hemos sido

de grandes gestos, así que es corto pero intenso—. ¿Ha ido bien el viaje? Te dije que no era necesario que vinieras. La *sheriff* Ward se está encargando de todo.

—Mamá, no digas tonterías, esto es serio. ¿Se sabe algo?

—No hay novedades. —La *sheriff* habla cuando todas han terminado de confirmar mi presencia mirándome con descaro—. El señor Abrams salió por la mañana, como hacía todos los días, e hizo el mismo recorrido de siempre. Al no volver al mediodía se dio el aviso. —Su voz es firme, sin dramatismo, pero no es fría—. Estamos peinando el bosque, sobre todo las zonas cercanas a los senderos antiguos y a la vieja mina. Hay respiraderos abiertos, pozos mal señalizados. No sería la primera vez que alguien…

No termina la frase. Mi madre asiente despacio, con las manos entrelazadas sobre el regazo. No llora, está concentrada en mantenerse erguida. La acompaño para que vuelva a sentarse en el sofá.

—Tu padre conoce ese bosque mejor que nadie —interviene Ruth Calder con suavidad—. Lleva caminándolo toda la vida y no es un hombre imprudente.

Pienso en los senderos que él me mostraba de niño, los troncos que siempre parecían marcar un camino seguro, las raíces que se enredaban como si quisieran retenernos. Si él se ha perdido allí, algo ha cambiado. No puede ser solo un descuido.

—Eso mismo he dicho yo —añade Dolly—. Que igual se ha entretenido más de la cuenta. Ya sabes cómo es, siempre parándose a mirar cosas y…

Me mira al decirlo, buscando mi asentimiento. No se lo doy, no creo que algo así sea posible. Margaret Lowell cruza las piernas y apoya el codo en el respaldo del sillón. Lleva el pelo corto, como siempre, aunque ya es prácticamente blanco.

—También los hombres que no son imprudentes se caen —dice —. Y más cuando creen que nada puede pasarles.

El silencio que sigue es breve e incómodo. Ruth frunce los labios. Dolly carraspea.

—Bueno —dice esta última, forzando una naturalidad que no termina de cuajar—, no adelantemos desgracias. En este pueblo somos muy dados a ponernos en lo peor. ¿Os acordáis de cuando el señor Pritchard desapareció cinco días enteros y estaba en casa de su hermana, tan tranquilo?

—Eso fue diferente —responde mi madre—. Tuvo un infarto y avisó tarde.

Dolly abre la boca, la cierra. Sonríe y se encoge de hombros.

—Solo digo que hay que tener fe —añade Ruth—. Y paciencia.

La *sheriff* Ward observa el intercambio sin intervenir. Cuando vuelve a hablar, todas callan.

—De momento no hay indicios de violencia ni de huida voluntaria. No se ha llevado nada fuera de lo habitual. Teléfono, cartera… todo está en casa.

Eso es preocupante. ¿Por qué iría sin teléfono? ¿Por qué no se llevó nada?

—¿Cuándo fue la última vez que alguien habló con él? —pregunto.

Mi madre me mira.

—Por la mañana —responde—. Antes de salir. Me dijo que volvería para comer, sin más.

—¿Discutisteis?

—No. A ver… —duda y aparta la mirada—. Ya sabes el carácter que tiene tu padre, pero no pasó nada fuera de lo normal…

La *sheriff* asiente.

—Seguiremos buscando toda la noche y mañana al amanecer retomaremos con más gente. Si recuerda algo, cualquier detalle, por pequeño que parezca…

—Lo diremos —dice mi madre.

Margaret se inclina un poco hacia delante.

—Alex —dice, usando el nombre de la *sheriff* con cierta familiaridad—, ese bosque no es lo que era. Hay zonas que ya no están tan controladas como antes.

La *sheriff* sostiene su mirada. Es una mujer segura y tranquila, escucha a todas sin intervenir y piensa antes de responder.

—Lo sé, estamos ampliando el perímetro según descartamos las zonas peligrosas que conocemos.

Dolly es la primera en levantarse, inquieta, el silencio nunca ha sido su mejor aliado.

—Pues… —dice frotándose las manos—. No vamos a sacar nada más hoy dando vueltas a lo mismo. —Se acerca a mi madre y le da un abrazo largo y cálido—. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy. A cualquier hora. —Luego se vuelve hacia mí—. Me alegra verte, Ewan —añade con una sonrisa cálida—. De verdad.

Margaret se pone en pie sin prisa. No abraza a nadie, se limita a asentir a mi madre y luego a mí.

—Si mañana necesitáis que presione a alguien para que mueva el culo más deprisa, avisad —dice—. Ya sabéis que no me cuesta dejar de lado la diplomacia.

Ruth se levanta la última. Recoge su bolso con cuidado, con un gesto nervioso.

—Rezaré por él —dice mirando a mi madre—. Y por ti. Por vosotros —añade volviendo la mirada a mí.

Mi madre le agradece con una inclinación de cabeza y se estrechan ambas manos con calidez. La *sheriff* Ward se acerca a nosotros.

—Vendrá alguien a primera hora para informaros. Si ocurre algo esta noche, os avisaremos enseguida. —Me mira directamente—. Señor Abrams.

—Buenas noches, *Sheriff* —respondo.

Asiente una sola vez y se dirige a la puerta. Sus pasos son seguros, militares, no sé si es por el uniforme que enfatiza su seguridad natural. Las otras la siguen. Se oyen murmullos apagados, el roce de los abrigos, el sonido contenido de la puerta al abrirse y cerrarse. Luego, pasos alejándose por el porche. Un coche arranca. Otro. Y poco a poco la casa queda en silencio.

Mi madre se queda callada unos segundos, como si no supiera qué hacer ahora que no hay nadie mirando. Finalmente suspira y relaja la postura, liberada de un peso invisible.

—No tendrías que haber venido —dice sin mirarme.

Me siento frente a ella, en la butaca de mi padre, que sigue en el mismo sitio de siempre.

—Claro que sí, mamá. No iba a dejarte sola con esto…

Levanta la vista. Sus ojos están secos, aunque enrojecidos. Ha estado llorando. Y si la conozco un mínimo, ha llorado todo lo que tenía que llorar a solas. Ella no se permite derrumbarse delante de nadie.

—Sé que no te gusta venir al pueblo y tienes mucho trabajo en San Francisco.

—Todo eso da igual ahora. Me quedaré hasta que las cosas se aclaren, ¿de acuerdo?

Ella asiente, más resignada que convencida. Le agarro las manos y las estrecho entre las mías. Las tiene frías y su suavidad me

sorprende. Había olvidado el contacto de la piel de mi madre.

—¿Y si no se aclaran?

—No digas eso. Puede que lo encuentren esta noche metido en alguna cueva o atrapado en algún sitio… Ruth cree que es prudente, tú y yo sabemos que no, aunque también sabemos que se las apaña muy bien ahí afuera, verás como todo va bien.

Hace un gesto ambiguo, quiere expresar alguna duda y no se atreve a hacerlo. Finalmente decide que no y se pone en pie con una dificultad que achaco al cansancio.

—Ven, te haré algo de cena, estarás cansado y deseando acostarte tras el viaje.

Por más que intento convencerla de que soy un adulto funcional, mi madre termina por hacerme la cena y me obliga a quedarme sentado mientras cocina y me pone al día sobre la vida del pueblo. Me señala la silla de siempre con un gesto que no admite réplica y se mueve por la cocina con su habitual calma, manejándose entre los cacharros. El ambiente se vuelve familiar. El ruido del cuchillo, el aroma de algo delicioso calentándose en la sartén, son notas de una tonada antigua que sigo recordando.

La conversación es como un túnel del tiempo, una realidad alternativa en la que me marché ayer de casa y en la que mi padre no ha desaparecido. Me habla de Dolly, de su hijo, que por fin ha encontrado trabajo en la gasolinera de la carretera. Me habla de sus amigas y de su día a día. Asiento, hago comentarios, intento seguir el hilo aunque mi cabeza no termina de estar del todo aquí.

No recuerdo conversaciones en la cocina en las que no estuviéramos ella y yo solos, mientras él se dedicaba a sus negocios en el despacho. La casa siempre funcionaba así: mi padre en algún lugar al fondo, silencioso e inaccesible, y mi madre y yo ocupando este pequeño territorio entre la mesa y la ventana que da al jardín.

Es extraño darme cuenta de que ese espacio sigue existiendo.

En algún momento se queda callada mientras remueve la sartén. Sé que ella también está pensando en él. Aun así ninguno de los dos rompe el momento y cuando vuelve a hablar, retoma los cotilleos exactamente donde los había dejado, como si la pausa no hubiera existido.

Es agradable. Mi madre me cuenta historias del pueblo que mañana seguramente olvidaré y siento que he vuelto a un pequeño espacio en el que sí me gusta estar, a pesar de todo.

Capítulo 2

Mi habitación sigue tal cual la recuerdo. Es un cuarto abuhardillado, con el techo de madera y el suelo enmoquetado. La ventana da directamente al bosque, ahora engullido por una densa niebla que apenas deja ver las ramas de los árboles. La cama está hecha. Mi madre ha puesto un edredón más antes de marcharse y todo está limpio. No me extrañaría que la haya mantenido así estos años. Las pocas veces que he venido y he dormido aquí siempre he tenido la misma duda, no sé si la prepara cuando sabe que voy a venir, o si la tiene así, como una especie de portal al pasado que se niega a cerrar. Me gusta pensar que sí, que me echa de menos y extraña mi presencia en la casa a pesar de los años.

Dejo la maleta en el suelo. No tengo ganas de deshacerla, ni siquiera sé si necesitaré hacerlo. Al sentarme en la cama para desvestirme observo las cosas que dejé atrás: pósteres de Eminem, Blink-182… Trofeos de deporte, el tablón con las fotografías del instituto. Todo eso me es ajeno, un decorado de una sitcom de los dos mil, huellas de un chico que ya no existe, y que en realidad jamás existió, que pasó demasiado tiempo fingiendo ser alguien que no era.

Saco el móvil para ver si Ian ha dicho algo más, pero no hay nada desde el último mensaje. Ha debido tener un día duro, así que decido llamarle yo. Suenan los tonos, demasiados tonos, y estoy a punto de colgar cuando al fin descuelga.

—Hola, cariño. Ya estoy instalado en casa… —le digo.

—Hola. Perdona, acabo de llegar a casa y no he oído el móvil. ¿Cómo está tu madre? ¿Se sabe algo de tu padre?

—Está bastante entera. De mi padre aún no se sabe nada. Quería salir a buscarlo y mi madre se ha puesto muy nerviosa, no

quiere que salga al bosque de noche. Se están haciendo cargo las autoridades y por la mañana me uniré con los voluntarios.

—Espero que lo encontréis pronto.

—No sé si pinta muy bien, la verdad.

—Siempre tan positivo, Ewan —replica con un suspiro cansado—. Verás como pronto estás de vuelta y todo ha sido un susto.

—Eso espero. ¿Cómo ha ido tu día?

—Muy largo. He organizado la agenda para que tengas tiempo, así que he tenido que cancelar un par de cosas y dar algunas explicaciones.

El reproche implícito no me pasa desapercibido. No sé si lo ha hecho conscientemente, o si yo estoy demasiado sensible, así que lo dejo pasar.

—Gracias. No será mucho tiempo.

—Estás agotado, te lo noto en la voz. Ya te pondré al día en otro momento. Mejor descansa, mañana será un día duro.

—Sí, te iré enviando mensajes para tenerte al tanto.

—De acuerdo. Te quiero.

—Te quiero.

Ian cuelga. Me quedo con la sensación de que la conversación ha sido fría, algo distante. Sabe que estoy cansado y yo sé que no ha dicho todo lo que quería decir. Lo he dejado solo con todos los marrones, teniendo que cancelar entrevistas y eventos. Tal vez me estoy molestando por nada y es cosa mía, pero creo que está enfadado porque me he ido, porque no entiende que me preocupe por mi padre. Dejo el móvil sobre la mesilla y me recuesto en la cama. Estoy demasiado cansado para darle vueltas, demasiado inquieto por lo de mi padre como para que los reproches no pronunciados de Ian me importen demasiado. No es la primera vez

que lo noto así, suele pasársele cuando el estrés afloja, pero ahora no tengo energías ni ganas de ocuparme de eso. La tensión me acompaña mientras cierro los ojos, intentando despejar la mente. Todo me lleva al bosque, a las preguntas. ¿Dónde estará? Hace frío, ¿podrá aguantar la noche? Mi padre es resistente, aun así, no está del todo sano. No sé qué le pasa exactamente, llevo mucho sin hablar con él y mi madre pasa de puntillas sobre esos temas para no preocuparme. Y lo cierto es que ahora estoy mucho más preocupado.

Abro los ojos y un brillo en una de las vigas sobre la cama me llama la atención. Me incorporo a medias y estiro el brazo, mis dedos chocan con algo metálico y un recuerdo estalla en mi cabeza.

Es una brújula de latón, vieja y abollada, que sigue apuntando al norte con obstinación. En la parte trasera, una C dibujada con esmalte negro me recuerda que no es mía. Que alguien me la prestó hace más de dieciocho años. Y de todos los objetos que hay en el cuarto, de todos los trofeos, carteles, posters y juguetes olvidados, esa brújula es la única que me conecta con el chico que fui en este cuarto. Con el chaval que vivía sintiéndose invisible y aislado entre la multitud.

***

La discusión había empezado en la cocina, como casi siempre. Al principio solo eran voces bajas, tensas, palabras cortadas que no querían ser escuchadas, pero que él acababa intentando ignorar desde su habitación. Tenía puestos los auriculares y subió el volumen, aun así, las notas más altas de la discusión atravesaban la música como punzones. No distinguía frases, solo el tono áspero e impaciente de su madre, cada vez más bajo, y el de su padre, cada vez más alto.

Hubo un ruido que se impuso sobre todo lo demás, una puerta cerrada con fuerza o un objeto tirado al suelo. Ewan no esperó a escuchar más. Ya no quería permanecer allí, porque luego venía el silencio árido de su padre, el llanto escondido de su madre. Su

propio miedo a haber hecho algo mal. Se puso la sudadera, metió las manos en los bolsillos y salió de casa sin hacer ruido, deslizándose por la celosía junto a su ventana. Nadie lo vio marcharse.

Solo tenía que cruzar el césped de su jardín y abrir la valla para que el abrazo del bosque le diera la bienvenida. Desde pequeño se había movido por los senderos, eran calles conocidas para él. Sabía dónde el suelo se volvía resbaladizo, qué árboles tenían raíces traicioneras, en qué claros entraba mejor la luz. Cuando las cosas en casa se ponían tensas, allí siempre encontraba la paz que necesitaba. El bosque siempre lo abrazaba y lo consolaba.

Al principio caminó rápido, con rabia, sin pensar demasiado en la dirección, dejándose llevar por la percusión de la música metal que sonaba en su Discman. El aire frío le despejaba la cabeza y el olor a tierra húmeda era balsámico y tranquilizador. A cada paso la tensión se iba quedando atrás. La casa, las voces y la preocupación no podían seguirlo entre los árboles. Allí no eran más que monstruos, incapaces de sobrepasar la barrera mágica de los troncos y el hechizo que tejían las ramas. Allí era libre de todo lo que le dolía y no podía compartir con nadie.

Cuando por fin redujo el ritmo, se dio cuenta de que había llegado más lejos de lo habitual, pero no le preocupó. Conocía el bosque desde muy pequeño. No podía perderse.

Siguió avanzando, buscando un punto concreto que pudiera reconocer: un claro, una roca, algo que le dijera que estaba en el buen camino. El silencio era distinto allí dentro, más consciente. Los sonidos no desaparecían; se amortiguaban, el bosque los absorbía. Pronto atardecería y tenía que pensar en regresar a casa.

Fue al detenerse cuando sintió la primera punzada de duda.

Miró alrededor. Los árboles parecían iguales entre sí, demasiado juntos. El sendero ya no existía, solo un manto de hojas en todas

direcciones. Giró sobre sí mismo, tratando de reconocer algún tronco, alguna marca en el suelo. Nada.

«No pasa nada, solo tengo que retroceder», se dijo.

Caminó unos minutos en la dirección que creía correcta. Luego otros más, apretando el paso. El bosque no cambiaba, no se abría ni le daba ninguna pista.

Empezó a formarse un nudo inquieto en su estómago y se detuvo, esta vez con la respiración acelerada. Se quitó los auriculares de un tirón. El cielo, entre las ramas, estaba más oscuro de lo que esperaba. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Se percató de que allí no se escuchaba la carretera, ni los sonidos lejanos del pueblo, ni nada que le recordara que no estaba solo.

Por primera vez, el bosque dejó de ser un refugio. No era un lugar que pudiera reconocer, y el aire empezó a faltarle. Inspiraba rápido, superficial, sus pulmones no terminaban de llenarse. Se llevó las manos a los muslos, inclinándose un poco hacia delante, intentando obligarse a respirar despacio, pero cuanto más lo intentaba, peor iba. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza, desacompasado. Retrocedió un par de pasos sin mirar y chocó con algo sólido.

Un tronco.

Apoyó la espalda en la corteza rugosa y cerró los ojos con fuerza, apretando la mandíbula. Notaba el sudor frío en la nuca, el temblor en las manos. No quería llorar. No allí. No por algo tan estúpido como haberse perdido en un bosque que conocía desde siempre.

—Respira —se dijo en voz baja, aunque la voz apenas salió de su garganta.

Entonces escuchó un crujido como el que provoca un paso lento y cauteloso. Justo por eso le heló la sangre. Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza, intentando enfocar entre los árboles. El bosque contuvo la respiración con él. Durante un segundo pensó que había

sido su imaginación, que el miedo le estaba jugando una mala pasada.

—¿Estás bien?

La voz llegó desde su izquierda, cautelosa. Se sobresaltó y dio un paso al frente, separándose del tronco como si quemara. El corazón se le subió a la garganta. A unos metros de distancia había una figura quieta, vestida de negro.

Tardó un par de segundos en reconocerlo.

—Corbin… —dijo sin poder disimular el alivio al ver a alguien conocido. Enseguida se avergonzó por la situación.

Era Corbin Mercer. El rarito de la clase. El que siempre vestía de negro, incluso cuando hacía calor. El que se sentaba en la última fila en clase y apenas hablaba con nadie. El que centraba la atención de los abusones. Ahí estaba, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el pelo oscuro cayéndole sobre la frente, observándolo con una expresión tranquila.

—Te has metido demasiado dentro —dijo Corbin.

Ewan tragó saliva. Se dio cuenta de que seguía respirando mal, demasiado rápido, y bajó la mirada un instante, avergonzado e incómodo.

—No… Yo… —empezó, pero no terminó la frase. Era demasiado evidente que estaba asustado. Que se había perdido.

No sabía qué decirle. Nunca habían hablado de verdad. Compartían aula, profesores, exámenes, aunque Corbin parecía pertenecer a un mundo distinto al suyo. Eran realidades que coexistían y nunca se tocaban. No solo por las cosas que se decían sobre él, simplemente no tenían nada en común y Corbin no encajaba en su grupo de amigos.

El moreno inclinó un poco la cabeza, evaluando la situación. Sus ojos se movieron del rostro de Ewan al Discman que colgaba de sus

auriculares, todavía balanceándose contra su cadera.

—¿Te has perdido escuchando música?

Ewan apretó los labios antes de asentir.

—Creo que sí.

Decirlo en voz alta hizo que el miedo se volviera más real. Más grande.

Corbin se acercó, cuidando dónde pisaba.

—No pasa nada. A veces ocurre.

—¿A ti te ha pasado?

El moreno asintió y se sentó en una piedra cerca de él.

—Muchas veces, pero tengo mis trucos. ¿Qué estás escuchando?

Ewan sintió que las mejillas se le calentaban.

—Eminem —mintió sin saber por qué lo hacía. A todo el mundo le parecía rara la música que en realidad escuchaba. Demasiado triste, demasiado oscura.

—Normal que te hayas perdido —dijo Corbin con una media sonrisa—. Siéntate, así se te pasa antes.

Ewan obedeció sin darse cuenta, sentándose en otra piedra musgosa que asomaba entre las hojas. Aún no había decidido si la presencia del rarito le inquietaba o le tranquilizaba. ¿Y si lo mataba en el bosque para algún ritual satánico? Decían que adoraba al demonio, pero mientras miraba a aquel chico de catorce años, flacucho y de facciones suaves, no pudo imaginarlo arrancándole la cabeza de un bocado a una gallina, ni ninguna de esas cosas que hacían los satánicos en la tele.

—¿Por qué dices eso? —preguntó tras un carraspeo.

—Esa música no pega aquí. Al bosque no le gusta.

—Solo es un bosque. Es solo… árboles —insistió, más por convencerse a sí mismo que por llevarle la contraria—. Y senderos.

Corbin negó despacio. Ewan frunció el ceño, incómodo. Se frotó las manos contra los vaqueros para entrar en calor y deshacerse del temblor que todavía le recorría los dedos.

—Los senderos cambian —dijo Corbin—. Y los árboles también, aunque no lo parezca.

Ewan levantó la vista hacia las copas, que se mecían levemente con el viento. Tuvo la sensación absurda de que lo observaban y tragó saliva.

—No sabía que venías por aquí —dijo para desviar la conversación.

—Vengo mucho.

No explicó por qué. No hizo falta. Ewan pensó en las miradas, en los susurros que se cortaban cuando Corbin pasaba por el pasillo, y eso cuando el grupo de siempre no le increpaba. Pensó también en su propio grupo de amigos, que nunca hablaban de él salvo para repetir lo que otros decían. Historias que parecían absurdas teniéndolo tan cerca.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —preguntó Corbin.

Ewan negó con la cabeza.

—No les gustaría. Mi padre no quiere que vaya al bosque sin él.

—Mi padre está trabajando y le da igual mientras tenga la cena hecha en cuanto llegue.

Hubo un pequeño silencio. El graznido de un par de cuervos erizó la piel de Ewan, que a pesar de estar acostumbrado a escucharlos, seguía teniendo la sensación de que el bosque entero lo miraba. Pensó en el señor Mercer, el capataz del aserradero de Ashwood. Era un hombre muy estricto y bastante malhumorado, seguro que no sabía que Corbin iba solo al bosque.

—¿Qué trucos son esos para no perderse?

Corbin se sacó algo del bolsillo de la chaqueta. Ewan se fijó en sus uñas pintadas de negro y no dijo nada. Era una brújula pequeña, de latón, vieja y abollada. La abrió con el pulgar y la sostuvo unos segundos, esperando a que la aguja se estabilizara.

—Mira —dijo—. El Aroostoock está al norte y Ashwood al noreste. Si te pierdes, ve hacia el norte hasta encontrar el río y luego sigue la orilla hacia el este. Hay que fijarse en algunos puntos de referencia, así es más fácil no perderse.

Le tendió el pequeño artefacto. Ewan dudó antes de comprender que le estaba ofreciendo la brújula. El corazón ya no le iba tan desbocado y al cerrar los dedos alrededor del latón y comprobar dónde estaba el norte, se sintió más seguro.

—¿Nunca se te ocurrió llevar una brújula?

—Mi padre me ha enseñado a usarlas y a leer mapas, pero no siempre llevo una encima… conozco bien el bosque.

—No debes confiarte, esto es muy grande y si vas distraído te pierdes enseguida. —Miró al cielo y se puso en pie—. Se hará de noche pronto —dijo con voz tranquila—. Vamos.

Ewan asintió. Se levantó mirando la brújula. No podía apartar la vista de ella; el latón brillaba ligeramente bajo los últimos rayos de sol que se filtraban entre las ramas. Con cada paso que daba junto al otro chico, sentía cómo el miedo inicial se diluía un poco, reemplazado por una sensación extraña de seguridad. La brújula en su mano era pequeña, pero le daba un punto de anclaje en aquel bosque que, minutos antes, había parecido infinito y hostil.

No hablaron mucho mientras avanzaban. No lo necesitaban. Ewan notó que la presencia de Corbin, silenciosa y constante, lo calmaba más de lo que hubiera imaginado. Cada crujido de hojas bajo sus pies dejaba de asustarlo tanto, cada sombra se tornaba simplemente en parte natural del bosque, no en una amenaza.

Pronto empezó a reconocer los senderos, los abrigos de roca y los claros.

Al llegar a los límites de su jardín, donde los primeros arbustos dejaban ver las casas del pueblo, Corbin se detuvo.

—Yo ya llego tarde, te dejo aquí —dijo encogiéndose de hombros —. Cuídate, Ewan.

Le sonrió levemente y, sin esperar respuesta, se adentró de nuevo entre los árboles. Ewan lo vio desaparecer en la penumbra creciente, sintiendo que un extraño vacío crecía donde segundos antes estaba la compañía. Entonces reparó en la brújula que todavía sostenía. Al darle la vuelta, sus ojos se detuvieron en una C negra dibujada en la parte trasera. Respiró hondo, guardó la brújula en el bolsillo de la sudadera y caminó hacia su casa para trepar de nuevo a su habitación.

Al día siguiente, cuando se vieran en clase, se la devolvería.

Capítulo 3

No importa cuánto intente anticiparme, en esta casa, siempre que ponga el despertador queriendo levantarme antes que mi madre, ella ya estará despierta. Me he preguntado muchas veces si esta mujer duerme. Sé que mi plan de prepararle el desayuno ha fracasado cuando salgo de la habitación y noto el olor del café que sube por la escalera.

Al bajar a la cocina, ella ya está moviéndose con naturalidad entre la cafetera, la tostadora y la mesa. Las tazas ya están sobre la mesa, y los platos, e incluso la mermelada abierta junto al platillo de mantequilla.

—Mamá… —digo con tono de reproche. No me deja añadir nada.

—Aún podías dormir un poco más.

—Y tú, ¿qué haces con el desayuno ya preparado?

—Esperaba a escuchar que bajabas para poner las tostadas y servir el café. Siéntate, anda.

—Odio que hagas esto.

—¿Cuidarte?

Me siento. No quiero discutir, y tampoco hay mucho que pueda hacer.

—No, tratarme como si fuera inútil.

Ella sonríe sin mirarme, concentrada en cortar un panecillo por la mitad exacta.

—No es eso, sé que no eres un inútil, solo es mi rutina. Me ayuda a centrarme.

—No es justo, ni para ti, ni para mí —replico. No. No quiero discutir, pero no puedo evitarlo. Estoy teniendo un *déjà vu* de cada una de mis visitas a esta casa.

—Ewan, llevo más de treinta años haciendo esto. Ni me cuesta, ni se me caen los anillos.

Ahí está. Ese tono suave que no admite discusión. Me molesta más que si me hubiera respondido a malas. La miro mientras pone el pan en la tostadora. Tiene ojeras y las manos algo más lentas que de costumbre, aunque está entera.

—También mereces descansar —digo soltando un suspiro—. Que te cuiden un poco. Sobre todo ahora.

—Cuidar también es una forma de estar ocupada. Y ahora mismo… me ayuda.

No puedo replicar a eso. Es su rutina, es cierto. Y su rutina siempre ha sido jodidamente injusta. No es que me dé cuenta ahora, pero es cierto que cuando era un niño no podía verlo. Salir de casa, vivir solo en la ciudad, convertirme en un adulto funcional me ayudó a darme cuenta de cuánto hacía mi madre por mí. De su papel fundamental en la casa y de lo asimilado que tenía que era su deber. Tanto, que lo había convertido en algo natural. Decido dejar el tema en paz. Ya encontraré alguna forma de compensarla.

—¿Te han dicho algo?

Niega con la cabeza mientras pone el plato con las tostadas sobre la mesa.

—No hay novedades. A las ocho va a salir un grupo de voluntarios desde aquí.

—Iré con ellos.

Ella asiente y sirve el café antes de sentarse. Interpreto su silencio como que no quiere hablar más del tema. Ha debido pasar

la noche en vela y me siento mal por haberla hecho discutir nada más levantarme.

—¿Y… qué tal todo por el pueblo?

Es una pregunta inofensiva, la hago sin pensar, intentando que el ambiente se relaje y la oscuridad se abra un poco. Mi madre agradece el cambio de tema. Se le nota. Se anima un poco al volver a lo conocido.

—Lo de siempre —dice. Da un sorbo a su café y empieza a enumerar—. El señor Wilkins ha vuelto a abrir la ferretería solo por las mañanas, dice que el frío le mata los huesos, pero todo el mundo sabe que no le va muy bien, con eso de las compras por Internet. De todas formas en esta época a las cinco ya no pasa nadie por la calle principal.

Recuerdo las tardes de otoño en el pueblo, cuando el día acortaba y el frío llegaba, interminables si no tenías forma de entretenerte dentro de casa. Los recreativos eran la única opción que teníamos los jóvenes y pasábamos mucho tiempo allí.

—El martes viene el camión de suministros —continúa—. El del supermercado de Bangor. Así que ese día siempre hay más movimiento.

Unto otra tostada sin demasiada hambre. Pienso en caminos secundarios, en coches que pasan una vez y no vuelven, en las calles desiertas al encenderse las luces.

—La escuela sigue igual —añade—. Aunque murió la señora Hatch, era tu maestra en preescolar, ¿te acuerdas? Ya era muy mayor, noventa y tantos. Vivía sola, al final de Mill Road.

—Sí me acuerdo de ella. Me gustaba mucho… Qué lástima.

—Y los domingos… —Hace un gesto vago con la mano, creo que no me ha escuchado— los de siempre en la iglesia, aunque cada vez menos. Más por costumbre que por otra cosa.

Hay una pausa. Aprovecho para beber café, fingiendo interés. Lo que realmente me gustaría preguntar, no me atrevo a preguntarlo. Corbin aún ronda mi mente. No sé si sigue en el pueblo. Hace años que no lo veo.

—Ah —dice como quien se acuerda de algo menor—. Han vuelto a ver luces en el bosque. Por la zona vieja de los senderos.

Levanto la vista sin poder evitarlo.

—¿Luces?

—Linternas, supongo. O cazadores. Aquí ya sabes que todo lo exageran. —Se encoge de hombros—. La gente necesita algo de lo que hablar cuando el día acorta.

Asiento otra vez. No digo nada. Me pregunto si habrá alguna relación con la desaparición de papá. El tema de las luces es recurrente en el pueblo, pero nunca se ha sacado nada en claro.

—En fin —concluye—. Ashwood sigue como siempre, más o menos. Cada vez con menos gente y, aun así, resistiéndose a desaparecer. Somos supervivientes por naturaleza.

Miro por la ventana. El cielo está gris, promete lluvia. El bosque al otro lado del jardín está detenido en el tiempo como una fotografía desgastada. ¿Dónde habrá pasado la noche mi padre? ¿Estará vivo siquiera? Mi madre debe estar haciéndose las mismas preguntas. Es raro estar hablando de cotilleos mientras él está ahí afuera. Todo es raro en esta situación. No sé cuál es la manera correcta de actuar.

Aprieto la taza entre las manos y me guardo las preguntas.

A las ocho salgo al porche con la chaqueta puesta y la bufanda bien abrazada al cuello. El aire corre frío y está cargado de humedad. En el jardín ya hay gente, más de la que esperaba.

Hombres y mujeres de distintas edades se agrupan en pequeños corros, hablando en voz baja, con termos en las manos y gorros

calados hasta las cejas. Me sorprende lo grande que es el grupo, pero mi padre siempre ha tenido el respeto y el cariño del pueblo. Contribuye en la iglesia y en la comunidad y su trabajo con la promoción inmobiliaria ha ayudado al pueblo a mantenerse.

Reconozco a varios enseguida. Está Tom Wilkins, el de la ferretería, con una chaqueta demasiado fina para esta época y una barba canosa que no recordaba tan blanca. Earl Donnelly, que trabaja en mantenimiento de carreteras, habla con dos chicas más jóvenes que me parece que son sus sobrinas. Martha Carter, la bibliotecaria, lleva una carpeta bajo el brazo como en una reunión formal. Incluso veo al cartero, que debería estar repartiendo y está aquí escuchando las instrucciones con un gesto preocupado.

Algunos me saludan con la cabeza, otros se acercan a darme una palmada torpe en el hombro, a decirme que lo sienten, que ojalá hoy tengamos suerte. Viejos conocidos vienen a saludar y a interesarse por mí. No sé muy bien qué responder, así que asiento mucho y doy las gracias. Me siento fuera de lugar, de regreso a un papel que ya no me pertenece.

Mi madre aparece detrás de mí. Se ha puesto un abrigo sobre la bata y no se acerca al grupo. Se queda a unos pasos, cerca de la puerta, como si esa línea invisible fuera importante. Entonces llegan Ruth, Margaret y Dolly, el Club de Lectura al rescate. Helen trae una bolsa de tela que huele a magdalenas, Ruth, una carpeta y una novela gruesa bajo el brazo, Dolly lleva algo en una fiambrera. Se besan en la mejilla, se cogen de las manos y hablan por lo bajo.

Las veo entrar en casa y no puedo evitar pensar que vienen a pasar la mañana, preparar té, leer en silencio o a hablar de cualquier cosa menos de lo que está pasando. No van al bosque, y es normal. Supongo que mi madre tiene razón y la rutina es el mejor remedio para soportar la incertidumbre.

Al fondo, cerca de la valla, alguien empieza a organizar a los voluntarios. Se reparten linternas, *walkie-talkies*, mapas impresos en papel barato. El murmullo baja de volumen poco a poco, el grupo

entiende que ya no es momento de hablar. Miro el borde del bosque. Oscuro incluso de día, inmóvil y silencioso en apariencia. Respiro hondo y me acerco a los demás.

Me asignan a Martha, la bibliotecaria, como compañera para la búsqueda. Es una mujer de mediana edad que estaba empezando en su puesto un poco antes de que yo me fuera del pueblo. Es menuda y delicada y lleva gafas de montura dorada. Está nerviosa cuando nos presentamos, pero es agradable.

Mientras nos adentramos en el bosque repaso las instrucciones que nos dieron los voluntarios: avanzar en parejas, marcar puntos de referencia, no separarse, avisar si se encuentra algo extraño, mantener la calma y escuchar siempre los sonidos del bosque. Nada que no supiera de niño, aunque ahora todo me es más serio, más peligroso.

—He leído todos tus libros… —dice mi compañera de búsqueda, en un susurro tímido—. Sabía que llegarías lejos con la escritura, aún recuerdo cuando ganaste el concurso literario del condado. Tengo ejemplares de todos los libros escritos por habitantes de Ashwood en la biblioteca, incluyendo los tuyos. Es una sección especial.

—Gracias —respondo sintiendo que se me calienta la cara—. No esperaba que en el pueblo me leyera nadie, la verdad.

Ella sonríe tímidamente, ajustándose las gafas. Avanzamos por un sendero cubierto de hojas húmedas y el crujido bajo nuestras botas suena más fuerte que los murmullos de nuestra conversación.

—Te sorprenderías. Ashwood siempre ha tenido escritores y tu nombre es motivo de orgullo entre nosotros.

Asiento, distraído, repasando mentalmente los senderos que recorría de niño: el roble caído, la curva del arroyo, el claro donde el sol se colaba entre las ramas. Cada recuerdo me guía, pero el bosque me hace sentir más pequeño y vulnerable que cuando realmente lo era.

—No tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras —dice Martha al notar mi incomodidad. No sé encajar halagos, la verdad.

—Ah, no te preocupes, solo es…

—Ya, estás preocupado y yo estoy aquí parloteando sobre tus libros. No ha sido muy sensible por mi parte.

—Estoy preocupado, sí. Y el bosque parece muy distinto ahora.

No he entrado aquí desde que me fui a la ciudad. El bosque y yo hemos dejado de entendernos y el vínculo que tenía de niño se ha roto. Siento respeto por él, miedo también. Los árboles son más altos y las sombras más profundas. Vuelvo a tener esa sensación del recuerdo, de que el bosque me acecha y me observa con recelo. Ya no me reconoce. Soy un extraño aquí.

—Son muchos años, pero incluso para los que estamos siempre aquí es peligroso confiarse.

—Mira mi padre…

—No quería decir eso —se apresura a añadir Martha.

—Lo sé, pero es verdad. Cualquiera puede perderse en un sitio así.

Mientras caminamos atentos al entorno, mi mente se llena de imágenes. Mi padre podría estar detrás de cualquier tronco, en cualquier rincón, bajo un terraplén o en un pozo abierto en el suelo. Podría haber tropezado, estar cansado, desorientado. O peor, podría haber ocurrido algo que no quiero ni imaginar y cuya posibilidad cada vez es más real.

Avanzamos durante un buen rato sin encontrar nada. Ni una prenda enganchada en una rama, ni huellas claras, ni restos de un paso reciente. El bosque se cierra sobre nosotros, sigue nuestros pasos, nos observa y nos oculta lo que buscamos. Siempre he notado una sensación de bienvenida al cruzar la frontera imaginaria entre nuestro jardín y el bosque, aunque esta vez me siento

rechazado. Ya no estoy acostumbrado a un entorno tan inhóspito, debe ser eso.

Al rato nos detenemos en un claro pequeño, apenas una interrupción en la espesura. Nos sentamos en un tronco caído para comer algo rápido. Martha saca una barrita y una manzana, yo apenas pruebo el bocadillo que me ha metido en el bolsillo mi madre antes de salir. El cielo, que hasta hace un rato se mantenía gris claro, empieza a oscurecerse con rapidez, como si alguien hubiera bajado un regulador.

—Recuerdo que querías mudarte a Bangor cuando entraste a trabajar en la biblioteca —comento, distrayéndome de las sombras que se espesan a nuestro alrededor.

—Sí, estuve ahorrando mucho tiempo para eso —me cuenta Martha con una sonrisa suave—. Quería estudiar archivística, trabajar en una biblioteca grande, universitaria… pero ya sabes cómo es esto. Te quedas, ayudas, pasa el tiempo y acabas acostumbrándote. Además, me casé y tengo dos hijas adolescentes —añade con una risilla.

Asiento, mirándola, intentando concentrarme en su voz. Me habla de su marido, de la biblioteca, de cómo lucha para que no la cierren, de los niños del pueblo a los que intenta atraer.

—En tu época había más niños. Recuerdo que tú venías mucho, con tu amigo… el hijo de Mercer —comenta. Siento un pinchazo molesto en el pecho. Quiero hacerle una pregunta y abro la boca.

Algo me distrae.

Entre la espesura, al otro lado del claro, hay movimiento. Una silueta oscura se ha quedado inmóvil, observando. Se me tensa el cuerpo entero. Entrecierro los ojos y trato de enfocar mejor esa sombra. Al principio creo que es una persona, pero distingo algo que no encaja. Es demasiado alto, estirado como un árbol, con los miembros alargados y dos puntos luminosos donde deberían estar los ojos. Solo es un momento. El pulso se me dispara. Parpadeo.

La figura ya no está, o quizá nunca estuvo.

La luz vuelve a iluminar el claro unos instantes. Solo hay ramas, troncos, sombras que se difuminan cuando las nubes se arraciman de nuevo.

—¿Ewan? —dice Martha—. ¿Te encuentras bien?

Me he quedado muy quieto. Demasiado.

—Sí… —miento—. Perdona. Creo que había un ciervo ahí.

Ella me observa con preocupación.

—Estás muy pálido.

Antes de que pueda responder, las primeras gotas empiezan a caer. Al principio son pocas y dispersas, pero en cuestión de segundos la lluvia se vuelve constante, insistente. El sonido golpeando las hojas lo invade todo y borra cualquier otro ruido.

—Será mejor movernos —dice Martha, poniéndose en pie—. Con lluvia es más fácil perder las referencias.

Asiento, aún con la imagen clavada en la cabeza. Mientras retomamos la marcha, no puedo evitar mirar de reojo hacia donde creí ver la figura. Me digo que ha sido el cansancio, la tensión, el miedo acumulado. El bosque juega malas pasadas, los árboles proyectan sombras y se mecen, a veces parecen figuras.

Una parte de mí, la misma que de niño sentía que no estaba solo entre los árboles, no está tan segura.

Capítulo 4

La búsqueda sigue hasta que el sol baja, con sus respectivas paradas para comer y descansar. La lluvia va y viene, a ratos fina, a ratos más insistente, y el bosque empieza a cambiar cuando la luz cae. Los verdes se apagan, los marrones se confunden entre sí y los troncos se vuelven amenazantes. El frío se mete en los huesos y el cansancio pesa más que las mochilas.

No encontramos nada. Ni una señal clara, ni un objeto reconocible, ni una huella que no pertenezca a animales o a los propios voluntarios. A veces oímos voces lejanas, algún silbido, el chasquido de un *walkie-talkie*, pero siempre son los otros grupos. Ni rastro de mi padre.

Al anochecer se da la orden de regresar. Nadie lo dice en voz alta, sencillamente se nota el desánimo en la forma cansada en que caminamos de vuelta y la ausencia de conversaciones. El bosque se cierra tras nosotros sin devolvernos nada, sin que nuestro paso por allí signifique un cambio.

Me separo de Martha cerca del límite de mi jardín. Nos despedimos con un apretón torpe, prometiendo volver mañana. No sé si lo dice por inercia o si realmente tiene esperanza de encontrar algo. Yo no sé qué pensar.

La *sheriff* Ward se me acerca cuando me quedo solo. Lleva el abrigo oscuro empapado y la trenza bajo la capucha. Me dedica un apretón en el brazo, un gesto silencioso de apoyo antes de hablar.

—¿Te importa que te acompañe un momento?

Caminamos juntos hacia mi casa. El jardín está vacío ahora, sin voluntarios, en silencio. Solo el porche iluminado esperando con serenidad mi vuelta. Mi madre debe de estar dentro.

—Quiero hacerte algunas preguntas. Nada formal. Si en algún momento no te sientes cómodo, paramos.

Asiento. No me siento cómodo, pero no voy a decirlo. Quiero colaborar.

—¿Hablabas a menudo con tu padre? —pregunta cuando nos detenemos bajo el porche.

—Sí. Bueno… Una vez al mes o así. No era un hombre muy comunicativo.

«No conmigo», pienso.

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis?

—Hará dos semanas, más o menos.

—¿Notaste algo distinto? ¿Cansancio, preocupación, cambios de humor?

Pienso en nuestras conversaciones. Hablamos realmente poco de cosas importantes. A veces se interesaba por cómo iban las ventas de los libros, por los eventos. Nunca preguntaba por Ian, por nuestros planes de futuro.

—No más de lo normal —digo—. Estaba preocupado por el pueblo, por algunos proyectos que no salieron adelante, pero eso era habitual. Ashwood siempre le ha preocupado. Hace un año tuvo que prescindir de sus trabajadores en la agencia y eso le afectó en su día, no creo que le haya durado tanto el disgusto.

—¿Te habló de marcharse? ¿De tomarse un descanso?

—No, no me imagino a mi padre pensando en irse del pueblo, la verdad. Si es reticente incluso a jubilarse.

—¿Y de tu madre?

La pregunta me pilla a contrapié. No me gusta.

—¿En qué sentido?

—De su relación. Si tenían problemas, discutían…

Aprieto la mandíbula un segundo. Claro que discutían. Discuten —me corrijo—. Discuten y tienen problemas, como todo el mundo. Es lo normal. Todas las parejas tienen sus cosas.

—Llevan muchos años juntos. Como cualquier matrimonio, aunque no me comentó nada grave o fuera de lo habitual.

Ward me observa con atención, sin hostilidad.

—Tu padre era una persona religiosa.

—Sí. Mucho. Ha ayudado mucho a la congregación, por eso hay tanta gente preocupada.

—¿Alguna vez habló de sentirse culpable? ¿De haber fallado en algo?

Niego con la cabeza, aunque no estoy del todo seguro.

—Es responsable y está comprometido con la comunidad. No creo que… —me callo y aprieto los labios, aunque al final doy forma a lo que los dos estamos pensando—. No creo que se haya hecho daño a propósito.

Ella no reacciona. No confirma ni descarta nada.

—Tenemos que contemplar todas las posibilidades —dice tras una pausa—. Una desaparición voluntaria, un accidente, incluso una desorientación prolongada. El bosque no perdona despistes.

Miro hacia la oscuridad que empieza a acumularse tras los árboles. Tiene razón. Por mucho que mi padre conociera los senderos, tengo la sensación de que uno jamás conoce el bosque del todo.

—No es alguien dado a huir —añado, más para convencerme a mí que a ella—. Y menos a desaparecer sin decir nada.

—A veces las personas hacen cosas que no encajan con la imagen que tenemos de ellas —responde con suavidad. Y también

tiene razón. Me pregunto hasta qué punto conozco a mi padre. O a mi madre, siquiera. Llevo demasiado tiempo fuera de Ashwood.

Un rayo ilumina la noche y durante un segundo ninguno de los dos habla. La lluvia vuelve con fuerza.

—Mañana continuaremos —dice—. Con más medios. Si recuerdas cualquier cosa, por insignificante que te parezca, llámame.

Me da una tarjeta.

—Lo haré.

Asiente, da media vuelta y se pierde en la oscuridad del camino.

Me quedo un momento quieto antes de entrar en casa, con la tarjeta en la mano y el bosque al fondo, murmurando al ser alcanzado por la lluvia.

Cuelgo el abrigo empapado en la percha del vestíbulo y me quito los zapatos para dejarlos afuera, intentando no dejar charcos en el suelo. Desde el pasillo me llega un murmullo de voces y risas suaves. Por un momento creo que he cruzado a otro mundo, alejado del bosque y de esa realidad en la que mi padre está desaparecido. Debe ser Dolly contando alguna anécdota, porque las otras intervienen con comentarios entre risas y susurros bajos. Las conversaciones se acaban cuando cierro la puerta.

—Ewan, estamos aquí —dice mi madre desde la cocina.

Al entrar veo a Ruth, Margaret y Dolly sentadas alrededor de la mesa, tazas de té en mano, como si nada ocurriera fuera de estas paredes. La luz cálida del techo y el olor a pastel de carne recién horneado me envuelven y despiertan mi apetito. Encima de un plato grande, sobre la mesa, hay comida lista para mí. Mi madre me dedica una sonrisa cansada, pero reconfortante.

—Hemos dejado cena para ti.

—Gracias —respondo algo desubicado.

Mientras me siento, mi madre sirve agua de la jarra. El olor de la comida, la presencia calmada de las mujeres, es como un hechizo que convierte la inquietud del bosque en un recuerdo lejano. La casa es un refugio en medio de la noche, un sueño reconfortante. Solo ahora noto lo pesado que ha sido el día, la fatiga que pesa en mis músculos.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Dolly con curiosidad, sin dejar de revolver su taza de té—. ¿Encontrasteis algo?

Niego con la cabeza mientras empiezo a comer, escuchando el repiqueteo de la lluvia en los cristales. Mi madre va al fregadero y nos da la espalda, la veo mirar al bosque. Puedo imaginar la clase de pensamientos que rondan su mente, pero no quiero decir nada más. Las demás se dan cuenta.

—No hay que pensar en lo peor —dice Ruth, acomodando el platillo bajo la taza—. Estas cosas se resuelven cuando se dejan en manos de Dios.

—Y cuando se come caliente —añade Dolly, bajando la voz hasta un tono confidente—. Porque con el estómago vacío una se imagina cualquier cosa. ¿Verdad, Helen?

Mi madre asiente sin volverse, distraída.

—Además —interviene Margaret—, si algo hemos aprendido en este pueblo es que las mujeres no podemos permitirnos caer en estos casos. Ya habrá tiempo de derrumbarse.

—Eso mismo —dice Dolly—. Primero se sostiene la casa, luego ya veremos.

El pastel de carne es delicioso y me devuelve a algún momento de mi infancia, con mi madre en la cocina y estas mismas mujeres charlando animadamente, como si siempre hubiera sido así. Me siento pequeño y seguro, protegido por su tranquilidad, y la angustia desaparece, sustituida por algo semejante a la felicidad simple de un niño y que dura exactamente hasta que trago el último bocado y me

doy cuenta de que, en algún momento, las mujeres se han ido y nos hemos quedado solos.

—Es mejor que vayas a dormir. Ha sido un día muy largo —me dice mi madre al ver mi expresión perpleja.

—Sí. Me he ensimismado. ¿Tú cómo estás?

—Las chicas me han distraído y me han hecho el día menos largo. No te preocupes por mí.

La conversación no se extiende mucho más. Me preocupa que mi madre esté disociando, o que esté drogándose con algo y no me lo haya dicho. Supongo que es mejor así, que tenga el apoyo de sus amigas y pueda enfrentarse a esto con entereza. El problema vendrá si la situación se alarga, ¿podrá aguantar mucho sin romperse? Ha vivido la mayor parte de su vida con mi padre…

Apenas soy capaz de pensar con claridad, así que decido subir a mi habitación. La cama está hecha y el cuarto está templado. Afuera, la tormenta arrecia y vuelvo a sentir un nudo de angustia al pensar en mi padre.

Me quito la ropa, me pongo el pijama que mi madre ha dejado preparado sobre la cama y me meto en ella antes de consultar el móvil por última vez. La pantalla se ilumina en la penumbra. Tengo notificaciones de la editorial, de mis amigos. Ninguna notificación de Ian.

Me digo que es normal. Tiene trabajo, siempre lo tiene, y estará cansado. No es fácil saber qué decir cuando no hay respuestas, cuando todo es incertidumbre y tensión contenida. Puedo entender eso, a Ian le cuestan estas situaciones. Tal vez esté esperando a que yo le escriba primero, o no quiera enfrentarse ahora a una conversación que inevitablemente acabaría girando alrededor de mi padre, del bosque y de este pueblo al que siempre juro no volver.

Escribo un mensaje corto.

La búsqueda de hoy no ha dado resultados. Ha sido agotador, la verdad, así que voy a dormir ya. Me quedo al menos un día más, mi madre está muy rara.

Te echo de menos.

Miro el mensaje y borro la última frase. Le echo de menos, aunque me va a echar en cara que no vuelva. Pulso enviar.

La respuesta no tarda en llegar:

Espero que mañana tengáis noticias. ¿Estás seguro de que no quieres que envíe a nadie?

Sí. La policía está en ello, Ian, no creo que debamos interferir.

Como quieras.

No hay preguntas, ni una llamada, ni una promesa de hablar con calma más tarde. Me quedo mirando las letras unos segundos, esperando que aparezca algo más, que el mensaje crezca por sí solo. No ocurre. Ian está frustrado y no es la persona con más inteligencia emocional que haya conocido.

Bloqueo el móvil y lo dejo boca abajo en la mesilla. Me quedo escuchando la lluvia golpear el tejado un rato, mientras pienso que Ian está lejos, en otra rutina, en otra vida que sigue avanzando mientras la mía se ha quedado suspendida aquí, entre el bosque y esta casa.

Apago la luz y cierro los ojos. El cansancio pronto me arrastra a un sueño pesado.

Mañana será otro día. Tiene que serlo.

***

Frente a Link había un bloque de piedra y un interruptor en el suelo. Llevaba un rato intentándolo, pero el *hylian*, manejado por los pacientes dedos de Ewan a través del mando, no se rendía. Empujaba el bloque, lo colocaba mal, volvía atrás. No había

enemigos ni un peligro inmediato, solo el desafío de entender el mecanismo. Un *puzzle* que despejaba su mente de cualquier otro problema.

Dio unos pasos y giró la cámara, deteniéndose a observar. La posición de la pieza estuvo clara en su mente. Ajustó el último bloque con cuidado y lo empujó hasta hacerlo encajar en su sitio. Al fin pudo pulsar el interruptor. El mecanismo respondió con un sonido grave y profundo. Algo se estaba desbloqueando en la distancia…

Unos pasos a su espalda interrumpieron su creciente emoción. Ewan tenía la consola encendida y el sonido bajo, aun así, pausó la partida.

—Ewan. —La voz de su padre llegó desde atrás.

Ewan entendió enseguida que quería hablar y apagó la consola sin protestar. Dejó el mando sobre la mesa baja y se levantó del sofá.

—¿Sí?

Leonard estaba de pie junto a la puerta del salón, con la chaqueta puesta y las llaves en la mano, parecía que acababa de llegar o fuera a salir de nuevo. Tenía una expresión neutra que Ewan conocía bien, esa que no anticipaba una charla fácil ni agradable.

—Ha llamado la señorita Collins. Tu profesora de literatura. —Ewan notó un vuelco en el corazón. Asintió despacio, esperando—. Me ha contado que has ganado un concurso.

Por un momento no supo cómo interpretar ese tono. La alegría le trepó por el pecho como un animalillo inquieto, antes de encontrarse con una inquietud recelosa. ¿Le iba a felicitar? No lo había hecho.

—Sí —respondió, y siguió con cautela—. Es el premio literario del condado.

—No me dijiste que te habías presentado.

Ewan supo leer las preguntas implícitas. ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué te guardaste eso como un secreto?

—No pensé que fuera importante —respondió, y añadió en voz más baja—: No sabía si iba a ganar, prefería decírtelo solo cuando supiera el resultado.

Su padre dejó las llaves sobre el aparador. Se quitó la chaqueta con un gesto lento y metódico y la colgó del perchero antes de entrar al salón. Ewan se sentó cuando vio que iba a tomar asiento en el sofá, junto a él.

—La señorita Collins parecía muy entusiasmada. Me ha dicho que el relato es muy bueno, que tienes talento. Eso está muy bien. —Ewan levantó la vista, con una chispa de esperanza involuntaria—. También ha mencionado algo de un campamento para jóvenes escritores.

La chispa se hizo más intensa en el pecho de su hijo. Ese leve reconocimiento le estrujó el corazón de esperanza.

—Es en verano —se apresuró a decir con una creciente sonrisa—. Solo unas semanas, ya me han aceptado y…

—¿Y eso lo has decidido tú solo?

La pregunta cayó como una losa. Ewan se encogió ligeramente de hombros. El fuerte abrazo de la esperanza se convirtió en un cepo frío en su pecho y la sonrisa se le congeló en los labios.

—Yo… solo escribí el relato. Ella fue la que llamó y pidió la plaza…

Leonard lo miró en silencio. No había enfado en su expresión, solo una rigidez que Ewan reconocía bien. A veces prefería verlo furioso, saber qué esperar, qué estaba pensando. Su decepción era mucho más amarga e insoportable.

—Las cosas que afectan a tu tiempo y a tu futuro se hablan en esta casa —dijo al fin—. No se hacen a espaldas de nadie.

Ewan asintió de inmediato, con un calor desagradable en la garganta.

—Lo siento.

—No es cuestión de disculparse —continuó Leonard—. Es cuestión de hacer las cosas bien y de tener prioridades, Ewan. En verano tienes que ayudar aquí. Ya eres mayor para aprender cómo funciona el negocio, no puedes pasar semanas fuera jugando a ser escritor.

La palabra *jugando* se le clavó como un dardo en el pecho.

—No es un juego —dijo sin pensarlo.

El silencio que siguió fue breve y tenso. La mirada del adulto se prolongó lo suficiente para avergonzar al niño por la tontería que había dicho. Ewan se arrepintió de haber replicado. Se sintió un idiota.

—Escribir está bien como afición —dijo Leonard—. Pero no es un futuro, no te va a dar estabilidad ni te va a mantener. Eso lo sabes. —Ewan apretó los labios. La alegría inicial transformada en algo confuso y vergonzoso—. Además —añadió—, no me gusta que te llenen la cabeza con ideas poco realistas. Bastante esfuerzo nos cuesta levantar esto como para que lo desprecies.

—No lo desprecio —murmuró Ewan.

Su padre suspiró, aquella conversación era un trámite innecesario, una pérdida de tiempo a la que su hijo lo empujaba.

—El premio está bien, me alegro mucho por eso y me hace sentir orgulloso —concedió—. Me alegro de que te reconozcan el talento, pero el campamento no puede ser. Ya hablaremos con la profesora si hace falta.

Ewan asintió otra vez. Siempre asentía. Otra cosa no iba a servir de nada y no quería el silencio disgustado de su padre. Eso le dolía más que las reprimendas.

—De acuerdo, papá.

—Puedes volver a lo que estabas haciendo —dijo su padre, dedicándole una caricia cariñosa en el pelo—. No te distraigas demasiado.

Cuando se quedó solo, Ewan miró la consola apagada. Pensó en encenderla de nuevo, jugar y olvidarse de la conversación, pero no lo hizo. Se sentó en el sofá con las manos vacías, sintiendo cómo algo que había sido suyo durante unas horas se deslizaba fuera de su alcance, volviendo a la inexistencia.

Capítulo 5

Los días pasan y no hay resultados.

Las batidas continúan, aunque ya no son como al principio, ahora no hay mapas desplegados en el jardín, ni grupos grandes organizándose al amanecer. Aunque la gente está preocupada, muchos tienen que regresar a sus vidas, dejar en manos de los especialistas aquello de lo que ya no pueden hacerse cargo. Ahora los grupos son parejas sueltas con horarios irregulares. El bosque, de alguna forma, ha ido ganando terreno poco a poco, reclamando su espacio y expulsando a los visitantes que perturban su paz. La urgencia se ha diluido en una resignación difícil de digerir, inevitable.

La *sheriff* Ward dice que es normal. En la última conversación que hemos mantenido me explica que al principio se rastrea todo lo evidente y luego las zonas difíciles, las improbables, y eso no puede hacerlo la gente sin preparación. Ahora comenzamos a ser una molestia.

Yo empiezo a plantearme volver a San Francisco. Lo pienso mientras desayuno, reviso correos que no respondo y miro el billete abierto en el móvil sin atreverme a cerrarlo. No sé qué se supone que estoy esperando, ni qué sentiría si me marchara y aquí todo siguiera igual, detenido en el tiempo mientras mi vida sigue ahí afuera. No quiero dejar sola a mi madre con esa incertidumbre, pero ella está sosteniéndose mejor de lo que esperaba. Ruth, Margaret y Dolly vienen todos los días y le traen comida, la ayudan con la casa y se sientan con ella a leer y conversar durante horas. No la he visto llorar ni una sola vez y aunque al principio era un alivio, ahora empieza a inquietarme. No sé cuánto será capaz de acumular antes de estallar, ni cómo será ese estallido. Al menos sé que no estará sola.

—Que tú estés allí no va a cambiar nada, haces lo mismo en casa —me dice Ian cuando lo llamo por la tarde.

—Cambia que mi madre no esté sola.

—No lo está. Tu madre tiene su vida igual que tú tienes la tuya aquí. Ha podido vivir sin ti muchísimos años, y sin remordimientos.

—Lo sé, pero es mi madre, Ian.

—¿Y ella ha estado cuando la has necesitado? Porque sinceramente, siempre estás echando pestes de tu familia, nunca han querido venir a visitarte a San Francisco, ni cuando has tenido problemas. Y tampoco han querido que vayamos juntos.

—Era yo el que no quería.

—No me tomes por tonto, por favor.

Suspiro por la nariz, con cuidado de que no me oiga. Es difícil hacerle entender a Ian que todo tiene matices, que puedo estar decepcionado por muchas cosas y eso no significa que mi familia deje de importarme.

—Mi padre ha desaparecido, no es comparable a nada de lo que me haya pasado a mí…

—Cariño, yo te he visto llorar por sus desplantes. No creo que se merezcan tanta preocupación por tu parte. Llevas una semana allí, no puedes hacer nada por que tu padre aparezca, yo creo que es hora de que vayas regresando, recuperes tu rutina y priorices tu salud mental.

—No estoy mal…

—Ewan…

Me molesta lo que dice, pero estoy demasiado cansado. Tan cansado que la idea de regresar a la ciudad me resulta muy tentadora. Esa otra vida, alejada de los recuerdos, que vive el tiempo de otra forma y que ocuparía mi mente con su transcurrir

frenético. Ashwood es como un sueño estático que preserva emociones antiguas y difíciles de enfrentar. Emociones encostradas. Y tiene razón, me está afectando.

—Tienes razón… Y yo no puedo hacer nada por encontrarlo.

—Eso es. Aquí sí hay gente que te espera, Ewan. Yo te espero.

—Luego lo organizo…

—Aquí tienes tu casa, tu trabajo, tu vida —sigue.

—Lo sé.

—Allí estás viviendo en una casa que ya no es la tuya, rodeado de gente que te trata como si fueras un invitado.

Aprieto los dedos alrededor del móvil. Eso sí duele, porque no es del todo mentira.

—No soy un invitado —respondo, quizá con más convencimiento del que siento—. Es mi casa. Es mi pueblo.

Ian guarda silencio un segundo.

—Pero tú ya no eres de allí.

No lo dice con crueldad, ni siquiera con intención de herirme, solo es un hecho.

—Tal vez no —admito—. Pero sigue siendo de donde vengo. Aunque a veces me haya sentido rechazado, aunque me haya ido… aquí están mis raíces y ahora mismo me duele sentirme un extraño aquí.

No añado nada más. No hace falta. Ian suspira al otro lado de la línea.

—No quiero que te quedes atrapado ahí por culpa de gente que nunca te dio lo que necesitabas. Eso es todo.

—Está bien, lo sé.

Y es verdad. Lo sé. Y también sé que irme ahora dejaría sangrando una herida que aún no soy capaz de localizar.

—Hablamos luego, ¿vale?

—Vale. Te quiero.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más y me quedo un rato con el móvil en la mano, mirando la pantalla apagada, preguntándome en qué momento aprendí a vivir tan lejos de mis orígenes.

Esa tarde salgo a cortar leña antes de que anochezca. Una llovizna ha dejado el suelo húmedo y un olor a tierra mojada agradable y familiar. El bosque está tranquilo, no hay voces ni pasos perturbando el trino de los pájaros. Los golpes del hacha resuenan con un eco apagado que se pierde entre los árboles. Estoy rumiando la conversación con Ian, decidido a cerrar el billete esa misma noche para irme en dos días. Tengo que hablarlo con mi madre, no sé cómo se lo tomará, tampoco sé si es la mejor decisión, pero la frustración puede conmigo e Ian tiene razón, sea cual sea el resultado de la búsqueda de mi padre, será el mismo esté aquí o en San Francisco.

Entre un golpe y otro, un ruido rompe mi concentración y detengo el hacha a medio camino. No es un ruido claro, es una alteración, un movimiento. Apoyo el hacha en el tronco y me quedo quieto, escuchando. El corazón me golpea en los oídos.

—¿Hola? —pregunto en voz alta, y mi voz suena extraña, fuera de lugar.

Silencio.

Escucho pasos, lentos sobre la hojarasca. Intentan pasar desapercibidos, pero puedo notar una presencia cercana. Dejo la leña donde está y avanzo unos metros hacia el borde del bosque. La

luz empieza a caer y las sombras se alargan entre los troncos. Siento cómo se eriza el vello de todo mi cuerpo.

—¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta. Veo algo al fondo. Una figura oscura se mueve entre los árboles, más adentro. No puedo distinguir si es un hombre o una mujer. Va vestida de negro, o eso me parece. Se desplaza con una rapidez silenciosa e inquietante. Sea quien sea, no quiere que lo vea.

—¡Eh! —grito y empiezo a correr en su dirección. No sé de dónde saco el valor, la verdad, porque estoy acojonado.

Las ramas me arañan los brazos, las hojas húmedas resbalan bajo mis botas. La figura se desliza entre los troncos y desaparece entre las sombras del anochecer devorada por la espesura.

Me detengo, jadeando. El silencio vuelve de golpe, hace que mi respiración suene más fuerte que el murmullo del viento entre las hojas. Me apoyo en un árbol. Estoy en baja forma, pienso mientras recupero el aliento, y cuando me incorporo veo algo en el tronco, a la altura de mis ojos.

Hay un símbolo tallado en la corteza. Líneas simples, demasiado precisas para ser una marca casual. Hay más en los árboles cercanos, apenas visibles si no sabes que hay algo.

Creo que no estaban ahí antes, aunque no podría asegurarlo. No son evidentes, tal vez nadie se ha fijado en ellas, o tal vez siempre han estado ahí y nadie les ha dado importancia, no lo sé.

Doy un paso atrás. El bosque se está cerrando a mi alrededor a medida que se hace de noche. Pronto estará oscuro y esa idea me empieza a agobiar. Aunque el extraño ha desaparecido, tengo la certeza incómoda de que no estoy solo.

Regreso a casa sin mirar atrás y recojo la leña deprisa, sintiéndome como un niño que teme las sombras que empiezan a invadir el bosque.

La luz de la cocina está encendida y la casa está en silencio cuando entro, aun así, me siento bienvenido, y siento que el espacio me acoge después de que el bosque me haya expulsado. Mi madre está sola, no hay té en la mesa ni los parloteos del club de lectura.

Entre los dos colocamos la leña junto a la estufa. Es un gesto aprendido, una rutina que no olvido por muchos años que haya pasado fuera. Ella se agacha con cuidado, yo coloco los troncos más grandes y cuando el fuego se aviva, el chisporroteo de la madera quemándose llena el espacio que no ocupan las palabras. Nos sentamos en silencio.

—Mamá —digo al cabo de un rato, cuando el calor se intensifica —. ¿Pasa mucha gente por el bosque?

Ella se encoge de hombros.

—Por la búsqueda, sí, ya sabes… voluntarios, agentes, curiosos.

—No —aclaro—. Antes de todo esto. ¿Has visto a alguien merodeando por aquí? ¿Cerca de casa?

Niega con la cabeza mirando el fuego en la estufa.

—Nada fuera de lo normal.

La observo en silencio. Está serena, de una forma que no termino de entender. Algo en su calma me inquieta. Es triste que tenga que detenerme a recordar cómo era cuando era pequeño. Cómo reaccionaba a las noticias, a los golpes de la vida. Siempre ha sido una mujer serena, pero recuerdo haberla visto llorar a escondidas. Tal vez no he tenido la oportunidad de pillarla esta vez y por las noches ahoga el llanto en la almohada.

La llama sube, ilumina su cara desde abajo. Las sombras le marcan los pómulos, los ojos, las arrugas que dibujan una historia misteriosa en su rostro. Y pienso que realmente no la conozco, que nunca me ha hablado de sus penas o anhelos.

—¿Cómo estás? —pregunto, y ella tarda unos segundos en responder.

—Aceptando las cosas. Después de una semana no creo que tu padre vaya a volver.

El aire se me queda atrapado en la garganta. No esperaba una respuesta tan honesta, tan directa y realista. No esperaba que diera forma a mis pensamientos, a los que no quiero enfrentar. Es más valiente que yo.

—¿No te angustia no saber qué ha pasado?

Asiente despacio.

—Claro que sí. Y espero tener noticias. —Hace una pausa, luego me mira—. Aunque no es la primera vez que el bosque se traga a alguien y no lo devuelve, pero te has olvidado.

El silencio que sigue no es cómodo, y en ese momento lo sé: no me voy a ir.

***

El arma de plástico vibraba entre sus manos cada vez que apretaba el gatillo. El marcador de la máquina del *Time Crisis 3* subía en competición con la máquina que ocupaba Marcus a su lado.

—¡Ja! ¡Eres un manco! —se burló su amigo al ver que estaba sacándole una notoria ventaja.

—No dejas de distraerme, tramposo de mierda —replicó Ewan.

Lo que le distraía no eran los insultos de Marcus. Sus amigos jugaban a su lado, concentrados, aunque él apenas podía prestar atención a lo que hacía. Cada pocos segundos su mirada se escapaba hacia la barra, donde Corbin limpiaba vasos y organizaba fichas. Tenía un moratón azul oscuro alrededor del ojo derecho, la hinchazón había bajado, pero hacía unos días, cuando se vieron en la biblioteca tras desaparecer el señor Mercer, apenas podía abrir el párpado. No quiso contarle qué había pasado. Cuando aparecía así,

con moratones o heridas, nunca quería hablar de ello. Ewan no necesitaba que se lo contara, imaginaba quiénes estaban detrás.

Como si los hubiera invocado, vio entrar al trío que enfiló directo hacia la barra. El ruido de las máquinas, los pitidos y las risas de los demás se volvió un murmullo solapado por una intensa sensación de peligro. Justin, el líder, se plantó ante Corbin con una sonrisa de superioridad.

—Eh, Corbin —dijo arrastrando las palabras—. ¿Dónde has guardado el cadáver de tu padre? ¿Lo has troceado? ¿Has hecho algún ritual raro?

Tyler soltó una carcajada. Corbin terminó de secar un vaso y lo dejó junto a los demás.

—Sí, tío —añadió Matty como un eco de su líder—. Todo el mundo quiere saber cómo lo hiciste. Seguro que fue épico.

—¿Queréis acompañarme al bosque y os lo enseño? —replicó Corbin mirando con frialdad a los tres chicos. El más pequeño retrocedió, visiblemente asustado, pero los otros dos enseguida reaccionaron.

—Así que no lo niegas, eres un asesino, ¿eh? Todo el pueblo lo sabe.

Ewan apretó los dientes. Desde que el padre de Corbin había desaparecido, una semana atrás, el pueblo se había llenado de habladurías, a cual más dañina y terrible para su amigo. Apenas habían hablado de ello, Corbin se cerraba en banda y él prefería no sacar el tema, aun así, Ewan sospechaba que el señor Mercer se había ido, sin más, que había abandonado a su hijo. Había escuchado alguna discusión entre ellos y sabía que ese hombre era incapaz de sentir cariño por él. Era un alcohólico y un jugador al que ser padre le venía demasiado grande. Poca gente conocía a Corbin, y escuchar esas acusaciones le hacía hervir la sangre en las venas. Eran injustas y eran muy crueles.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, Justin? —Corbin tiró el paño sobre la barra y salió para enfrentarlo.

No había adultos en la sala y los chiquillos reunidos allí dejaron lo que estaban haciendo para prestar atención a la trifulca, con la esperanza de tener algo interesante de lo que hablar en las próximas semanas.

—Te voy a poner morado el otro ojo y a patearte hasta que tosas sangre, psicópata de mierda.

No pudo aguantarlo más. Ante la pasividad del resto, Ewan dejó la pistola y se apresuró a interponerse entre Corbin y el trío de abusones. Sus amigos fueron tras él, pensando que iba a unirse a ellos y viéndose sorprendidos al ver que se posicionaba frente a Corbin.

—¡Dejadlo en paz! —gritó, empujando a Justin hacia atrás.

Justin dio un paso adelante, invadiendo el espacio de Ewan, y le clavó una mirada desafiante. Tyler y Matty se colocaron a los lados, cerrando el círculo. Durante un segundo pareció que iban a lanzarse sobre él sin pensarlo.

—¿Tú qué, Abrams? —escupió Justin—. ¿Te ha contagiado la locura o qué?

Ewan no se movió. Sentía el pulso acelerado, la boca seca, pero no retrocedió ni un centímetro. Notó a sus amigos colocándose a su espalda, primero con dudas, luego con una determinación leal. Marcus fue el primero en hablar.

—Eh, Justin, déjalo ya —dijo, incómodo—. No merece la pena.

Justin miró alrededor. Varias miradas estaban puestas en ellos. Algunas expectantes, otras claramente del lado de Ewan. Sabía leer una sala y, aunque no quisiera admitirlo, entendió que no tenía las de ganar. Chasqueó la lengua con fastidio y, antes de retirarse, soltó una carcajada cargada de veneno.

—Con razón —murmuró—. Ya decía yo que defendías demasiado al fantasma este. Al final va a ser verdad lo que dicen, que eres marica y que te gustan raritos.

Tyler rió por lo bajo y Matty añadió, señalando a Corbin con desprecio:

—Cuidado, no vaya a llevarte al bosque y no vuelvas.

Justin le empujó el hombro a Ewan al pasar y el trío se alejó entre risas, perdiéndose en el ruido de las máquinas y la música estridente del local.

El silencio que quedó fue peor. Ewan seguía con el cuerpo tenso, el pecho subiendo y bajando con dificultad. Notó la mirada de Corbin en la nuca, aunque no se giró de inmediato. Cuando lo hizo, su amigo ya había vuelto detrás de la barra, más pálido, los labios apretados, sosteniéndole la mirada apenas un segundo antes de apartarla.

—Tío… —murmuró Marcus—. ¿Qué ha sido eso?

Ewan no supo qué responder. El recreativo le pareció un lugar hostil, demasiado pequeño, lleno de ojos curiosos que lo juzgaban. Algunos de sus amigos evitaban mirarlo, otros lo observaban con una mezcla de incomodidad y sospecha.

—Déjalo —dijo finalmente—. Vámonos.

Nadie protestó.

Ewan sintió algo nuevo y desagradable instalarse en su pecho. La certeza aterradora de que había cruzado una línea invisible y que, a partir de ese momento, nada iba a ser igual. Con todo, al alzar la vista se encontró de nuevo con los ojos oscuros de Corbin al otro lado del local y supo que volvería a hacerlo sin dudar.

Capítulo 6

Despierto con una sensación extraña, algo se ha quedado suspendido entre el sueño y la vigilia y tardo unos segundos en ubicarme en la habitación y recordar dónde estoy. El techo cruzado de vigas es el de siempre, el de mi adolescencia, un lugar familiar, y la luz gris que se cuela por la ventana anuncia otro día nublado.

Y recuerdo, como si hubiera tirado de ese hilo que aún me mantiene unido al sueño.

Corbin.

El nombre aparece en mi mente con una claridad angustiosa. He soñado con él. No recuerdo el sueño entero, solo fragmentos: el bosque, su silueta entre los árboles, su mirada oscura fija en mí, esperando algo que nunca llegué a darle. Esperando. Me revuelvo en la cama, con el estómago contraído, intentando sacudirme esa sensación pegajosa.

No es casualidad. Llevo días pensando en la desaparición de mi padre, en el bosque, en gente que se va y no vuelve. Y, aun así, hasta esta noche, lo relacionado con Corbin había permanecido en un rincón difuso de mi memoria, como una herida mal cerrada que no quiero tocar, ni siquiera mirar. Ahora ha vuelto con una nitidez incómoda, porque hay algo que olvidé. Tal vez me esforcé por olvidarlo. Algo que ocurrió poco antes de que me marchara de Ashwood y que no quiero enfrentar.

Hice las cosas mal con él. Muy mal. Peor que mal. El pensamiento me provoca un nudo aún más fuerte en el estómago. No sé si Corbin sigue en el pueblo. Nadie lo menciona, no he oído hablar de él y no me atrevo a preguntar. No sabría a quién ni cómo. Preguntar por Corbin es como abrir una puerta que he mantenido cerrada durante años, pero se está entreabriendo y la luz que se

cuela por esa rendija empieza a mostrar algo. No puedo seguir haciéndome el ciego.

Me levanto y me visto despacio, intentando ordenar mis ideas. El malestar no se va. Al contrario, se instala bajo las costillas, persistente. Pienso en su padre y en el mío. Dos hombres tragados por el mismo bosque en momentos distintos. Dos ausencias que ahora se superponen de forma terrible y nos unen después de años de ausencia y silencio.

Respiro hondo antes de bajar a la cocina, intentando dejar atrás esa parte de mí en el rellano, aunque el peso sigue en mi pecho cuando saludo a mi madre y me siento a la mesa. El sonido de la tostadora saltando me sobresalta. Mi madre pone dos tazas de café sobre la mesa y se sienta frente a mí con un gesto sereno que empieza a inquietarme más que cualquier llanto. Afuera el bosque está quieto, está amaneciendo.

—He decidido no volver todavía.

Mi madre no levanta la vista de la taza. Remueve el café con cuidado. Se toma su tiempo antes de hablar.

—No tiene sentido que te quedes, Ewan —responde tras unos segundos—. Ya no hay batidas como al principio. Ahora esto está en manos de la *sheriff* y de gente que sabe lo que hace.

—Hoy voy a hablar con ella.

Levanta la mirada. No parece sorprendida, más bien cansada.

—¿Para qué? No vas a sacar nada nuevo. Estás aquí dando vueltas, sufriendo por nada. No es sano. Con uno que lo haga es suficiente y tú tienes tu vida. Tu…

—Mi novio esperándome en San Francisco, sí —completo la frase que le cuesta terminar—. Pero vosotros también formáis parte de mi vida, aunque a veces parezca que no queréis.

Aprieto la mandíbula. No quiero discutir. No quiero iniciar esa guerra por mucho que me enerve la forma en que pasa de puntillas sobre mi realidad.

—No digas eso, sabes que no es cierto. Y me gustaría que te quedaras todo el tiempo que quieras, pero esta situación no es la mejor, no tienes por qué quedarte a sufrirla conmigo.

Su réplica me sorprende por la calma. He de admitir que no reconozco a mi madre ahora mismo, siempre ha sido muy entera, aun así, esto es exagerado.

—Pasa algo en el bosque —digo desviando el tema a lo que me preocupa—. No es solo que papá se haya perdido o haya tenido un accidente.

Ella suspira despacio.

—Ewan…

—He visto marcas en los árboles —añado—. Símbolos. ¿Los has visto tú también?

Por un segundo pienso que va a negarlo. Inclina un poco la cabeza, como si no hubiera oído bien, y da un sorbo al café. Cuando vuelve a hablar, su tono es ligero, casi despreocupado.

—Ya sabes cómo es la gente por aquí. Siempre ha habido quien talla cosas en los troncos, chavales aburridos, enamorados y artistas… —Hace un gesto con la mano—. Además, los de la reserva siempre han tenido sus rituales en el bosque. Cosas paganas suyas. Eso no tiene nada que ver con la desaparición de tu padre.

La miro fijamente. Hay algo que no termina de encajarme en su respuesta. En su actitud.

—Pero tú las has visto —insisto.

Esta vez no responde de inmediato. Deja la cuchara en el plato con un leve tintineo.

—Sé cómo funciona este pueblo —dice tras la pausa—. La gente necesita explicaciones sencillas para seguir adelante, no conviene remover ciertas cosas.

—¿Entonces sí tiene que ver?

—No, solo digo que lo que haga la gente en el bosque no tiene que ver con esto, y no son cosas nuestras.

Ah, pero sí lo son, por eso la incomodan.

—¿Te acuerdas del señor Mercer?

Mi madre cambia la expresión, algo molesta con la mención repentina de ese nombre.

—Claro que me acuerdo, ¿por qué?

—Él también desapareció.

—Ese hombre no desapareció —replica, tajante—. Abandonó a su hijo y punto. Siempre fue un borracho y un jugador. Lo más probable es que muriera alcoholizado en cualquier cuneta. A veces la gente simplemente se va, Ewan. No todo es un misterio como en tus libros.

La observo en silencio. Me molesta especialmente eso último que ha dicho. Sé que es un dardo para callarme, un dardo firme y convincente. Quiere que me vaya, que deje esto atrás, que confíe en las autoridades y en la versión más cómoda de los acontecimientos, pero ya no puedo hacerlo.

—No me voy a ir. No todavía.

Ella no responde. Se levanta, recoge su taza y la lleva al fregadero. El ruido del agua corriendo llena la cocina. Y no puedo evitar pensar que, en esta casa, no todo el mundo quiere que se encuentre la verdad.

La oficina de la *sheriff* no ha cambiado nada desde que era niño: el tablón de anuncios con avisos, el escudo del condado en la pared, la misma mesa metálica llena de carpetas y papeles. Todo está más limpio, sí, y ahora la ocupa otra persona. Una mujer. Los cambios llegan despacio a Ashwood, pero llegan en algún sentido.

La *sheriff* Ward levanta la vista cuando me oye entrar. Tiene unas ojeras profundas dibujadas bajo los párpados y el gesto fatigado de alguien que lleva días durmiendo mal.

—Abrams —me saluda poniéndose en pie. Le estrecho la mano que me tiende al acercarme—. Me pillas aquí de casualidad, debiste llamar antes.

Me ofrece sentarme en la silla frente a su mesa y acepto la invitación.

—Quería saber cómo va la búsqueda de mi padre.

Asiente despacio.

—No hay nada, por ahora. —Se acoda en la mesa. Su gesto se mantiene neutro, pero veo la implicación en los signos de cansancio. Es evidente que el pueblo le importa, que la desaparición de mi padre le está robando el descanso—. Seguimos sin rastro directo, no hay nada concluyente. Hemos ampliado el radio desde el último punto en el que fue visto. Hay equipos revisando las antiguas minas del norte, las galerías más inestables, el pantano… zonas donde no entramos a menudo porque son peligrosas incluso para profesionales.

—¿En las minas? ¿Creéis que ha podido meterse ahí?

—No podemos descartar nada. Algunas ni siquiera figuran ya en los mapas oficiales, puede haber respiraderos ocultos, pozos... Hay dos unidades de perros trabajando sin descanso.

Una pausa tensa.

—¿Y no han encontrado nada?

Niega con la cabeza.

—No. Ni ropa, ni objetos personales, ni señales claras de caída. Nada que nos diga que haya pasado siquiera por el bosque.

El zumbido del fluorescente llena el breve silencio que se hace entre los dos. Me marea esa ausencia de evidencias, como si la tierra se hubiera tragado a mi padre o simplemente se hubiera evaporado.

—¿Y eso qué significa?

La *sheriff* me mira directamente.

—Significa que, de momento, no podemos confirmar ni descartar nada. Ni accidente, ni desaparición voluntaria, ni algo peor.

—Pero usted no cree que se haya ido así como así.

Ella suspira.

—No lo sé. Tu padre conocía el bosque. No era un turista despistado y eso juega a favor y en contra.

—¿En contra? ¿Por qué? Conocer el bosque debería ser una ventaja.

—Cuando alguien con experiencia desaparece sin dejar rastro hay dos posibilidades habituales: o sabía exactamente lo que hacía… o algo salió muy mal.

Me paso una mano por la cara y suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevan los especialistas?

—Los del estado llegaron hace tres días. Van a seguir al menos una semana más, si el clima lo permite. Después reevaluaremos.

—¿Y después de reevaluar qué?

No responde de inmediato. Se levanta, va hasta la cafetera y sirve dos tazas de café humeante.

—Después —dice al volver y poner la taza frente a mí. Se sienta — el caso pasa a otra fase. Menos visible y menos activa.

—¿Eso significa que lo dejarán?

—No, pero sí dejaremos de remover cada metro del bosque, esa es la realidad.

Me duele la mandíbula de apretar los dientes. Al darme cuenta intento relajarme.

—Esto ya ha pasado antes —digo sin darme cuenta.

Ella me observa con atención.

—¿A qué se refiere?

—Gente que desaparece, en Ashwood.

—Sí —admite—. Ha pasado, hay algunos registros, aunque aún no había pasado estando yo al cargo. Suele ser un pueblo tranquilo.

—¿Y…?

—En la mayoría de los casos no hubo conclusiones claras. Algunas personas reaparecieron meses después en otros estados. Otras nunca.

—¿Crees que mi padre…?

Levanta una mano.

—No voy a especular, no sería justo ni sería conveniente para ti.

Me apoyo en el respaldo de la silla, empiezo a estar incómodo.

—¿Hay algo que no me estás diciendo?

Su expresión se endurece un poco, niega con la cabeza.

—Estoy compartiendo contigo todo lo que puedo compartir por ahora. Solo hay falta de pruebas, eso es todo.

—¿Y las marcas en los árboles?

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda frenarla. La *sheriff* frunce el ceño.

—¿Qué marcas?

—Cortes. Símbolos. Señales.

Me observa un momento en silencio y luego niega.

—El bosque está lleno de marcas. Cazadores, excursionistas y gente de la reserva tienen sus códigos para no perderse.

—Pero algunas no tienen que ver con eso.

Ella se inclina hacia delante.

—Ewan, lo que está ocurriendo es que cuando alguien desaparece el entorno se vuelve sospechoso. Todo parece una pista y parece conectado, pero la verdad es que casi nunca lo está.

—¿Estás diciendo que estoy imaginando cosas?

—Estoy diciendo que estás preocupado y eso afecta a cómo ves las cosas —responde—. Y es normal. Estás buscando una explicación.

Esa sinceridad me deja sin réplica. Puede que tenga razón, que estoy desesperado por obtener alguna clase de respuesta, viendo señales donde solo hay cosas fortuitas, casualidades.

—Si encuentro algo…

—Ven directamente a contármelo a mí —me interrumpe—. No juegues al detective. No te metas solo en el bosque y no sigas corazonadas. Este es mi trabajo y el de los profesionales que están investigando.

—No puedo quedarme de brazos cruzados.

—Sí puedes, y deberías si no quieres interferir.

Nos miramos. Sabe que no pienso seguir su consejo y tampoco puede hacer nada más que advertirme. Empuja el café hacia mí, porque no lo he tocado. Doy un sorbo sin demasiadas ganas.

—Voy a quedarme en Ashwood una temporada.

—Eso ya lo daba por hecho.

—¿Te parece mala idea?

—Me parece lógica, pero es mejor que te ocupes de que tu madre esté bien. De lo de tu padre nos encargamos aquí.

—De acuerdo —miento. No quiero seguir preguntándole, sé que no voy a sacar nada en claro porque no quiere animarme a tirar de ningún hilo. Quiere que me porte bien.

—Si hay novedades, yo misma te avisaré. Te lo prometo.

—Gracias por no mentirme.

Es la primera vez que la veo sonreír, aunque sea una sonrisa agotada y un poco resignada.

—No estoy aquí para mentir a nadie, pero no quiero que pienses que no estamos haciendo todo lo posible por encontrar a tu padre.

Asiento, aunque es difícil saberlo. Son demasiados días. Tampoco hay mucho que pueda hacer para asegurarme, así que doy otro sorbo al café y me pongo en pie antes de despedirme.

En la oficina del *sheriff* no han sido de gran ayuda, pero hay un sitio donde la información está al alcance de cualquiera con tiempo y ganas de buscar.

Capítulo 7

La biblioteca de Ashwood me trae recuerdos agradables y un poco tristes. Era un refugio para el niño que fui, un lugar donde podía dejar volar mi mente y centrarme en los temas que realmente me interesaban. Donde podía dejar de fingir que el fútbol y las chicas me gustaban, donde nadie me preguntaba qué música tenía puesta en el Discman en ese momento. Hay recuerdos más esquivos, situaciones que mi mente esquiva para no tirar de los hilos que pueden llevarme a la tristeza.

Nada más entrar veo que, aunque el exterior no ha cambiado un ápice, dentro las cosas son algo distintas y eso me ayuda a pasar de puntillas sobre ciertos recuerdos. A la derecha han colocado dos máquinas, una de café y otra de *vending* con *snacks*, barritas, e incluso fruta. Han creado una especie de rincón informal con varias mesas altas y taburetes. Es un espacio acogedor, ideal para hacer una pausa en el estudio y recuperar energías. En mi época había que salir a la cafetería de la esquina si te daba hambre, y en invierno era un auténtico engorro.

Los muebles son nuevos. Estanterías claras de madera pálida que armonizan con las paredes pintadas en tonos verdes y marrones suaves, colores que recuerdan al bosque que puede verse desde las ventanas orientadas al norte. Todo es más luminoso, más acogedor que como lo recordaba.

—Buenos días, Ewan.

Levanto la vista. Martha está en el mostrador de recepción. Tiene el pelo recogido en un moño práctico y unas gafas apoyadas en la punta de la nariz. Me dedica una sonrisa contenida y cautelosa.

—Buenos días —respondo acercándome.

—¿Hay novedades? —pregunta sin rodeos.

Niego con la cabeza.

—Nada aún. Siguen buscando.

Asiente despacio, ya lo sabía. Hay un silencio incómodo que me encargo de romper enseguida.

—Me gustaría consultar la hemeroteca.

—¿Estás documentándote para algún libro?

—He tenido una idea, sí. Y he decidido quedarme una temporada mientras se aclara lo de… Bueno, ya sabes. Mi madre necesita apoyo ahora mismo.

Ella asiente.

—Terminamos de digitalizar la hemeroteca en 2009, creo que ya te habías ido. —Asiento—. Puedes consultarla desde el escritorio de cualquier ordenador de la biblioteca. Hace poco nos trajeron dos nuevos, así que ya tenemos seis —sonríe, orgullosa.

—Eso es genial. Se nota que te has esforzado mucho por mejorar esto.

—No soy yo sola. Casi nos la cierran en 2015, pero entre una subvención del estado, algo federal y lo que movieron los Amigos de la Biblioteca y el Club de Lectura, conseguimos darle la vuelta y hasta abrimos una sección de bibliografía Maliseet.

—No me imagino Ashwood sin su biblioteca, me alegra ver que no solo no la cerraron, sino que encima crece.

—¡Y yo! Pero a mí me va el pan en ello —responde saliendo del mostrador. Me hace un gesto para que la siga.

Caminamos entre las estanterías. Reconozco secciones enteras, aunque estén recolocadas: historia local, naturaleza, crónicas del condado.

—Tenemos ordenadores al fondo —me indica—. Con acceso a archivos locales, periódicos regionales y algunos estatales. No es

perfecto, aunque cubre bastantes décadas.

—¿Hasta cuándo llega?

—Finales del siglo XIX, más o menos. A partir de ahí, lo que se publicó en prensa.

—Supongo que bastará.

Se detiene frente a una fila de mesas. Los seis ordenadores están repartidos en ellas. Hay dos personas más, mayores, leyendo en silencio. Antes los ordenadores estaban en otra sala.

—Si no encuentras algo, dime. A veces los artículos están mal indexados.

—Gracias, Martha.

Me mira unos segundos más de lo necesario, quiere añadir algo. Creo que sospecha que no quiero documentarme para un libro, precisamente, pero decide no indagar y yo lo agradezco. No quiero más sermones por hoy y no estoy haciendo ningún mal a nadie.

Me siento frente a uno de los ordenadores cuando se va, la pantalla aún negra me devuelve mi reflejo. Estoy despeinado y tengo la impresión de que me han caído algunos años encima en solo unos días. Enciendo el ordenador y la luz de la pantalla diluye la imagen, para mi alivio.

No tardo en centrarme en lo que he venido a hacer. Documentarme forma parte de mi trabajo y no se me hace complicado. Abro la base de datos de periódicos locales, la pantalla muestra la hemeroteca digitalizada en orden cronológico: *Ashwood Gazette, North County Herald, County Register*… toda una vida de titulares que, de alguna forma, constituyen las piezas del rompecabezas que es Ashwood.

Empiezo buscando por palabras clave: desaparición, bosque, excursionista, Black Pine Trail, accidente, Minas de Ellsworth Pit. El Pantano. Cada clic es un pequeño escalofrío. La información más

accesible se concentra en los últimos treinta años, y los resultados, cuando empiezo a seleccionarlos, son inquietantemente repetitivos.

«Ashwood Gazette — *17 de octubre de 1996*
Hallan sin vida a excursionista desaparecido en Black Pine Trail. El cuerpo de James O'Leary fue encontrado a dos kilómetros del sendero marcado. Muerte por hipotermia».

Me detengo un instante ante la foto. El cuerpo está cubierto por una manta reflectante, se ve una mochila abandonada a su lado. El frío y la desolación del bosque saltan de la página. Siento un escalofrío.

Suspiro y paso a la siguiente.

«North County Herald — *3 de febrero de 2002*
Continúa la búsqueda del capataz Robert Mercer».

Mis ojos se detienen.

Robert Mercer. El padre de Corbin. Leo la descripción: 39 años, visto por última vez cerca del aserradero, ningún resto, ninguna pista concluyente. Mi estómago se encoge. La frase final: «No existen pruebas de delito y todo apunta a un abandono voluntario». No hay seguimiento, ni una sola línea más. Leo y releo, busco claridad en el simple hecho de pronunciar su nombre en mi mente. Lógicamente, no sirve de nada.

Paso al siguiente artículo, casi sin respirar.

«Ashwood Gazette — *12 de agosto de 2004*
Joven hallado con vida tras pasar dos noches perdido. Kyle Bennett fue encontrado deshidratado pero consciente».

Lo marco mentalmente: no todos acaban mal tras perderse en el bosque. Paso la página.

«County Register — *22 de abril de 2005*
Desaparición del concejal Alan Brooks se da por cerrada».

No hay restos, no hay señales de violencia. Posible abandono voluntario. Esa frase me irrita. ¿Abandono voluntario? ¿Quién se pierde en el bosque y simplemente se esfuma? Paso rápido, no quiero entretenerme en conjeturas.

«Ashwood Gazette — *9 de noviembre de 2008*
Localizan restos humanos en zona boscosa del este».

Mark Ellison, desaparecido en 2006. Muerte accidental.

«North County Herald — *18 de junio de 2013*
Sigue sin pistas el paradero de Edward Collins».

Cinco años desaparecido, en paradero desconocido. «No podemos buscar indefinidamente», dice un portavoz. La frase se repite demasiado a lo largo de los años, como un mantra para tranquilizar a todos, excepto a quienes quedan buscando respuestas.

Sigo adelante, descartando los accidentes, los cazadores que caen, los jóvenes que se extravían y vuelven. Entre las desapariciones hay hombres y mujeres, pero los nombres como Robert Mercer, Edward Collins, Harold Whitman resuenan en mi cabeza. La desaparición de Mercer me inquieta especialmente: lo del abandono que también mencionó mi madre no me convence. Siento que hay algo que todos ocultan, o que simplemente nadie quiere enfrentar.

«Ashwood Gazette — *7 de mayo de 2019*
Inspector ambiental no regresa de una inspección».

Peter Lawson, 49 años, un caso abierto con pocas esperanzas de obtener resultados. Vuelvo a pensar en mi padre y en Corbin. El bosque es el hilo que une esas historias.

En el archivo de texto donde estoy recopilando los datos separo a los que aparecen de los que nunca lo han hecho y veo el primer patrón claro: desde hace treinta años, los que no vuelven siempre son hombres de más de treinta años. Cuando amplío el rango de fechas, veo que hay muchas más. Hasta 1920, donde empiezan los

registros, hay noticias de doce hombres desaparecidos sin dejar rastro. Apunto todos los nombres y durante un par de horas recopilo toda la información que puedo sobre esos casos antes de guardar el archivo en la nube y dar el trabajo por finalizado.

La investigación me ha absorbido tanto que no he visto las llamadas perdidas en mi móvil silenciado. Tres llamadas de Ian, notificaciones y una llamada de mi madre. Espero a salir de la biblioteca para llamar a mamá y decirle que me he entretenido, que comeré en cuanto llegue. Está un poco molesta, pero se le pasa enseguida. Cuando llamo a Ian y tarda en responder sé que esto va a ser más difícil.

—Espero que ya estés pillando el avión o bajando de él —me suelta sin saludar, exasperado.

—No voy a volver todavía —respondo con firmeza—. Siento no haberte avisado, he estado toda la mañana en la biblioteca y…

—¿Me estás hablando en serio? —me corta con la voz endurecida —. ¿Qué se te ha perdido ahí?

—No sé, Ian, tengo una corazonada. Aquí hay algo más que una simple desaparición…

—Deja las fantasías de una vez. Haz el favor de ser responsable, Ewan, tienes trabajo y una pareja a la que llevas días ignorando.

Eso me indigna bastante, teniendo en cuenta que puedo contar con los dedos de una mano las veces que me ha llamado él o ha iniciado una conversación desde que estoy aquí. Me está castigando por haberme ido desde el principio. Respiro hondo.

—El trabajo lo puedo hacer desde aquí —replico, tratando de mantener la calma—. Y si quieres verme, puedes venir al pueblo.

Hay un silencio breve, tenso. Oigo su respiración acelerarse al otro lado del auricular.

—No puedo, tengo responsabilidades, las mismas que tú has olvidado —comienza. Sé que intenta controlarse. En parte tiene razón, no puede irse y dejarlo todo y si yo he podido hacerlo es porque él se ha quedado—. Esto es… Ewan, basta. Tienes que volver.

—Ian…

Me interrumpe.

—No, pon las cosas en orden y regresa, Ewan.

La llamada se corta sin que pueda replicar nada.

Me quedo mirando el móvil, con el corazón latiéndome con fuerza. No me sorprende, aunque me frustra. Ian no lo entiende, y tampoco quiere entenderlo. Para él, mis problemas siempre han sido un pie de página, algo que podía posponerse o solucionarse con una charla. Pero esta vez no. Esta vez no puedo dar la espalda a lo que está ocurriendo solo para mantener la aparente calma de mi vida. Esa calma, que antes me parecía segura, ahora me resulta frágil, una estructura de cartón piedra sobre un terreno que se agrieta mientras se avecina un terremoto.

No puedo vivir ignorando esta parte de mi vida, ya he pasado demasiado tiempo así. Ian tendrá que entenderlo o tomar la decisión que crea conveniente. No me voy a ir aún.

Capítulo 8

Corbin

La glorieta del jardín frente a la biblioteca llevaba tiempo necesitando una reparación. Tablones combados, clavos oxidados, barandillas que protestaban al menor peso. La semana pasada, la hija pequeña de los McKeena se rompió el tobillo al ceder una de las tablas de la escalinata mientras jugaba. El lugar estaba cerrado y lleno de advertencias sobre el peligro, aunque los niños ven esos carteles como invitaciones excitantes a una aventura. Me jode que en Ashwood siempre esperen a una desgracia para arreglar las cosas, y más que esa aparente dejadez tenga más que ver con la falta de recursos que con una despreocupación real por parte del Ayuntamiento. Pero en fin… llevo varios días trabajando en ella, eso es lo importante. Le estoy devolviendo poco a poco la forma que una vez tuvo, sin prisa. A la madera no le gustan las prisas.

Lijo siguiendo la veta, comprobando con los dedos las irregularidades. Me gusta esto. El trabajo me centra, lo pone todo en orden. Mientras mis manos están ocupadas, mi cabeza se queda en silencio y ese silencio es la mayor bendición que puede tener un ser humano.

El pueblo, en cambio, nunca se calla. Su vida es un ruido de fondo, blanco, que la mayor parte del tiempo me resulta relajante. Hay pasos sobre la gravilla, coches que pasan despacio, conversaciones alegres, agitadas, silbidos y canturreos. Alguien se detiene a mirar, otro pregunta si estará lista para los conciertos de verano. Intento responder con la mayor sinceridad, y me encanta ver sus expresiones cuando les digo que estará cuando esté. Llevan muy mal no tener plazos.

—Eso antes se hacía con roble —dice Earl Sawyer, que lleva un rato mirándome apoyado en su bastón—. Ahora todo es de esa

madera de pino barato.

No dejo de trabajar. Esbozo una media sonrisa. No me acaba de gustar que me miren mientras trabajo, aunque es una tradición inalienable del pueblo. No se puede luchar contra ello, solo puedes rendirte y aceptarlo.

—Esta aguantará. Es pino tratado. Te garantizo que mi trabajo lo hará durar décadas.

Earl gruñe, poco convencido, y por fin decide seguir su paseo tras la minuciosa evaluación de la vieja glorieta. Cuando el sol empieza a caer, dejo las herramientas a un lado y me siento en el borde de la glorieta. Tengo las manos llenas de polvo claro y un cansancio agradable me hormiguea en el cuerpo. Hoy descansaré bien.

Veo a Julia cruzar el jardín desde la esquina con dos cafés y una bolsa de papel en las manos. Lleva el delantal del Juniper puesto y el pelo recogido en una coleta alborotada.

—Sabía que seguirías aquí. Si no comes, luego no hay quien te aguante.

Me tiende un café y un croissant relleno todavía templado.

—Gracias.

Nos conocemos desde siempre. Desde antes de que su padre se jubilara y ella se hiciera cargo de la cafetería. Julia siempre ha sido amable y atenta, mucho mejor hostelera que su padre. El negocio tiene más vida desde que ella lo regenta, y no es de extrañar, el señor Bennett no tiene ese carácter abierto ni trataba a la clientela con el mismo cariño.

—Te está quedando preciosa —añade, mirando la glorieta con una sonrisa.

Asiento y doy un sorbo. El café está justo como me gusta: ardiendo.

—Realmente es por la comparación. Estaba hecha una mierda. Es normal que ahora parezca una maravilla.

—Siempre quitándote mérito. Te digo que Ashwood estaría mucho más feo si no fueras nuestro carpintero oficial. —Levanta un dedo, haciéndose la resabidilla—. Por cierto, cuando termines con esto me gustaría que te pasaras por la cafetería. Quiero restaurar la barra y creo que tengo carcoma en la trastienda. Qué faena…

—Esto me llevará un par de semanas.

—Espero que no se coman toda la cafetería esos bichos del demonio.

Doy un bocado al croissant y mastico tranquilamente, tomándome mi tiempo para responder mientras observo las reparaciones que ya he hecho en la glorieta. Ahora son muy evidentes, pero cuando termine parecerá que solo es antigua y jamás ha sido remendada.

—Me pasaré mañana temprano para valorar, antes de ponerme aquí.

—Eres maravilloso, Corbin.

Julia me besa la mejilla. La miro de reojo. Voy a responder con alguna tontería cuando el chirrido de la puerta de la biblioteca me distrae. Tengo que pasarme y echarle aceite a las bisagras antes de irme. El hilo de mis pensamientos se diluye al ver la figura que aparece exhalada por el edificio.

Todo se detiene. Los ruidos del pueblo se desvanecen como si alguien hubiera apagado una radio de fondo. El hombre, rubio y delgado, está hablando por el móvil con el ceño fruncido. Ha crecido. Ha cambiado, aunque no tanto como para no reconocerlo. Puedo escuchar la voz de Ewan Abrams desde aquí.

—No tardo en llegar, no te preocupes, de verdad… —está diciendo.

Su voz suena nítida, más grave, con la misma musicalidad que cuando era joven. Hace muchos años que no escucho ese sonido y se me eriza el vello de la nuca. Una cuerda áspera me oprime el estómago y hace un nudo a su alrededor. El café se enfría entre mis dedos. Solo queda esa presión que sube hasta el pecho, vieja y conocida. Tan familiar como desagradable.

Sé lo que ha pasado con su padre. Sabía que Ewan estaba en el pueblo, aunque pensé que, como todas sus visitas desde la última vez que nos vimos, sería corta y no lo vería. He intentado no pensar en la desaparición del señor Abrams, en él, sin éxito. Tenerlo tan cerca desgarra ese velo de engaño que me he esforzado en tejer. Lo que está pasando es real. Es ahora. Y me conecta con un pasado que me he esforzado en dejar bien enterrado.

La adolescencia vuelve sin llamar a la puerta. Las tardes largas, los silencios cargados, las heridas que nunca se han cerrado. Y el resentimiento, intacto, esperando. Un ardor amargo que me corta el apetito de raíz.

Ewan levanta la vista, consciente de que alguien lo observa. Me quedo congelado, pensando que nuestras miradas van a encontrarse, pero eso no sucede. Ni siquiera es consciente de lo que tiene delante. Está discutiendo con alguien y baja la escalinata de la biblioteca con prisas.

—Ey, ¿te encuentras bien?

Parpadeo y miro a Julia. El regreso a la realidad me marea. Me tengo que esforzar para recordar de qué estábamos hablando. Si ella ha dicho algo más y no he podido escucharla.

—Sí, estaba pensando que he olvidado una cosa en casa.

—Ah… —No está muy convencida, aunque no indaga—. Ya la traes mañana. Se te va a hacer de noche aquí y dan lluvias.

—Siempre dan lluvias en octubre —respondo intentando sonreír.

Guardo lo que queda de croissant en la bolsa donde lo traía Julia.

—Voy a rematar lo de hoy y luego me lo acabo con calma.

Julia dice algo cuando me levanto y vuelvo al trabajo y ya no le presto demasiada atención.

El trabajo no llega a distraerme esta vez. Los fantasmas han regresado al pueblo y ahora no puedo ignorar sus susurros.

***

La luz de la tarde entraba a raudales por los ventanales. Aún quedaban unas horas de sol y Corbin no iba a aprovecharlas yendo a jugar a las canchas ni al parque, como el resto de muchachos de catorce años de Ashwood. La biblioteca le gustaba mucho más y allí encontraba la tranquilidad que, a veces, era imposible tener en casa. Allí el aroma de la madera y de los libros había tomado un significado profundo. Le hacía pensar en un refugio, en un lugar seguro.

Desde que los Amigos de la Biblioteca habían logrado fondos para ampliar el número de ordenadores, había cuatro en la sala de lectura, cada uno en un extremo de una de las mesas amplias y largas de estudio. Corbin siempre se sentaba en el mismo sitio. Ese era su ordenador. Su centro de operaciones. Su conexión con todo lo que le interesaba en el mundo.

Siempre que podía, pasaba horas allí, revisando foros, buscando música o películas para descargar y guardar en su USB. Hablando con gente con la que tenía intereses afines, algo casi imposible de encontrar en Ashwood. Esa tarde estaba subiendo las fotos de su Canon de segunda mano a su MySpace. Le gustaba cambiar la música cada pocos días y compartir las imágenes que el neblinoso bosque del pueblo le permitía capturar.

Estaba concentrado en el momento en que Ewan entró en la sala, solo se dio cuenta de que estaba allí cuando arrastró la silla, provocando un sonido desagradable con toda la intención de llamar la atención de su amigo. El corazón de Corbin dio un pequeño vuelco. Esos encuentros clandestinos en la biblioteca eran lo mejor

de su semana desde que aquel paseo en el bosque los unió. Fingió que no lo había visto ni escuchado e inició sesión en el Messenger. El mensaje de Ewan no tardó en saltar en la esquina inferior.

Tengo lo que me pediste. Tienes más recomendaciones?

Corbin sonrió. Solo intercambiaban música, series y películas, pero se sentía como si estuvieran traficando con algo ilegal. Como si Ewan fuera un camello cultural y la conexión de Internet de su casa la llave a un mundo prohibido.

Claro. Creo que aún no has escuchado a Type O Negative. Busca el álbum October Rust. Vas a alucinar con Love you to Death

Mientras escribía, Ewan deslizó un USB en su dirección. Corbin lo agarró, buscó en su mochila y lo intercambió por otro, lleno de música que tenía en su triste ordenador sin conexión. Ewan le guiñó un ojo, agarrando el pequeño banco de piratería mientras fingía estar concentrado con algo en la pantalla. Corbin tecleó.

Viste la película que te pasé el otro día? La de La bruja de Blair

Sí, anoche. Tremenda. Tío… es que parece que de verdad hayan grabado eso en un bosque

Sí, es lo que mola. Todo el rollo documental. Es lo que da miedo, ¿no? Que parezca real. Que podría pasar aquí mismo

Escuchó la risita nerviosa de Ewan frente a él.

Me pone los pelos de punta

Corbin sonrió. Le gustaba aquella complicidad, el intercambio secreto de cosas que no podían compartir con nadie más, los gestos, las miradas cómplices cuando el bibliotecario pasaba cerca.

Has puesto alguna en el pen?

Siiii, Leyenda Urbana. Tío, me encanta, vas a cagarte

Corbin ya la había visto y no le parecía nada del otro mundo, pero fingió que no.

Molaaa, tenía ganas de verla. Esta noche después de los deberes me la pongo

Pasaron horas así, hablando de música, películas, compartiendo pequeños comentarios sobre libros que ninguno de los dos realmente necesitaba consultar en ese momento. Corbin estaba seguro de que si alguien los veía desde fuera, solo eran dos adolescentes dedicados a estudiar, aunque para ellos eso era el mundo entero.

—¿Por qué te gustan tanto estas películas? —Ewan habló a viva voz tras cerrar sesión en el Messenger y empezar a guardar las cosas en la mochila.

—No sé. Supongo que me siento seguro pasando miedo con cosas que sé que jamás me podrían suceder.

—Viviendo en el bosque yo no cantaría victoria. Te podría pasar como a esos pringaos de *La bruja de Blair.*

—El bosque no da miedo si lo conoces y lo respetas.

Un ligero carraspeo los sobresaltó. El bibliotecario se acercaba. El señor Parker no dejaba pasar ni una y tenía muy mal genio.

—Esto es una biblioteca, no un cibercafé de esos de ahora. En los recreativos os han puesto ordenadores para perder el tiempo.

Ambos rieron por lo bajo.

—Sí, señor Parker. Disculpe, solo estábamos poniendo en común la tarea. Ya nos íbamos, además. —Ewan le dedicó una sonrisa de buen chico al bibliotecario. Y coló, siempre colaba. Se fue con un gruñido de descontento.

Se separaron al llegar a la puerta, cada uno tomando el camino de su casa. Corbin se sentía bien. Siempre ocurría tras las visitas a la biblioteca. Esos intercambios eran lo único que hacía que soportara los días en casa y al resto del mundo. Allí, entre libros y pantallas, podía expresarse y compartir lo que nadie más quería ver. Y cada

vez que Ewan estaba allí, aunque fuese solo por unas horas, sentía que existía para alguien.

Capítulo 9

Corbin

El sendero que lleva a la cabaña está cubierto de hojas caídas. Mi casa no está lejos del pueblo, pero sí lo suficiente para que el ruido se quede atrás y el bosque me rodee como un abrigo viejo y conocido. Lo suficiente para no molestar a nadie si pongo la música alta y para que nadie vea si invito a alguien a pasar la noche. Cuando silbo, Morrow aparece entre los árboles, moviendo la cola con una alegría desbocada e injustificada, parece que no nos hubiéramos visto en una semana. Es una labradora negra, grande y paciente, y su sola presencia hace que el nudo que se me ha hecho en el pecho se afloje un poco. Le doy unas cuantas caricias y le beso la cabeza, agarrándola para estrecharla contra mí.

—Cuánto tiempo sin vernos, Mor, ocho horas larguísimas y horribles, ¿eh? Aunque sospecho lo que quieres.

Abro la puerta y Morrow pasa por delante de mí, directa a la cocina. Aquí todo está donde debe estar. Las paredes cubiertas de estanterías irregulares y, entre ellas, pósters descoloridos de Bauhaus, The Cure, Siouxsie and the Banshees, impresiones viejas que he salvado de mercadillos o arrancado de revistas hace años. Todo esto es lo que soy, mi refugio, un lugar en el que mantengo a salvo todo lo que no me abandona cuando todo se desmorona. Mi música, mi consola, mis libros. Morrow, que está esperando a que le dé la cena.

Dejo las llaves de la camioneta en el cuenco de cerámica y me quito la chaqueta. En el respaldo de la silla hay una bufanda, fina y blanca, olvidada. James se la dejó anoche. No me molesta, ni la recojo. Es la prueba silenciosa de que no vivo en abstinencia, de que este lugar existe para más personas y no soy el único que lo ve. Le mandaré un mensaje para que pase a recogerla, aunque no tengo

muchas ganas de ponerle excusas para que no se quede, y sé que lo intentará. Sé que le gusta estar conmigo, pero yo no quiero nada más que su compañía esporádica, eso lo dejamos claro cuando nuestra amistad cruzó la línea de la intimidad.

Morrow se come el contenido de la lata en apenas un minuto, prácticamente tragándolo de un solo bocado, y se tumba cerca de la estufa mientras yo me meto en la habitación y me cambio. Entrar en mi casa siempre significa dejar los problemas al otro lado de la puerta. Hoy no es así, hoy los recuerdos se cuelan a través de la grieta abierta. No he permitido que la presencia de Ewan en el pueblo me afecte, al menos, no lo he hecho mientras he podido. Verle, saber que de verdad está aquí, ha abierto una brecha que ahora no sé cómo cerrar.

La desaparición de mi padre fue como un agujero negro. No hubo un cierre, no hubo explicaciones, solo una ausencia a la que me adapté demasiado rápido. La gente hablaba en voz baja, el pueblo se llenó de miradas inquisitivas y yo aprendí pronto a fingir que nada había pasado. Vivir sin mi padre era más fácil que vivir con él, y eso lo comprobé pronto. Pude experimentar en mis carnes emociones tan distantes como la pérdida y la liberación, conviviendo en el mismo hueco de mi pecho, tirando cada una en una dirección hasta volverme loco. Solo era un crío y hasta mis recuerdos están difusos, pero nada fue fácil.

Y Ewan.

Ewan estaba allí siempre. Y luego dejó de estarlo. No se evaporó como mi padre. Desapareció de mi vida de una forma limpia y aceptable. Siguió adelante y yo me quedé aquí, aprendiendo a no necesitar a nadie en un lugar donde nadie me quería.

Me siento al fin en el sofá y acaricio la cabeza de Morrow. Su respiración es regular, confiada. Aquí, en este espacio pequeño y seguro, mi vida está ordenada, es una vida incluso feliz. O lo era. No lo sé.

Verlo salir hoy de la biblioteca ha sido como oír un crujido bajo tierra, anunciando un terremoto que llevaba tiempo gestándose, acumulando tensión. El pasado nunca vuelve de puntillas, lo hace con un atronar ensordecedor. Y no se puede fingir que no te estás dando cuenta de lo que sucede.

Solo espero que Ewan se vaya pronto del pueblo y vuelva a su vida perfecta en San Francisco.

Pongo la última taza en el fregadero después de cenar y fregar los platos acumulados del día anterior. He comido algo ligero, tengo el estómago cerrado y una sensación de nerviosismo familiar, que no me gusta nada. Vuelvo al sofá, Morrow se acomoda a mi lado y cojo el mando para ponerme algo en Netflix antes de dormir. Necesito distraerme, pero aún no he pulsado el botón de encendido cuando oigo golpes en la puerta. Suelto un suspiro pesado y me levanto. No va a valer que finja no estar, porque las luces están encendidas y se ven desde fuera.

—¿Quién es? —pregunto mientras me acerco, aunque ya lo sé.

—Soy yo —responde James con un tono cantarín—. He venido a por la bufanda que has secuestrado.

Miro el respaldo de la silla. La bufanda sigue ahí, he olvidado avisarle y sospecho que James la dejó ahí para tener una excusa para regresar hoy.

—Pues está aquí —digo al abrir y señalo la prenda.

James entra sin esperar a que lo invite, dejando claro que la bufanda solo era un pretexto para colarse. Me da un codazo suave al pasar y me guiña un ojo.

—Es pronto para volver a casa, ¿te apetece una birra? —Se desplaza hasta la cocina y abre el frigorífico con toda la confianza que yo le he dado con los años. A veces me arrepiento.

Suspirando, me dejo caer en el sofá de nuevo. No me queda otra que aceptar la intrusión. No me molesta. Nunca me molesta con James. O no mucho. A veces solo necesito un poco de silencio y simplemente no me apetece que se quede. Supongo que ahora me viene bien.

—Tú y tus excusas. —James me deja una lata de cerveza sobre la mesilla—. Lo que querías era venir a robarme la bebida. Como siempre.

—Admito que es parte del plan, y te haría más proposiciones si no reconociera esa cara —responde, riendo. Se sienta con las piernas abiertas, cómodo en mi espacio como si siempre hubiera pertenecido a él.

Morrow le pone el hocico sobre las piernas y reclama su peaje de caricias. El primer trago de cerveza me sabe a rutina y a complicidad. Acalla un poco los pensamientos intrusivos.

—Sí, estoy bastante cansado. De hecho no debería ni estar tomando esto.

—Vamos, Corb —dice dándome unas palmaditas en la espalda—. Solo una, prometo que me voy después.

—Ya me has convencido, no necesitas insistir.

James sonríe, satisfecho.

—Perfecto. Entonces me cuentas por qué estás tan agotado. Hoy he pasado por la cafetería y te he visto la mar de a gusto en la glorieta.

—Supongo que será acumulación. No he descansado mucho estos días pasados y he empalmado varios trabajos.

—Ya, es una mierda esto de necesitar el curro para sobrevivir, ¿eh? —James se recuesta, mirando el techo—. Aunque a ti te gusta tu trabajo. Yo estoy harto del taller, el sueldo es una mierda y tengo la sensación de que me he quedado estancado.

Asiento, acomodándome también mientras bebo. Morrow sube y se pone entre los dos, encajando su trasero en el pequeño hueco que hemos dejado para que podamos acariciarla a cuatro manos. Le rasco la cabeza mientras James le da unas suaves palmaditas en el lomo.

—A veces parece que Ashwood está congelado en el tiempo y el espacio —comento.

—Eso es —dice tras beber un trago—. Aunque uno se acostumbra, supongo. Y a veces es más fácil quedarse que arriesgarse a algo nuevo.

Miro mi cerveza, pensando en sus palabras. Yo estoy bien aquí. Parece que me esté autoconvenciendo, sé cómo suena, pero me gusta esta casa, este bosque, el pequeño pueblo con todas sus cosas malas y todas sus cosas buenas. No quiero vivir en otro lugar, sin embargo, James no es como yo.

—James…, tal vez deberías irte de aquí. Creo que serías más feliz en un sitio donde pudieras vivir como realmente eres, donde no tengas que esconder nada de ti mismo.

Él me mira, sorprendido.

—Sabes que eso no es tan fácil. Y también sabes lo que pasa cuando sales del armario en este pueblo.

Me encojo de hombros. Lo sé bien, no es agradable, pero es peor vivir escondiéndose.

—Durante mucho tiempo pensé que lo normal era esconder las cosas y que eso me ayudaría a vivir tranquilo, y no es verdad. Es sofocante y es horrible. No entiendo cómo alguien puede vivir así toda la vida y sentirse bien con eso. —Lo miro a los ojos—. No tienes que hacerlo. No deberías hacerlo. Tal vez no sea cosa del trabajo, sino de que no te atreves a vivir como quieres vivir en realidad.

James alza las cejas y resopla.

—Joder, Corb, no esperaba que esto se fuera a poner tan serio.

—Ya, bueno… Alguna vez tenía que decírtelo y me ha parecido un buen momento.

James sonríe, aunque hay algo triste en esa sonrisa.

—Ya... —Hace una pausa, bebe y mira al techo un rato. A veces tenemos estos silencios, para mí son cómodos y sé que llega un punto en el que a James le molestan—. Te agradezco que te preocupes por mí, aunque no es sencillo.

—Lo sé, pero al final pasará algo que te obligará a salir de la peor manera. Si tomas la decisión tú, puedes controlar muchas cosas. De todas formas la gente ya habla y lo seguirá haciendo igual, ¿qué más da?

—Visto así…

Asiento. Hay otro silencio largo. No creo que esta charla sirva de nada, aun así, no voy a callarme lo que pienso por no incomodarle, creo que James necesita escuchar eso y entender mejor por qué no quiero involucrarme en una relación seria con alguien que vive en las sombras.

—¿Has visto a Abrams? —pregunta rompiendo el silencio de la peor de las maneras.

Había conseguido distraerme, ahora el estómago se me encoge.

—Lo vi hoy. Salía de la biblioteca. —Hago una pausa—. No le dije nada.

—Yo estuve con los voluntarios, me extrañó no verte allí.

—No creo que hubiera podido ayudar demasiado. Y no tengo ganas de verlo, la verdad.

—¿Por qué? Pensaba que os llevabais bien —comenta extrañado.

—Hace muchísimos años que no hablamos. Desde que se fue y ni me dejó una forma de contactar con él. No creo que tengamos ya

nada de lo que hablar.

—Oh, oh… Ya veo. Los rumores eran ciertos, ¿no?

—¿Qué rumores? —lo miro algo a la defensiva.

—Que estabais liados. Que erais novios. ¿Abrams también es gay?

—Tendrás que preguntarle a él. No nos liamos —miento intentando serenarme. Mi actitud es casi una confesión.

—Vale, vale. Te creo. —Sé que no lo hace—. Vamos a terminarnos la cerveza escuchando música rara de la tuya, venga.

Ese tipo de comentarios no me gustan, pero estoy más molesto por lo de Ewan que por las chorradas de James. Pasamos un rato escuchando música y hablando de tonterías, hasta que James interpreta mi silencio como agotamiento y decide irse. Lo acompaño hasta el coche, la noche está especialmente cerrada y aunque no corre ningún peligro en los pocos metros que separan su coche de mi casa, prefiero asegurarme de que se va.

Me quedo mirando cómo las luces traseras desaparecen entre los árboles. El bosque vuelve a cerrarse sobre sí mismo, recuperando su respiración lenta y profunda. Apago la luz del porche y doy un par de pasos hacia la puerta cuando oigo algo. No es un ruido claro. No sabría decir qué es. No es un animal, no del todo. Algo metálico, quizá; un golpe seco que no encaja con el lenguaje habitual del bosque. Me quedo quieto, escuchando, con el cuerpo en tensión. Morrow se ha detenido a mi lado, las orejas erguidas, el lomo rígido y erizado.

Y al seguir su mirada veo un resplandor breve, pálido, filtrándose entre los troncos, más allá del sendero. No es constante, no ilumina nada en concreto. Aparece y desaparece como un reflejo mal proyectado, como si algo se moviera despacio ante una luz, ocultándose. El estómago se me contrae.

No pienso. Actúo. Abro la puerta con rapidez, hago entrar a Morrow y cierro tras de mí con más fuerza de la necesaria. Echo el cerrojo. Me quedo apoyado en la madera unos segundos, respirando hondo, escuchando si hay algo acercándose. No pasa nada. El silencio vuelve a imponerse.

Apago las luces y voy a mi habitación con una sensación pegajosa en la nuca, pienso que el bosque no se ha quedado fuera del todo. Que algo ha empezado a moverse, acechando mi casa.

Solo es el pasado, me digo. Son los recuerdos regresando. Son los ecos de lo que ya fue. Algo a lo que no debo temer ya.

Eso no acaba de convencerme.

Capítulo 10

La mañana siguiente no desayuno en casa. Las amigas de mi madre han venido temprano esta vez y me han echado con la excusa de que van a hacer una limpieza general. No han querido que colabore, como si mi sola presencia allí fuera a estropear su trabajo. Discutir ha sido inútil, así que me he venido al Juniper Coffee.

Las campanillas tintinean cuando empujo la puerta. Al entrar, me da la misma sensación que la biblioteca: todo está igual, pero muy cambiado al mismo tiempo. Una mano de pintura, algunos muebles nuevos, el toque joven de la nueva propietaria, y algo que el señor Bennett nunca tuvo por el trabajo extra que requería mantenerlas vivas: plantas.

El olor a café tostado y a bollería caliente, eso sí, sigue siendo el mismo, una conexión directa con el pasado. La pizarra escrita con letra redondeada anuncia el café del día.

Julia está ocupada. Cuando me siento y carraspeo levanta la vista desde la cafetera y tarda un segundo de más en reconocerme.

—Joder… —dice, llevándose la mano al pecho—. Ewan Abrams.

La expresión de extrañeza muta a una enorme sorpresa. Apoyo los codos en la barra, cómodo, no parece que llevo años sin pisar este sitio.

—Hola, Julia.

—Madre mía —se ríe—. Pensé que no volverías nunca. ¿Cuánto hace? ¿Diez años?

—En realidad he venido de vez en cuando, pero solo a casa de mis padres.

Me observa sin disimulo, de arriba abajo, con el descaro que se permite en los pueblos pequeños donde todos se conocen.

—Sigues igual —dice—. Bueno… no, ahora eres un madurito interesante.

—Oh, gracias, espero que más interesante que madurito.

—¡Vamos, vamos, que ya tenemos una edad! —Suelta una carcajada y me sirve un café antes de que lo pida—. Invita la casa. Por los viejos tiempos. ¿Quieres desayunar algo?

—Ponme uno de esos sándwiches que anuncias en la pizarra.

Doy un sorbo al café. El recibimiento de Julia me hace sentir que no ha pasado el tiempo. Antes de que su padre se jubilara, ya lo ayudaba en la cafetería y se movía con la misma soltura con que lo hace ahora.

—¿Te quedas unos días? —pregunta mientras prepara lo que he pedido.

—Sí, hasta que se aclare lo de mi padre.

Ella aprieta los labios. Le cambia la expresión.

—No quería sacar el tema por si…

—Ya, no te preocupes, la cosa sigue igual.

—¿Cómo está tu madre?

—Mejor de lo que cabría esperar. Tiene a sus amigas del Club de Lectura todo el día encima —comentó con una media sonrisa.

—Ah, a veces son unas chismosas insufribles, pero siempre están juntas. Vienen muchas tardes a tomar chocolate y se las ve muy unidas. Me alegro por tu madre, ahora necesita mucho apoyo. Seguro que le hace bien que te quedes.

Al pensarlo, no estoy seguro de eso. No creo que le haga mal, aunque a veces creo que le resulta indiferente, que realmente no

está pasándolo mal. Es el shock, lo sé, las personas vivimos los traumas de muchas maneras, eso no quita que su entereza me esté sorprendiendo.

—Sí, supongo.

—He visto que te está yendo muy bien en San Francisco. La gente habla mucho de ti cuando sacas libro nuevo. Esto debe ser una faena para ti…

—Lo bueno de escribir es que lo puedo hacer en cualquier parte. Ni siquiera necesito un ordenador —digo sacando mi libreta del bolsillo y agitándola.

—Qué envidia, ¡a veces me gustaría cerrar la puerta e irme de viaje!

Julia me sirve el sándwich y caigo en la cuenta de que estoy muerto de hambre. Conversamos mientras desayuno y me tomo el café. Compruebo que sigue siendo la misma chica inquieta que conocí en el instituto. El fin de semana, en la misma cafetería, organizaba exposiciones de arte, y colaboraba con la biblioteca para surtir las charlas y eventos culturales de buen café, bebida y comida. Se había casado y tenía dos hijas, estaba estudiando historia del arte por la universidad a distancia y no tenía tiempo para viajar, así que intentaba traer a su trabajo su afición por el arte. Mantengo la conversación centrada en ella y cuando sospecho que va a preguntarme sobre mi vida personal, finjo recordar algo.

—Oye, ¿el señor Hargreeve sigue viviendo en el pueblo? Me gustaría hablar con él, quiero documentarme sobre su trabajo como *sheriff* para el libro en el que estoy trabajando ahora.

—Sí, vive en la granja de Maple Grove, con su hija y sus nietos —responde algo descolocada por el cambio de tema. Luego sonríe otra vez, entusiasmada—. ¿Vas a escribir sobre Ashwood?

Me encojo de hombros.

—Antes pensaba que no había mucho que contar, pero creo que simplemente estaba demasiado desconectado del pueblo. Me lo estoy planteando.

—Me encanta. Ojalá te quedaras en el pueblo, tener un escritor exitoso es mejor si el escritor vive aquí.

Hablamos un poco. Cuando salgo de Juniper Coffee el sol apenas asoma entre las casas y la bruma matinal que cubre el pueblo lo detiene en el tiempo. Al pasar frente a la biblioteca, un sonido me hace frenar.

Una sierra eléctrica zumba cerca de la glorieta, levantando una nube de virutas de madera. Me detengo y observo la figura que trabaja. Está de espaldas, concentrado en lo que hace. Tiene el pelo largo, negro y suelto, y viste pantalones de trabajo y una sudadera también negros. La postura, el modo de mover los brazos, algo en la calma contenida de sus gestos me trae un recuerdo incómodo.

Intuyo que es Corbin. En medio de la parálisis, pienso en acercarme, en saludarle, llamar su atención de alguna manera.

Pero no puedo. No hoy. No aquí. No sé si estoy preparado para enfrentarme a esa mirada, a lo que puedo encontrar en ella. Respiro hondo, tratando de calmar el nudo en la garganta, y doy un paso atrás.

Él sigue concentrado en su trabajo, ajeno a mí, y eso me incomoda todavía más. Antes de que pueda decidir acercarme, me alejo y me meto en el coche. Arranco con la vista puesta en la glorieta. Sé que Corbin sigue ahí, intacto y distante, y no va a ser fácil volver a acercarme. Tal vez no debería acercarme. Lo mejor es dejar las cosas como están.

Maple Grove está a las afueras del pueblo. El asfalto se convierte en un camino de grava cuando cruzo la verja abierta. La granja está cerca de la carretera y es más pequeña de lo que recordaba. Una

casa baja, de madera ya desgastada por el tiempo, un cobertizo ladeado y un par de campos cuidados. Hay algunas gallinas en un cercado y veo un caballo pastando cerca del bosque. Todo es funcional y, salvando a los animales, no tiene mucho encanto.

Aparco frente al porche y me quedo un segundo dentro, observando. No se oye nada aparte del viento moviendo las ramas desnudas de los árboles. Bajo, camino hasta la puerta y llamo.

Nada. Parece que la casa está vacía.

Vuelvo a llamar, más fuerte. Desde dentro llega un ruido sordo, algo que cae, un juramento ahogado. Quien sea tarda lo suficiente en acercarse como para plantearme si debería irme, pero por fin la puerta se abre unos centímetros.

Walter Hargreeve, una versión más arrugada de lo que guardo en mi memoria, me observa desde atrás, con una manguera de oxígeno apoyada en la nariz y el tubo rodeándole las orejas. Está encorvado, aunque no es pequeño. Sus ojos siguen siendo duros, de un azul apagado que no invita a la conversación.

—¿Qué quieres? —pregunta sin saludar.

—Buenos días, señor Hargreeve. Soy Ewan Abrams, el hijo de Leonard Abrams. Me gustaría hablar con usted.

Su mirada se afila.

—¿Abrams? —repite—. Pasa, rápido, entra frío.

Tendrá que contar como invitación. Paso deprisa porque me abre la puerta lo justo para que me cuele. El interior huele a medicinas. Todo está ordenado de forma estricta. Hay algunas fotos familiares en la pared e imágenes antiguas de la granja. En una estantería del salón hay archivadores junto a un viejo escritorio y una bandera doblada con cuidado.

—Mi hija está trabajando, así que no voy a ofrecerte café ni nada parecido.

—No importa, está bien así.

—Si has venido a preguntar por tu padre, yo no sé nada —dice mientras se gira y se sienta con dificultad en una silla—. Ahora se dedica esa inútil a esas cosas. Supongo que no lo ha encontrado.

—No, me temo que no.

Resopla, molesto.

—Fui *sheriff* hasta que el corazón decidió que yo ya no servía —escupe—. No porque quisiera largarme. Que te quede claro que tu padre ya estaría en casa si de mí dependiera.

Asiento. No es el tipo de hombre al que le guste que le lleven la contraria y no voy a ganar nada discutiéndole ni señalándole la evidencia. Me siento frente a él, consciente de que estoy caminando sobre hielo fino.

—Estoy investigando por mi cuenta y me gustaría hablar de algunas desapariciones antiguas en Ashwood. Casos que no llegaron a resolverse —digo con la suficiente sutileza para que no interprete que le estoy echando en cara que él también llevó casos que jamás se cerraron con un cuerpo o una aparición.

Sus dedos se tensan sobre el apoyabrazos.

—Ya. Ese bosque es peligroso. A la gente le gusta meterse igual que si fueran a una excursión a la pradera.

—Me interesa especialmente un caso de hace años —le centro—. El de Robert Mercer.

Levanta la vista de golpe. Sus ojos se clavan en mí con una mezcla de fastidio y… ¿reconocimiento?

—Claro —dice al cabo de un momento—. El padre del chico raro del bosque con el que ibas tanto.

Aprieto la mandíbula.

—El capataz del aserradero —le corrijo.

—Ese caso nos dio problemas —continúa—. Mucho ruido y demasiada gente opinando sin saber nada.

—Nunca se encontró el cuerpo.

—No —admite—. Y eso vuelve locos a los que necesitan finales bonitos.

Me inclino un poco hacia delante.

—¿Cree que está muerto?

Walter Hargreeve me sostiene la mirada durante unos segundos eternos. Luego suelta una risa seca, amarga.

—Yo no creo. Yo sé. Y lo que sé es que en Ashwood hay cosas que no quieren ser removidas. Así que si has venido a hurgar, más te vale saber dónde te metes.

El oxígeno silba suavemente en la habitación. No me esperaba una respuesta así.

—Entonces sabe que está muerto.

—No es difícil adivinarlo, ¿no? Un jugador alcohólico, metido en problemas y en negocios turbios… Estaba claro que iba a desaparecer en algún momento.

—¿Qué negocios?

—Eso ya da igual. Su desaparición no tiene nada que ver con tu padre. Hace más de veinte años que ocurrió.

—Y el caso se cerró, como tantos otros que no fueron resueltos. —Le enseño la lista que he apuntado en la libreta. Él me la quita de la mano, se pone las gafas y lee los nombres—. ¿Qué patrón ve usted?

Me inclino un poco más hacia delante.

—Veo a un montón de idiotas que fueron por donde no debieron y desaparecieron. Es mala suerte.

—Pero acaba de admitir que no es solo mala suerte.

Recupero mi libreta y observo los nombres.

—Digo que en el caso de Mercer, es fácil imaginar que acabara apalizado en algún sitio. Seguramente ni esté en el bosque. Mercer no era un buen hombre —sentencia.

—¿Eso justifica no investigar?

—Justifica no perder el tiempo —responde bruscamente—. El aserradero daba trabajo. Mucho trabajo y Mercer tenía asuntos sucios que no habrían ayudado al pueblo.

—¿Qué asuntos? El caso ya está cerrado y no hay cadáver, supongo que podemos hablar de esas habladurías.

Se mueve incómodo.

—Mira, yo hice mi trabajo. Mantener la paz. Que el pueblo siguiera funcionando. A veces hay que mirar hacia otro lado.

—Así que sabía a ciencia cierta que estaba metido en esos asuntos.

—Era el *sheriff*, sabía muchas cosas. —El oxígeno sisea—. ¡¿Qué demonios tiene eso que ver con tu padre?!

—No lo sé. ¿Mi padre también estaba metido en asuntos turbios?

—Tu padre era un santo para este pueblo, chico.

—¿Lo da por muerto?

El silencio vuelve a tensarse.

—No. No sé qué demonios le ha pasado. Se habrá perdido como los demás idiotas.

Respiro hondo y decido probar con otra línea de preguntas.

—Señor Hargreeve… y los otros casos, las desapariciones antiguas… O'Leary, Bennett, Brooks, Ellison, Collins… ¿cree que hay

algo en común?

Su rostro se crispa de inmediato. La calma medida del principio se ha evaporado. El pitido del oxígeno se acelera.

—¡Ya basta! —exclama, golpeando el brazo de la silla con el puño —. ¡No voy a sentarme aquí mientras hurgas en cadáveres antiguos y haces conjeturas sobre lo que pasó!

Me quedo quieto, sorprendido por el estallido.

—Pero… —intento explicar.

—¡Fuera! —grita—. ¡Fuera de mi casa, Abrams! No tengo paciencia para periodistas, curiosos ni hijos de papá metiéndose donde no les llaman.

Me levanto lentamente, conteniendo la rabia y la frustración. Guardo la libreta y doy un paso hacia la puerta.

—Gracias por su tiempo, señor Hargreeve.

—¡Que salgas y no vuelvas! —remarca, con la voz firme, apoyándose en la silla y ajustando la cánula del oxígeno—. No quiero saber nada más de esto.

Salgo de la granja con el corazón acelerado. No he obtenido ninguna respuesta clara, solo un muro de hostilidad y advertencias. Pero sé algo con certeza: el pasado del pueblo está lleno de secretos que alguien ha decidido enterrar, y mi padre puede estar atrapado justo en medio de ellos.

El motor arranca con un rugido que perturba la tranquilidad de Maple Grove.

Capítulo 11

El muelle de carga del supermercado estaba en un lateral del edificio. Todos los martes llegaba un camión enorme procedente de Bangor con todo lo necesario para volver a abastecer al pueblo por una semana más. Llamar supermecado a aquella tienda podía ser exagerado, aunque era el establecimiento más grande de Ashwood y contaba con todo lo necesario para los hogares de sus habitantes. Podía encontrarse desde pienso para las mascotas y pañales, hasta escopetas en la vitrina tras la caja registradora. Corbin llevaba más de una hora descargando cajas del camión: leche, refrescos, paquetes de carne congelada y cajas de verdura. Le dolían los brazos, pero agradecía el cansancio. Ese trabajo tenía una lógica simple: levantar, apilar en el interior, volver a levantar. No tenía que pensar, y en esos momentos lo agradecía. Su padre llevaba un mes desaparecido, y ante la cada vez más certera posibilidad de que jamás regresara, Corbin tenía que buscar más trabajos aparte del de los recreativos. La gente en el pueblo era reacia a emplearlo, la mayoría le habían dado excusas, se hacían los locos o mentían diciendo que ya habían encontrado a quien buscaban para alguna oferta. Los dueños del supermercado, una pareja al filo de la jubilación, no habían tenido problemas en darle trabajo en los almacenes. Sus visitas a la biblioteca por las tardes se habían espaciado y apenas podía dedicar tiempo a nada más que no fuera estudiar, los trabajos y hacerse cargo de la casa. Aunque a esto último estaba más que acostumbrado.

Una vez terminada la descarga, el camión se marchó vacío. Ahora tenía que despejar el almacén de cajas vacías y plásticos desechados. Empujó una caja con el pie para hacer sitio junto a los contenedores, a rebosar ya de cartones.

Una risa en la entrada del callejón lo sobresaltó. Corbin no se giró enseguida. Reconoció la risa arrastrada y segura de sí misma.

—Mira tú —dijo Justin—. El carnicero.

Tyler y Matty aparecieron a su lado, ocupando el espacio como si el callejón se hubiera estrechado de repente. Justin se acercó despacio, examinando los contenedores.

—¿Cuál fue? —preguntó, golpeando con los nudillos la tapa de uno—. ¿Este? —El metal resonó con un sonido hueco—. ¿O lo repartiste un poco por todos los del pueblo? Así no canta tanto.

Matty soltó una risa nerviosa. Tyler se apoyó en la pared, bloqueando la salida. Corbin dejó la caja en el suelo con cuidado. Se enderezó. No dijo nada. Se dispuso a volver al interior, pero Justin le cortó el paso y lo empujó.

—Vamos, Mercer. Aquí tiran la carne caducada. No me digas que no se te ocurrió colar alguna hamburguesa especial en el súper. ¿Nos hemos estado comiendo a tu padre?

Matty hizo un sonidito de asco. Justin dio un paso más. Invadió su espacio.

—¿A cuánto salió el kilo de padre? Seguro que esa carne es barata, viniendo del tuyo.

Algo en el pecho de Corbin se latió con violencia. No solo era rabia. Era una mezcla sucia de vergüenza y cansancio que llenaba sus miembros de plomo líquido.

Levantó la vista fijando sus ojos oscuros en Justin, amenazadores.

—Apártate.

Matty se removió, incómodo. Justin sonrió aún más.

—Uy. ¿Has oído eso? —le dijo a Tyler—. El rarito se nos ha puesto chulo.

Justin empujó a Corbin contra los contenedores. Esta vez el golpe fue fuerte, repentino, le sacó el aire de los pulmones e hizo

vibrar el metal a su espalda.

—Venga —insistió Justin—. Solo dinos dónde lo escondiste.

Corbin apretó los dientes. Se incorporó y trató de apartarse. No quería pelea. Nunca quería. Solo quería que lo dejaran tranquilo e irse a casa, pero estaba harto de Justin y sus esbirros.

—Eres muy valiente con tus dos matones detrás, ¿verdad? Lo que te pasa es que me tienes miedo, y haces bien en tenerlo.

—¿Qué?

—Que si no tuvieras a tus sombras ahora mismo te estarías cagando.

La respuesta de Justin fue un puñetazo en el estómago. Corbin se dobló, con una mano en el abdomen, la otra buscando apoyo en el contenedor. El golpe le cortó la respiración y algo dentro de él se encendió como una llamarada que recorrió todo su cuerpo. No era miedo, precisamente, era rabia. Rabia acumulada por días, por semanas… Rabia llenando el vacío que dejaba su padre ausente, que ensanchaba cada mirada cruel que le habían lanzado en el instituto, cada cuchicheo a sus espaldas. Con un movimiento rápido y sorprendente incluso para él, levantó el puño y le dio un golpe a Justin en la mandíbula.

El líder del trío cayó hacia atrás, aturdido, soltando un resoplido ahogado. Los ojos de Justin se abrieron como platos, llenos de sorpresa e indignación. Tyler no tardó en reaccionar: se lanzó sobre Corbin, empujándolo contra la pared del callejón. Corbin apenas tuvo tiempo de esquivar uno de los golpes, aunque le dio en el costado, haciéndole gruñir de dolor.

—¡Maldito psicópata marica! —gritó Tyler, mientras descargaba una serie de puñetazos torpes y llenos de fuerza sobre él.

Matty, el más pequeño, dudó un instante, mirando a su líder y luego a Corbin. Finalmente se sumó al ataque. Sus golpes eran menos precisos, patadas nerviosas, puñetazos torpes. No por eso

dolían menos. Corbin recibía embestidas por todos lados y sus piernas empezaban a flaquear. Aun así, no cedió. Entre un golpe y otro, logró girar sobre sí mismo y descargar un puñetazo en la mejilla de Tyler que lo hizo retroceder tambaleándose. Justin, recuperado de su sorpresa inicial, lanzó un manotazo que le derribó sobre un montón de cajas vacías. El sonido del cartón doblándose bajo su peso se mezcló con la risa cruel y los chillidos del grupo.

Un grito se unió al escándalo que estaban armando, esta vez de alguien que se asomaba desde la acera e hizo que los abusones dudaran un instante. Corbin, jadeando y con el rostro enrojecido, apenas notó la presencia de Ewan al principio. Solo cuando vio su sombra proyectarse sobre el grupo supo que no estaba solo.

—¡Eh! —gritó Ewan, lanzándose hacia ellos—. ¡Dejadlo!

Justin se giró, furioso, aunque la rabia de Ewan lo hizo titubear. Ewan empujó a Tyler con fuerza, apartándolo de Corbin, mientras Matty retrocedía con miedo evidente. Corbin se levantó del suelo, los nudillos sangrando y los pantalones rasgados, sintiendo una mezcla extraña de alivio y furia que le quemaba por dentro.

—¡Basta! —gritó Ewan, pero Corbin no se contuvo—. ¡No más!

En un arranque de ira, Corbin se lanzó de nuevo hacia Justin. No solo se estaba defendiendo, era una explosión de años de miedo y golpes silenciosos, de miradas que le decían que no valía, de dolor que nadie más veía. Sus puños volaban de manera instintiva, golpeando a Justin, a Tyler y a Matty cuando intentaban acercarse. Ewan se interpuso, bloqueando un golpe defensivo que iba directo a Corbin, y enseguida sus brazos se enredaron en un intercambio de empujones y puñetazos con Justin.

El callejón era un caos de cuerpos y gritos. Los adultos que se asomaban permanecían inmóviles; la violencia adolescente era algo inevitable, ajeno a ellos. Algo que siempre pasaba y que nunca tenía consecuencias. Algo que casi era necesario para aprender a ser adultos. Corbin sentía cada golpe. Y también sentía algo nuevo:

protección, la certeza de que no estaba solo. Cada puñetazo que lanzaba era también un grito contenido durante años.

Finalmente, con un golpe certero de Ewan, Justin tropezó con los contenedores y cayó, mientras Tyler y Matty retrocedían, confundidos y atemorizados por la inesperada fuerza de los dos chicos. El silencio llenó el callejón. Los abusones se miraron entre ellos y, murmurando insultos, se alejaron a toda prisa, dejando tras de sí cajas desordenadas y restos de cartón y plásticos rotos. Un par de adultos que aún miraban desde la boca del callejón se alejaron encogiéndose de hombros.

Corbin cayó de rodillas, respirando con dificultad, las manos cubiertas de cortes y arañazos, el pelo pegado al sudor y la sangre. Ewan lo alcanzó, jadeando, y le puso una mano firme en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó, la voz entrecortada por la adrenalina.

Corbin asintió lentamente, aunque sentía el dolor en cada músculo y cada hueso golpeado. Se dejó ayudar a levantarse, y por un instante, los dos chicos permanecieron así, hombro con hombro, compartiendo el silencio que seguía a la tormenta. No hacía falta decir nada.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban magullados, con moratones y heridas, la ropa rasgada y las narices sangrantes.

—Eso ha sido la hostia —comentó Ewan con una risa dolorida—. No pensaba que podías dar esos puñetazos con lo tirillas que eres.

—Estoy harto de esos imbéciles…

—No creo que vuelvan a meterse contigo, no están acostumbrados a recibir de su medicina.

Corbin suspiró, mirando el aspecto de Ewan.

—No deberías haberte metido, te vas a buscar problemas.

Ewan se encogió de hombros y se miró la ropa. Tenía la sudadera manchada de sangre y un desgarro en la manga.

—No me preocupan esos perdedores. Vamos, te acompaño a casa, estás hecho una mierda.

—¿Tú te has visto a ti?

Rieron sin ganas, disimulando el nerviosismo que atenazaba sus estómagos. Ewan recuperó su bicicleta y dejó que Corbin caminara apoyándose en ella. Juntos, fueron cojeando hacia el sendero que llevaba a la cabaña en el bosque.

***

Conduzco de vuelta hacia Ashwood por la carretera principal, con la radio apagada y la libreta apoyada en el asiento del copiloto mientras repaso mentalmente lo que sé y, sobre todo, lo que no. Nombres, fechas, la reacción del señor Hargreeve, la gente que se perdió en el bosque y nunca volvió. Son historias cerradas a la fuerza, detenidas en el tiempo para siempre y olvidadas por todos.

Algo me incomoda al darle vueltas a todo esto. Alguien en el pueblo debe saber algo, y estoy evitando activamente pensar en Corbin, lo sé, y tal vez eso hace que se me encienda la bombilla: no he pensado en los Maliseet.

Viven pegados al pueblo, pero en Ashwood siempre se ha hablado de la reserva como si estuviera lejos, como si fuera otro mundo. No es por la distancia, porque la reserva está muy cerca del pueblo, a apenas dos kilómetros. Es por costumbre, la de darlos por sentado, la de no meterse en sus asuntos. Es otro mundo, otra lógica y otra gente, eso dicen siempre en el pueblo. Crecí sabiendo que estaban ahí, compartiendo bosque, carreteras secundarias, límites difusos que nadie sabía trazar del todo, aunque ellos nunca formaron parte de la conversación, solo eran notas al pie, incluso cuando se hablaba de los trabajos mal pagados del pueblo o de los hombres que iban y venían del aserradero.

Es más fácil investigar cuando miras solo donde estás acostumbrado a mirar, sin embargo, eso no te lleva a ninguna parte.

Reduzco la velocidad al pasar el cruce. La señal es pequeña, no quiere ser vista por quienes no saben dónde van. «Territorio Maliseet». No había venido hasta aquí desde que era un crío, y aún entonces lo hice solo de pasada, acompañando a mi padre en el coche, sin bajar la ventanilla y sin hacer preguntas.

Pienso que quizá no quieran hablar conmigo mientras giro el volante.

Si alguien ha visto desaparecer gente en este bosque serán ellos y si hay historias que nunca llegaron a los periódicos ni a los archivos del *sheriff*, no estarán en Ashwood, sino aquí. La carretera se estrecha y el pueblo queda atrás. No queda nada visible de él. Así de sencillo es separar ambos mundos.

El paisaje cambia despacio: casas bajas, algunas prefabricadas, otras de madera vieja, camiones aparcados junto a porches con muebles usados, patios en los que conviven juguetes infantiles y herramientas oxidadas. No es un lugar aislado, aunque se cuida de los extraños. Enseguida noto miradas curiosas o directamente hostiles, ninguno de los viandantes con los que me cruzo es indiferente a la nueva presencia.

La oficina tribal está en un edificio funcional, de una sola planta, con un mástil sin bandera y un aparcamiento medio vacío. Aparco y me quedo un momento dentro del coche, respirando hondo. No sé si esto es buena idea, pero creo que vale la pena intentarlo.

Dentro hay un mostrador, un par de sillas de plástico y varios tablones llenos de anuncios de reuniones, talleres, avisos legales y horarios de la escuela y el centro de salud. Detrás del mostrador, un hombre de mediana edad con el pelo recogido en una coleta levanta la vista cuando me acerco y me mira intentando reconocerme activamente.

—¿Sí?

—Buenos días. Busco al jefe de la policía tribal. Me gustaría hablar con alguien sobre unos asuntos antiguos relacionados con el

bosque.

Me observa en silencio, evaluándome sin disimulo.

—No está —responde con cierta sequedad—. Y no va a estar hoy.

—¿Sabe cuándo podría volver?

—No. —Pausa—. ¿Nombre?

Dudo un segundo antes de decirlo.

—Ewan Abrams.

La reacción es inmediata. No es sorpresa, es desdén y cansancio.

—Entonces no hay nada que hablar —dice, ya sin mirarme, volviendo a lo que estaba haciendo antes de atenderme—. Ya zanjamos el asunto.

No levanta la voz ni está enfadado. Es peor: da la conversación por terminada antes de que empiece. Me dispongo a insistir cuando una voz femenina irrumpe desde una puerta lateral.

—¿Abrams?

Ella aparece con una carpeta bajo el brazo. Ronda los cuarenta y lleva unas gafas que se desliza hacia arriba con un gesto automático. Me mira con atención, no con hostilidad.

—Soy el hijo de Leonard Abrams —aclaro, adelantándome a la pregunta—. No he venido en su nombre.

El hombre del mostrador chasquea la lengua.

—No es buen momento, tenemos trabajo que hacer.

—Siempre tenemos trabajo —responde ella—. Déjale hablar. —Se vuelve hacia mí—. Soy Elaine Polchies, trabajo aquí como asesora legal del consejo. Si lo que busca tiene que ver con tierras, acuerdos antiguos o conflictos con el pueblo… puedo escucharle.

No sonríe. No me invita a sentarme, pero tampoco me está echando. Eso ya es algo.

—Gracias. No tiene nada que ver con eso, en realidad. Mi padre ha desaparecido… —No hay sorpresa en ninguno de los dos. Lo saben de sobra— estoy investigando sobre antiguas desapariciones en el bosque.

Se miran entre sí. El hombre se desentiende encogiéndose de hombros. Elaine me observa y me hace un gesto para que entre en su despacho. Mientras cruzo la oficina, siento la mirada de su compañero clavarse en mi espalda.

—La policía estatal ya pasó por aquí. Y también habló con nuestra policía tribal. Le dijimos todo lo que sabemos, que no es mucho. Su padre no pasaba por esta zona del bosque.

Me siento en la silla frente a su escritorio. Ella no me ofrece nada, aun así, tampoco es deliberadamente hostil como el hombre de la recepción.

—Llevo mucho tiempo fuera de Ashwood, me da la impresión de que mi padre no tenía buenas relaciones con la reserva.

—Ningún blanco con intereses en nuestro territorio las tiene. El señor Abrams lleva mucho tiempo tras unos terrenos protegidos que no tenemos la intención de ceder.

Aprieto los labios. No tenía ni idea de eso. Mi padre dejó de compartir conmigo cualquier cosa que tuviera que ver con su negocio cuando decidí dedicarme a la escritura. Me siento incómodo y avergonzado, como si solo por estar aquí estuviera perturbando a toda una comunidad.

—No lo sabía… Yo solo estoy intentando investigar por mi lado.

—Lo comprendo, pero no creo que podamos ayudarle. Muchos *wapuhkiyik* se pierden en el bosque por confiados o por imprudentes.

—Mi padre no era ninguna de esas cosas. —Ella se me queda mirando sin decir nada—. Da igual. Creo que hay paralelismos con antiguas desapariciones.

Saco la libreta y la dejo sobre la mesa, la empujo hacia ella para que lea los nombres.

—Robert Mercer, Alan Brooks, Peter Lawson y… mi padre. Hay más desaparecidos si vamos más atrás en el tiempo, mire —le señalo la lista completa.

Ella agarra la libreta y lee los datos, apoyándose las gafas de nuevo en la nariz. Durante unos largos minutos mira los nombres y no dice nada. Se toma su tiempo para elegir las palabras.

—Si su investigación necesita un culpable, no lo encontrará aquí.

Aunque entiendo el recelo de la gente de la reserva, no sé por qué cree que estoy intentando inculpar a su comunidad.

—No busco culpables, solo explicaciones.

—Todo el mundo dice eso al principio.

—Solo soy un hijo preocupado por la suerte que ha corrido su padre, señora Polchies. No es posible que el bosque se lo haya tragado sin devolver ni sus restos, y es extraño que haya pasado tantas veces. Sé que su pueblo está más atento a lo que sucede en la espesura…

Elaine deja la libreta sobre la mesa con cuidado y la empuja hacia mí.

—Se equivoca —dice, y hace una pequeña pausa—. No estamos más atentos porque tengamos una conexión mística con el bosque. No lo olemos mejor, no lo escuchamos hablar ni sabemos cosas que ustedes no puedan saber. —Se quita las gafas y me mira con un gesto de cansancio. Me siento como un crío ahora mismo—. Ese es un tópico cómodo para romantizarnos o para culpabilizarnos, según convenga, pero no es verdad.

Aprieto los dedos contra la rodilla, incómodo.

—No quería decir eso…

—Ya —responde antes de que pueda terminar—. Por eso no le estoy echando de aquí. Lo que sí es cierto es que conocemos este territorio desde antes de que tuviera límites claros, antes de que se parcelara y se le pusieran nombres que no eran los suyos. Y también sabemos que el bosque no funciona como ustedes esperan que funcione. —Hace una pausa breve, midiendo cuánto puede decir—. Si quiere una explicación, no la busque aquí. Ni en nuestras historias ni en nuestros archivos. Busque en los suyos. —Vuelve a dudar y termina por añadir—. Mapas antiguos. Planos de lindes y explotaciones forestales. Los de antes de que el pueblo creciera y de que el aserradero ampliara terreno. —Me sostiene la mirada—. Ahí es donde empiezan casi todos los problemas.

Capítulo 12

Corbin

Salgo temprano de casa, antes de que el sol salga del todo. Morrow se adelanta unos metros, el rabo en alto, feliz de reconocer cada olor como si fuera nuevo. El aire está frío y húmedo. Es ese frío amable del otoño, que despeja y limpia la atmósfera sin llegar a paralizarte. Esta es mi temporada favorita del año, a pesar de las lluvias y la oscuridad.

La niebla se enreda perezosa a los pies de los árboles y el sol empieza a filtrar sus primeros rayos desde el este, tiñéndolo todo de un suave resplandor dorado. Las hojas aún resisten en los arces, rojas y naranjas, y el suelo está cubierto de hojarasca crujiente. Ese sonido me encanta, me resulta relajante y acogedor. Aquí no hace falta aparentar nada, el bosque te acepta o no, y cuando lo hace eres consciente de ello, puedes sentir su abrazo.

Anoche vi luces extrañas moviéndose entre los troncos. No me gustó, pero tampoco me asustó como habría asustado a otros. No es la primera vez que las veo, ni soy el único que las ha visto. Hay épocas en las que están más activas y no dejo de pensar que la primera vez que las vi, fue antes de que Ewan se marchara. Después de que papá desapareciera. A la luz del día pienso que debí adentrarme en el bosque al verlas, descubrir quién se pasea por las noches con una linterna. Puede que sí, que en ese momento me asustaran como a cualquier mortal. Soy consciente de que el bosque, aunque me resulte acogedor y tenga mi hogar en él, sigue siendo un espacio salvaje, un lugar por domar que puede poner a prueba tu confianza en cualquier momento.

Aunque no siento el miedo que otros habitantes de Ashwood le tienen al bosque, no soy un inconsciente. En el bosque no solo hay animales haciendo su vida, también es escenario de tratos sucios,

contrabandos y el refugio perfecto para quien quiere escapar de sus propios errores.

Morrow se detiene de pronto y levanta el hocico. La observo. No gruñe ni se eriza, solo escucha. Yo también lo hago. Con los años he aprendido a prestar atención a lo que mi perra tiene que decir. El silencio no es hostil. Hay pájaros, el rumor de algo pequeño moviéndose entre la maleza, el goteo lento de la humedad cayendo de las ramas y el susurro de las hojas cuando se mueve el viento.

Camino un poco más, siguiendo el sendero que recorremos juntos casi a diario. Nuestra costumbre ha marcado un camino libre de maleza, un espacio que el bosque reserva para nosotros y con el que nos advierte de lo sensato: si no salís de vuestro sendero, todo irá bien. Paso la mano por la corteza rugosa de un pino al pasar, un gesto supersticioso. Siempre lo hago. Aquí crecí y aquí aprendí a estar solo sin sentirme abandonado, con la compañía de mis animales y de la naturaleza.

Lo de anoche me inquieta más ahora que entonces, según lo pienso. No estoy seguro de que fueran linternas. Estaban demasiado altas, tenían un color azul verdoso, fantasmagórico, y no eran haces de luz, solo resplandores.

Doy media vuelta cuando el sol ya ha ganado fuerza y la niebla empieza a deshilacharse. Morrow corre hacia mí al llamarla y se coloca a mi lado, satisfecha, cumplida una parte de un trato tácito entre nosotros. Regresamos a casa por el mismo camino cuando algo rompe la armonía de todos los días.

Morrow se detiene. Yo también lo hago aunque al principio no sé por qué. Al observar con más atención, lo veo. Frente a mí, en el tronco de una haya joven, hay una marca.

El símbolo está tallado en la corteza, a la altura del pecho. No es grande, es de líneas firmes, formando algo que no reconozco del todo: una especie de círculo incompleto atravesado por una línea

vertical, con dos cortes oblicuos a los lados. No es decorativo, ni es un garabato o una señal de enamorados.

Me acerco y paso los dedos por el borde del corte. La madera es clara, casi blanca, todavía húmeda. Es reciente, muy reciente. Me pregunto si estaba ahí cuando hemos pasado por delante hace un rato.

Morrow olisquea el tronco y luego me mira, ladeando la cabeza como si estuviera preguntándose lo mismo. No detecta nada raro, no ladra, solo sabe que estoy preocupado. Saber que estamos solos en el bosque me tranquiliza más que cualquier explicación racional.

Miro alrededor. El bosque sigue siendo el mismo. No hay cambios en la luz, ni en los sonidos. El único cambio es esa marca, fuera de lugar, como una palabra mal escrita en una frase que conozco de memoria. No forma parte de este paisaje que es como una extensión de mi casa.

Me enderezo despacio y respiro hondo. Pienso en la gente que suele transitar el bosque, en los *Wolastoqiyik* que lo conocen como la palma de sus manos y tienen sus propios ritos y tradiciones. Si pienso que han sido ellos, mi ánimo se calma al instante. Sé que no es ninguna señal que esté marcando una acción futura que vaya a dañarme. Sé que no han sido maleantes.

—Vamos —le digo a Morrow con más firmeza.

Emprendemos el camino de vuelta. No corro ni miro atrás. El bosque me acompaña y la imagen del símbolo se queda conmigo, clavada en mi mente como una astilla. Y pienso en ella hasta que llega el recuerdo.

***

La cabaña estaba en silencio cuando llegaron. Ewan apoyó la bicicleta contra la valla. Corbin abrió la puerta y entró primero, pero su amigo se quedó un segundo en el umbral, sorprendido.

El interior estaba ordenado como nunca lo había visto. No había platos en el fregadero, ni ropa tirada sobre las sillas, la mesa estaba despejada y el suelo barrido. No parecía la casa de un chico cuyo padre llevaba más de un mes desaparecido. Ni siquiera parecía la casa de Robert Mercer cuando Robert Mercer vivía en ella. En sus pocas visitas, siempre la encontró desordenada y sucia. A todas luces, una vez solo, Corbin se estaba aferrando a la rutina para sobrellevar la situación.

—Voy a por el botiquín —dijo Corbin, sin mirarlo, y desapareció por el pasillo.

Ewan se sentó en el sofá. Le temblaban todavía las manos. Se miró los nudillos hinchados, la sangre seca en la manga de la sudadera. La adrenalina comenzaba a dejar paso al dolor que le latía en la nariz. Cuando Corbin volvió, llevaba el botiquín bajo el brazo con un gesto concentrado. Se sentó frente a él, abrió el estuche y empezó a limpiarle las heridas de la cara. Ewan siseó.

—¡Ah! ¡Cuidado! —dijo sin levantar la voz.

—No seas quejica.

Corbin le pasó la gasa despacio, los dedos firmes y atentos, sabía exactamente cuánto podía apretar. El desinfectante escocía y Ewan aguantó sin volver a quejarse hasta que su amigo hubo terminado. Luego le quitó el botiquín de las manos.

—Ahora tú.

Corbin no protestó. Dejó que Ewan le limpiara la ceja abierta, un raspón en el pómulo y la sangre de la nariz. Se limpiaron los nudillos hasta que la mesa frente al sofá estuvo llena de gasas sucias. Ninguno comentó nada, aunque sus manos temblaban. Solo respiraban despacio, dejando que la calma tras el caos los tranquilizara.

—Así no puedo volver a casa —murmuró Ewan cuando terminaron—. La bronca de mi padre se escuchará en Rusia. Y como

se entere de que ha sido por esos gilipollas…

Corbin cerró el botiquín.

—Quédate aquí —dijo con naturalidad—. Puedes dormir en el cuarto de mi padre o en el sofá. Donde quieras.

Ewan lo miró, sorprendido, y luego asintió.

—Vale. ¿Seguro que no te molesto?

—Claro que no. Luego podemos jugar a la consola.

—¡Genial!

Usó el teléfono de Corbin para llamar a casa. Ewan se giró apenas, dándole la espalda, pero su amigo se fue a la cocina, sin prestar atención alguna a la conversación. Descolgó su madre, lo cual fue un tremendo alivio. Con su padre habría tenido que negociar. A su madre solo tuvo que ponerle una voz lastimera.

—Sí, en casa de Marcus. No, su padre no está, estaremos con su hermano mayor y su madre. Nos acostaremos pronto, prometido. Síííí —arrastró la «i» con un tono de hastío—. No faltaré al cole. Nunca falto, ni Marcus.

Estuvo escuchando en silencio un rato, y luego se despidió. Tras colgar, fue a la cocina. Corbin estaba sacando cosas de los estantes. Ewan tuvo tiempo de ver que estaban medio vacíos.

—Me ha caído bronca preventiva —dijo con una sonrisa—, pero cuela.

—Bien, mañana le puedes decir que te diste una buena piña con la bicicleta.

—Algo así tendré que inventar.

Corbin dejó la pasta sobre la encimera y abrió la nevera: un par de salchichas y una cebolla pequeña, no había nada más. Ewan se acercó sin decir nada y llenó la olla de agua.

—Yo me encargo. Tú siéntate.

—No, tío, ya has hecho suficiente por mí hoy.

—Estás dolorido, te has llevado la peor parte. Siéntate y deja que haga mi magia de chef.

Ewan lo empujó fuera de la cocina.

—No sabes dónde están las cosas.

—Pues lo descubro. Que te pires.

Corbin cedió y fue al sofá de nuevo. Encendió la televisión y puso la PBS. R.E.M apareció tocando en un directo grabado en *Austin City Limits,* su programa favorito a falta de cable con el que ver los canales de música de los que todos hablaban. El olor de la pasta hirviendo llenó la cabaña. El de las salchichas chisporroteando en la sartén se unió al poco.

—Gracias —dijo Corbin cuando Ewan apareció al cabo de un rato con dos platos de pasta humeantes.

—Gracias tú —replicó como si estuviera contestando a un insulto. Dejó los platos en la mesilla y volvió a la cocina a por los vasos y los cubiertos.

Cenaron sin prisas, viendo la actuación de R.E.M y comentándola, y luego encendieron la consola. Jugaron como siempre, soltando comentarios sarcásticos, alguna risa breve y muchos codazos. Corbin tenía una PS1 con un montón de juegos de segunda mano que compraba en los foros de Internet cuando iba a la biblioteca. Su colección era la envidia de Ewan, que a pesar de tener juegos nuevos, no tenía el permiso de sus padres para tener tantos como quería, ni los que quería. En su casa la consola tenía un horario muy estricto y había temáticas, como la lucha, que no podía ni oler. Por eso las pocas veces que podía ir a casa de Corbin, siempre jugaban al *Tekken*.

Ninguno mencionó el callejón, ni a Justin, ni al padre de Corbin, aunque todo estaba allí, flotando entre ellos, transformando la aparente cotidianidad en confianza, una cercanía nueva que no necesitaba palabras para reforzarse. Cuando acabaron de jugar, Ewan se estiró en el sofá y Corbin apagó la luz principal, dejando solo la lámpara del rincón encendida.

—¿Prefieres dormir aquí?

—Creo que sí… —respondió Ewan echando una mirada a la puerta cerrada de la habitación del señor Mercer.

—Lo entiendo. Da un poco de mal rollo, aunque está limpia. Dame un momento, voy a sacarte las mantas.

Fue a su cuarto y sacó la ropa de cama, dejándola plegada en el respaldo del sofá.

—Si tienes frío o necesitas cualquier cosa, despiértame.

—Vale, no te preocupes. Buenas noches —dijo Ewan.

—Buenas noches.

Corbin se quedó un momento de pie, mirándolo. Luego fue al pasillo, cerró la puerta de su cuarto y se apoyó contra ella, respirando hondo. Por primera vez en semanas, la casa no se le cayó encima al llegar la noche.

Algo le despertó en mitad de la noche. Un golpecito suave en la ventana, casi gentil. Uña contra cristal.

Tac.

Corbin giró la cabeza muy despacio. La ventana estaba oscura, a pesar de eso, distinguía la silueta del marco, las paredes tenuemente iluminadas por el resplandor rojo del piloto de la pantalla de su ordenador. Se incorporó con cautela y apoyó los pies en el suelo. El frío de las tablas le subió por las piernas, real, incómodo.

Tac.

Se acercó a la ventana. No quería hacerlo, pero si no veía que solo era una rama, no podría dormir pensando que había algo allí. Alguien. El corazón le latía con fuerza.

Al otro lado del cristal había una silueta. No era la forma nudosa de ningún árbol. Era una persona. Al principio creyó reconocerla. La forma de la cabeza, ya calva en la parte superior, la postura encorvada, incluso la manera en que se inclinaba hacia la ventana le resultaron familiares. Durante un segundo absurdo pensó que era su padre. Robert Mercer, más delgado, más cansado, y allí, de vuelta, llamando a su ventana.

—¿Papá…? —intentó decir, casi no le salió la voz.

La figura levantó la cabeza y sus ojos se encendieron como dos luminarias fantasmagóricas de un azul muerto y verdoso.

No era un brillo humano, ni el reflejo de luz alguna. Era un resplandor intenso, que perforaba la oscuridad y se clavaba directamente en él. Corbin retrocedió un paso. La cara seguía teniendo algo de su padre, un eco retorcido, como un recuerdo mal reconstruido.

Vio con horror cómo abría la boca. La abría demasiado. La mandíbula descendió hasta un límite más allá de lo posible y de ella brotaron dientes largos, afilados e irregulares como los de un pez abisal. El ser sonrió —o algo parecido— y apoyó una mano contra el cristal.

La mano era enorme. Los dedos, excesivamente largos, terminaban en uñas negras y curvadas que repiquetearon contra la ventana con insistencia.

Tac. Tac. Tac.

La criatura se irguió. Era mucho más alta de lo que Corbin había pensado. Su cuerpo se desplegó lentamente, articulación tras articulación, chasqueando, hasta quedar encorvada sobre la

ventana, ocupándolo todo. El bosque se empequeñeció a su alrededor y un frío punzante transformó el aliento entrecortado de Corbin en una nubecilla blanca. Los ojos brillaban con más fuerza ahora, fijos en él, reconociéndolo.

Las uñas arañaron el cristal.

Corbin quiso gritar. Quiso moverse y no pudo.

La criatura inclinó la cabeza, lo estudió y volvió a golpear la ventana, con más fuerza.

Y esta vez pudo gritar. El sonido salió de su garganta, desesperado, arrancándolo del sueño de golpe. Se incorporó en la cama empapado en sudor, el corazón desbocado, el pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido durante horas. La habitación estaba a oscuras. La ventana, intacta. Silenciosa.

Hacía mucho frío.

Casi al instante, oyó la voz de Ewan al otro lado de la puerta.

—¿Corbin? ¿Estás bien?

Tardó unos segundos en poder responder. Se llevó una mano a la cara, respiró hondo y tragó saliva.

—No —consiguió decir con voz temblorosa—. ¿Puedes entrar…?

La puerta se abrió despacio y Ewan se asomó temiendo encontrar algo roto dentro de la habitación. Corbin estaba sentado en la cama, inclinado hacia delante, la camiseta pegada a la piel por el sudor y el pelo revuelto. Respiraba rápido, con las manos apoyadas en las rodillas, parecía no haber salido del todo de la pesadilla.

—Cierra… —pidió en voz baja—. Por favor, cierra las contraventanas.

Ewan no preguntó. Entró y cerró la puerta con cuidado, luego fue hasta la ventana. Las hojas de madera crujieron suavemente al

cerrarse, ocultando cualquier atisbo del exterior. El cuarto quedó envuelto en una penumbra acogedora, rota por la luz anaranjada del flexo sobre el escritorio. Cuando se giró, Corbin seguía igual, encogido sobre sí mismo. Se acercó despacio y se sentó a su lado en la cama. No lo tocó al principio. Solo estuvo allí, cerca, lo bastante cerca como para que Corbin supiera que no se había ido.

—Ha sido… muy real —murmuró Corbin al cabo de unos segundos—. Pensé que estaba ahí de verdad.

Ewan tragó saliva.

—Era un sueño —dijo poniéndole la mano en la espalda—. Solo una pesadilla.

Corbin negó con la cabeza. Se pasó una mano por la cara, dejándola un momento apretada contra los ojos.

—Creo que a mi padre le pasó algo horrible —susurró—. Algo que no entiendo. Algo que… —La voz se le quebró—. Creo que es culpa mía.

—¿Cómo va a ser culpa tuya?

Corbin se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Discutimos. Le dije cosas. Que estaba harto, que lo odiaba. Que ojalá se fuera y desapareciera. Discutimos muy fuerte, fue muy violento y… me pegó, se volvió loco. Pensé que sería capaz de matarme. Yo me defendí… y no sé qué ocurrió, corrió hacia el bosque y desapareció. —Las palabras empezaron a atropellarse. La respiración se le volvió irregular—. Si no hubiera dicho nada… si me hubiera callado… —Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar, sin intentar contenerse.

A Ewan se le encogió el corazón. No pensó, simplemente lo rodeó con los brazos y lo apretó contra él en un abrazo desesperado. Le dolía escuchar el desgarro con el que lloraba, le dolía no haberse dado cuenta de lo que sucedía en esa casa. Lo había tenido siempre delante y no había querido verlo. Los moratones que achacaba a los

abusones, el tiempo que Corbin pasaba fuera de casa, el miedo que tenía a llegar tarde, a cabrear al señor Mercer.

Corbin se quedó rígido un segundo, sorprendido, no parecía saber qué hacer con aquello. Y no lo sabía. Era la primera vez que recibía un abrazo como ese, desinteresado, tan protector que el consuelo lo hizo llorar más de puro alivio. Se aferró despacio a la sudadera de Ewan, con una fuerza creciente y desesperada, hundiendo la cara en su hombro. El llanto le sacudía el cuerpo entero, incontrolable.

Ewan apoyó la mejilla sobre su pelo y lo sostuvo con cuidado, como temiendo romperlo si apretaba demasiado.

—No estás solo —dijo, muy bajo—. No lo estás. Estoy aquí.

No sabía cuándo había decidido eso. Y al decirlo, supo que era verdad. Sintió algo nuevo, intenso, una certeza extraña: no quería que Corbin sufriera nunca más. No quería que nadie volviera a hacerle daño.

Corbin respiró hondo varias veces, poco a poco, hasta que el temblor fue cediendo. Seguía abrazado a él. Nunca nadie lo había abrazado así. Sin prisa. Sin exigir nada a cambio. Solo para sostenerlo.

—Gracias —susurró con la voz ronca.

Ewan iba a responder algo, cualquier cosa, cuando Corbin se movió lo justo para levantar la cabeza. Sus caras quedaron muy cerca. Se miraron. Los ojos de Corbin aún estaban húmedos. Los de Ewan, brillantes y atentos. Ninguno se apartó, aunque los dos sabían lo que estaba sucediendo.

Fue un gesto mínimo. Sus cuerpos decidieron antes que sus cabezas. Lo supieron, siempre lo habían sabido. Los labios se rozaron primero, inseguros, y luego se buscaron de verdad, suaves y torpes. Las respiraciones entrecortadas escapaban en el intercambio

tímido, que poco a poco ganaba confianza ante la ausencia de rechazo.

—No te vayas —murmuró Corbin.

Ewan apretó más el abrazo, deslizó las manos por la espalda de su amigo.

—No me voy.

Corbin levantó la cabeza otra vez y ya no hubo sorpresa, solo una certeza nueva, vibrando entre los dos. El beso volvió a suceder, distinto. Más largo y menos torpe. Ya no fue un accidente, fue una elección silenciosa. Sus cuerpos inexpertos reaccionaban, despertaban a un deseo que se tejía en las emociones compartidas. No hubo dudas ni preguntas, solo la necesidad de conectar, la que habían tenido siempre, en cada mirada en la biblioteca, en la complicidad que compartían al margen de todo el mundo. Corbin se tensó un segundo y luego se relajó por completo; algo dentro de él había encajado. El mundo, el bosque, su padre, el miedo… todo quedó lejos.

Ewan le levantó la camisa del pijama y Corbin se dejó hacer, confiado, aprendiendo sobre la marcha lo que significaba que alguien lo deseara. Se tumbaron sin darse cuenta, entre las sábanas aún frías, buscándose a tientas. Fue Ewan el primero en atreverse a meter la mano en el pantalón de su amigo. Tomó su sexo con una caricia inexperta y decidida, que envalentonó a Corbin a hacer lo mismo con él. Se exploraron con una mezcla de nervios y urgencia contenida. Cada roce era nuevo. Cada respiración compartida y jadeo ahogado, un descubrimiento.

No hicieron falta palabras. Sus cuerpos lo entendieron todo. Fue rápido y maravilloso, un latigazo de placer que fundió sus gemidos e hizo que se apretaran el uno contra el otro. Cuando el temblor pasó y el silencio volvió a asentarse en la habitación, Corbin seguía aferrado a Ewan, exhausto y en paz. Ewan lo rodeó con los brazos, protector, consciente de que algo irrevocable acababa de empezar.

Se quedaron así, respirando juntos, hasta que el sueño los alcanzó.

La mañana se filtraba por las rendijas de las contraventanas. Corbin fue el primero en despertarse y durante un segundo no supo dónde estaba ni por qué se sentía tan ligero. Luego notó el peso tibio a su lado, una respiración tranquila y familiar que le devolvió los recuerdos de la noche pasada. Un calor repentino le subió hasta las mejillas y amenazó con excitarlo.

No quiso que eso sucediera. No estaba seguro de cómo iba a despertar Ewan. De si se iba a arrepentir, a avergonzarse o a querer huir. Se levantó con cuidado, procurando no despertarlo, y fue a la cocina.

Hizo lo único que sabía hacer con lo poco que tenía: tostadas. El pan estaba algo duro, pero la mantequilla de cacahuete lo arreglaba casi todo. Puso dos platos sobre la mesa baja del salón justo cuando Ewan apareció, despeinado, con la sudadera arrugada y cara de no haber dormido mucho… Y aun así, sonreía. No parecía enfadado, ni siquiera avergonzado. Era el de siempre.

—Huele bien —dijo.

—Solo son tostadas… —respondió Corbin—. No tengo mucho en la nevera.

—No importa, seguro que están buenísimas y estoy muerto de hambre.

Se sentaron en el sofá, con las rodillas casi tocándose, y desayunaron en silencio. No fue incómodo. No del todo. Resultaba natural. Hicieron algunos comentarios sin importancia —el frío, el instituto, que la PBS no ponía nada interesante por la mañana— como si no hubiera nada más flotando entre ellos. Como si lo de la noche anterior hubiera sido tan normal e inevitable como acabar jugando a la consola cuando se juntaban.

Pero nada era normal para Corbin. Las mariposas en el estómago aparecieron cuando Ewan se rió con la boca llena. Cuando sus dedos se rozaron al coger el cuchillo, cuando pensó, de nuevo, en la noche. En el calor compartido. En la sensación de no haber estado solo. A pesar de todo, del bosque, de su padre y del miedo, se sentía feliz. Y eso lo asustaba un poco.

Ewan se puso la chaqueta y salió con él al jardín. El aire era frío y limpio. El bosque era el mismo de siempre, aunque ellos hubieran cambiado.

—Oye —dijo Ewan, montando en la bicicleta—. ¿Nos vemos esta tarde en la biblioteca?

Corbin asintió demasiado rápido.

—Sí. Claro.

Ewan sonrió, una de esas sonrisas luminosas, que siempre decían más de lo que mostraban, y se alejó pedaleando por el camino de tierra. Corbin se quedó mirándolo hasta que desapareció entre los árboles.

Cuando iba a regresar adentro para vestirse e ir al colegio, algo llamó su atención cerca de la valla, en uno de los árboles más próximos a la cabaña. No era una sombra ni una rama rota. Era una especie de marca.

Se acercó despacio. El corazón empezó a latirle con fuerza.

En la corteza, a la altura del pecho, había algo grabado. No era profundo, aunque sí reciente. Las líneas estaban limpias, eran deliberadas, no el arañazo de ningún animal. Alguien había dibujado un símbolo. Un patrón que no recordaba haber visto antes.

Corbin alargó la mano, dudó un segundo y rozó la madera. De pronto, la felicidad que sentía se volvió frágil.

Capítulo 13

La *sheriff* Ward está en casa cuando termino de darme la ducha matutina. No salgo del baño, al entreabrir la puerta escucho las voces en el piso inferior. No llego a oír toda la conversación, tampoco me hace falta. Conozco ese tono, un poco frío y distante. Le explica que la búsqueda va a pasar a la siguiente fase, que ya no peinarán el bosque con el mismo énfasis, que ahora todo será más estratégico. Es una forma educada de decir que se están rindiendo.

Lo que me desconcierta no es la noticia, ya la esperaba, sino la reacción de mi madre. Le ofrece café, hace las preguntas justas, no se derrumba. No se enfada. Acepta lo que Ward le dice porque lleva días preparándose para oírlo, porque ya lo tiene asumido. Tengo la impresión de que mi madre se rindió el mismo día en que mi padre desapareció y está resignada a lo que le ha tocado vivir.

Cuando la *sheriff* se va, la casa no se queda vacía. Las mujeres del Club de Lectura empiezan a llegar. Una trae magdalenas. Otra se pone a hacer café. Se sientan en la cocina y hablan de libros, de recetas, de cosas pequeñas y sin importancia. Nadie menciona el bosque ni a mi padre. Ni siquiera cuando yo aparezco y me sirven el café y las magdalenas recién hechas.

Observo a mi madre mientras charlan, agradecida y serena, y siento una incomodidad que no sé racionalizar. Creo que están metidas en un papel que yo no he ensayado, que aún no estoy preparado para interpretar. El pueblo ha decidido, en silencio, que ya es momento de acostumbrarse a la ausencia y que la vida sigue.

Yo soy incapaz de resignarme a eso. No digo nada, no quiero perturbar la paz aparente de mi casa. Dejo a mi madre con sus amigas y salgo directo al Ayuntamiento, con las palabras de Elaine Polchies repitiéndose en mi mente.

«Si quiere una explicación, no la busque aquí. Ni en nuestras historias ni en nuestros archivos. Busque en los suyos».

La bandera se agita descolorida junto al Ayuntamiento. Es un edificio bajo, de madera clara algo desgastada. Dentro, en el recibidor, hay un tablero lleno de avisos y anuncios que se han ido acumulando con los meses. Hay un silencio formal, frío, roto por el zumbido de un fluorescente que parpadea en el mostrador. Tras él está Marge, una mujer que ha sobrepasado la edad de jubilación y que a estas alturas se ha convertido en patrimonio del pueblo. Nadie se imagina el Ayuntamiento sin ella.

Marge levanta la vista cuando me acerco y se ajusta las gafas de pasta amarillas sobre la nariz.

—Oh, Ewan Abrams, hacía mucho que no te veía por aquí.

—Me gustaría haber venido por otros asuntos, pero al menos me alegro de ver que sigues aquí, al pie del cañón.

—Siento mucho lo de tu padre. No pierdas la fe, seguro que aparece más pronto que tarde. Es un hombre muy querido por el pueblo, muy importante.

—Lo sé, espero que tengas razón.

—¿Cómo está tu madre?

«Sorprendentemente bien», pienso. No voy a decir nada así, como es lógico.

—Es una situación muy dura, por eso sigo aquí. Voy a quedarme una temporada para que no esté sola.

—Eres un buen hijo, Ewan, a pesar de todo.

«¿A pesar de todo? ¿De qué todo? ¿De ser gay? ¿De ser una decepción para mi padre? ¿De ser un traidor al pueblo?».

Decido ignorar el comentario. No quiero ponérmela en contra sin haberle pedido lo que he venido a buscar.

—Busco información sobre los lindes del antiguo aserradero. Voy a escribir un libro sobre la historia de Ashwood mientras estoy aquí —le explico—. Planos, escrituras, cualquier cosa relacionada con el terreno me vendría bien.

La expresión de Marge cambia. La sonrisa se le apaga y parpadea una vez.

—Eso está registrado a nivel de condado —responde demasiado rápido.

—Por lo que sé aquí debería haber copias. Cambios de lindes, recalificaciones, ese tipo de información…

Suspira, se levanta, rebusca en un archivador que chirría al abrirse. Saca un par de carpetas, las hojea y vuelve a guardarlas.

—No tenemos nada útil —dice regresando a su sitio—. Es terreno antiguo y en desuso actualmente. Muchas cosas no se conservan y otras no te las puedo dar así como así.

—¿Nada? —insisto—. El aserradero fue una de las industrias principales del pueblo.

Me mira por encima de las gafas, ahora sí con algo parecido a una advertencia.

—Lleva años cerrado, casi tantos como los que tú llevas fuera.

No está diciendo que no puede ayudarme, lo que interpreto es que le incomoda que pregunte por el aserradero. Ni siquiera ha buscado, solo ha fingido que lo hacía.

—Entiendo… Está bien, Marge, perdona las molestias. Supongo que podré enfocarlo de otra manera. Saluda a tu familia.

Me despido con la sensación de que me he dado contra una pared invisible. El aserradero se cerró unos años después de la desaparición del señor Mercer, los inicios de la crisis económica hicieron insostenible el modelo de la antigua industria maderera y se llevó por delante el sector en el condado. Desde entonces el pueblo

vive del poco turismo que recibe y de los servicios. El cierre del aserradero fue un trauma para Ashwood, uno del que nadie quiere hablar, y tengo la impresión de que el pueblo quiere limitarse a morir junto a sus secretos en silencio.

La llovizna ha empezado mientras estaba dentro y ahora cubre la calle principal con un brillo opaco. Las fachadas de madera parecen más viejas y oscuras bajo el cielo gris. Camino sin paraguas. No importa, el agua fría me resbala por el pelo y por el cuello y me despeja, me ayuda a dejar de lado la frustración y a pensar. Tengo que pensar en algo. Si el pueblo no quiere hablar, tendré que buscar en otro sitio. Las palabras de Elaine Polchies vuelven a resonar en mi cabeza.

«Busque en los suyos».

Pienso en la biblioteca otra vez. Luego en mi casa. En los viejos documentos que mi padre guardaba en su despacho. Y entonces recuerdo la inmobiliaria.

El pensamiento me produce una resistencia inmediata. Nunca me ha gustado la oficina de mi padre. Durante años quiso que aquel lugar fuera mi futuro. La oficina, los clientes, los terrenos del condado pasando de mano en mano sobre su mesa. Siempre hablaba de ello como si fuera un destino inevitable, algo que yo acabaría aceptando tarde o temprano. La ley natural que dictaba que los hijos debían ser una extensión de sus padres.

Nunca me preguntó si yo quería esa vida, simplemente lo decidió.

Doblo la esquina de Main Street con una sensación desagradable creciéndome en el estómago. El edificio de Abrams Realty aparece al fondo de la calle, igual que en mis recuerdos. Las mismas ventanas altas, el mismo cartel de madera oscurecido por los años, goteando la lluvia sobre la acera como si estuviera llorando la ausencia de su dueño.

Hace muchos años que no me acerco a este lugar. Soy incapaz de recordar la última vez, o si lo he hecho durante alguno de mis cortos viajes de regreso. Y estos días, sin darme cuenta, he evitado incluso pasar por delante con el coche.

Ahora estoy aquí y algo en la puerta me hace parar en seco. Una banda amarilla reza: «POLICÍA. NO PASAR» y cruza el acceso de lado a lado. Me quedo un momento bajo la lluvia, mirándola. La inmobiliaria está cerrada desde que desapareció mi padre. Lo sabía, con todo, verla así, precintada, es distinto. Más definitivo.

Durante años fue un lugar lleno de gente. Clientes entrando y saliendo, llamadas, carpetas moviéndose de un lado a otro de la mesa de Leonard. Con el tiempo todo eso fue desapareciendo. Tras el cierre del aserradero mucha gente se fue de Ashwood y nadie estaba interesado en vivir en un pueblo tan pequeño y con tan pocas ventajas. El negocio ya no daba para mantener empleados y mi padre fue dejando marchar a la gente como lo había hecho el pueblo.

Desde hace un par de años trabajaba solo. Decía que era temporal, que pronto se jubilaría y se dedicaría a pescar y a la vida contemplativa. Ya estaba pensando en vender el local, cerrar la inmobiliaria y retirarse por fin. Nunca lo creí del todo. Leonard Abrams llevaba demasiado tiempo levantándose cada mañana para venir aquí y pasaba más tiempo sentado en el escritorio que en su propia casa.

Miro el interior a través del cristal empañado y siento un acceso de lástima. Este lugar fue su vida durante décadas, y ahora está vacío, silencioso, esperando a que alguien apague la luz y eche el cierre una última vez.

Una idea incómoda me pasa por la cabeza. Si pensaba cerrar, si el negocio estaba ya en sus últimos meses… ¿En qué podía haberse metido antes de desaparecer? ¿Habría intentado algo antes de darse por vencido?

Me acerco despacio al escaparate. El cristal está empañado por la humedad y el interior apenas se distingue. Solo alcanzo a ver el contorno de los muebles y la silueta del viejo archivador metálico que mi padre usaba para guardar documentos. Puede que ahí esté la clave de su desaparición y no puedo comprobarlo ahora mismo porque no tengo las llaves de la oficina. Pienso en regresar a casa y pedírselas a mi madre, puede que se niegue, no sé si sabe que hay un precinto. Si me las presta, podría echar un vistazo rápido y…

El ruido de un motor me hace volver la cabeza. El todoterreno de la *sheriff* Ward se detiene junto a la acera provocando un chirrido suave sobre el asfalto mojado. Veo a través del cristal que no parece sorprendida de verme allí. Apaga el motor, abre la puerta y se acerca sin apresurarse por la lluvia. Se refugia bajo el portal junto a mí e inclina la cabeza a modo de saludo.

—Señor Abrams.

No es un tono del todo amable, más que un saludo parece una reprimenda. La que sé que va a venir ahora.

—*Sheriff* Ward, buenos días.

Mira la cinta policial, luego la puerta, luego otra vez a mí. No es tonta, está sumando dos más dos.

—Creo recordar que ya tuvimos una conversación sobre esto.

—Solo estaba mirando, hace mucho tiempo que no paso por aquí.

—Supongo que no necesita que le informe de que saltarse este precinto es un delito.

—No, no pensaba en entrar —miento sin arredrarme.

—Eso espero, porque ya le dije que no conviene que juegue a los detectives.

La lluvia empieza a caer con más fuerza. Nos quedamos callados unos segundos, observando los chorros que caen desde la

canalización del tejado, que debe estar taponada.

—No estoy jugando, solo intento entender qué ha pasado.

—Comprendo que esté preocupado por su padre, yo también lo estaría si hubiera pasado en mi familia. Pero su trabajo ahora mismo no es investigar, es cuidar de su madre.

Tiene razón, supongo. No es mi trabajo y debería estar en casa cuidando de una madre a la que aún no he visto llorar y que está más que arropada por sus amigas. O, más bien, debería estar de vuelta a San Francisco, a mi vida, a seguir fingiendo que Ashwood no existe y que aquí nunca pasa nada. Miro la cinta amarilla que cruza la puerta.

—¿Ha encontrado algo aquí?

—Si hubiera novedades relevantes se lo comunicaríamos. Le recomiendo que vuelva a casa —añade—. Y que deje la investigación en manos de quienes saben hacerla.

Sostengo su mirada un instante más. No puedo evitar pensar en Hargreeve, en si ella ha seguido con el legado del anterior *sheriff* y está ocultando convenientemente ciertos asuntos. No tiene mucho sentido, no los imagino colaborando en asuntos turbios con la opinión terrible que el antiguo *sheriff* tiene de ella.

—No interferiré, se lo prometo.

Yo también sé ser ambiguo, y ella no está muy contenta con la respuesta a tenor de cómo levanta la ceja.

—Me tendré que conformar con eso… ¿Tiene el coche cerca?

—Aparqué frente a la biblioteca y vine dando un paseo —digo mirando la lluvia con cara de circunstancias.

La *sheriff* asiente y hace un gesto con la cabeza, señalando su todoterreno.

—Suba, le dejo allí.

No discuto. Las cosas con Ward no son precisamente cómodas, pero la lluvia ya cae con demasiada fuerza y, aunque no fuera así, sé que esto no es solo cortesía. Rodeo el coche y me subo al asiento del copiloto. El interior del todoterreno está limpio y cuidado a pesar de la antigüedad del vehículo. Ward arranca y se pone en marcha con suavidad por la avenida.

—Antes de aceptar el puesto aquí trabajaba en Portland. Nací allí.

La miro.

—Ah, no lo sabía. Aunque supuse que no era de Ashwood. Es un cambio muy grande…

—Eso es una forma muy suave de decirlo —dice con un amago de sonrisa.

Gira el volante para incorporarse a la calle principal. El limpiaparabrisas va y viene con un ritmo constante. Chirría un poco contra el cristal.

—En una ciudad grande nadie te mira dos veces. Aquí todo el mundo sabe quién eres antes de que abras la boca y todo el mundo tiene una opinión formada sobre ti.

—Sé lo que es.

Ella asiente.

—Ser la *sheriff* nueva no ayuda. Ni ser de fuera. —Hace una pequeña pausa—. Ni ser mujer. Mucha gente sigue creyendo que estoy menos preparada por ello, que si tengo que salvarlos heroicamente en alguna situación, no podré levantarlos a pulso y rescatarlos como si fuera el forzudo de una serie de dibujitos.

Suelto una risa baja. No es gracioso, en realidad es triste que esas ideas sigan enraizadas en la comunidad. No es ninguna sorpresa.

—Ashwood no es precisamente un lugar fácil para abrirse paso. El progreso siempre llega con bastantes años de retraso.

—No es fácil, y usted lo sabe de sobra. Su caso es diferente del mío, usted se marchó a la ciudad buscando un futuro mejor. Yo lo busco aquí. A pesar de sus cosas malas, Ashwood tiene cosas muy buenas. En la ciudad no existe este arraigo, esta sensación de comunidad capaz de todo para sobrevivir y apoyarse en las malas. Ni este entorno.

—Sí. Creo que nosotros acabamos por normalizarlo… Aunque yo nunca me he sentido muy parte de la comunidad.

Ward asiente, como si esa respuesta confirmara algo que ya tenía claro.

—No quiero apartarlo del caso —responde, yendo al grano—. Usted sabe que la gente habla y rara vez dice lo que piensa de verdad. Y si alguien empieza a hacer demasiadas preguntas, las puertas se cierran aún más. —El coche reduce la velocidad al acercarse a la biblioteca—. Yo llevo años intentando abrir algunas de esas puertas —añade—. Y créame, no es fácil.

Detiene el todoterreno frente al edificio.

—Lo entiendo. No quiere que meta la pata…

Ella asiente.

—Solo quiero que sepa que estoy intentando llegar al fondo de lo que ha pasado con su padre. Y le agradecería que confiara en que estoy haciendo mi trabajo.

—Confío en ello.

No es exactamente lo mismo que decir que confío en ella y Ward lo sabe. Se nota en la forma en que ladea la cabeza y acaba asintiendo, aceptando la respuesta con una media sonrisa.

—Cuídese y póngame las cosas fáciles, ¿de acuerdo?

Asiento, abriendo la puerta.

—También lo intentaré.

Cierro la puerta y corro hasta el portal de la biblioteca, levantándome la chaqueta para cubrirme la cabeza. Cuando miro atrás, el todoterreno de la *sheriff* ya se está alejando calle abajo. Una vez ha desaparecido, me meto en la biblioteca. No quiero volver aún a casa.

Martha no me pone ninguna pega, se alegra de verme. Esta vez sé dónde ir y me siento en uno de los ordenadores junto a la ventana que da al jardín. Empiezo a buscar en el archivo local todo lo relacionado con el aserradero, y obtengo una cantidad de entradas que me agobia. Tengo que empezar a discriminar resultados, centrándome en los conflictos que empiezan a despuntar en las noticias. *Recalificación de terrenos cercanos al río, protestas de la comunidad Maliseet, expansión del aserradero aprobada pese a las quejas...*

Leo más despacio. Los artículos hablan de desacuerdos menores, de tensiones mal resueltas, pero apenas profundizan en esos problemas. Todo se resuelve a través de decretos y soluciones que solo benefician al aserradero, y por lo tanto a Ashwood. En los márgenes, en pequeñas columnas irrelevantes, aparecen las verdaderas historias: vertidos ilegales denunciados y archivados, inspecciones ambientales canceladas, trabajadores Maliseet trabajando bajo condiciones de explotación.

Un nombre se repite, siempre en segundo plano: Robert Mercer. Capataz del aserradero. Las crónicas lo tratan como figura clave, intermediario o conocedor del terreno. Paso las páginas con angustia creciente cuando recuerdo la fecha. Robert Mercer desaparece en 2003.

Sigo leyendo.

En 2005, un artículo breve menciona a Alan Brooks, concejal municipal, defensor público de la expansión industrial y firme opositor de las reclamaciones Maliseet. Desaparece durante una excursión de caza.

Más adelante, casi sin detalles, aparece Edward Collins. Año 2010. Me entero de que era ingeniero forestal, su nombre está vinculado a permisos, a decisiones sobre uso del suelo y a informes técnicos que nunca llegaron a publicarse. Tenía poder sobre el bosque y también desapareció sin dejar rastro.

Me doy cuenta de que los nombres que tengo anotados en mi libreta no conforman una lista de personas perdidas al azar. Son una cadena. Capataz. Concejal. Ingeniero. Gente que decide, que firma y recalifica. Gente que le mete mano al bosque.

Levanto la vista hacia las estanterías, hacia la tranquilidad de la biblioteca, y lo entiendo por primera vez con claridad: el bosque no se está tragando a cualquiera. Los que no han vuelto son piezas clave en antiguos conflictos. Cuando busco el nombre de mi padre en los archivos, veo exactamente su papel en ellos: estaba buscando un comprador que pudiera reabrir el aserradero.

Y entiendo por qué Polchies se mostró tan desconfiada. Es fácil pensar que, quien esté detrás de estas desapariciones, es un Maliseet defendiendo los intereses de la reserva.

Mientras mastico toda esta información escucho el zumbido de la sierra en el jardín. Miro por la ventana. Afuera, en la glorieta de madera, veo a Corbin trabajando. Su ropa negra sucia del serrín claro, y su melena oscura atada con despreocupación. Su tranquilidad me retuerce el estómago con un torbellino inesperado de emociones.

Lo observo desde la altura y no puedo evitar fijarme en su perfil. Sigue teniendo esa belleza serena que me fascinaba de adolescente, la piel ligeramente tostada que destacaba contra su cabello oscuro, los rasgos armoniosos que, con los años, han madurado y adquirido una fuerza terrenal. Me metía con él porque era muy poco pálido para ser gótico, pero en él nunca hubo artificio, solo calma y fuerza contenida.

Mientras él martillea y mueve tablas, el mundo sigue con normalidad, ajeno a la tormenta que se desata en mi interior. Sigo sentado frente a los archivos, intentando unir piezas que nadie quiere mirar, con la sensación de que cada nombre, cada desaparición, cada documento, late en paralelo con la vida que Corbin sigue llevando en Ashwood.

Me levanto, con cuidado de no hacer ruido. Siento el corazón acelerado y el estómago tenso y cerrado. Necesito hablar con él, aunque no tenga idea de cómo reaccionará. Tal vez no quiera verme. Me da igual, la urgencia de contarle lo que estoy descubriendo y, sobre todo, de tener un aliado cerca, me impulsa.

Tomo aire, bajo las escaleras y salgo a la calle. Me acerco a la glorieta. Cada paso retumba en mi propia cabeza, y me tengo que detener para respirar hondo y calmar la tensión que me atenaza los nervios.

Corbin está de espaldas. No me ha visto. No puede escuchar mis pasos con el trajín del trabajo, aunque para mí resuenan como un terremoto.

Decido que es ahora o nunca y me acerco a él con pasos medidos, tratando de que mi nerviosismo no se note. Cuando estoy a un par de metros, levanto la voz lo suficiente para que me oiga sobre el zumbido de la sierra:

—Hola, Corbin.

Corbin

Oigo una voz por encima del siseo de la sierra. Siento que se me eriza la piel de la nuca. Hay algo familiar en ella, así que apago la máquina, la apoyo sobre la mesa de corte y me doy la vuelta. No estoy preparado para lo que voy a ver.

El mundo se detiene. Ewan Abrams está ahí, de pie a un par de metros, y todo a su alrededor se desvanece en la visión de túnel. Solo puedo verlo a él, y sentir el dolor de un cepo en la garganta, y

el latido en mis sienes. Ha cambiado; ya no es el chico que conocía, joven, orgulloso pero inseguro. Pero sigue siendo el mismo Ewan: carismático, con ese rostro de ángulos perfectos y la mirada de buen chico. ¿Lo era? ¿Lo sigue siendo ahora? Porque esa mirada de cordero degollado me indica que se siente mal, que sabe que estoy enfadado, aunque yo no sé si creérmela. No sé si lo conozco. Han pasado demasiados años de silencio y de olvido deliberado. Yo ya lo había borrado. Lo borré hasta que lo vi salir de la biblioteca. Y no entiendo qué quiere ahora.

El corazón me late con demasiada fuerza y una rabia sorda me sube por la garganta. ¿Cómo se atreve a aparecer así, después de todo lo que me hizo pasar? Durante esos meses, durante esos años, estuve solo, soportando la incertidumbre, cargando con la culpa y la impotencia de no poder hacer nada. Y él… ¿qué pensaba él entonces? Mientras medraba en San Francisco, mientras su carrera literaria triunfaba y se fabricaba una imagen de hijo pródigo. La leyenda del pueblo, el chico que pudo triunfar. La revelación de Ashwood. Cuando se hacían charlas en la biblioteca sobre sus libros, evitaba pasar por delante hasta que quitaban los carteles. Pensé que la herida ya no dolía y ahora la siento sangrar a mares.

Y, aun así, durante unos segundos eternos, me quedo paralizado. Y, aun así, me digo que debo controlarme. Que no sirve de nada el impulso por enviarlo al infierno.

Intento mantener la compostura. No puedo evitar que mi voz tiemble.

—Ewan… —digo finalmente, la voz contenida y cortante—. No esperaba verte aquí.

Él se acerca. Está bajo los tres escalones que dan acceso a la glorieta, mirándome desde ahí como esperando que diga algo más. Pero no lo digo. Estoy tratando de no dejar que el enfado me arrastre, porque ahora mismo lo recuerdo todo: las noches en vela, las preguntas sin respuesta, la sensación de abandono que no se

borra con el tiempo. Quiero exigir explicaciones, que pague por todo lo que me hizo pasar.

—Ya… Supongo que sabes lo de mi padre.

—Sí.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿No te parece un poco cínico?

Ewan me mira genuinamente sorprendido. ¿Es posible que esperase un buen recibimiento?

—No… No es lo único que quiero hablar.

—Pero es lo que te ha traído hasta aquí después de… ¿cuántos años? Más de veinte, Ewan.

Él suspira, mira hacia otro lado. Veo la vergüenza en sus ojos. Algo más. Tal vez me lo estoy imaginando. Puede que quiera imaginar la amargura que destila. No puedo evitar desear que lo pasara tan mal como yo. Solo una décima parte.

—Sí. Más de veinte. Lo he hecho como el culo. Esconderme siempre se me ha dado genial. Y, bueno, no tengo ni una buena excusa… aunque me gustaría explicártelo.

—No sé si quiero escucharlo y mucho menos entenderlo. Tengo mi vida aquí, y es una buena vida. Tú te volverás a San Francisco y volverás a olvidarte de todo lo que aquí suceda.

—Eso es injusto.

—¿Lo es?

—No, vale, me lo merezco —acepta con un resoplido—. Por eso mismo, ¿no crees que deberíamos hablar? ¿Que deberías poder decirme todo lo que quieres decirme?

—No me manipules.

—No es… Mira, da igual. Haré una cosa, Corbin —dice con un ruego en la mirada—. Mañana por la tarde estaré en el mirador de Black Pine Trail. No sé a qué hora terminas de trabajar. Te esperaré. Si se hace de noche y no has aparecido, no volveré a molestarte. Desapareceré otra vez y no me verás más.

Lo miro, midiendo cada gesto. Mi rabia no ha desaparecido, y mi dolor sigue fresco, como si esos años de silencio solo hubieran hecho la herida más profunda, en lugar de sanarla. Respiro hondo y solo asiento una vez, rígido.

—Me lo pensaré —digo, seco, sin levantar la voz.

No quiero prometer nada, no quiero darle esperanza.

Ewan asiente, un destello de alivio cruza su rostro, y luego se da la vuelta con cuidado. Yo me quedo allí, apoyado contra la madera de la glorieta, sintiendo el peso de todo lo que no nos dijimos, de todo lo que hemos perdido y de todo lo que aún está por decidir.

El sol baja un poco más sobre Ashwood, tiñendo el bosque de dorado. El zumbido de la sierra se reinicia cuando vuelvo al trabajo, a concentrarme en la madera, aunque sé que nada será igual. Mi burbuja ha estallado y no puedo seguir fingiendo que no tengo una herida sangrando en el pecho.

Capítulo 14

Corbin

Ya es de noche cuando vuelvo a casa. En cuanto cierro la puerta todo el peso del día me cae encima de golpe. Sabía que Ewan estaba en el pueblo y la distancia que mantenía había tenido a raya los recuerdos y las emociones. Lo estaba llevando bien. Bueno, no bien del todo, simplemente me permitía ser funcional, seguir con mi trabajo, mis rutinas, con el ruido constante de Ashwood amortiguando los recuerdos.

Ahora no. Ahora no hay nada que los frene y no hay rutina en la que me pueda esconder.

Morrow levanta la cabeza desde su cama y mueve la cola al verme. Se acerca y me saluda. Veo en su mirada que sabe exactamente cómo me encuentro. Me empuja la pierna con el hocico, buscando atención. Me agacho un momento y le acaricio el lomo. Ni siquiera eso consigue anclarme. Siento el gesto mecánico, lejano, tengo la impresión de verlo desde fuera.

—Lo siento —murmuro, más para mí que para ella. Le beso la cabeza y le pongo la correa. No tengo ánimos para salir, aun así, lo hago. La suelto un rato cerca de casa, ella hace sus cosas y no tarda en regresar.

La marca en el tronco sigue ahí y me resulta inquietante. No sé si es por la intrusión que significa, pero el bosque esta noche me parece hostil, la oscuridad demasiado cerrada, el silencio tenso trae malos augurios. No, esos augurios ya estaban aquí, desde que desapareció el señor Abrams y este ciclo de mierda volvió a comenzar.

Regresamos a casa y le doy de cenar a Morrow. Yo tengo el estómago cerrado. No dejo de darle vueltas a qué debo hacer. Ewan

no ha venido a mí porque quiera cerrar heridas, está preocupado por su padre, y a pesar del daño que me hiciera hace tantos años, no puedo evitar pensar en su situación y sentir compasión. No ha venido por mí, tampoco podría decir que le empuja a mí el egoísmo. Está preocupado, desesperado por un ser querido. Mi padre era un cabronazo y descubrí que la vida sin él era mucho mejor que la que él me daba, con todo, su desaparición me desgarró por completo. A pesar de todo lo que hacía mal, de su violencia, de su carácter de mierda, era lo único que tenía.

Me dejo caer en el sofá y enciendo la televisión. Pongo un canal cualquiera, da igual cuál. Las voces suenan, las risas enlatadas, una serie con una trama que no me importa. Durante un rato intento centrarme, entender qué dicen, qué sucede en la pantalla. Y no soy incapaz de mantener la atención. La apago con un golpe seco al mando. Morrow suelta un suspiro largo. La acaricio un rato. Su contacto siempre me ayuda a regresar a la realidad. Esta noche es diferente, incluso la suavidad de su pelo, la materialidad de su presencia, me resultan irreales. Hay una pantalla entre yo y el mundo, una distancia que soy incapaz de recorrer para regresar a mi cuerpo.

La casa está demasiado silenciosa.

Y ese momento vuelve. Todo. La sensación exacta de aquel instante en que entendí que Ewan tampoco iba a volver. Que alguien a quien necesitaba, a quien quería como no sabía que se podía querer a alguien, me abandonaba. Otra vez. Lo único que tenía desaparecía de la noche a la mañana. Las notas que no contestaba. El «está estudiando fuera», repetido como un mantra en su entorno, como si bastara para borrar cualquier atisbo de amistad, como si yo no tuviera derecho a preguntar nada más. Sus amigos tampoco me ayudaron. Nadie sabía nada. Nadie me explicaba nada. Nadie me decía qué había pasado. Solo que Ewan se había ido a San Francisco. Solo eso. Como si no hubiera existido antes. Como si yo no hubiera existido con él.

Me paso las manos por la cara y noto que me tiemblan. La rabia y la tristeza se mezclan hasta ser indistinguibles. No sé qué hacer con todo esto. No sé dónde meterlo.

Cojo el móvil antes de pensarlo demasiado y marco el número de James. Es un impulso desesperado. No suelo llamarlo, es raro que lo haga, así que su tono es preocupado cuando descuelga.

—¿Corbin? —responde al segundo tono—. ¿Pasa algo?

Una pausa, pienso en colgar. No lo hago.

—¿Puedes venir?

Hay una pausa breve.

—Claro. Voy. Enseguida estoy allí. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, solo ven.

Cuando llega, me encuentra de pie en el salón. Porque no sé dónde sentarme, no quiero hacerlo. No quiero quedarme quieto y en silencio. En cuanto cierra la puerta, me mira de arriba abajo, alerta al ver mi expresión.

—Oye… ¿qué te pasa? Me estás preocupando en serio.

No respondo. No puedo. Si abro la boca para explicarlo, todo se desbordará y no quiero eso. No ahora. Me acerco a él de dos zancadas y lo beso antes de que pueda decir nada más. Es un beso brusco, demasiado necesitado. Nunca lo he besado con esta desesperación, con estas ganas. Apenas soy consciente de lo que puede significar para él. En este momento no puedo pensar en lo egoísta que estoy siendo. Siento cómo se tensa un segundo por la sorpresa, pero no se aparta. Mis manos ya están en su chaqueta, desabrochándola. Tengo prisa por llegar a algo que ni yo mismo sé qué es. Quiero que todo lo que llevo dentro arda, estalle y desaparezca.

—Corbin… —murmura, intentando frenarme un poco, aunque sus manos ya están respondiendo—. Espera.

No espero. No quiero pensar. Lo empujo hacia el sofá y lo hago sentarse, me siento sobre él a horcajadas y sigo besándolo, desnudándole el pecho, buscando perderme en el contacto, en cualquier cosa que no sea este nudo en el pecho, esta tormenta que me ahoga. Él me sigue y noto la duda en sus gestos, la preocupación que no desaparece pero se diluye en el deseo que despiertan mis movimientos sobre él. Muevo las caderas para estimularlo, ahogo sus intentos de preguntar qué ocurre con la lengua. Le muerdo el cuello y gime.

—¿Quieres follar o no? —le digo al oído, jadeando.

—¿Contigo? Siempre, pero…

—No.

Le pongo un dedo en los labios y me levanto para quitarme las botas. James me ayuda a deshacerme de los pantalones y la ropa interior. Me sorprende la erección que descubre, no soy consciente de estar tan excitado. Cuando James, aún sentado, la rodea con los dedos y acerca la boca, ya estoy a punto de estallar. El contacto de sus labios y de la lengua ardiente me provoca un latigazo intenso. Le agarro del pelo y lo aparto con cuidado.

—¿Qué…?

—Shh…

Me escupo en la mano, me pongo sobre él, con las rodillas junto a sus piernas. Él entiende lo que quiero y se abre los pantalones. Tira de su propia erección, tan preparada como la mía, y me permite empaparla de saliva con una caricia rápida. No quiero preliminares, no quiero alargar esto. Necesito estallar. Arrojarme a la hoguera y arder para que se detenga esta zozobra. Volver a conectar con la realidad.

Cuando me dejo caer sobre él siento cómo se hunde centímetro a centímetro en mí. Me abrazo a él hasta que me acoplo a su cuerpo con un gemido. Me permito unos segundos de quietud para

adaptarme a su grosor, pero no tardo en empezar a moverme. Deprisa, con brusquedad, en una carrera desesperada por obtener lo que quiero. Lo que necesito.

Todo ocurre demasiado rápido y, al mismo tiempo, no ocurre de verdad. Siento su calor en las entrañas y mi orgasmo es como una contracción agónica. Un placer que no llega a rasgar la membrana que me separa del mundo. Siento el orgasmo y cómo esa tormenta negra que llevo dentro se lo traga. Estoy ahí, y no estoy. Mi cabeza sigue en otro sitio. En otro tiempo. En otra persona.

Cuando me detengo, con la respiración agitada, no siento ningún alivio. Solo un vacío más grande.

James me mira, serio ahora, jadeando. Tiene el pelo revuelto y un gesto de preocupación genuina. Sabe que esto no es normal.

—Corbin… algo no va bien. Dime qué te pasa.

Aparto la mirada. Me siento avergonzado.

—Lo siento… No debí…

—No digas tonterías. Sé cómo eres. Soy tu amigo, no me importa follar contigo para que te desestreses, pero aquí pasa algo más chungo.

Sé que esto no ha servido para nada. He utilizado a James y Ewan sigue ahí, incrustado en algún sitio que no consigo cerrar. Mañana, cuando lo vea en el mirador —si decido ir—, nada de esto me habrá preparado para enfrentarlo, solo me habrá dejado más expuesto.

James me pasa las manos por el pelo. Creo que entiende algo. Tengo miedo de que se enfade, aunque no hay rencor en sus ojos. Al final, él también me utiliza cuando quiere. Nuestra relación es así. Somos amigos. Amigos que follan, que consuelan su respectiva soledad con el otro. James también lo hace conmigo.

—Te lo contaré. En otro momento, ahora no puedo.

—Vale… ¿pero estás mejor ahora?

—Sí.

No es cierto. No quiero que James se preocupe más, que crea que su presencia aquí no ha servido de nada. Sirve. Al menos no hay silencio. Al menos tengo dónde agarrarme. Al menos puedo hablar de otras cosas.

—Ve a darte una ducha. Haré algo de cenar, ¿has cenado? —me pregunta.

—No, ¿y tú?

—Iba a ello cuando me has llamado, y esto me ha abierto el apetito. Nunca te había visto tan… desatado —bromea con una media sonrisa.

—Y ojalá no lo hubieras visto.

Me aparto y cojo mi ropa. Él empieza a vestirse.

—Ha sido interesante. Soy un psicólogo de mierda, aunque no se me da mal lo de follar. Al menos me siento útil.

Le tiro la camisa a la cara para que se calle. Estoy a punto de echarlo de casa, y eso sí que me haría sentir mal.

—Vístete y deja de decir tonterías. ¿Tienes que volver a casa después?

—Puedo quedarme, si quieres. Nos vemos alguna película.

James se encoge de hombros y termina de abrocharse la camisa. No insiste. Nunca lo hace. Eso también se lo agradezco.

—Vale —dice—. Eliges tú.

Asiento y voy hacia el baño. Morrow se ha ido a la habitación, ha entendido de alguna forma que necesitábamos intimidad. El agua caliente me cae por la nuca y cierro los ojos, esperando que algo se ordene ahí dentro. No ocurre. Cuando salgo, James está en la

cocina, removiendo algo en una sartén pequeña. Los sonidos de la casa habitada por alguien más devuelven la ilusión de normalidad a todo.

Cenamos sentados en el sofá, sin prestarle mucha atención a la película que he puesto. Comentamos tonterías. Nada importante. Es un alivio poder hablar sin decir lo que de verdad pesa. Morrow vuelve de la habitación y se tumba entre los dos, satisfecha con la rutina recuperada.

Cuando James se queda dormido, con la cabeza apoyada en el respaldo, yo sigo despierto. Mañana pasaré sueño, pero tengo demasiado ruido en la cabeza. Pienso en el mirador. En Ewan allí, o no. Tal vez él se arrepienta antes que yo. Mañana tendré que decidir si voy, no hoy. Hoy no puedo con más.

Apago la televisión con cuidado de no despertar a James y me quedo quieto, mirando la oscuridad del salón, esperando que el cansancio me apague la cabeza de una vez.

Capítulo 15

No consigo conciliar el sueño.

El viento sacude la casa, se cuela por las rendijas y hace vibrar los cristales como si alguien los estuviera golpeando desde fuera. La lluvia estalla contra el tejado con ráfagas violentas e irregulares. A veces parece grava cayendo sobre las tejas. A veces me parece escuchar pasos.

Me levanto dos veces para comprobar las ventanas. No porque crea que vayan a estallar, solo necesito hacer algo. Estoy demasiado nervioso y no solo por la tormenta. Corbin no abandona mi cabeza. Su rostro, ahora maduro, curtido por la vida, aparece una y otra vez en mi mente, con sus ojos oscuros llenos de un juicio implacable.

La segunda vez que me meto en la cama lo oigo y Corbin pasa a un segundo plano.

Al principio pienso que es el viento aullando entre los árboles. Aquí siempre suena distinto cuando hay tormenta; el bosque murmura. Pero esto no es un murmullo, ni siquiera una ráfaga cuando la fuerza del viento se intensifica. Este sonido se rompe.

Un alarido.

Se me eriza la piel antes de que pueda razonarlo. Me quedo inmóvil, escuchando, tapado con el edredón hasta el mentón. Soy un niño otra vez, protegido por la muralla imaginaria hecha de tela que cubre mi cama. El sonido se mezcla con el vendaval. Estoy seguro de que no ha sido solo viento. Ha subido demasiado, se ha desgarrado. Tenía algo humano, desesperado.

Me digo que son los árboles, tal vez algún animal perdido en la tormenta. Me digo que el agotamiento está jugándole malas pasadas a mi imaginación. Me lo repito hasta que amanece.

Por la mañana el agua caliente me despeja, aunque no me limpia la inquietud pegajosa que me ha dejado la noche. Paso una mano por el espejo empañado y me miro. Doy pena. Tengo los ojos hundidos, una sombra de ojeras y creo que he adelgazado un poco. Es evidente que estoy agotado. Puedo imaginar lo que diría Ian si me viera ahora.

Y me lee el pensamiento, porque el móvil vibra en el lavabo.

¿Has decidido ya cuándo vuelves?

Suspiro. A estas alturas debería estar acostumbrado a su actitud.

Buenos días a ti también.

No quiero sonar pasivo agresivo, tampoco puedo evitarlo.

No nos hagas esto, Ewan.

¿Hacer qué?

Quedarte ahí persiguiendo fantasmas. No te hace bien. Sé que no estás bien.

Aprieto los labios.

No son fantasmas.

La gente desaparece. Eso pasa.

A mí eso no me vale. Es mi padre.

Un padre que finge que no existes desde que supo que eres gay.

Esa verdad me duele más que otra cosa.

Hiciera lo que hiciera, es mi padre.
Y está pasando algo raro.
Ya te lo conté anoche.
Tu padre desapareció en el bosque.
Eso es una tragedia, no una conspiración.
Y que sigas allí fustigándote ya es masoquismo.

Tardo en responder. Miro mi reflejo otra vez.

Necesito entenderlo.

Necesitas volver. Estás convirtiendo esto en una obsesión. Y no es sano.

Ian… Tengo que averiguar muchas cosas.

Siempre que vas a Ashwood vuelves hecho una mierda.
Soy yo quien tiene que recomponer tus pedazos, ¿qué me voy a encontrar esta vez cuando regreses?

No contesto. Me fastidia que tenga razón. Me duele que la tenga, que este pueblo y mi familia nunca hayan sido un motivo de felicidad. No quiero seguir hablando de eso. Hay cosas que aún no quiero enfrentar. Él tampoco vuelve a escribir. Lo prefiero así.

Guardo el móvil en el bolsillo y bajo a la cocina tras vestirme. Tengo suficiente en lo que pensar para andar estresándome de más. Por primera vez estoy priorizando mis problemas, mi vida, e Ian no es capaz de entenderlo. Sé que está preocupado y que no sabe cómo gestionarlo. Eso no hará que abandone el pueblo y regrese a San Francisco como si no estuviera ocurriendo nada.

Mi madre ya está poniendo el pan en la tostadora. Saco los platos y las tazas tras darle los buenos días.

—Vaya tormenta esta noche, ¿has podido dormir bien? —me pregunta.

—No, la verdad. Había mucho ruido en el bosque.

—Suele pasar cuando sopla el viento así.

—¿No escuchaste nada raro?

No quiero psicotizarla, ni que piense que haya podido ser mi padre el que gritaba. Ni siquiera estoy seguro de que fuera una persona. Tal vez debería comentárselo a la *sheriff* Ward.

—Algún animal, pero nada fuera de lo normal, ¿por qué?

—Creo que he pasado mucho tiempo fuera del pueblo.

—El ruido de la ciudad es muy distinto, ¿verdad?

—Sí. He debido olvidar cómo suena el bosque, nada más.

Esa explicación me tranquiliza. Puede que anoche estuviera demasiado nervioso. Ver a Corbin ha terminado de ponerlo todo patas abajo dentro de mí. Nos sentamos a desayunar. El café me ayuda a despejarme y a templar mi ánimo. Mi madre sigue tranquila, como si todo estuviera igual que siempre.

—Mamá —digo de pronto—. ¿Sabías en qué estaba metido papá últimamente?

No me mira. Sé que me ha oído, aunque tarda un poco en responder.

—Siempre estaba metido en algo.

—Me he enterado de que estaba intermediando para vender los terrenos del aserradero.

—Sí —responde sin más.

Doy un sorbo al café. No quiero agobiarla. Creo que no quiere hablar del tema.

—¿Y qué te parecía?

—No me meto en sus negocios. A tu padre no le gusta.

Eso es verdad. Ella siempre se mantuvo al margen, mi padre no soportaba un solo consejo sobre su trabajo, aunque fuera bienintencionado.

—En el pueblo estaban ilusionados —añade—. Pensaban que traería dinero, trabajo.

—¿Y tú?

Suspira.

—Yo hubiera preferido que se jubilara. Que dejara de pelearse con todo el mundo. Que tuviéramos una vida tranquila. Eso le habría sentado bien a su carácter.

Frunzo el ceño.

—¿Crees que eso pudo tener que ver con su desaparición?

Ahora sí me mira. Tiene los ojos cansados.

—A estas alturas no lo sé. Si tenía enemigos, nunca dieron la cara.

—¿Y los Maliseet?

Ella niega con la cabeza.

—Los conflictos con ellos siempre se resolvieron por la vía legal. Demandas, recursos. Nunca fueron violentos con tu padre. Ni con nadie, aunque la gente se empeñe en echarles la culpa de todo. Solo quieren que los dejen vivir en paz, como todo el mundo. Y tienen derecho a defender lo suyo, eso no los hace malas personas.

Asiento, pero no me convence del todo. A veces tengo la impresión de que mi madre sabe lo que ha pasado y por eso está tan resignada.

—Ya… En fin, ¿vienen tus amigas hoy?

—Hoy iremos a casa de Margaret a ayudarla con el tejado.

—¿Vais a subiros a su tejado?

—No, bobo, ayudaremos al obrero y limpiaremos el jardín. El viento le ha hecho muchos destrozos esta noche. Y Leah ha dicho que puede acercarse después de dejar a su hijo en la escuela.

—¿Leah?

—Sí, vive en la reserva. Ella y el obrero, son una pareja encantadora. Ella es enfermera. Nos han ayudado otras veces.

Lo dice con naturalidad, ignorando la frontera invisible entre el pueblo y la comunidad Maliseet. Yo recuerdo perfectamente cómo muchos los señalaban acusándolos de ser el problema de todo cuando cerraron el aserradero.

—¿Siempre os habéis apoyado tanto?

Mi madre sonríe y asiente.

—Sí. Aquí las mujeres nos ayudamos mucho. Tenemos un chat en el que somos muchas, aunque nosotras tres siempre hemos hecho piña.

—Eso es muy bonito, mamá.

—No siempre fue así, pero ya sabes cómo es Margaret con eso del feminismo. Empezó a hacer reuniones y a revolucionarnos a todas.

Esboza una sonrisa cómplice.

—¿Revolucionaros cómo?

—Pues empezamos por organizarnos para cosas pequeñas. Cuando quisieron cerrar la biblioteca porque no era rentable y el Ayuntamiento decía que apenas iba gente, Margaret reunió firmas, buscó apoyos, así conocimos a Leah y a otras mujeres de la reserva, y organizó lecturas en la plaza, hicimos turnos para que siempre estuviera llena. Hasta Martha se puso a dar talleres de escritura gratis y dejó espacios a mujeres Maliseet para contar historias de su pueblo.

—Y no la cerraron.

—No la cerraron —afirma con orgullo—. A veces solo necesitan ver que no vamos a quedarnos calladas. —Juega con la taza entre las manos antes de seguir—. Cuando murió el marido de Theodora, entre todas le arreglamos el porche y le organizamos turnos para cuidar a los niños mientras encontraba trabajo. Y a Susan, cuando el

banco quiso quitarle la casa… Bueno, no fue bonito, pero estuvimos allí. Todas.

La miro con una mezcla de sorpresa y respeto. No conocía esta faceta de mi madre, y me encanta.

—No sabía que hacíais tanto.

—Hacemos lo que toca cuando toca. —Hay algo firme en su voz, una seguridad que desconocía—. En este pueblo las mujeres hemos aprendido que si no nos cuidamos entre nosotras, nadie lo hará. Los hombres hablan mucho de tradición y de comunidad, pero cuando vienen mal dadas… —Se encoge de hombros—. Nosotras somos las que recogemos los pedazos de sus entuertos.

No lo dice con amargura. Lo dice como quien describe un hecho, algo natural. La observo un momento en silencio. Esa red invisible que describe no aparece en ningún periódico, no figura en ningún registro, aunque sostiene medio pueblo.

—¿Papá nunca participó? —pregunto.

Mi madre niega despacio.

—Tu padre no quería saber nada. No le gustó que invitaremos a las Maliseet a la biblioteca. A mucha gente del pueblo no le gusta, dicen que son demasiado problemáticos.

Claro.

Me quedo pensando en Leonard negociando terrenos, intermediando ventas, moviendo dinero. Y, en paralelo, esta red silenciosa de mujeres apuntalando tejados, bibliotecas y vidas enteras. Tendiéndose las manos entre comunidades en conflicto eterno.

Son dos formas muy distintas de sostener un pueblo. Una sale en las fotos, inaugura proyectos y da discursos mientras la otra limpia después de la tormenta, firma peticiones, hace turnos, organiza colectas y prepara *tuppers* cuando alguien se queda solo. Una

presume de progreso. La otra evita que todo se desmorone mientras tanto.

Pienso en cuántos pueblos siguen en pie por esa segunda fuerza. En cuántas casas no se han hundido gracias a manos que nadie menciona en los plenos municipales. En cómo se habla de tradición y comunidad y casi nunca se nombra a quienes la hacen posible cada día.

Mi padre nunca lo vio, quizá no quiso verlo. Yo tampoco lo habría visto si no estuviera hoy aquí, hablando con ella. Miro a mi madre. Está recogiendo las migas con la palma de la mano, concentrada en algo tan simple como dejar la mesa limpia antes de irse a arreglar el tejado de otra persona. Empiezo a entender que el pueblo que mi padre defendía y el que sostiene mi madre no son exactamente el mismo.

Llego demasiado pronto.

El mirador del Black Pine Trail siempre ha sido un punto muerto para mí: un claro abierto sobre la pendiente, una barandilla de madera húmeda y astillada y el bosque extendiéndose debajo como un mar verde oscuro. Aquí encontraron el cuerpo de James O'Leary en el 96. Tenía doce años y aprendí que incluso los lugares más hermosos pueden tener sombras muy oscuras. Pueden tragarse a alguien y no devolverlo jamás.

El atardecer cae lento y frío, cubriendo de una pátina dorada las vistas desde el mirador. La tormenta ha limpiado la atmósfera y los últimos rayos del sol se abren entre girones de nubes blancas. Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y noto el peso de la brújula en uno de ellos. La saco. La C grabada brilla apenas bajo la luz oblicua. Me la paso entre los dedos como si pudiera señalarme algo más que el norte.

Espero.

Y espero.

Y empiezo a pensar que no va a venir. Que he sido un idiota por creer que bastaba con una petición torpe para desenterrar veinte años de silencio. El viento agita las copas de los pinos y escucho pasos a mi espalda. Se me encoge el corazón de angustia y esperanza. De emociones tan contradictorias que por un momento me siento paralizado.

Es él.

Corbin aparece por el sendero, escupido por el bosque. Viste de negro, como siempre. Eso no ha cambiado en veinte años, aunque sea ropa de trabajo. Lleva las botas embarradas; no ha debido venir por la senda habitual. Se detiene a unos metros. No se acerca más de lo necesario, como un animal receloso.

—Pensé que no vendrías.

Me arrepiento de decir eso al instante. Suena a reproche. A tontería. Él no sonríe.

—¿Te habría importado?

El silencio se espesa entre nosotros. Lo miro y veo al chico que corría conmigo entre estos mismos árboles, pero endurecido, afilado por el tiempo. Tiene los hombros tensos, la mandíbula apretada.

—¿Qué quieres, Ewan? ¿Redención? ¿Material para otro libro? Porque es bastante cínico que aparezcas así y ahora.

Cínico. Asiento despacio. No me defiendo, porque tiene razón. Lo cierto es que no he encontrado valor para hacer esto hasta que he tenido una excusa. Hasta que algo me ha obligado a regresar a él. Siempre he sabido lo que iba a encontrarme.

—Lo hice como el culo —admito. Las palabras me saben ásperas —. Siempre he sido bueno en eso. En esconderme. En largarme antes de que las cosas me exploten en la cara.

Corbin suelta una risa sin humor.

—¿Y ahora vas a ponerte autocompasivo? Te recuerdo que te largaste y yo me quedé aquí.

Al hablar, me tiembla un poco la voz.

—No tengo excusa… Para nada. Solo quería huir de…

—De tu padre, porque no tuviste huevos de enfrentarlo.

—No. Huía del pueblo. De lo que hacía conmigo. Y sí… de mi padre también. Nunca soportó que yo fuera… —Me detengo, no me atrevo a decir la palabra, como si él estuviera escuchando—. Nunca soportó que no fuera lo que él quería.

—¿Eso es lo que te dices para sentir compasión por él ahora?

—¿Qué? —Esa pregunta me sorprende. No entiendo bien a qué se refiere. ¿Debería odiar a mi padre por sus prejuicios? ¿Alegrarme de que haya desaparecido?

—No te fuiste por el pueblo. —El viento sopla a nuestro alrededor, frío, insistente. Tengo la sensación de que sopla dentro de mí también. Hay un largo instante de silencio que se come el oxígeno a mi alrededor. Algo amenaza con brotar de algún oscuro rincón. Recuerdos a los que no quiero mirar de frente. Entonces Corbin habla otra vez—. Yo no te habría dejado tirado.

Lo peor es que lo sé. Corbin era valiente. Lo sigue siendo. Yo no. Yo no podía soportar el dolor de la simple idea de hablarle sin poder tocarle, sin poder verle. Corté con todo pensando que dejaría de sentirlo, y nunca se fue. Ahora lo siento aguijonearme el estómago junto a una culpa a la que no me había permitido escuchar.

—No quiero redención, ni que me perdones. Esto… Lo que pasó entre tú y yo no tiene que ver con lo que sucede ahora. Tu padre desapareció hace veinte años, el mío lo ha hecho ahora, y creo que las dos desapariciones están relacionadas. Creo que es en lo que deberíamos centrarnos ahora.

Corbin no se mueve, su expresión cambia apenas. Él también lo ha pensado, eso creo. Saco una carpeta doblada del interior de la chaqueta. Fotocopias de artículos de la hemeroteca y las notas que he ido tomando. Él me mira en silencio. Sé que está conteniendo los reproches, sé que está pensando que soy un egoista de mierda. Y lo soy, sé cómo estoy quedando y no me gusta. Debí haberlo visitado en algún momento, debí solventar esto cuando era sano hacerlo, ahora las circunstancias me obligan y eso me convierte en un absoluto cobarde. Como no dice nada, decido compartir con él lo que sé. Porque es cierto, ahora hay algo más urgente que nuestras heridas del pasado.

—He estado revisando desapariciones y no son aleatorias. El capataz del aserradero, un concejal que aprobó la ampliación, un ingeniero forestal que rediseñó las lindes. Todos vinculados al suelo y a su explotación. —Lo miro a los ojos al tenderle los papeles. Él los agarra, aún receloso, con la mandíbula tensa—. Tu padre desaparece en 2003, justo cuando empiezan los conflictos por la expansión hacia la zona norte. Y ahora mi padre intenta reabrir el aserradero… y desaparece.

Corbin frunce el ceño.

—¿Insinúas que hay alguien detrás de esto?

—No lo sé. Pero tampoco creo que sea casualidad. —Dudo un segundo antes de continuar—. He visto más cosas. Cosas raras. Un símbolo tallado en la corteza de un árbol, cerca de mi casa. Es reciente y no es una marca de senderismo. Y he visto y escuchado cosas en el bosque.

Su mirada se afila. Ahora está más interesado en lo que le digo, aunque la tensión no desaparece. Todo lo que se queda por decir es como una sombra que se alza a su espalda. Algo que acecha esperando el momento.

—¿Qué viste?

Respiro hondo. Todavía me cuesta decirlo en voz alta.

—Una figura alta, con los brazos largos. Se movía entre los árboles. Los ojos le brillaban mucho, no parecía una persona.

El silencio que sigue no es de incredulidad. Está lleno de reconocimiento. Corbin aparta la vista hacia la línea del bosque. Está pensándolo. Esa expresión no ha cambiado apenas con el paso del tiempo. Puedo ver cómo se vuelve hacia adentro, discute consigo mismo, analiza la situación. Y lo hace con la misma serenidad que recuerdo, a pesar de la tensión en su postura. Me fijo en su pelo, en la camiseta de *Sisters of mercy* bajo la chaqueta sucia de serrín. No ha pasado el tiempo. Corbin apenas ha cambiado, como Ashwood y su bosque.

—Yo también he visto cosas —dice—. Vi algo en el bosque, no sé si era un tipo haciendo el idiota o un animal… Al día siguiente me enteré de que había desaparecido tu padre.

Se me seca la boca. El corazón se me acelera.

—¿No dijiste nada a las autoridades?

Corbin niega con la cabeza. Tiene las manos metidas dentro de la chaqueta.

—No.

—¿Por qué? Es demasiado casual, puede que…

—Porque nadie me creería —me corta—. Porque hay gente que sigue pensando que maté a mi padre en el bosque y lo tiré a un pozo o me lo comí, Ewan, ¿te has olvidado de eso?

—No, pero…

—Las cosas aquí no cambian. Para muchos sigo siendo el marica rarito, solitario y con pintas de asesino en serie. ¿Qué crees que pensarían si me pongo a hablar de luces extrañas y símbolos en el bosque?

—Hay más gente que las ha visto.

—Y ni siquiera a esos los toman en serio. Déjalo estar, Ewan, no vas a sacar nada en claro.

—Solo seguro que no.

El viento atraviesa el mirador y por un segundo el bosque se inclina hacia nosotros. Me acerco un paso sin pensar. Él no retrocede, ni relaja la postura. Sigue siendo más alto que yo. Me resulta imponente y su mirada me atraviesa como un filo.

—Elaine Polchies cree que hay zonas del bosque que nunca debieron tocarse —sigo hablando—. Que la expansión del aserradero rompió algo. Me dijo que mirara los mapas antiguos del Ayuntamiento, las lindes originales.

Corbin aprieta los papeles que le he dado. Otro silencio pensativo. Quiere irse, lo veo en sus ojos, y también quiere quedarse. Sé que no ha hablado con nadie de esto. Que en veinte años, seguramente, el nombre de su padre ha estado guardado en su memoria, sin tocar. Como lo han estado tantos recuerdos en mi propia memoria.

—Mi padre la cagó con muchas cosas con el aserradero, pero se oponía a ampliar hacia el norte. Discutía mucho con tu padre por eso.

—¿Por qué?

—Decía que no era buena tierra. Que el suelo se hundía más de lo normal y que había zonas donde las raíces parecían… moverse. Aun así, tuvo que hacer lo que se le mandaba.

—Eso no tiene sentido.

—En Ashwood muchas cosas no lo tienen.

El sol termina de caer y el dorado se vuelve azul profundo. Las sombras se alargan hasta confundirse entre sí. Corbin levanta la vista a los árboles.

—¿Y no quieres encontrar respuestas?

—No creo que vayan a cambiar nada. Hay asuntos que es mejor que estén enterrados.

—Pero es que no hay nada enterrado. Está volviendo a suceder y creo que mientras no encontremos las causas no podremos cerrar este ciclo.

Corbin suelta una risa amarga.

—¿Desde cuándo eres tan místico?

—Desde que estoy seguro de que no he vuelto al pueblo solo para buscar a mi padre…

Él me mira. Lo hace durante unos segundos eternos. Está valorando otra vez qué debe hacer, sin prisa, sin tener en cuenta que estoy a punto de estallar de ansiedad. Al final suspira y cambia el peso de pie. Reconozco de nuevo sus gestos, cuándo ha claudicado ante algo inevitable. Cuándo va a ceder.

—Si vamos a hacer esto, lo haremos bien —dice—. Nada de teorías de conspiranoico ni de ir solo por ahí como un idiota.

No sé cómo reaccionar. Quiero saltar sobre él y abrazarlo. Es un impulso estúpido, infantil, y no puedo evitar sentirme como un crío a su lado. Como el crío que fui a su lado. Él siempre fue el seguro, en realidad, el que sabía quién era, el que no se dejaba doblegar por nadie. El que protegía mis secretos.

—De acuerdo —es lo único que puedo decir.

—Vamos al Ayuntamiento mañana, pero si descubro que estás usando esto para escribir un libro…

No termina la frase, no necesita hacerlo. No será como volver a la casilla de salida, será como cargarse el tablero.

—Te juro que no estoy haciendo eso. —Él asiente, aunque no muy convencido—. A mí no quisieron darme información, ¿tú puedes conseguirla?

—Alguien que trabaja ahí me debe un favor. Tú le conoces.

Voy a preguntar quién cuando un crujido suena detrás de la barandilla. Ambos giramos la cabeza al mismo tiempo. No hay nada, solo el bosque, y el silencio que nos envuelve es atento, como si los mismos árboles estuvieran escuchándonos.

—Ven, quiero enseñarte lo que vi cerca de casa antes de que te vayas —le digo rompiendo el extraño silencio.

Bajamos del mirador sin decir nada más. Creo que los dos tenemos la misma sensación de que el bosque observa los pasos que damos. El sendero está húmedo por la tormenta y las hojas mojadas han impedido que se embarre. Caminamos uno al lado del otro, no demasiado cerca, dejando espacio entre nosotros. Una fuerza invisible mantiene la distancia.

Meto la mano en el bolsillo y toco la brújula. Paso el pulgar sobre la C dibujada para comprobar que sigue ahí, que no la he imaginado. Nunca le devolví la brújula a Corbin, ni siquiera sé si la recuerda. Estoy seguro de que si se la enseño ahora me la hará tragar. Se me hace extraño caminar otra vez junto a él. El ritmo de sus pasos es firme y constante, como cuando éramos pequeños y nos perdíamos por estos caminos. Durante un instante tan breve como intenso siento la conexión que nos unía, a pesar de la distancia. Si alargo la mano, todo volverá a ser como siempre. Si agarro la suya y caminamos juntos, no necesitaremos palabras para llenar un silencio de veinte años. Pero no es así. No puedo hacerlo.

Entre nosotros hay algo más denso que el aire húmedo que nos rodea, que la oscuridad que empieza a cerrar el bosque. Un abismo hecho de tiempo y silencio, de palabras no dichas, de reproches que flotan como fantasmas y nos distancian. Aun así, seguimos avanzando en un silencio no del todo incómodo. Un silencio en el que nos reconocemos de alguna manera.

Me pregunto si él está pensando lo mismo.

Cuando la silueta de mi casa aparece entre los árboles, aminoro el paso.

—Es aquí —le indico.

Me desvío unos metros del sendero, hacia un árbol alto cuya corteza está oscurecida por la humedad. Paso la linterna del móvil sobre la corteza herida y el símbolo sigue ahí. Las líneas profundas y recientes. Corbin se acerca. Esta vez sí acorta la distancia sin darse cuenta. Puedo sentir el calor de su cuerpo a mi lado mientras observa la marca sin tocarla, su hombro casi toca el mío. Tarda unos segundos en hablar.

—Es igual que el que he visto yo.

Lo miro.

—¿Dónde lo viste?

Corbin no aparta la vista del árbol.

—Hay uno en el tronco detrás de mi cabaña igual a este. —Hace una pausa mínima—. Y no es la primera vez que algo así aparece cerca de mi casa.

Siento que se me eriza el pelo de la nuca.

—¿Lo viste antes?

—Sí. Al poco de desaparecer mi padre.

El viento sopla entre las copas y tengo la sensación de que escucho la respiración del bosque. Los dos pensamos lo mismo, aunque no lo decimos: no es casualidad.

Alguien… Algo nos está señalando.

Capítulo 16

El día está especialmente desapacible. Si echo algo de menos de San Francisco, aparte de Ian, es el sol. El otoño en la ciudad es amable, cálido, como una prolongación luminosa del verano. Maine es muy distinto de California y esta llovizna y el viento que vuelve inútil el paraguas encajan mejor conmigo ahora.

Corbin me está esperando resguardado en el pórtico del Ayuntamiento. No lleva paraguas, se cubre con la capucha de su parka negra, mucho más funcional que el abrigo que llevo yo en un día de lluvia como este.

—Buenos días —lo saludo al llegar. Él asiente sin comentar nada. Es evidente que no lo son, que no está aquí porque lo desee. Es un compromiso. Algo que tiene que hacer con alguien a quien ya no quiere ver.

—Déjame hablar a mí —me dice antes de abrir la puerta.

Entro detrás de Corbin sintiendo que la presión en mi pecho se intensifica. En la recepción está Marge, como siempre, que nos mira por encima de sus gafas de pasta amarilla. Casi puedo leer el hilo de sus pensamientos: ¿qué hacen estos aquí? ¿Qué clase de trampa me quieren tender? Corbin se acerca bajándose la capucha. Lleva el pelo atado en una coleta.

—Buenos días, Marge, queríamos hablar con el secretario.

—¿Qué necesitáis? —inquiere, pasando la mirada de uno a otro.

—Es por un tema de permisos. La señora Abrams quiere que haga una ampliación en su porche.

No las tiene todas consigo. Me mira y sé que me está advirtiendo en silencio. No entiendo qué tiene la gente de este pueblo conmigo. A veces siento que me tratan como si fuera un espía extranjero.

—Está en su despacho.

La mujer señala una de las puertas laterales. Corbin no dice nada más, se acerca y entra sin llamar. Yo cierro la puerta tras de mí. Tras el escritorio hay un hombre. Tardo un poco en reconocerlo porque ya no es el crío nervioso que caminaba medio paso detrás de Justin. Ahora lleva gafas rectangulares y una barba muy cuidada. Eso sí, la forma en que levanta la vista, inseguro, y la vuelve a bajar cuando ve a Corbin es la misma. Vacila.

—Corbin, ¿qué tal? —Hay cierta incomodidad en el tono.

—Hola, Matty. Necesitamos que nos hagas un favor.

Yo me he quedado un poco atrás. No sé cuál es mi lugar en esta escena, pero Matty repara en mí y veo que me reconoce. Algo parecido a la vergüenza le cruza el rostro.

—Ewan, cuánto tiempo.

Asiento. Silencio.

Corbin apoya las manos en el escritorio, inclinándose hacia él sin agresividad, con un ademán firme.

—Necesitamos ver los planos antiguos de lindes, los de la zona norte. Antes del noventa y cinco.

Matty frunce el ceño. Mira hacia la puerta del pasillo interior, temiendo que alguien esté escuchando.

—No es tan sencillo.

—Lo sé, y sabes que no te lo pediría si no fuera importante.

—Yo no llevo lo de las lindes.

—No queremos que gestiones nada, solo queremos consultarlas.

Matty mira esta vez la puerta del recibidor. Pasea la mirada entre Corbin y yo. No está seguro, aunque finalmente cede. Recuerdo que

Corbin dijo que le debía un favor. Me pregunto qué clase de favor hace que Matty quiera saltarse las normas.

—Cinco minutos —murmura—. Si alguien pregunta, estáis consultando planos de propiedad privada.

No es un favor entusiasta, eso está claro. Se levanta tras sacar un manojo de llaves del cajón de su escritorio y nos conduce al archivo histórico. El sitio está lleno de tubos de cartón apilados y archivadores con etiquetas escritas a mano.

No hablamos mientras Matty busca entre los cajones metálicos. Tarda un poco en encontrar lo que queremos. Al final deja varios planos sobre una mesa amplia y se marcha sin despedirse. Nos quedamos solos.

Desenrollo el primero con cuidado. El papel es amarillento, tiene los bordes quebradizos. Las lindes están trazadas a tinta negra. El aserradero ocupa su parcela original. Al norte, más allá de una línea discontinua, aparece una zona sombreada. Leo en voz baja.

—Área cenagosa. Uso tradicional Maliseet.

Corbin se inclina sobre el plano. Su hombro roza el mío. El contacto es mínimo, accidental, suficiente para que mi cuerpo lo note y reaccione con un estremecimiento.

Paso al siguiente plano. Es el de los años noventa y las líneas empiezan a cambiar. La parcela del aserradero se estira casi imperceptiblemente hacia el norte. Aparecen marcas de drenaje, caminos nuevos.

—Aquí —dice Corbin. Señala una fecha en otro plano. La ampliación en ese es evidente.

—Tu padre ya era capataz entonces —murmuro.

—Sí.

Saco el móvil y empiezo a hacer fotos. Corbin hace lo mismo.

—Si esto es territorio Maliseet… —empiezo.

—Claro que lo es —me corta—. Pero el pueblo siempre llamó a esa zona el pantano, como si fuera tierra de nadie, algo inútil.

Enrollamos los planos con cuidado. No nos hemos excedido del tiempo que Matty nos ha dado. Él evita mirarnos. Yo lo miro un segundo más de lo necesario intentando discernir si sigo odiándole. No puedo evitar sentir cierto rencor. Me gustaría que dijera algo, saber si se arrepiente de lo que le hizo a Corbin, y también a mí. Sé que no es momento ni lugar. Esto no va de mí.

Fuera el viento se ha calmado y la lluvia se ha intensificado.

—Vamos al Juniper —dice Corbin.

—Yo invito.

—Qué menos.

La campanilla de la puerta suena cuando entramos en la cafetería. El olor a café tostado y mantequilla es como un abrazo nostálgico. Cruzar ese umbral junto a Corbin es como meterse en una máquina del tiempo, pero esta vez, no es el señor Bennett el que nos recibe con su cara de pocos amigos. Es Julia, con una sonrisa luminosa e ilusionada.

—¡Bueno, mira eso! —exclama desde detrás del mostrador—. Pensé que no volvería a veros juntos en la misma habitación.

Su sonrisa es genuina. Me duele un poco. Julia siempre ha sido abierta y comprensiva y el contraste se evidencia enseguida. Un par de cabezas se vuelven hacia nosotros con miradas recelosas.

—Hola, Julia —la saludo.

Corbin resopla y se sienta en una de las mesas libres, al fondo del local y junto a la ventana.

—Siéntate, cariño. ¿Qué queréis que os ponga?

—Huevos fritos con bacon y café solo —pide Corbin desde la mesa.

—Yo quiero tortitas con mermelada de arándanos y un café con leche.

—¡Oído cocina! Estará listo enseguida.

Mientras me siento frente a Corbin, noto las miradas. No son discretas. En Ashwood nunca lo han sido, y siempre hay susurros. Siento el viejo calor en la nuca, la misma presión que cuando tenía diecisiete años y todo el mundo parecía saber algo sobre mí antes que yo mismo. Esta vez no bajo la cabeza, devuelvo las miradas. Al otro lado del local, una mujer mayor me sostiene la mirada y asiente levemente, parece decir: ya era hora. Entonces me doy cuenta de algo. Un chico joven, quizá de dieciséis años, nos mira con curiosidad abierta, sin burla. No todo es igual que antes.

Julia llega enseguida con los cafés. Corbin da un sorbo al suyo ajeno a todo eso.

—No mires tanto —murmura.

—No estoy mirando.

—Claro que estás mirando. Déjalos estar, esto es parte de su entretenimiento. Eres una novedad.

Suspiro. Tiene razón. Apoyo los codos en la mesa y bajo la voz.

—Me ha sorprendido lo de Matty, ¿puedo preguntar qué clase de favor te debe?

—No creo que te importe.

El tono cortante me deja callado. Carraspeo y tomo un sorbo de mi taza humeante.

—Un poco sí, teniendo en cuenta que siempre te defendí de esos imbéciles.

Corbin me echa una mirada un poco amarga, aunque debo tener razón. Justin y su pandilla no volvieron a molestarnos después de la paliza en el callejón del supermercado.

—Matty ahora tiene una vida normal y está hasta casado, pero hace años tuvo una época en la que se metía de todo. Se pasaba la vida en el Red Cedar. Tuvo un lío por deudas… Lo pillaron entre dos y estuvieron a punto de pincharlo. Yo estaba en el bar y vi cómo se lo llevaban afuera, así que fui e intercedí. Le pagué su deuda.

Me sorprende, y a la vez no. Corbin siempre ha sido coherente consigo mismo, íntegro de una forma que pocas veces he visto en otra gente. Otra persona, yo, habría reaccionado de otra manera ante alguien que le hizo daño en el pasado. Lo habría dejado tirado, habría pensado que él se lo buscaba, y seguramente habría tenido razón. Nada obligaba a Corbin a ayudar a Matty, todo lo contrario, sin embargo, él no es así. Veo que nunca ha sido rencoroso y eso hace que la herida que yo le provoqué parezca mucho más profunda. Matty le pegó, le insultó y le hizo la adolescencia difícil, yo lo traicioné.

—¿Cómo salió de todo eso?

—Lo llevé a hablar con su familia. Estuvo un tiempo en una clínica de desintoxicación y luego se centró bastante. No es mal tipo, es que nunca ha tenido una gran autoestima. Si no hubiera estado de parte de Justin habría sido otro pringado al que torturar. Era mera supervivencia.

—¿Y Justin sigue viviendo aquí?

Julia trae los dos platos con huevos revueltos y tortitas y los deja frente a nosotros. Ha escuchado la pregunta, mira a Corbin y alza las cejas.

—¡Que aproveche!

Corbin asiente y le dedica una sonrisa suave. Un atisbo del chico sereno y agradable que conozco.

—Justin es el pastor de la congregación de Ashwood —dice con una media sonrisa desdeñosa.

—Qué dices…

—Sí, el abusón de la clase reconvertido a guía religioso. A mí no me sorprende nada, siempre fue un narcisista necesitado de gente que lo idolatre y le diga que sí a todo.

No puedo imaginar a Justin dando sermones, diciéndole a la gente cómo ser buenos hermanos con el historial que tiene. La sola idea de ir a la iglesia sabiendo que él está en el púlpito me causa rechazo. Supongo que no tengo nada superado lo que sucedió.

—Veo que sigues siendo tan escéptico como siempre —digo cortando un trozo de tortita.

Corbin se encoge de hombros.

—No es escepticismo, es sentido común. No necesito que nadie me diga qué hacer con mi vida.

—No todo el mundo que va a la iglesia quiere que le digan qué hacer.

—No sé, yo hablo por mí. La mayoría de religiones organizadas no tienen una buena opinión de los gays —replica con naturalidad—. Les incomoda lo que soy, muchas directamente lo condenan. Siempre ha sido así, quieren arreglar algo que consideran una desviación antes que aceptar que el ser humano es diverso y que si existe Dios, no ha cometido ningún error.

No lo dice con rabia, sino con una coherencia templada. Corbin nunca fue a la iglesia, no recuerdo una sola vez en la que acudiera a los sermones o las actividades organizadas por la congregación. Eso también lo señaló ante el resto del pueblo.

—Supongo que yo también me fui desencantando —admito—. En San Francisco todo es más abierto, pero al final también encuentras hipocresía. Mucha.

Corbin alza la mirada, curioso.

—¿Sigues creyendo?

Me quedo un momento pensando. La verdad es que hace tiempo que no reflexiono sobre mis creencias, que no pienso en Dios.

—No como antes. Creo que me gustaba más la idea de pertenecer a algo más grande que yo que la fe en sí.

Él asiente despacio, entiende bien esa frase.

—Tú eras el que se sabía todas las oraciones —añade con una sombra de sonrisa.

—Y tú el que leía sobre dioses, rituales raros y todo ese rollo en el recreo.

Una chispa de humor cruza su expresión. Recuerda nuestras discusiones de entonces. Nunca eran agresivas, solo debates que manteníamos al filo del humor, pero siempre con respeto. Me encantaban los libros de Corbin, todo lo que sabía sobre culturas antiguas.

—No eran raros.

—Eran rarísimos.

Esta vez sí sonríe abiertamente, aunque dura poco.

—Sigo en ese rollo, como lo llamas. A mi manera.

—¿En serio?

—Los Maliseet me han ayudado en momentos jodidos. Tienen otra forma de entender la tierra, la responsabilidad con ella y la memoria. No es un libro o un tipo en un púlpito diciéndote cómo tienes que actuar y ser, es saber dónde pisas, la relación que tienes con todo lo que te rodea, no solo con las personas. —Se lleva la taza a los labios y bebe—. Me siento más identificado con eso que con lo que predican aquí los domingos. Los Maliseet han sabido integrar la

creencia de los colonos con su propia forma de ver las cosas. Es interesante.

Lo miro un segundo más de lo necesario. Su coherencia me descoloca, no es la rebeldía adolescente que creí ver en él en el pasado, es una convicción nacida de la experiencia.

—Siempre fuiste así.

—¿Así cómo?

—Seguro de lo que tú eres, aunque el resto no lo entienda.

Su expresión cambia apenas. Veo algo vulnerable en él que solo dura un segundo.

—No siempre ha sido así.

Ahí hay una historia que yo no conozco. Pensar en todo lo que no sé de él, lo que no me molesté en saber en su momento, me causa otra punzada de culpa. No creo que sea buen momento para indagar. Siento que se ha relajado un poco conmigo, y no quiero que vuelva a cerrarse. Es mejor volver al tema que nos atañe. Ahora es el único vínculo que tenemos.

—Creo que deberíamos ir al pantano a investigar. Tal vez haya pistas o podamos ver qué hicieron allí.

—No sé si es un sitio para un chico de ciudad como tú.

—Sé que llevo mucho tiempo fuera, pero hay cosas que nunca se olvidan —respondo, intentando sonar confiado, aunque no lo esté. En realidad, el bosque ahora me inquieta. Ya no soy capaz de leerlo como antes.

Corbin me lanza una mirada de reojo mientras rebaña un trozo de pan en el huevo. Podría ser de advertencia o de evaluación.

—No es eso —dice tras una pausa—. Solo que el pantano es un lugar peligroso si no lo conoces. Y yo no he ido mucho por allí.

—Yo soy experto en perderme, aunque para evitarlo ya estás tú —bromeo, intentando romper la tensión. Él no ríe. El gesto que esboza, apenas un arqueo de ceja, me dice que al menos aprecia el intento.

—Tampoco es lugar para andar curioseando si no sabes qué estás buscando —añade, serio de nuevo—. Y no sabemos nada.

—Todavía.

—Por lo que yo veo, tú sigues siendo un cabezota —responde con un resoplido—. Pero creo que es el paso lógico, aunque no sé si es el más seguro.

Se queda un segundo en silencio y siento que su mirada se posa en mí de manera más profunda, no solo está evaluando si estoy preparado para ir, sino para comprender.

—Prometo ser obediente.

—Ese lugar es importante para los Maliseet, hay que entrar con mucho respeto.

—No sabía que habías tenido tanto contacto con ellos —digo intentando que no suene demasiado curioso. Aun así, no puedo evitarlo—. No es fácil que una comunidad así abra sus puertas a alguien de Ashwood.

Corbin suspira, apartando la mirada hacia la ventana empañada por la lluvia.

—Me ayudaron, como te he dicho.

—No era algo que solían hacer cuando vivía aquí… Quiero decir, las dos comunidades estaban muy enconadas en sus prejuicios y sus posiciones, y ahora resulta que hasta mi madre tiene relaciones con los Maliseet.

Él me mira de nuevo, con una mezcla de paciencia y desdén.

—Hay muchas cosas que no sabes. Llevas mucho tiempo fuera sin interesarte por las cosas que pasan o dejan de pasar aquí.

Eso ha sido un reproche. El muro entre nosotros sigue ahí, pero creo que se ha hecho un poco más delgado. Muy poco. Veo una línea clara que define lo que está dispuesto a compartir y lo que no y sé que si le fuerzo a cruzarla el muro se engrosará mucho más.

—Sí... Y lo siento, la verdad. Me gustaría volver a conectarme con todo esto —digo bajando la mirada al plato vacío—. Es parte de lo que soy, y lo he olvidado.

—Creo que nunca has tenido muy claro lo que eres, Ewan.

Eso es como un golpe que no esperaba. Me deja sin palabras un rato, pensativo. Nunca me he atrevido a mirarme de verdad, a preguntarme quién soy, qué quiero, qué partes de mí se han perdido entre lo que los demás esperan y lo que yo mismo he olvidado. Y ahora, frente a Corbin, esa confusión me resulta algo dolorosa.

—Supongo que tienes razón —confieso—. Es difícil saber qué quieres cuando todo el mundo espera algo muy diferente de ti…

Corbin no responde. Su mirada sigue sobre mí, grave y sin juicio. Solo aceptación, un recordatorio de que hay cosas que solo puedo descubrir por mí mismo. Aunque él las sabe. Él tiene las respuestas que yo nunca he encontrado. Siempre las tuvo. Fue el único que supo querer de verdad lo que yo era, lo que tanto me esforzaba en ocultar de cara a mi familia, a mis amigos… al resto del mundo.

Julia aparece para retirar los platos vacíos y la burbuja en la que estamos se rompe.

—¡Esto lo paga la casa! —anuncia, colocando los platos sobre el carrito—. Por los viejos tiempos, chicos. Me encanta veros aquí hablando, es como asomarse al pasado. Y estáis igual de guapos los dos.

Ambos la miramos y siento que el peso que llevaba en el pecho se aligera un poco. El gesto amable de Julia hace que Ashwood no

parezca tan ajeno ni tan hostil. Sé que hay más gente como ella y sospecho que nunca he reparado en ellos, que siempre me han pesado más las malas miradas, los comentarios despectivos.

—Gracias —digo.

Corbin asiente con una pequeña sonrisa, la más sincera que ha mostrado en horas.

***

Sobre la mesa de la biblioteca, entre los ordenadores que los enfrentaban y separaban, descansaba un pequeño MP3. En la minúscula pantalla del aparato podía leerse en letras verdes, retroiluminadas: *Theatre of Tragedy - Siren*. Ewan, con un auricular metido en la oreja, escuchaba con los ojos cerrados, sintiendo que la voz lírica de la mujer que se superponía a las guitarras eléctricas y la pesada percusión le erizaba el vello de la nuca. Notó un tirón suave cuando Corbin se levantó y dejó el auricular que había estado utilizando sobre la mesa. Ewan no tardó en recuperarlo y ponérselo para terminar de escuchar la canción. No vio la mirada cómplice que Corbin trató de dirigirle antes de perderse entre los estantes repletos de libros. No fue hasta que acabó la siguiente canción, una especialmente oscura de *Diary of Dreams*, cuando se dio cuenta de que su amigo estaba tardando demasiado. Puso la música en pausa, se metió el mp3 en el bolsillo y fue hacia el pasillo, caminando despacio entre los estantes. Lo vio al fondo de una de las calles sin salida que formaban las estanterías. Tenía un libro en la mano, *Drácula*.

—¿No te cansas de leerlo? —le preguntó acercándose con una sonrisa burlona—. Te van a acabar saliendo los colmillos.

Corbin se dio la vuelta para dejar el libro en su sitio y esperó a que Ewan se pusiera a su altura.

—A veces pienso que eres muy obtuso. No tengo interés en leer ningún libro ahora mismo.

—¿Ah, no?

Corbin no le dejó decir nada más. Lo agarró de la sudadera y lo atrajo hacia sí. Sus labios se encontraron en un beso largo y urgente. Las manos empezaron a explorar, rozando los límites que ambos conocían demasiado bien. No era el primer encuentro clandestino que compartían. Los dos buscaban la mínima excusa para encontrarse solos en cualquier rincón que pudiera servirles de escondite, aunque se limitaban a darse besos y, cuando estaban en casa de Corbin, tocarse por debajo de la ropa.

El ruido de pasos en el pasillo los sobresaltó. Se separaron y se quedaron muy quietos. Martha pasó con un carrito lleno de libros sin reparar en ellos. Ewan, con rapidez, tomó la mano de Corbin y lo arrastró cuando perdieron de vista a la bibliotecaria. Fueron hasta el baño de la biblioteca, cerraron la puerta y el sonido del agua goteando cubrió sus respiraciones aceleradas al volver a enredarse en el beso torpe y necesitado. El beso se rompió en una risa ahogada cuando Corbin apoyó la frente en la de Ewan.

—Nos van a echar —murmuró, sin apartarse. Sus dedos rodeaban el rostro de su amigo.

—Siempre dices eso —respondió Ewan, con la voz baja, casi un reto—. Y nunca pasa.

Ewan deslizó los dedos por el borde de la sudadera de Corbin, un gesto nervioso con el que coló los dedos hasta la piel. Intentó bajar la mano hasta la cinturilla del pantalón, pero Corbin lo detuvo.

—Eso no… —susurró—. Aquí hay eco.

Un ruido seco sonó al otro lado de la puerta del baño, pasos y voces apagadas que parecieron retumbar en el silencio de la biblioteca. Ewan puso los ojos en blanco.

—Eres un cenizo… —dijo en voz baja.

Agarró de nuevo a Corbin de la mano y lo metió en uno de los cubículos, cerrando la puerta tras ellos con cuidado. El espacio era

estrecho, se quedaron de pie, conteniendo la respiración pegado el uno al otro. Ambos tenían la impresión de que el latido de sus corazones podía escucharse más allá de sus cuerpos. Se miraron mientras la puerta chirriaba al abrirse.

—Ni se te ocurra hacer nada —dijo Corbin en voz muy baja.

—No estoy haciendo nada, cállate —contestó Ewan y volvió a meter las manos bajo la sudadera de Corbin, que se estremeció y contuvo una exclamación.

Alguien abrió el grifo del lavabo. El sonido del agua hizo eco en el aseo. Corbin apoyó la espalda con mucho cuidado en la pared del cubículo. El calor de las manos de Ewan lo hacía morderse los labios para no respirar demasiado fuerte, para no emitir ningún sonido. La respiración desacompasada de su amigo le rozaba el cuello y sintió el contacto de la lengua cálida en la piel, acompañado por un latigazo de excitación.

—Eres un imbécil —murmuró sin convicción.

—Shhh… —chistó Ewan en su oído.

El agua dejó de correr. Una puerta se cerró y el silencio volvió poco a poco a llenar el espacio y a ser sustituido por los suspiros y jadeos de los dos jóvenes escondidos en uno de los baños. Los besos regresaron, las manos de Corbin también buscaron la piel, se metieron bajo los pantalones de Ewan para apretarle el trasero y pegarlo a él. Pero, como tantas otras veces, no se atrevieron a ir más allá. Se quedaban siempre en ese punto exacto, sosteniéndose en la euforia de la transgresión, en la intensidad de hacer algo prohibido, secreto. Algo que era solo suyo. Era una tortura elegida, casi ritual, deliciosa.

Nunca lo hablaban, aunque ambos lo sabían: ninguno estaba preparado para cruzar ese límite. No todavía. No hasta entender qué era exactamente lo que estaban sintiendo, cómo se nombraba, cómo se sostenía sin romperse. Habían tenido oportunidades de sobra —la casa de Corbin, tardes enteras sin nadie más alrededor—, y siempre

acababan igual, deteniéndose antes, esperando una señal que les dijera que ya era seguro avanzar.

Llegaron al punto exacto de siempre: caricias apretadas, gemidos contenidos, y la liberación que los dejaba unos minutos abrazados y exhaustos. Tras unos últimos besos torpes, esperaron unos segundos más. Luego Ewan abrió con cuidado la puerta, asomó la cabeza y salió primero. Se recolocó la sudadera, se lavó las manos y la cara, respiró hondo y volvió a la sala principal como si nada, sentándose frente al ordenador que estaba usando antes de la interrupción. Se puso el auricular y fingió concentración, aunque el pulso aún le golpeaba en las sienes.

Un rato después, Corbin salió del baño con las manos en los bolsillos. Se pasó los dedos por el pelo, intentando ordenarlo. Tenía las mejillas aún enrojecidas, parecía haber estado corriendo. Cruzó la sala sin mirarlo directamente y se sentó frente a su ordenador.

Alguien, dos mesas más allá, los observó con el ceño fruncido. Ewan levantó la vista, sostuvo la mirada sin expresión y volvió a la pantalla. Nadie dijo nada.

Capítulo 17

El camino secundario es poco más que una pista de tierra. Se interna entre los árboles y desaparece en la zona boscosa y oscura que nadie en Ashwood quiere nombrar demasiado. La llaman el pantano, aunque no lo es en un sentido estricto. No hay agua estancada, juncos altos ni lagos en los que chapotear. Es una extensión irregular de tierra oscura, blanda y traicionera, donde el suelo puede ceder sin previo aviso. Nunca he visitado esa zona, ni siquiera de niño. Corbin solía evitarla y mi padre me tenía prohibidas algunas zonas del bosque, las cercanas a las minas y el pantano eran solo dos de ellas. En ese sentido, yo era bastante obediente. Nunca me ha gustado ponerme en riesgo, pero ahora es distinto, aunque no me guste este sitio, tengo que entrar.

Corbin ya está al final del camino, con el coche encarado a la salida. Está inclinado en el maletero, revisando lo que sea que trae ahí con una concentración meticulosa. No me presta atención mientras aparco a su lado y bajo del coche.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto acercándome.

Corbin levanta la vista un momento y me escanea de arriba a abajo. Suelta un resoplido.

—Sentido común —responde—. Y un poco de experiencia, viendo que vienes sin ella.

Saca del maletero unas botas de caña alta, con la suela gruesa, y me las tiende.

—Empezamos fuerte, ¿eh? —comento agarrando la prenda.

—No puedes entrar ahí con esas botas de montaña. Al menos has venido con pantalones impermeables.

—¿Tan mal está?

—Peor de lo que parece. Hay zonas donde la capa superficial aguanta hasta que deja de hacerlo. Si pisas donde no debes, te hundes hasta la cintura. —Señala una cuerda enrollada, dos bastones largos y dos linternas—. Coge un palo y una linterna. Nunca pongas todo el peso de golpe en un pie, primero prueba el terreno con el bastón y sigue mis pasos. No improvises ni vayas solo a ningún sitio.

Asiento. Él ha venido más que preparado: botas, pantalones recios, chaqueta impermeable, todo negro, como siempre. No sé por qué me sorprende la seguridad con la que habla, porque es la misma que mostraba cuando éramos niños. La misma que me enseñó a moverme por el bosque sin tener miedo. Nunca fue temerario, siempre sabía prepararse y enfrentar los posibles problemas antes de que surgieran.

—¿Y si pasa algo?

Corbin se encoge de hombros y cierra el maletero.

—Por eso traigo la cuerda y por eso no vamos a separarnos. Si el suelo cede, no tires hacia arriba, te mueves despacio hacia atrás. Será peor si luchas contra el barro.

Nos acercamos al límite. Los sauces y los álamos jóvenes crean una especie de frontera natural con el resto del bosque y, más allá de ese límite, el ambiente es más oscuro y silencioso. Corbin entra primero, yo le sigo. El aire huele distinto, más húmedo y cargado del aroma de la podredumbre vegetal. No se oyen pájaros, solo el zumbido lejano de insectos y algún crujido profundo que viene de debajo de la tierra. Hay una advertencia implícita en este lugar, todo en él deja bien claro que no quiere visitas, que no está hecho para nosotros.

—La gente no viene porque piensa que es peligroso —comenta Corbin, me ha leído el pensamiento—. Y lo es, pero como siempre, puedes moverte con relativa seguridad si sabes leer el entorno.

Asiento. Estoy nervioso y expectante. La presencia firme de Corbin me ayuda a avanzar con más seguridad.

—¿Has estado más veces aquí?

—No suelo venir, pero me gusta conocer el bosque tanto como puedo.

—Yo no lo recordaba tan oscuro y hostil.

—Has dejado de reconocerlo, es normal. A mí me parece mucho más oscura y hostil la ciudad.

Corbin hunde el palo en la tierra antes de cada paso. Se asegura de que caminamos sobre terreno firme según avanzamos, sin precipitarse.

—Tiene muchos más peligros.

—Siempre hay más peligros donde hay más seres humanos.

—Dijo el menos misántropo —digo con una suave risa. Corbin me mira de reojo.

—¿Te sorprende?

—No. Con la edad he ido comprendiendo que es bastante coherente desconfiar del ser humano, aunque también hay mucha gente buena en el mundo.

Corbin ya no responde. Avanzamos lentamente. Cada paso cruje sobre raíces ocultas y tierra blanda y el aire es más pesado, me cuesta respirarlo. Los árboles se inclinan sobre nosotros, formando un techo irregular que filtra la poca luz que alcanza el suelo. La sombra se mueve y se alarga con cada balanceo de las ramas, proyectando formas extrañas sobre el barro y la hierba alta. Entre los troncos hay parches de musgo verde oscuro, resbaladizos, y zarzas bajas que rozan mis pantalones cada vez que me acerco demasiado, sobresaltándome como si unos dedos esqueléticos hubieran agarrado la tela.

El pantano no es solo traicionero, también está vivo, vigilante. Cada crujido de las ramas, cada susurro de la hierba mecida por el viento, suena amplificado. Creo que el bosque mide nuestra presencia y decide permitirnos avanzar solo si demostramos respeto. El olor a tierra húmeda y vegetación en descomposición llena mis fosas nasales, intenso y penetrante.

Pero al lado de Corbin, todo ese temor se disuelve un poco. Él mueve el bastón primero, lo hunde con cuidado, analiza la consistencia del suelo y me hace gestos discretos para que siga sus pasos. La seguridad que transmite es un escudo que protege mi torpeza y aleja mis miedos. Mis dedos rozan el bolsillo donde guardo la brújula. La acaricio con la palma, buscando algo estable, un punto fijo que contraste con la incertidumbre del terreno.

—Mira esos árboles —susurra Corbin, señalando un grupo de sauces que se arquean sobre nosotros—. Sus raíces pueden traicionarte si no las ves. Por eso no debes adelantarte ni separar la vista del suelo.

Asiento, aunque el latido acelerado en mis sienes es atronador no se impone a la calma interna que su presencia me provoca. Avanzamos entre sombras alargadas, la vegetación cerrándose a nuestro alrededor. El silencio se rompe solo por nuestros pasos y la penumbra del pantano se hace más intensa. Los troncos retorcidos forman figuras espectrales y una bruma ligera empieza a levantarse del suelo creando halos de sombra que emborronan el musgo y las hierbas.

Siento que estamos en un lugar que no fue hecho para nosotros, para las personas, con todo, la firmeza de Corbin y el tacto frío de la brújula en mi bolsillo me recuerdan que mientras sigamos juntos podemos movernos con cierta seguridad.

—Cuidado ahí… —Corbin señala a su derecha con el bastón. Hay una zona encharcada y lodosa. Nos desviamos para evitarla. Voy pisando exactamente donde él pisa, sin marcar huellas nuevas en el barro. No quiero dejar rastro, casi no quiero respirar por tal de no

perturbar la quietud extraña de este lugar. Siento que estoy profanando algo solo por caminar entre los árboles.

—Debí ponerme el anorak —al hablar, veo que sale una nubecilla blanca de mi boca. La temperatura está descendiendo a una velocidad anormal. Corbin me mira de reojo sin dejar de avanzar.

—Es la humedad, y el sol está bajando.

No tengo esa impresión. No es como cuando cae la noche, sino como caminar hacia un punto que irradia frío. Me viene la imagen casi cómica de un iceberg en medio del cenagal.

El paso de Corbin se vuelve más lento, medido. El zumbido de los insectos se ha detenido. Hasta hace un momento el sonido era constante, un murmullo de fondo, como ruido blanco. Ahora no hay nada.

Y no es el único cambio que noto. El suelo empieza a ser más firme, donde el barro cedía, ahora está duro, casi seco, no completamente, pero es más resistente, las raíces bajo la superficie lo sostienen. Corbin hunde el palo una vez y apenas penetra.

—Esta zona es más segura, aun así, sigue moviéndote con cuidado —comenta. Veo que su aliento se condensa en una nube blanca. Noto el frío en los huesos, el mismo que cuando está a punto de ponerse a nevar.

Un golpe seco resuena a lo lejos. No provoca eco ni se expande, es un sonido contenido, absorbido por la neblina, algo pesado chocando contra madera maciza… o un hueso enorme partiéndose.

Mi mano busca la brújula en el bolsillo inconscientemente. Corbin se mueve hacia el sonido y tengo ganas de agarrarle del brazo y pedirle que nos volvamos, como un niño pequeño.

—Mira eso —dice al cabo de un rato de avance.

Los árboles se abren en un claro y en el centro un cedro se alza sobre un montículo, apenas una elevación en medio del agua negra.

No es el más alto del bosque, pero sí es el más antiguo. El tronco es ancho, surcado por grietas profundas como arrugas. Se inclina atento, escuchando. Las raíces emergen del suelo y se arquean antes de hundirse de nuevo, formando una especie de costillar natural. Bajo ese arco, la tierra es compacta en comparación con todo lo que la rodea. El agua lodosa se detiene justo en el límite.

—¿Habías estado antes aquí? —pregunto en voz muy baja, más pegado a él, reprimiendo el deseo de tocarle.

—Es la primera vez que lo veo.

En el centro del tronco hay una abertura irregular. No es una cueva perfecta, es un desgarro en la madera, ennegrecido por dentro como si hubieran encendido alguna hoguera. Hay resina endurecida en las paredes interiores y su olor es espeso y medicinal.

Corbin se detiene. Yo lo hago con él.

—Esto es muy raro —susurro.

—Es un cedro blanco. Pueden vivir siglos, a veces el interior se pudre mientras la corteza exterior sigue viva y se crean cuevas como esta.

—Pero estás notándolo, ¿no?

Bajo el cedro el frío es distinto, sale del suelo, sube por las botas y se filtra en los huesos. El silencio es absoluto. Incluso el agua cercana está inmóvil.

—Creo que estás sugestionado —responde Corbin, aunque sé que también lo está sintiendo, porque tarda en acercarse a la abertura, porque al hacerlo, veo en él un respeto reverencial. O tal vez es miedo, no lo sé.

Me asomo junto a él a la fría oscuridad. La luz del cielo apenas se filtra entre las ramas y el tronco hueco la absorbe, se convierte en un agujero negro en medio de la penumbra del bosque.

Dentro, algo cruje. Hay huesos. Muchos huesos. Se amontonan en el suelo, algunos rotos, otros completos. Restos que conservan trozos de carne oscura y desgarrada. El mal olor nos golpea, una bocanada exhalada desde el interior de esa garganta negra. La visión y el olor me hacen retroceder un paso. Corbin mantiene la calma. Noto que su respiración es más contenida.

—Ten cuidado —susurro, incapaz de articular otra cosa.

Corbin se inclina un poco hacia adelante, apuntando con el bastón para no tocar nada con las manos. Hay un costillar asomando entre los restos. Demasiado grande, descarnado.

—Joder, Ewan… No sé si son humanos…

Un gruñido bajo, profundo, se escucha en la oquedad. Proviene del interior de la cueva de raíces y madera. La piel de mis brazos se eriza. Corbin me coloca una mano firme sobre el hombro, como anclándome al suelo.

—No te acerques —murmura. Su tono no admite discusión—. Retrocede despacio. Aquí hay un oso.

No es solo un gruñido. Quiero decírselo y no puedo. No es el gruñido de un oso. El sonido me atraviesa y vuelve a producirse, vibrante. Tengo la impresión de que intenta formar una palabra, de que esa garganta puede articular sílabas.

Eeeeee. Una nota entrecortada. *Aaaaa*. La voz rota, gutural. *Eaaaaaaangrrr. Eeeewww.*

El frío se intensifica de golpe, se mete bajo la piel y me congela la sangre en las venas. Los dedos se me entumecen dentro de los guantes. Aprieto la brújula en mi bolsillo con fuerza.

Ha dicho Ewan. Quiere decir Ewan.

Algo se mueve al fondo de la cueva. Se ve un destello, un resplandor azulado que ondula, etéreo, reflejándose en la humedad de la madera. Las sombras danzan alrededor, deformadas por el

brillo imposible, y siento que todo el tronco se ha convertido en un ser vivo, respirando, observándonos.

—¡Ewan, atrás! —grita Corbin.

Antes de que pueda reaccionar, un bulto oscuro y sinuoso se agita en el interior de la cueva y la sensación de que el gruñido me llama se hace insoportable. Es demasiado real y mi instinto me empuja a moverme. Corbin me agarra del brazo con fuerza, tira de mí hacia fuera, y caemos juntos al suelo firme del montículo. Apenas respiramos mientras nos ponemos en pie. Sin dudarlo, Corbin me arrastra de regreso por el camino, pasando por las raíces y el barro con una velocidad y precisión que no soy capaz de procesar. Oigo una respiración tras nosotros, un chapoteo, el sonido de unas patas golpeando el barro y salpicando a su alrededor.

No nos atrevemos a mirar atrás. Corbin prácticamente me arrastra y no sé cuánto tiempo estamos corriendo. El frío cede, los sonidos regresan y salimos al camino donde permanecen los coches aparcados.

—¡Sube a mi coche! —dice Corbin.

Y obedezco sin pensar, temblando aún de frío y de miedo.

—Tenemos que hablar con la *sheriff* Ward… —digo aún jadeando.

Corbin asiente, sin palabras, y enciende el motor para salir a toda prisa por la senda pedregosa.

El trayecto hasta el pueblo se me hace irreal. Tengo la sensación de haber salido de un sueño oscuro y frío y de que el asfalto no es del todo firme bajo las ruedas. Corbin conduce sin música, no hace comentarios, con las manos firmes en el volante. Yo sigo notando el frío en los huesos, como si la niebla que envolvía el cedro se hubiera quedado conmigo. No dejo de escuchar ese gruñido articulado, casi humano, e intento convencerme de que mi mente me ha jugado una mala pasada.

Corbin aparca delante de la oficina del *sheriff*, cuando entramos, no hay rastro de Ward ni de su ayudante, pero la secretaria nos mira desde su mesa.

—Tenemos que hablar con Ward —le dice Corbin.

—Ha salido con el ayudante a atender un aviso en la carretera. Hay un camión atascado cerca del puente del río… —consulta la hora en su móvil y vuelve a mirarnos—, hace más de una hora que han salido, no creo que tarde, le puedo dar el aviso.

—No, la esperaremos aquí —dice Corbin, y me tira del brazo para que nos sentemos en los bancos que hay en la entrada.

—Genial —murmuro, pasándome las manos por la cara, nervioso —. Genial.

El reloj sobre la puerta marca las cinco y veinte y la luz que entra por la ventana ya empieza a debilitarse. No puedo quedarme quieto. Me levanto, doy dos pasos y vuelvo a sentarme.

—Ewan —dice Corbin en voz baja—. Respira.

—¿Y si eran humanos? —suelto sin mirarle—. ¿Has visto el costillar? Era grande, pero… había huesos más pequeños debajo. Y carne. No son restos antiguos.

—Hay osos negros en esta zona —responde con tono práctico—. Y alces. Y coyotes. Un oso puede arrastrar presas a un sitio concreto, usarlo como guarida temporal. El cedro hueco es un buen sitio para eso.

—Eso no explica…

Me callo. No quiero decirlo en voz alta. No quiero darle forma.

Corbin me observa. Está tenso, lo noto en la rigidez de la mandíbula. Su voz, aun así, es tranquila, templada.

—No te precipites, no sabemos nada. Podrían ser restos de ciervo. Hay cazadores que dejan vísceras en el bosque.

—¿Y el sonido? —le miro al fin—. ¿Has visto lo que había dentro?

Corbin sostiene mi mirada un segundo de más.

—No he visto nada con claridad. Estaba muy oscuro.

—No me refiero a ver. Me refiero a...

Se hace un silencio espeso entre los dos.

—He oído un gruñido —acaba diciendo—. Como de oso defendiendo su madriguera. Eso es lo que tiene más sentido. El pantano es un sitio oscuro y siniestro, hace que la mente juegue malas pasadas.

No lo dice convencido. Lo conozco demasiado bien a pesar de los años. Cuando está seguro, su tono es firme como una línea recta, y ahora hay una pequeña fisura, casi imperceptible.

—Ha dicho mi nombre —susurro.

Corbin me mira y niega con la cabeza, despacio.

—Estabas asustado. El cerebro hace esas cosas cuando no encuentra sentido a algo. Se inventa cosas.

Quiero discutirle, quiero insistir, pero una parte de mí necesita que tenga razón. Debe tener la razón, porque otra cosa es inexplicable.

La puerta se abre con un golpe seco. La *sheriff* Ward entra quitándose los guantes de cuero. Lleva el uniforme verde oscuro del condado y esa expresión suya que siempre lo evalúa todo. Se detiene al vernos.

—Buenas tardes… ¿Ha ocurrido algo?

Me pongo en pie de inmediato.

—Hemos estado en el pantano. —Su expresión cambia, preocupada y recelosa, en especial cuando me mira a mí—. Hemos

encontrado restos —añado, notando que la voz me tiembla—. En un cedro hueco. Muchos huesos. Y no sabemos si son humanos.

Silencio. Ward clava los ojos en mí, luego en Corbin.

—¿No los habéis reconocido?

—Hay actividad animal en la zona. Algo grande —explica Corbin —. Escuchamos movimiento y probablemente sea un oso negro usando el árbol como guarida. No llevábamos armas así que preferimos irnos, pero los restos… sería prudente comprobarlos.

La *sheriff* resopla, se pasa una mano por la frente.

—¿Fuisteis solos al pantano? —Su tono ya no es de sorpresa, es de enfado contenido—. ¿Sin avisar? ¿Sin equipo adecuado?

—Llevábamos equipo —dice Corbin—. Cuerda, bastones, linternas… Sé moverme por allí.

—No me refería a eso y lo sabes. ¿Estáis investigando por vuestra cuenta?

Me obligo a hablar antes de que la cosa escale.

—Lo siento. No queríamos interferir, solo necesitábamos comprobar algo.

Ella me estudia un momento. Supongo que ve la angustia en mi cara, porque su expresión se suaviza apenas.

—¿Qué habéis visto exactamente?

—Costillas grandes, con carne aún adherida. Olía muy fuerte… —dudo—. Y había algo dentro. Un animal.

Ward asiente, volviendo a su actitud profesional acostumbrada.

—En esta época del año los osos empiezan a moverse más buscando comida antes de que llegue el invierno. Un cedro hueco es un refugio perfecto, si ha hecho acopio de presas, puede volverse

agresivo. Se gira hacia el interior de la oficina, donde el ayudante ha entrado sin que nos demos cuenta.

—¡Dawson!

El chico aparece desde el pasillo. Es un joven pecoso, con expresión de alerta.

—¿Sí, jefa?

—Coge la escopeta de dardos —ordena Ward—. Y avisa a Fish and Wildlife de que puede que tengamos un oso problemático en el pantano. Vamos a echar un vistazo.

Dawson asiente y desaparece de inmediato. Ward vuelve a mirarnos.

—Vosotros venís, pero no dais un paso sin que yo lo diga. Y si veo que esto se convierte en una excursión suicida, os mando a casa esposados si hace falta.

—Sí, señora. No vamos a darte problemas —dice Corbin.

Yo asiento. Mientras Ward se coloca el cinturón y comprueba su arma reglamentaria, siento que el frío vuelve a instalarse bajo mi piel.

Si son restos de animales, todo tiene explicación. Si no lo son… Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo para que nadie vea que tiemblan e inconscientemente me aferro a la brújula de Corbin.

No puedo evitar el pensamiento que me está rondando desde que los hemos visto.

¿Y si entre esos huesos está mi padre?

Capítulo 18

Corbin

Volvemos al pantano en caravana.

La *sheriff* Ward conduce delante con el todoterreno del condado, Ewan y yo vamos detrás en mi coche. El cielo se ha teñido de un azul sucio, el tono previo a la noche cerrada que en Maine dura apenas un suspiro. Las copas de los abetos recortan el horizonte como dientes oscuros.

Aparcamos donde lo hicimos antes. El coche de Ewan sigue ahí. Bajo primero y noto que el aire es frío y no tiene nada fuera de lo normal. Es el frío de finales de otoño en el norte, húmedo y persistente, no esa puñalada helada que parecía salir del suelo hace una hora.

Ewan baja del coche y echa un vistazo alrededor, tenso. Tiene los hombros rígidos y las manos en los bolsillos. No lo dice, aunque está pensando en su padre. Yo también lo estoy pensando, esa posibilidad sobrevuela sobre ambos aunque no nos atrevamos a verbalizarla.

—Por aquí —indico, cogiendo uno de los bastones.

Ward lleva linterna frontal y una escopeta con dardos tranquilizantes. Dawson carga otra linterna potente y una bolsa de pruebas. Entramos en la zona blanda y camino delante, como antes. Pruebo el terreno, marco los pasos y escucho. Hay insectos, el sonido del viento leve moviendo las ramas y un cuervo grazna a lo lejos. Nada más.

Echo un vistazo discreto al barro en las zonas más húmedas. Debería haber marcas, algo nos persiguió. Lo oí chapotear detrás y sentí la vibración en el suelo, pero no hay huellas recientes aparte

de las nuestras de antes, parcialmente deformadas por la humedad. Ningún rastro profundo de patas grandes, ningún surco.

No digo nada.

Ewan viene detrás de mí, demasiado cerca. Sé que está asustado. Incluso yo lo estoy, aunque controlo los pensamientos irracionales con las explicaciones que sé ciertas: esto solo puede ser cosa de un animal.

—¿Es muy adentro? —pregunta Ward en voz baja.

—Un claro con un cedro grande —respondo—. En un pequeño montículo. El suelo es más firme allí y hay un poco de agua estancada alrededor.

Avanzamos diez minutos más. La luz cae rápido y las linternas empiezan a ser necesarias. Cuando el claro se abre ante nosotros, lo reconozco al instante. El cedro se alza oscuro contra el cielo que ya casi no se ve. Las raíces arqueadas, el montículo seco en medio del terreno encharcado. No hay bruma, solo un árbol viejo en un pantano.

Nos acercamos.

Ewan se detiene un segundo antes de cruzar el límite del montículo. Yo también lo noto, esa vacilación. Ward sube primero esta vez, con la linterna apuntando al interior del tronco hueco. El olor llega enseguida, fuerte, a descomposición reciente.

—Vale —murmura ella—. Sí que hay algo aquí.

Dawson se coloca a su lado y enfoca mejor. Los huesos siguen allí, amontonados. Costillares, vértebras, con restos de carne oscura adherida en algunos puntos. Ward se agacha con cautela, sin meter el cuerpo dentro. Usa una rama larga para mover ligeramente uno de los restos.

—Esto es de un ciervo —dice tras unos segundos—. Y aquello… parece un mapache. —Dawson asiente—. Aquí hay marcas de

dientes grandes. Mirad el patrón. Separación amplia, compatible con oso negro adulto.

Ewan da un paso adelante.

—¿Y eso? —señala un costillar más grande.

Ward lo ilumina bien.

—Alce joven, probablemente. O un ciervo grande, pero eso no es humano.

Lo dice sin dramatismo, aunque noto su alivio. Yo examino el interior del tronco mientras ellos hablan. Busco arañazos frescos en la madera, marcas de garras y encuentro algunas antiguas y otras más recientes. Tiene sentido.

—Es una guarida temporal —concluye Ward—. Ha estado almacenando comida. No es raro, el árbol le ofrece cobertura y terreno firme.

Ewan traga saliva.

—¿Y el animal? —pregunta.

Ward se incorpora, barre el claro con la linterna.

—No está aquí ahora. Probablemente salió al oíros antes. Los osos no suelen buscar pelea si no se sienten acorralados.

Yo miro el barro alrededor del montículo otra vez. No hay nada. Si un oso nos hubiera perseguido hasta casi la salida, habría dejado rastro, más aún estando el suelo como estaba, y no hay nada.

Ewan me mira, buscando confirmación, algo en mi expresión que confirme sus propias dudas, supongo.

—Son animales —le digo con firmeza—. Eso es lo importante.

Ward se vuelve hacia nosotros.

—Habéis tenido suerte. Si el oso llega a estar dentro habríais tenido problemas. La próxima vez me llamáis antes de meteros en territorio de fauna salvaje. ¿Entendido?

—Entendido —respondo. No quiero discutirle. Ward sabe de sobra que no sirve de nada decirme eso. Sé moverme por el bosque, no necesito llamar al *sheriff* cada vez que lo hago.

Ewan asiente y Dawson marca la ubicación en su GPS.

—Avisaré a Inland Fisheries & Wildlife para que monitoricen la zona —añade Ward—. Aunque no hay indicios de restos humanos aquí.

Humanos. La palabra flota en el aire un segundo. Veo cómo los hombros de Ewan bajan apenas, una cuerda invisible se ha aflojado. No está tranquilo, pero ya no está al borde de un ataque de pánico y eso basta por ahora.

Nos retiramos del montículo. Esta vez no hay persecución. No hay chapoteos ni el denso silencio de antes. Solo el sonido normal del bosque al anochecer. Mientras regresamos a los coches, camino un poco por detrás de Ewan, por si acaso. Me gusta el folklore y la mitología, eso no significa que crea en fantasmas, creo que todo tiene una explicación si se busca lo suficiente. Aunque sí creo en lo que vi en su cara cuando dijo que lo habían llamado. Y si me detengo a pensar, creo que yo escuché lo mismo.

Llegamos a los coches con las botas cubiertas de barro y la noche ya instalada del todo. Las linternas se apagan una a una y el bosque recupera su oscuridad compacta, como si nunca hubiéramos estado allí. La *sheriff* Ward cierra el maletero del todoterreno con un golpe seco.

—No volváis por vuestra cuenta. Si ese oso regresa y os pilla sin preparación tendremos que venir a recogeros con palas.

—No volveremos —respondo.

Ewan asiente en silencio. Dawson nos dedica una media sonrisa profesional antes de subirse al vehículo y Ward nos sostiene la mirada un segundo, evaluando algo que no dice, aunque puedo adivinar, luego arranca. Las luces rojas se pierden entre los árboles hasta que solo queda la carretera oscura y el sonido lejano del motor.

Silencio.

Ewan mete las manos en los bolsillos. Está agotado y creo que avergonzado, se le nota en la forma en que baja la cabeza y evita mirarme demasiado tiempo.

—Supongo que ya está.

No está, está lejos de estar, pero entiendo lo que quiere decir. La situación es incómoda.

—Sí —respondo.

Se acerca a su coche y saca las llaves, las agita entre los dedos un segundo antes de abrir. Algo cae al suelo desde su bolsillo y se da prisa en recogerlo. Algo parecido a un reloj de bolsillo que emite un destello dorado antes de desaparecer de nuevo en su chaqueta. Ewan carraspea incómodo.

Hay algo en su postura que reconozco. Ya no es el miedo de antes, saber que su padre no está en ese montón de huesos lo ha tranquilizado. Aunque no digamos nada, sabemos que ha pasado algo extraño en ese árbol. Las preguntas revolotean entre nosotros como insectos invisibles y molestos. Y, además, Ewan está jodido. Lo está pasando realmente mal.

—Tengo que poner las ideas en orden y… —empieza a despedirse.

Dudo apenas un segundo. El rencor sigue ahí, nada desaparece por una excursión al pantano ni por un posible oso. Y tampoco desaparece todo lo demás.

—¿Quieres tomarte una cerveza antes de volver a casa?

Me mira, sorprendido. Hay cansancio en sus ojos, y algo más frágil que me recuerda al Ewan que yo conocí.

—¿Una cerveza?

—Sí, o lo que quieras. En el Red Cedar. Está cerca.

Un segundo de silencio. Se lo piensa. Está buscando en mi expresión algo que le hable de mis intenciones.

—Sí —responde al final—. Me vendrá bien.

Asiento.

—Nos vemos allí. Sigue mi coche si no recuerdas el camino —le indico.

Nos subimos a nuestros respectivos coches. Me aseguro mirando por el retrovisor de que enciende el motor y las luces y arranco para abrir la marcha. Ni yo sé por qué hago esto. Solo sé que me jode verle así, vulnerable. También me trae recuerdos de quien fui y eso me jode aún más.

Capítulo 19

Entro detrás de Corbin. El Red Cedar está casi vacío. Las lámparas amarillas proyectan una luz tibia que no acaba de ser acogedora. En veinte años el bar de carretera no ha cambiado nada, solo se ha hecho más viejo, más decadente. Hay un hombre que no conozco en la barra, con una larga barba blanca y una camiseta roja de los MAGA.

El suelo sigue siendo de madera oscura, tablas que crujen cuando nos movemos sobre ellas. La barra está pulida por décadas de codos apoyados y adornada por cercos que ninguna bayeta es capaz de borrar. Las paredes están cubiertas de fotografías antiguas de cacerías, equipos locales de béisbol y camionetas embarradas frente al bosque. Hay banderines descoloridos, una cabeza de ciervo que mira con ojos de vidrio hacia ninguna parte y un calendario con una chica sonriente sujetando una motosierra.

Todo está envejecido, lo que no significa que esté abandonado. Las superficies están limpias, los vasos brillan tras la barra, las mesas no tienen polvo. Es un deterioro lento y cuidado, el Red Cedar ha decidido no renovarse, pero tampoco rendirse.

No entiendo cómo Corbin viene aquí. No encaja con su versión que tengo en la cabeza. No encaja con el chico que se sentaba conmigo en la biblioteca, ni con el hombre que se mueve por el bosque como si formara parte de él. Y lo veo en la mirada del camarero, que lo atiende con un ademán desdeñoso. ¿Por qué sigue acudiendo a un lugar donde le odian por lo que es? ¿Por qué sigue aferrándose a Ashwood aunque siempre lo haya tratado así?

Caminamos hasta una de las mesas apartadas, lejos de la barra y del hombre de la camiseta roja. Hay otras dos personas jugando al billar al fondo, riendo y conversando casi a gritos. El televisor sobre la barra muestra un noticiero sin sonido. Nadie lo mira.

Corbin no me pregunta qué quiero. Se acerca a la barra, intercambia unas palabras con el camarero y vuelve con dos botellines de cerveza. Los deja frente a nosotros con un golpe suave. Me siento en la silla de madera, que protesta bajo mi peso, y Corbin se sienta enfrente.

Durante unos segundos no hablamos y solo bebemos.

El primer trago me sorprende. La cerveza está fría, el sabor es áspero, más amargo de lo que recuerdo. Hace años que no bebo nada que no sea vino en cenas de trabajo o cócteles demasiado suaves en terrazas con vistas a la bahía. Esto es otra cosa. Más crudo.

Trago despacio. El amargor se me queda en la lengua. Tengo las manos frías, no se me ha ido el frío desde el pantano. Una exhalación de esa gelidez extraña se ha quedado dentro de mí.

—Vas a pensar que estoy loco… —empiezo, y no sé cómo terminar la frase. Corbin no me salva, me mira y espera. Doy un trago largo—. Por arrastrarte a ese sitio y por lo del gruñido. Es un oso, supongo que estoy sugestionado por el ambiente, pero…

—No había huellas, ¿te has fijado?

Le miro. Él también se ha dado cuenta y eso me hace sentir que no me he vuelto loco. Me alivia tanto como el momento en que Ward ha confirmado que no había restos humanos en esa especie de cueva creada por el árbol.

—Ni el frío de antes…

Se toma su tiempo antes de hablar. Bebe un trago de cerveza y observa a los parroquianos. Está tranquilo, reflexionando sobre algo. Creo que está tomando decisiones. Está decidiendo si comparte algo conmigo.

—El pantano no es un sitio normal.

Lo miro desconcertado.

—Dijiste que estaba sugestionado.

—Sí, y seguramente los dos lo estemos, por eso digo que ese sitio no es normal. Ha inspirado todo tipo de cosas y es un sitio especial para los Maliseet, por eso lo protegen.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Para los Maliseet es un lugar liminal.

Parpadeo.

—¿A qué te refieres con eso?

—Lo ven como un espacio de transición. No es un pantano, ni es bosque firme. Ni agua ni tierra. No es una cosa ni la otra. Es como una frontera. Y en las fronteras las cosas cambian.

Lo observo con atención. Su tono no es teatral ni supersticioso. Es práctico, solo expone una información que puede ser valiosa en algún momento. A mí solo me eriza la piel escucharlo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

La pregunta se me escapa antes de pensarla. Corbin se queda en silencio unos segundos. No esquiva mi mirada. Tampoco la sostiene con desafío u ofensa.

—Cuando mi padre desapareció —empieza—, lo pasé mal. Económicamente, digo. El pueblo ayudó lo justo, solo me dieron empleo en el supermercado y no era suficiente para pagar las deudas que heredé. Y una vez se empezó a olvidar el asunto cada cual volvió a lo suyo. Yo no tenía oficio —continúa—. Y estaba cabreado con todo el mundo. Con él. Con el pueblo. Con… —No termina la frase, pero sé que estoy incluido. Me fui, sin pensar en la situación en que lo dejaba—. Fueron los Maliseet quienes me dieron trabajo. Aprendí a trabajar la madera con uno de ellos.

—No sabía nada de eso…

—No podías saberlo, fue después de que te marcharas a San Francisco.

—¿Y por qué te ayudaron? No suelen meterse en los asuntos del pueblo.

—Eso da igual. Ellos siempre han dicho que el norte del pantano no se toca —continúa—. Que hay cosas que no son para nosotros.

—¿Qué cosas?

Corbin me mira fijo.

—Las que no podemos entender. Las que tienen que ver con la naturaleza y el equilibrio entre el bosque y los seres humanos.

Se hace un silencio incómodo. No es el silencio ligero de una charla que se agota, es algo más denso. Hay mucho que Corbin no está diciendo y yo no me atrevo a indagar.

—Hablas como si fueras parte de ellos.

—Me he movido entre dos mundos que no terminaban de confiar el uno en el otro para sobrevivir.

—En un espacio liminal.

Corbin asiente con una media sonrisa.

—Eso es. No es fácil no pertenecer a ningún sitio del todo.

Me quedo pensando en San Francisco, en el apartamento luminoso con vistas a la bahía, en las presentaciones de libros donde sonrío y firmo ejemplares fingiendo que alguna vez he sabido quién soy. En las cenas donde hablo de proyectos futuros, de contratos, de cifras. Allí todo encaja. Soy el escritor que volvió del pueblo pequeño y supo reinventarse. El que escapó y encontró su sitio. Aun así, siempre hay una parte de mí que está actuando.

En San Francisco soy la versión pulida y exitosa. Ya no tartamudeo cuando alguien me pregunta de dónde vengo. Hablo de Ashwood como de un decorado pintoresco del que salí con esfuerzo

y determinación. Nunca digo la verdad. Allí no tengo que justificarme.

Aquí, en cambio, todo es más crudo. Todo está pegado a la piel.

Me fui buscando un lugar donde me aceptaran tal y como era y lo encontré, o eso creí. Pero ahora, sentado frente a Corbin, pensando en él, veo que nunca he pertenecido del todo a ningún sitio. En San Francisco soy el chico del pueblo que escribe sobre misterios que puede resolver. En Ashwood soy el que se fue. El que abandonó.

Un espacio liminal.

—¿Y crees que…? —hablo de nuevo. Me cuesta ordenar mis pensamientos—. ¿Crees que lo que pasó hoy tiene que ver con eso? ¿Con lo que dicen los Maliseet? Puede que mi padre se perdiera allí.

—No lo sé. Creo que hay límites que no deberían cruzarse… Y puede que tu padre haya empujado algunos, como hizo el mío.

La televisión cambia de plano. Un camarero deja caer una caja detrás de la barra. La vida sigue en este local, ajena a que hay alguien perdido en las entrañas del bosque, tragado por la oscuridad.

—¿Crees que sigue ahí?

Corbin me sostiene la mirada y no dice nada. Se termina la cerveza. No necesito que responda, la historia de su padre es un reflejo de la del mío y nunca tuvo un final. Nunca pudo cerrarse con una explicación que atajara las habladurías, que le diera alguna clase de paz a Corbin. Tal vez me tengo que empezar a hacer la idea de que es lo que va a suceder, de que nunca sabremos qué ha pasado.

—Gracias por ayudarme.

—No lo estoy haciendo por ti —replica al instante, a la defensiva —. Es evidente que hay relación entre los dos casos. Quiero saber qué ocurrió.

Su respuesta me deja un poco aturdido. No puedo culparlo, aunque me duele. No sé qué esperaba ¿que quisiera ayudarme por lo que una vez fuimos? ¿Que se olvidara de todo porque le he pedido ayuda? Yo he sido el primer egoísta. Y el único cobarde.

—No importa… Podrías haberte marchado a casa, pero no me has dejado solo, y lo agradezco. Aún tengo el susto en el cuerpo.

—Nunca has sido el más valiente del pueblo —dice con un deje amargo. Veo que vuelve a elevarse el muro que nos separa. De hecho, nunca se ha quebrado.

—No, tienes razón, nunca lo he sido. Lo estoy siendo ahora —replico con un ramalazo de orgullo. Él me mira con desdén.

—Porque no te ha quedado más remedio. ¿Estarías aquí hablando conmigo si no fuera por lo de tu padre? —Se queda callado, esperando una respuesta que no voy a darle, porque la conoce—. Exacto. Todo en tu vida ha girado alrededor de lo que pasaba con él.

—Eso no es justo, tuve que enfrentarme a…

—¿A qué, Ewan? ¿Cuándo le has enfrentado? ¿Cuando ya no está aquí para responderte? Ni siquiera has salido del armario en este pueblo.

—A estas alturas todos saben que tengo novio —replico a la defensiva—. No es necesario, la gente simplemente lo acepta.

Corbin suelta una risa sin una pizca de humor.

—Fingen que no lo saben, evitan el tema. Y la primera que lo hace es tu madre. Aquí solo les interesa que te has forrado con tus libros, que has llevado a Ashwood a los periódicos nacionales y lo has puesto en el mapa, pero qué pena que no te hayas casado, qué pena que no hayas encontrado una buena mujer para formar una familia. Qué pena la pobre Helen que no tiene nietos… —según habla, veo cómo se altera y también cómo se contiene para no levantar la voz.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Organizo un encuentro en la biblioteca y se lo digo oficialmente a todo el mundo?

—No reduzcas esto al absurdo como si no lo estuvieras entendiendo.

Sí lo entiendo. Lo entiendo demasiado bien. No quería que la conversación derivara en esto, aunque era inevitable. Hay demasiados años de silencio entre los dos. Me quedo callado unos segundos. Miro la botella, el borde húmedo, el anillo de humedad que ha dejado sobre la mesa. Siempre he sido bueno desviando conversaciones. Convirtiéndolas en ironía, en un buen diálogo para un libro. Con él no funciona.

—No es tan sencillo —murmuro.

Corbin se inclina hacia delante.

—Estoy harto de esa frase —espeta—. Claro que no lo es y nunca lo ha sido. El problema es que tú siempre has esperado a que se resolviera solo.

Aprieto la mandíbula.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —Su voz se afila—. Siempre has hecho lo mismo, Ewan. Meter la cabeza bajo tierra y esperar a que pase el temporal.

Siento el impulso de levantarme e irme. Lo siento físicamente, como una corriente eléctrica que me sube por las piernas, pero me quedo. Corbin merece que lo escuche. Merece que hablemos. Merece explicaciones. El problema es que no sé si las tengo.

—Tú no sabes nada de lo que he tenido que enfrentar fuera de aquí.

—No. Porque te largaste y me dejaste sin una forma de contactar. Porque cuando has vuelto ni siquiera has preguntado por mí, Ewan.

Silencio.

Tiene razón, y eso me enfurece más que cualquier acusación. Me enfurece conmigo mismo.

—Me fui porque no podía quedarme —digo, intentando mantener el tono firme y lleno de razón—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me quedara aquí a…?

—¿A qué? —me corta.

—A seguir aguantando.

Corbin me observa con una expresión de decepción que me resulta insoportable.

—¿Y crees que yo no aguanté?

Lo miro en silencio un largo instante.

—No era lo mismo.

—No —admite—. No lo era, pero no te comportes como si tú fueras el único que estaba atrapado.

Me froto la frente. El amargor de la cerveza se mezcla con algo más denso en el estómago.

—No puedes entender lo que era vivir en esa casa.

—¿Y tú crees que yo no lo veía? —Levanto la vista. Tiene los ojos clavados en mí, exigentes, quiere que entienda algo y ese algo se me escapa—. ¿Crees que era idiota? —continúa—. ¿Que no sabía lo que pasaba antes de que te fueras? ¿Que lo que pasó no me dejó las cosas muy claras?

El corazón me da un golpe seco.

—No metas a mi padre en esto.

—¿Cómo que no lo meta? Todo gira alrededor de él, siempre ha sido así.

El bar sigue sonando a lo lejos. Una risa. Un golpe de taco contra la bola. El mundo continúa.

—Lo que pasó aquella noche… —empieza.

—No.

No quiero oírlo. No aquí. No ahora.

—Sí —insiste—. ¿Te acuerdas o prefieres seguir fingiendo que no pasó? —El aire se vuelve más denso. Corbin sostiene mi mirada—. Yo sé que huiste —dice más bajo—. Lo que nunca entendí es por qué huiste de mí.

La frase me atraviesa como una espada en el estómago.

—No huí de ti.

—Claro que sí.

Niego con la cabeza, aunque no encuentro argumentos sólidos. Solo recuerdos confusos y vergüenza.

—Me quedé esperando una nota, una llamada, que me respondieras o me mirases a la cara. Ni siquiera volviste a la biblioteca.

Me arde la piel.

—No fue por ti. No fue por eso.

—Entonces dime por qué fue.

No tengo respuesta que no suene cobarde. Porque tenía miedo. Porque me sentí descubierto. Porque lo que pasó me obligaba a elegir.

—¿Qué querías que hiciera? —pregunto. Mi voz no es desafiante, suena desesperada, como si él pudiera tener las respuestas ahora.

—Que no me dejaras solo.

Me quedo sin aire.

—Yo también era un crío —murmuro.

—Sí. —Asiente—. Pero yo no tenía a dónde ir.

Eso quiebra algo en mi interior al enfrentarme a la verdad sin excusas. No me fui solo de un pueblo, no me fui solo de una casa. Me fui de él y siempre he contado la historia disfrazándola de mera supervivencia.

Corbin se reclina en la silla, no aparta la mirada.

—Sé que huiste y entiendo por qué lo hiciste —repite—. Lo que nunca entendí es por qué pensaste que huir también implicaba desaparecer para mí.

No sé qué responder, porque la verdad es simple y fea: era más fácil. Y siempre he elegido lo fácil cuando la alternativa dolía demasiado. Cuando tenía que enfrentarme a la idea de vivir lejos de él, o de quedarme y aguantar la tormenta hasta que lo destrozase todo.

No digo nada.

Podría intentarlo, inventar una explicación digna, algo que suene a estrategia de supervivencia y no a miedo. No me sale. Todo lo que tengo dentro es una mezcla de culpa encostrada y orgullo inútil. Corbin espera unos segundos más. Ya no me mira con rabia, solo está cansado. Decepcionado. Niega despacio con la cabeza, confirmando algo que en el fondo ya sabía.

—Vale.

Solo eso.

Se levanta. El movimiento es calmado. No hay aspavientos ni golpes de silla. Saca la cartera, deja unas monedas sobre la mesa. Yo sigo sentado. No intento detenerlo. No sé si por orgullo o porque no me siento con el derecho a hacerlo.

Corbin se queda un segundo más junto a la mesa, esperando que diga algo. Una palabra. Cualquier cosa. No la digo. Asiente una vez,

casi imperceptible, y se da la vuelta.

Lo veo cruzar el bar bajo la luz amarilla. Las tablas crujen bajo sus pasos. El hombre de la camiseta roja levanta la vista un instante. El televisor sigue mostrando un noticiero sin sonido. La puerta se abre y entra una ráfaga de aire gélido que me recuerda al pantano. El frío vuelve a expandirse dentro de mí y luego se cierra y me quedo solo. La cerveza está casi vacía. El vidrio húmedo entre mis dedos. El anillo que ha dejado sobre la mesa empieza a secarse.

No me fui solo de un pueblo. No me fui solo de una casa. Me fui de él. Y ahora que está delante de mí, vivo, tangible, enfadado… no sé cómo empezar a reparar nada.

Podría levantarme. Podría correr tras él. Podría decirle que esa noche no solo me rompió a mí, pero sigo sentado.

Siempre he sido bueno quedándome quieto.

Capítulo 20

—¿Qué estás haciendo?

La voz tras ellos detuvo el tiempo y le paró el corazón a Ewan. Le dejó clavado, quieto. Ni siquiera pudo apartar el brazo que rodeaba la cintura de Corbin. Solo pudo apartarse de sus labios y mirarle a los ojos con una expresión de horror antes de que el tirón lo apartase de él. Casi se dio de bruces al bajar de la mesa del merendero obligado por la fuerza incontestable de su padre. Leonard había subido hasta allí a través del sendero de Black Pine y les había encontrado como si hubiera seguido un rastro claro. Como si supiera lo que estaba pasando.

Ewan sentía un dolor sordo en el brazo, justo donde los huesudos dedos de su padre se le clavaban en la carne con fuerza.

—¡Eh! ¡Suéltalo! ¡No estaba haciendo nada malo! —gritó Corbin, bajando de la mesa de un salto.

Fue a por su amigo, pero un empujón enérgico del señor Abrams lo hizo golpearse la espalda en la mesa. Ewan vio cómo apretaba los dientes y sofocaba un grito de dolor al volverse a incorporar.

—¡Claro que lo estábais haciendo, y lo sabéis bien! —replicó Leonard.

—Papá… —gimió Ewan. Seguía paralizado, incapaz de moverse hacia Corbin aunque era lo que deseaba. Ver si estaba bien, ver si su padre le había hecho daño.

—¡Cállate! Volvemos a casa.

—Papá, no…

Corbin se lanzó hacia ellos otra vez, más rápido y furioso, agarrando el antebrazo de Leonard para obligarlo a soltar a Ewan.

—¡Suéltalo! —repitió, la voz rota entre la rabia y el miedo.

Ewan sintió cómo los dedos se retiraban de su brazo y pensó, absurdamente, que aquello se había terminado. No fue así. Leonard se giró con una violencia contenida, liberó a su hijo y, sin previo aviso, descargó el puño en el estómago de Corbin. El golpe fue seco, directo y violento. El aire salió del cuerpo del chico en un jadeo mudo. Se dobló sobre sí mismo y cayó de rodillas sobre la grava, llevándose las manos al vientre.

—¡No, para! ¡Papá! —chilló Ewan.

Volvía a ser un crío, se sentía sin fuerzas, fuera de su cuerpo. Aun así, logró agarrar a su padre por la camisa. Eso no le detuvo. El señor Abrams se inclinó sobre Corbin, que trataba de recuperar el aliento.

—Escúchame bien —dijo en voz baja, peligrosa. Lo agarró del cuello de la camiseta y lo obligó a mirarle—. No vuelvas a acercarte a mi hijo. ¿Lo entiendes?

Corbin levantó la cabeza con dificultad. Tenía los ojos húmedos, no de llanto, sino de rabia y asfixia. No respondió. Leonard sacudió el agarre.

—Te juro que si vuelvo a verte cerca de él, te daré una paliza que no recordarás ni quién eres. Y no habrá nadie que venga a sacarte de donde te deje. ¿Está claro?

El silencio del bosque era espeso, ni siquiera los pájaros parecían moverse. Ewan sentía el corazón golpeándole dolorosamente las costillas. Por más que tiraba de su padre, era inamovible.

—Está claro —consiguió decir Corbin al fin, apenas un susurro roto.

Leonard lo soltó con desprecio y el chico volvió a doblarse, intentando respirar. La tierra se le había quedado pegada a las manos. Ewan quiso ir hacia él y arrodillarse a su lado, pero su padre volvió a agarrarlo.

El contacto lo dejó rígido. Notaba el pulso en la garganta, la sangre golpeándole los oídos, la respiración entrecortada que no terminaba de llenar sus pulmones. Miró una última vez por encima del hombro y vio a Corbin todavía de rodillas, inclinado sobre la grava, intentando recomponerse con dignidad. Sus miradas se cruzaron y vio rabia en él, vio una promesa silenciosa.

—Ni se te ocurra mirarlo —murmuró Leonard, tirando de él hacia el sendero.

El bosque se los tragó en cuanto dejaron atrás el merendero. Las agujas de los pinos crujían bajo sus pasos y el aire empezaba a enfriarse con una rapidez traicionera. Ewan caminaba medio arrastrado, tropezando a cada pocos metros porque no conseguía coordinar el cuerpo con la cabeza. Sentía que algo se había roto en un lugar muy hondo, algo que no sabía nombrar y que ardía como una herida abierta.

—Ya sabía que dejarte a tu aire iba a traer problemas —decía su padre sin bajar la voz—. Demasiada libertad, demasiada tontería. Te crees que la vida es un juego y que puedes hacer lo que te dé la gana.

Ewan quiso decir que no era un juego, que no había nada sucio en lo que sentía, que lo único sucio había sido el puño estampándose contra el estómago de Corbin, pero las palabras se le quedaban atascadas, convertidas en una masa espesa que no lograba atravesarle la garganta y lo ahogaba.

—No he hecho nada malo —logró articular, casi sin aire.

Leonard soltó una risa breve, áspera.

—Claro que sí. Esto no es normal, Ewan. No es lo que eres. Se te ha metido en la cabeza por juntarte con quien no debes, como esa música del demonio y esas películas que ves. Es por culpa de ese chico. No es trigo limpio, todo el pueblo lo sabe.

Cada frase caía como una piedra. Una, especialmente, retumbó en su conciencia. «No es lo que eres». Ewan notaba cómo esas palabras se instalaban dentro de él, como si su padre pudiera decidir la forma exacta de su corazón. Y, sin embargo, algo se resistía, algo pequeño, firme. La memoria de los labios de Corbin sobre los suyos, la forma en que le miraba cuando nadie más lo hacía. Él lo veía entero. Sabía quién era de verdad y le gustaba lo que veía mientras todo el mundo intentaba encajarlo en un molde en el que no cabía.

—Te estoy salvando de un error —continuó Leonard, apretándole el brazo cada vez que intentaba ralentizar el paso—. De arruinarte la vida por una confusión pasajera. Ya bastante tengo con que la gente hable.

Ewan sintió una punzada de vergüenza que no sabía si era suya o heredada. El pueblo. Las miradas. Los susurros que nunca había querido escuchar. Y aun así, lo único que le dolía de verdad era haber dejado a Corbin allí, solo, doblado sobre la grava.

Cuando el tejado de la casa apareció entre los árboles, el cielo estaba ya teñido de un azul oscuro que anunciaba la noche. Leonard abrió la puerta con brusquedad y prácticamente lo empujó hacia el interior. Ewan tropezó con el felpudo y se sostuvo en la pared antes de caer. Desde la cocina llegó el sonido metálico de una cuchara golpeando una olla y el aroma de algo que se estaba guisando, cálido y cotidiano, tan ajeno a lo que acababa de ocurrir que resultaba irreal.

—¿Leonard? —la voz de Helen salió acompañada del chisporroteo del fuego—. ¿Qué son esos gritos?

Apareció en el pasillo secándose las manos con un paño, el ceño fruncido al ver la expresión desencajada de su hijo. Sus ojos bajaron al brazo de Ewan, donde ya empezaban a marcarse los dedos, y luego subieron al rostro tenso de su marido.

—¿Qué ha pasado?

Ewan abrió la boca y no salió nada. Se sentía pequeño, encogido dentro de su propia piel, el bosque todavía lo rodeaba y el aire no alcanzaba a entrar en la casa. Leonard fue quien respondió.

—Tu hijo necesita recordar quién es —dijo con una calma que daba más miedo que los gritos—. Y yo voy a asegurarme de que no vuelva a olvidarlo.

Helen dio un paso más hacia ellos, interponiéndose sin saber todavía de qué tenía que proteger a su hijo. La cuchara quedó olvidada sobre la encimera y el guiso siguió burbujeando a su espalda, ajeno a la tormenta que estaba empezando en el pasillo.

—Leonard, ¿qué ha pasado? —insistió, mirándolo a él, pero sin dejar de buscar los ojos de Ewan—. ¿Por qué está así?

Ewan notó el peso de esa mirada y tuvo que bajar la suya. No soportaba que lo mirara con preocupación, con ese amor silencioso que siempre parecía pedirle que no complicara las cosas. Se sentía sucio sin saber exactamente por qué. Se sentía culpable por haber traído el conflicto a la casa. Nunca quería ser su causante, se había esforzado tanto, y sin embargo…

Leonard soltó el brazo de su hijo solo para señalarlo con el dedo, rígido de indignación.

—Pregúntale a tu niño modélico qué estaba haciendo en el merendero.

—¿Qué ha pasado en el merendero, Ewan?

Ewan sintió una gelidez espesa extenderse desde su estómago hasta las extremidades. No levantó la mirada.

—No…n…n… —intentó decir algo, lo que fuera. Solo pudo tartamudear.

—Estaba restregándose con el hijo de Mercer —soltó Leonard.

El silencio que siguió fue más violento que un grito. Helen parpadeó despacio, necesitaba tiempo para encajar las palabras en

una imagen concreta. Luego volvió a mirar a Ewan. En sus ojos no había sorpresa, sino una lástima honda y resignada. Y miedo. Ewan sintió que el suelo se inclinaba bajo sus pies. «Lo ha sabido siempre», pensó. «Lo ha visto y no ha dicho nada. No porque no le importe, sino porque tiene miedo».

—Leonard… —empezó ella con cautela—. No puedes hablar así. Son críos, solo están…

—¿Críos? —repitió él, incrédulo—. ¿Te parece cosa de críos esto?

—Me parece que, si está pasando algo, habrá que hablarlo. No arrastrarlo por el bosque como si hubiera cometido un crimen.

La voz de Helen temblaba, pero no retrocedió. Se acercó a Ewan y le rodeó el hombro con cuidado, temerosa de que la fuera a apartar de un empujón.

—Ewan tendrá que contarnos qué está pasando. Tendremos que escucharlo y entenderlo.

Leonard soltó una carcajada sin humor.

—Eso es lo que pasa cuando hay tolerancia sin medida. Cuando todo se justifica y cuando todo se entiende, que los hijos se desvían y encima hay que comprenderlos.

Helen alzó la barbilla con una firmeza que Ewan no le había visto nunca. No era la mujer que bajaba la voz para evitar discusiones ni la que cambiaba de tema cuando el ambiente se tensaba. Era alguien que había decidido, por una vez, no mirar hacia otro lado.

—No se está desviando de nada —dijo, más alta ahora—. Es nuestro hijo. Y no está enfermo, si siente algo, habrá que acompañarlo, no aplastarlo.

Ewan la miró con una mezcla de asombro y terror. Parte de él quería que siguiera hablando. Otra parte deseaba que se callara antes de que fuera demasiado tarde.

Leonard dio un paso hacia ella con el rostro desencajado.

—¿Acompañarlo a qué? ¿A que el pueblo se ría de nosotros? ¿A que lo señalen por la calle? ¿Eso quieres? ¿Que le den palizas por marica, como al otro?

—Quiero que no le pegues —respondió Helen, y la palabra cayó limpia, definitiva—. Quiero que lo respetes.

Algo se quebró en el rostro de Leonard. No fue comprensión. Ewan supo que su padre era incapaz de sentir algo así cuando las cosas no respondían a sus planes. Era furia.

—Claro. Siempre igual. Siempre justificándolo todo. Así lo estás criando, Helen. Blando. Sin límites. Y mira el resultado.

Ella negó con la cabeza, los ojos brillantes.

—El resultado es un chico sensible y bueno, que no le hace daño a nadie. El daño se lo estás haciendo tú.

Ewan vio venir el estallido antes de que ocurriera, como cuando en el bosque escuchaba el trueno antes del relámpago y sabía que la tormenta iba a descargar aunque todavía no cayera la primera gota.

—¡No me digas cómo educar a mi hijo! —rugió Leonard.

—Es mi hijo también —replicó ella, y esa fue la chispa final—. Y no voy a quedarme callada mientras lo tratas como si fuera un error.

El golpe sonó seco, brutal, rompiendo el espacio doméstico con una violencia inusitada. La rotura de un cristal, de un velo fino que separaba la realidad de la ilusión en la que Ewan había vivido. Helen perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la pared. Ewan sintió que el mundo se vaciaba de aire. Durante un segundo no pudo moverse, exactamente igual que en el merendero.

—¡Para! —logró gritar adelantándose un paso—. ¡Déjala!

Leonard ya estaba señalándola, fuera de sí.

—¿Ves lo que has hecho? —escupió—. No lo has parido bien. Siempre tan delicado, tan distinto. Algo hiciste mal, Helen. Esto es

culpa tuya, porque en mi familia no hay nadie así.

La acusación resonó como una sentencia absurda y cruel. Ewan miró a su madre, que se llevaba una mano al rostro, no solo por el dolor, sino por la humillación. Y comprendió, con una claridad devastadora, que aquella casa no era un refugio. Que el problema no era el bosque ni el pueblo ni los susurros. Era esa violencia que se vestía de corrección. Siempre había estado ahí, por mucho que se negara a mirarla de frente. Sabía lo que ocurría cuando discutían, el sonido de los golpes, de los cristales rotos, el lloro contenido de su madre. Siempre había estado ahí, y no había querido verlo, porque dolía como nada en la vida. Dolía saber que era culpa suya.

Leonard agarró de nuevo a Ewan, lo arrastró escaleras arriba, lo empujó dentro de la buhardilla y cerró la puerta con llave desde fuera. Necesitaba sellarlo allí para contener algo que ya se había desbordado. El clic metálico fue definitivo. Ewan se quedó de pie unos segundos, mirando la madera, esperando que el pomo girara de nuevo, que su padre recapacitara, que alguien subiera a buscarlo. Nadie lo hizo.

Los gritos comenzaron poco después. Primero fueron voces tensas, superpuestas, imposibles de descifrar. Luego llegaron los golpes, sordos, reconocibles. El sonido de algo que cae al suelo. Un cristal que estalla. La voz de su madre quebrándose en un intento de calmar lo que ya no tenía calma posible. Podía huir por la ventana y ni siquiera le vio sentido.

Ewan se sentó en la cama sin quitarse las zapatillas. Tenía el cuerpo rígido, como si cualquier movimiento pudiera hacer más real lo que estaba pasando. No lloraba. No podía. Era una especie de pesadilla lúcida en la que quería levantarse, bajar las escaleras, interponerse, gritar hasta que todo parara, pero sus músculos no respondían. El miedo lo había convertido en piedra.

Se tumbó de lado y se encogió sobre sí mismo, las manos apretadas contra el pecho, escuchando cada impacto en su propia piel. Pensó en el merendero, en Corbin doblado sobre la grava, en la

promesa muda de sus ojos. Pensó que todo aquello estaba conectado, que la violencia no empezaba ni terminaba en un puño, sino que llevaba años respirando en esa casa, agazapada en cada silencio y en cada palabra fuera de lugar.

La noche se alargó sin descanso. En algún momento los gritos cesaron. El silencio posterior fue aún peor. No durmió. Flotó en un estado extraño, suspendido entre la vigilia y una especie de sueño febril en el que volvía una y otra vez al mismo instante: la voz de su padre detrás de ellos, el tirón, el golpe, la acusación. Y siempre, al final, la misma sensación de no poder moverse.

Cuando la luz gris del amanecer empezó a filtrarse por la ventana inclinada de la buhardilla, Ewan seguía vestido, con los ojos abiertos y la garganta seca.

La puerta se abrió.

—Baja a desayunar —ordenó Leonard desde el umbral.

Ewan tardó un segundo en incorporarse. Las piernas le pesaban, aun así, obedeció. Bajó las escaleras con el estómago encogido, preparado para encontrarse los restos de la tormenta.

Helen estaba en la cocina, de pie junto a la mesa. Se había maquillado con cuidado, aunque el corrector no lograba ocultar del todo el morado que asomaba bajo el pómulo ni la hinchazón de sus ojos. Sonrió al verlo, una sonrisa frágil, construida a base de voluntad.

—Buenos días —dijo, como una mañana cualquiera.

Ewan sintió una punzada que le atravesó el pecho. Quiso abrazarla, pedirle perdón, decirle que todo era culpa suya, que si él no fuera así… No lo hizo. Esa idea, la misma que su padre había plantado en la casa la noche anterior, empezaba a sonar hueca. Algo dentro de él se resistía a aceptarla.

Se sentaron. El ruido de los cubiertos contra los platos era demasiado nítido en el silencio. Leonard tomó un sorbo de café y

carraspeó, adoptando una compostura solemne.

—Lo de anoche… —empezó—. Me excedí.

Helen no levantó la vista. Ewan tampoco.

—No debí perder los nervios —continuó, con una serenidad ensayada—. Pero entenderás que no es fácil para mí. Esto no es lo que había imaginado para ti.

Ewan notó cómo el aire se espesaba otra vez.

—Si quieres estudiar —prosiguió Leonard—, lo harás. Siempre has sido bueno con los libros. Puedes ir a la universidad. Literatura, filología, lo que te dé la gana. Te pagaré los estudios.

Ewan alzó la vista, sorprendido a su pesar.

—Pero no aquí —añadió su padre, clavándole los ojos—. Te irás lejos de Ashwood. A una ciudad grande donde nadie te conozca. Donde puedas… ser como quieras ser sin que salpique a esta familia.

Esa palabra resonó en el aire cargada de desprecio.

—Ya que parece que no vas a cambiar —continuó—, al menos ten la decencia de no manchar nuestro nombre. Aquí no pienso permitirlo.

Helen cerró los dedos alrededor de la taza con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Leonard… —susurró. Él la interrumpió con un gesto seco.

—Es lo mejor para todos. Si no tiene el apoyo de su madre para enderezarse, al menos que tenga una oportunidad lejos de aquí.

Ewan sintió que algo se desgarraba y se recomponía al mismo tiempo. Le estaban ofreciendo una salida y no era un acto de amor: era una expulsión. Era el destierro.

Miró a su madre. Bajo el maquillaje y la hinchazón, vio miedo. Y algo más. Una súplica muda que no sabía si era para que aceptara y se salvara, o para que no la dejara sola en aquella casa.

El desayuno terminó sin más palabras, pero Ewan entendió, con una lucidez nueva, que su vida en Ashwood acababa de partirse en dos. Si se marchaba, no sería solo para estudiar literatura y aprender a convertir las heridas en historias.

Sería para sobrevivir.

***

Me despierto antes de que suene el despertador. Ni siquiera ha amanecido. No recuerdo haber dormido, solo haber estado tumbado con los ojos cerrados, flotando en una claridad incómoda. La casa está en silencio. Un silencio distinto al de cada noche, más frágil.

Me levanto sin hacer ruido y bajo a la cocina. Tengo que encender la luz. No tardará en amanecer, aunque ahora la luz que entra es insuficiente, plomiza, y augura otra mañana neblinosa. Abro la nevera, saco los huevos, corto el pan y preparo café. El gesto me resulta extraño, como si estuviera ocupando un lugar que no me corresponde. No puedo recordar la última vez que hice el desayuno en esta casa, aunque solo fuera para mí. Durante años he desayunado lo que aparecía en la mesa, he bajado cuando me llamaban, he aceptado el orden de esta casa como algo natural, que simplemente existía sin que yo interviniera. Hoy necesito hacer algo con las manos. Necesito no quedarme quieto. Demostrarme algo.

Cuando oigo los pasos en la escalera, ya está todo dispuesto. La tostadora aún caliente, el café recién hecho, la mesa puesta con un cuidado ceremonial. Mi madre se detiene en el umbral de la cocina y la sorpresa le cruza el rostro antes de que logre recomponerse.

—Ewan… —dice, la voz todavía engrosada por el sueño—. ¿Qué haces?

Me vuelvo hacia ella con la espátula en la mano y por un segundo la veo por primera vez. No hay maquillaje intentando cubrir nada, no hay tensión en los hombros. Está ahí, con el pelo recogido de cualquier manera y un camisón que le queda grande, aun así, la percibo distinta. Al quitarle la sombra que la cubría ha aparecido otra versión que yo nunca me permití mirar.

—He madrugado —respondo—. No podía dormir.

Ella avanza unos pasos, observa la mesa, una escena inesperada para ella.

—No hacía falta que hicieras todo esto.

Dejo la espátula en el fregadero y me apoyo en la encimera.

—Sí hacía falta.

Se sienta despacio. Yo llevo los platos a la mesa y me siento frente a ella. Durante unos segundos solo se oye el leve burbujeo del café al servirse y el roce de la porcelana.

—Anoche lo recordé todo —digo demasiado a bocajarro, demasiado directo, pero si no lo hago así, si empiezo a dar vueltas, volveré a quedarme paralizado.

Ella levanta la vista. Sus dedos se detienen alrededor de la taza.

—¿Recordar qué?

—Todo —repito—. Lo que pasó antes de irme a San Francisco, lo que pasaba en casa y yo fingía no saber.

Traga saliva y baja la mirada al plato.

—No sé si es un buen momento para hablar de eso… —dice. No la escucho, tengo que seguir hablando, porque si no lo hago, volveré a callarme y volverán a pasar las décadas.

—No era por mí —continúo, y noto cómo se me tensa la garganta. No aparto la mirada ni dejo de hablar—. Durante años pensé que si yo no hubiera sido así, si no me hubiera acercado a

Corbin, si hubiera sido más discreto, más normal, más lo que papá esperaba… nada habría pasado. Era más fácil creer eso que aceptar lo demás.

Mi madre baja la vista hacia el mantel. Sus dedos recorren una costura y retiran unas migas invisibles. Se toma su tiempo, tanto tiempo que pienso que no va a decir nada, que solo está rezando para que lo deje correr. El silencio se espesa entre las dos tazas, entre el olor del café y el pan tostado que empieza a enfriarse y al que ninguno hacemos caso. Me empiezo a arrepentir de fastidiarle el primer desayuno que le preparo en mi vida.

—No era por ti —dice muy bajo. Levanta la cabeza. Sus ojos no están húmedos, en ellos hay un cansancio antiguo, sedimentado—. Yo sabía lo que eras. Lo supe antes que tú. Y también sabía lo que era él. —«Un hombre violento», pienso, pero no digo nada—. Cuando empezó a hablar de enviarte lejos… —continúa— yo no me opuse.

—Pensé que tú también me castigabas. —Noto el estómago contraído—. Pensé que me desterrabas.

—Él te estaba desterrando —admite—. Y yo dejé que lo hiciera.

—¿Por qué?

Mi madre no aparta la mirada esta vez.

—Porque si te quedabas, te iba a romper. —No hay temblor en su voz, solo una claridad dolorosa—. O te convertías en su víctima permanente, como yo… o aprendías a parecerte a él para sobrevivir. Y yo ya vivía con uno. No podía permitir que hubiera dos.

El aire es más denso. La cocina más pequeña.

—Así que elegiste que me fuera.

—Elegí que tuvieras una posibilidad. —Aprieta los labios—. No podía protegerte aquí. No cuando cada gesto tuyo lo enfurecía más.

Cuando empezó a vigilarte… a seguirte… supe que lo siguiente sería peor.

Siento un vértigo extraño. Durante años me construí una narrativa cómoda: yo había sido el error, la chispa que encendió la violencia, una violencia que pensé que se detendría si yo me iba. Ahora esa historia se resquebraja.

—¿Y cómo fue para ti, mamá? Una vez me fui…

Ella baja la mirada. Niega con la cabeza. Jamás hemos hablado de esto. En las conversaciones telefónicas, en mis visitas por Navidad y Acción de Gracias, todo siempre estaba bien. Todo era perfecto y yo sabía que dependía de que no hablase de mi vida. De mí mismo. Nunca lo hice. Nunca quise exponerme a saber la verdad. Su silencio ahora me dice más que veinte años esquivando conversaciones como esta. Estiro la mano sobre la mesa y estrecho la suya. Eso hace que algo se rompa, una tensión invisible, la que estaba encogiendo la habitación a nuestro alrededor. Y se echa a llorar.

—Mamá, está bien… —Me levanto, y voy a su lado para abrazarla. Ella se aferra a mí y llora contra mi vientre, escondiendo el rostro.

Su llanto no es desbordado, es profundo y antiguo, ha estado esperando años a que alguien le diera permiso para salir.

—Lo siento… —repite contra mi vientre—. Lo siento tanto…

Le acaricio el pelo, torpemente. En mi familia nunca hemos sido de tocarnos, no sé muy bien cómo hacerlo, pero sé que es lo que debo hacer.

—No tienes que pedirme perdón.

Niega con la cabeza, aunque no se separa.

—No es solo por ti —dice con la voz rota—. Cuando desapareció… —traga saliva— yo… yo no sentí lo que debía sentir.

Sigo sin sentir lo que debería sentir.

Me quedo quieto. Ella no levanta la mirada, se refugia en mi abrazo. Me parece más frágil que nunca, y más fuerte al mismo tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Sé que todo el mundo espera que esté destrozada, que grite, que me niegue a aceptar lo ocurrido. Y yo… —Suelta una exhalación temblorosa— yo dormí. La primera noche dormí del tirón. Sin despertarme sobresaltada al escuchar sus pasos en el pasillo, sin pensar cuándo pasaría de estar de buen humor a enfadarse…

Se me eriza la piel y el nudo en mi garganta empieza a apretar con fuerza.

—Y cuando me desperté… —continúa— no tenía miedo de bajar a la cocina. No tenía miedo de decir algo que no le gustara. No tenía miedo de que el silencio significara que estaba enfadado. El silencio solo era silencio, y yo nunca lo había vivido así…

Se separa un poco y me mira. Tiene los ojos enrojecidos.

—Me sentí ligera, Ewan. —Le duele pronunciar esa palabra, lo veo en su expresión—. Ligera. Y eso me convirtió en una mala esposa en ese mismo instante.

—No —digo, casi con rabia contenida—. Te convirtió en alguien que llevaba años sobreviviendo.

—Es mi marido —susurra—. Debería llorarlo. Debería echarlo de menos. Debería querer que volviera o apenarme por si no puedo despedirme. Eso es lo que se espera, es lo correcto.

Se seca la cara con el dorso de la mano, avergonzada de su propio llanto.

—Pero lo que siento… —su voz baja hasta casi desaparecer— es paz. Por primera vez en esta casa puedo respirar sin esa horrible presión en el pecho. Puedo sentarme en el salón sin preocuparme

por nada más, dejar una taza en la mesa sin que me corrijan. Y esa paz… —me mira, devastada— me hace sentir monstruosa.

Le tomo la cara entre las manos con una suavidad que me sorprende.

—No eres un monstruo.

—Lo soy —insiste—. Porque hay noches en las que pienso que, si el bosque se lo ha llevado… quizá el bosque ha hecho lo que yo nunca me atreví a hacer.

—¿Tú querías hacerlo desaparecer? —pregunto con cierta angustia.

—No, pero pedí desaparecer muchas veces a Dios… Y a veces pedí que se lo llevara. No ha sido Dios quien ha respondido a mis deseos, y ahora tengo miedo.

—Mamá, esto no es culpa tuya. Es normal que pensaras esas cosas si te hacía la vida tan difícil. Joder… Siento tanto no haber…

—No era tu responsabilidad.

—Pude apoyarte…

Ella niega con más firmeza esta vez, aunque todavía le tiembla la voz.

—No podías apoyarme. Eras un niño. Tú también eras una víctima, Ewan. —Su tono cambia, se vuelve más firme y lúcido—. No eras mi aliado ni mi salvavidas. Eras mi hijo. Y mi responsabilidad era protegerte a ti, no esperar que tú me protegieras a mí.

Responsabilidad. Sé cuál es la mía, sé que empecé a evitar mirar a la verdad cuando me acostumbré a la libertad de San Francisco, cuando todo lo que me unía a mi familia y al pasado eran un par de llamadas al mes con las que mi madre limpiaba mi conciencia contándome que todo iba bien.

—Si te hubieras quedado… —continúa tras un lapso de silencio— habrías acabado muy mal. Él ya estaba obsesionado, cada gesto tuyo era un desafío para él, sin que tú hicieras nada. Tu manera de hablar, de mirar, de no agachar la cabeza… —Niega despacio—. Eso no lo iba a tolerar eternamente.

—Mamá…

—Yo fallé —susurra—. Fallé al no sacarte antes. Fallé al no enfrentarme a él como debía. Lo único que pude hacer fue confiar en que lejos tendrías una vida mejor. Que San Francisco sería una oportunidad y no un castigo.

—Lo fue —digo, aunque no sea tan simple.

Ella asiente. Necesita creerme.

—Aquí no estaba sola del todo —añade tras un momento. Cuando me aparto para sentarme a su lado se limpia las lágrimas con un pañuelo—. Aunque lo pareciera.

—El Club de Lectura —digo. Y ella asiente.

Un atisbo de orgullo brilla en su mirada.

—Sí. Nos llaman así porque les resulta inofensivo. Esas mujeres han sido mi red durante años. Margaret, Ruth, Dolly… y también Leah y algunas de la reserva. —Su voz gana confianza al hablar de ellas—. Cuando tú te fuiste, fueron ellas quienes me sostuvieron. No delante de él, claro, pero cuando podían. Una cena improvisada, una excusa para salir, una llamada a tiempo. Nunca lo hicieron evidente. Sabían que eso me habría puesto en peligro.

—He llegado a pensar que sabían algo sobre la desaparición —confieso—. Tienen una actitud… rara. Como si no estuvieran tan sorprendidas como el resto.

Mi madre exhala por la nariz, casi una risa sin humor.

—Saben lo que esta desaparición significa para mí.

—¿Y qué significa?

Me sostiene la mirada.

—Liberación.

La imagino en el salón rodeada de mujeres que aparentan comentar novelas mientras sostienen algo mucho más importante entre las manos.

—No estoy desamparada, Ewan —añade con firmeza—. Nunca lo estuve del todo. Solo que tú no podías verlo. Y no debías cargar con eso.

—Pensé que te había dejado aquí sola con él —murmuro.

—Te fuiste porque yo quise que te fueras —corrige con suavidad —. Y porque necesitabas hacerlo. No me abandonaste. Sobreviviste.

Nos quedamos en silencio un momento. Ya no es un silencio asfixiante. Es un espacio que estamos aprendiendo a ocupar juntos. Nunca he tenido una conversación tan importante con mi madre. Tan personal. Siento que me libero en parte de un peso del que ni siquiera era consciente. Aprieto su mano.

—¿Por qué tienes miedo? —Parece no entender la pregunta—. Antes has dicho que no fue Dios quien respondió a tus plegarias, y que eso te da miedo.

Mi madre mira hacia el exterior. Ya está amaneciendo. El café y las tostadas están fríos y no nos importa. Ella duda, ha llegado a un límite en la conversación que no quiere traspasar.

—El bosque —dice al fin—. Creo que el bosque fue quien respondió.

Capítulo 21

Tras el desayuno ya he tomado una decisión. No puedo evitar relacionar los miedos de mi madre con lo que vimos en el bosque, con lo que estoy sintiendo desde que he regresado a Ashwood. Nada de lo que está pasando es normal, no tiene una explicación que yo pueda racionalizar, y siento que me falta una parte de la historia. Una parte importante.

Aparco delante de la biblioteca y voy directo a la glorieta. El olor del barniz fresco perfuma el aire alrededor de la estructura. Corbin está inclinado sobre el banco de trabajo que tiene montado en el centro. El suelo está totalmente restaurado, a falta de aplicar los barnices y el envejecido. Me impresiona la minuciosidad con la que trabaja, la perfección de los arreglos que ya son visibles.

Él no me ha visto. Está de espaldas. Lleva una camiseta negra y una camisa a cuadros gris arremangada hasta los codos y está hablando con alguien al que no veo hasta acercarme más. James Foster. Lleva el mismo pelo castaño despeinado de siempre, aunque ahora lo lleva más corto. Lo escucho reirse y lo recuerdo sentado en el banco frente a los recreativos, bebiendo cerveza con los chicos de su curso. Es dos años mayor que Corbin y, curiosamente, parece más joven que él, tal vez por la ligereza de su sonrisa y su postura, tan distinta a la actitud reflexiva y calmada de Corbin. Doy un paso más, la grava cruje bajo mis botas y delata mi presencia.

Corbin levanta la cabeza primero. Me mira un solo segundo, lo justo para reconocerme y volver la atención al banco, convirtiéndome en parte del paisaje. James se gira después.

—¿Ewan? —Sonríe, sorprendido de verdad—. Joder, mírate.

—Hola, James.

Nos estrechamos la mano y hay algo cómodo en el gesto, una bienvenida honesta.

—Hacía mucho que no te veía por el pueblo, ya tenía ganas de verte. Tendrás que firmarme un par de libros de esos de los que habla todo el mundo —dice dándome un par de golpes en el brazo.

—¿Los has leído?

—No, pero los leeré. La gente aquí te pone por las nubes. ¿Cómo estás?

—Todo lo bien que puedo teniendo en cuenta la situación.

—Ya… Es una putada lo de tu padre, espero que aparezca pronto.

—Todos lo esperamos. ¿Cómo te va a ti? —decido desviar la conversación.

—No puedo quejarme, sigo trabajando en el taller y ya sabes que aquí mantener el trabajo es todo un éxito.

Hablamos un poco más de lo obvio. Una conversación cómoda sobre su familia, sobre cómo han cambiado las cosas desde aquellos tiempos en que los veranos eran eternos y no teníamos preocupaciones. Corbin no interviene. Lija. Golpea. Ajusta tornillos demostrando que tiene algo más importante que hacer que prestarme atención. Cuando la conversación entre James y yo se agota es más evidente que está ignorándome activamente.

James lo mira. Luego me mira a mí. No es tonto. Percibe la tensión como yo la estoy percibiendo. Sonríe otra vez, una sonrisa distinta. Más breve e incómoda.

—Bueno… —Se limpia las manos en el pantalón—. Tengo que pasar por el almacén antes de que cierren. Me alegro de verte, Ewan. De verdad.

—Igualmente.

Me da una palmada en el hombro y baja los escalones sin mirar atrás. Nos deja solos sin hacer preguntas. Sin incomodidad. El silencio que queda es tan espeso que podría cortarlo. Corbin sigue trabajando. Me acerco un poco más.

—Hola.

—Hola.

Ni me mira.

Respiro hondo. No he venido hasta aquí para quedarme a medio camino, aunque siento la familiar sensación de la parálisis, del impulso de darme la vuelta y olvidarme de todo. Las cosas serían más fáciles si simplemente pudiera volver a San Francisco sin preocuparme más por nada.

—¿Podemos hablar?

—Estoy trabajando.

—Ya lo veo. Está quedando muy bien, por cierto… —Él asiente con la cabeza sin mirarme. Lija otra vez. El sonido retumba dentro de mi cabeza—. No tardaré.

No responde. Miro sus manos. La fuerza contenida en los dedos. La línea de su mandíbula tensa.

—Es importante, Corbin.

Se detiene. Luego deja la lija sobre el banco y se vuelve hacia mí.

—¿Qué es lo importante ahora, Ewan?

Aprieto los labios y reúno valor.

—Tenemos que hablar con los Maliseet.

Su expresión cambia apenas. Un músculo en su mejilla se contrae.

—¿Para qué?

—Para lo del bosque. Para contarles lo que encontramos.

—Ya hemos hablado con la *sheriff*.

—Ella no puede entender lo que sucedió. —Silencio. El viento mueve las hojas del arce junto a la glorieta—. No me tienen confianza —añado.

—¿Y por qué será?

—Por mi padre.

Corbin me sostiene la mirada un instante más largo de lo necesario y vuelve a su trabajo, aunque sigue hablando. Ya es algo.

—Tu padre no era diplomático que digamos.

—Lo sé.

—Ni respetuoso.

—Lo sé.

—No era nada que invite a la colaboración. Se ganó a pulso ese rechazo, es normal que no quieran ver a su hijo. No te conocen de nada.

—Precisamente por eso no puedo ir solo.

Corbin detiene la lija y me mira otra vez, molesto.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que vengas conmigo. A ti te escucharán, y a ti te respetan.

—En la reserva no me deben nada, más bien al contrario.

—Por eso. Ellos te ayudaron, y estoy seguro de que tú no has estado recibiendo sin dar nada a cambio.

Su expresión adopta una gravedad nueva. Otro momento de silencio tenso.

—¿Y tú qué les darías?

La pregunta no es fácil de responder, por eso tardo en encontrar una respuesta.

—La verdad.

Una risa breve, incrédula.

—¿La verdad? Ni siquiera la conoces, ¿no es lo que quieres de ellos?

—No sé qué hizo mi padre exactamente. No lo sé todo, pero sé que hay cosas que no se hicieron bien. Y si queremos que nos ayuden… tengo que reconocer eso. Yo no soy como mi padre, no quiero continuar con su legado y quiero enfrentarme a su sombra.

Corbin me observa intentando decidir si soy un imbécil o si estoy hablando en serio.

—¿Y estás seguro de que quieres cargar con esa sombra? Porque no me parece que quieras ni enfrentar la tuya propia…

Ahí está. El reproche otra vez.

—Sí. —No dudo—. Quiero saber hasta dónde llega. Quiero saber qué pasó realmente. Y si hay algo que pueda arreglar, lo voy a intentar. Aunque me odien por ello.

—No se trata de que te odien. No pueden odiarte, no saben quién eres —dice en voz baja—. Se trata de que confíen.

Asiento.

—Por eso no puedo ir solo, si aparezco allí sin ser consciente de los errores, seré exactamente lo que esperan: el hijo del hombre que los trató como si no fueran nada.

Corbin aprieta los labios.

—Reconocer eso no limpia tus propios errores.

—No quiero limpiarme, quiero ensuciarme, quiero que me digan lo que no sé. Aunque no me guste. Siempre he evitado sentir las cosas, Corbin. No enfrentarme a ellas sino… a lo que me hacían sentir. —Él me mira en silencio. Aún no estoy listo para hablarle de todo lo que le quiero hablar, aún no sé ni cómo empezar, así que empiezo por lo único que tengo, que es esto—. No soy mi padre. Tampoco puedo fingir que no soy su hijo.

—¿Y qué pasará cuando descubras algo que no puedas soportar?

—Lo soportaré.

—No sabes hacer eso.

—Estoy aquí, aprendiendo… Solo te pido una oportunidad.

—No sé si te la mereces.

—No, pero tú sí mereces que me esfuerce por cerrar las heridas.

El viento levanta un poco de polvo. Un papel rueda por el suelo de la glorieta. El silencio se alarga lo suficiente para que empiece a pensar que va a negarse. Vuelve la atención al banco, recoge la lija y la mira, valorando algo.

—Si voy —dice sin mirarme—, no es por ti. Es por mí, porque yo también necesito respuestas. Y porque estoy harto de que este pueblo siga sin nombrar las cosas.

Asiento.

—Gracias…

Ahora sí me mira. Directo. Hay algo en sus ojos que duele más que cualquier insulto.

—No eres el único que está jodido con las desapariciones. Siento que hayas tenido que pasar también por eso, pero…

—A lo mejor yo también estoy mejor sin él.

—¿Cómo? —parpadea y me mira perplejo, no entiende a qué ha venido eso.

Yo tampoco lo acabo de entender. Quiero acercarme a él, que sepa que recuerdo lo que sintió cuando su padre desapareció. Es exactamente lo que está sintiendo mi madre. Lo que empiezo a sentir yo.

—No importa. ¿Cuándo tienes un rato libre para ir?

—Después de comer.

—Te esperaré en la salida.

Él asiente y vuelve a su trabajo.

Corbin

Espero a Ewan apoyado en el capó de la camioneta, a la salida del pueblo, donde la carretera empieza a estrecharse y los pinos se comen el arcén. El cruce que lleva a la reserva está a unos doscientos metros. Desde aquí ya no se ven las casas, solo el bosque. Siempre ha sido como una especie de frontera para Ashwood, el punto en el que termina la civilización y empieza algo distinto: un lugar habitado por gentes extrañas, ajenas a las costumbres y tradiciones del pueblo. Un lugar hostil por siglos de conflictos que jamás se resolvieron del todo. No puedo evitar pensar que este cruce, este punto intermedio que podría ser el puente que uniera a ambas comunidades, me representa de alguna manera. Mi posición siempre ha sido incómoda entre los dos mundos, sin ser aceptado del todo por ninguno.

He llegado antes porque estoy intranquilo. He hablado antes con Leah y no se ha molestado porque le pida ir a hablar con ella, con un amigo, espero que no se cabree cuando vea que es el hijo de los Abrams. Leonard, lógicamente, no era bienvenido en la reserva. Pero no puedo pensar mucho en eso, James me ha llamado y tengo puesto el manos libres mientras espero. Está preocupado, y eso me

incordia un poco, porque no tengo ganas de hablar, aunque agradezco el gesto.

—¿Estás bien? —pregunta James al otro lado. Ahí está el motivo de la llamada, como intuía. Exhalo por la nariz.

—Sí.

—No suena muy convincente. Llevas unos días raros y hoy creo que he confirmado por qué. —Miro la carretera, esperando ver aparecer el coche de Ewan—. Te he notado raro cuando ha llegado Ewan —añade—. Has cambiado la cara.

—No sabía que se te daba bien el psicoanálisis.

—Venga, Corb.

Cierro los ojos un segundo.

—La situación es complicada ahora mismo.

—Ya me imagino.

No lo dice por decir, sé que James puede parecer un superficial a veces, pero es sensible y empático. No me estaría acostando con un tipo que no lo fuera.

—No me gusta cómo me siento —digo.

Tengo un nudo constante bajo el esternón, como si llevara días preparándome para una pelea que no termina de empezar.

—¿Estás enfadado? —pregunta James.

—Sí.

—¿Solo eso?

Aprieto la mandíbula.

—Tengo rencor. Y no me gusta sentir eso.

El rencor te vuelve insensible, te hace reaccionar antes de pensar. Te hace decir cosas que no puedes borrar después. Te hace comportarte como un crío. Y eso me da miedo.

—Se fue, Corb, ¿es eso? —pregunta James con suavidad, mi silencio le dice todo lo que tiene que decirle—. Es normal que estés cabreado.

—No es solo que se fuera.

No lo es. Es cómo se fue, es cómo ha vuelto. El silencio. La ausencia. El vacío que dejó y que tuve que fingir que no existía. No he sido consciente hasta ahora de cuánto daño me ha hecho eso.

—¿Lo sigues queriendo?

Miro la línea oscura del bosque. No me he atrevido a hacerme esa pregunta a mí mismo. Han pasado demasiados años, es imposible que eso siga ahí, pero si no sigue, ¿por qué me afecta tanto?

Tardo en responder.

—No. No lo sé.

—Eso tampoco suena muy convencido —dice James.

—Evidentemente, no lo sé, James. Estoy hecho un lío. —Me paso la mano por el pelo—. Tengo una madeja llena de nudos viejos dentro. Cosas que creía enterradas y que pensaba que ya no dolían.

—Y ahora…

—Ahora vuelven a doler y ni siquiera sé si estoy siendo justo con él.

—También has dicho que vais juntos a la reserva.

—Sí.

—Eso no lo harías si solo estuvieras enfadado.

Tiene razón. Y me fastidia que la tenga.

—Tenemos que resolver cosas. No solo lo del bosque. Lo de antes. Lo que pasó. Lo que hizo su padre, lo que hice yo al quedarme callado.

—¿Y crees que colaborar con él es la manera de arreglarlo?

—No lo sé, pero por cojones tengo que intentarlo. Estoy harto de que todo aquí se quede a medias y de que nadie hable de lo que pasa.

El viento mueve las copas de los árboles y las hace crujir. James suspira al otro lado.

—Sea lo que sea, tienes mi apoyo. Si necesitas hablar, gritar o romper algo, me llamas.

Se me escapa una media sonrisa.

—Gracias.

—Y Corb…

—¿Qué?

—No te castigues por sentir lo que sientes. No eres tonto si le sigues queriendo, ni eres mala persona si estás enfadado y no lo quieres. Las dos opciones son humanas.

No me esperaba un comentario así de James. No me da tiempo a reflexionar. Un coche aparece al fondo, lo reconozco antes de ver la matrícula.

—Tengo que colgar.

—¿Ha llegado?

—Sí.

—Ve con cuidado.

—Siempre.

Cuelgo y guardo el móvil. El coche de Ewan se acerca despacio y se detiene a unos metros. El motor se apaga. Durante un segundo, me quedo quieto, observando cómo baja del coche y se acerca. No sé si lo quiero, ni sé si lo he dejado de querer. No sé si estoy preparado para lo que podamos descubrir, pero sí sé algo. Estoy cansado de huir incluso cuando me quedo, porque yo también lo he hecho, aunque no quiera reconocerlo delante de Ewan. No he querido enfrentar demasiadas cosas, no he querido hablar de la sombra que proyecta mi propio padre sobre mi vida.

Esta vez no pienso hacerlo. Me incorporo del capó y abro la puerta del conductor para entrar.

—Vamos —le digo.

Él simplemente asiente y se mete en el coche.

Capítulo 22

El coche de Corbin toma el desvío hacia la reserva. A mi derecha, entre los árboles, aparece un destello de agua: un río que corre bajo la luz gris que anuncia el invierno. Corbin conduce con la seguridad de quien conoce el camino. Pienso que ha debido recorrerlo muchas veces durante estos años, sin que yo lo supiera, sin que yo pensara un solo segundo en cómo era su vida.

La reserva Maliseet no es lo que un turista se imaginaría cuando piensa en una reserva. No hay una cuadrícula perfecta ni un centro, el asentamiento se compone de parcelas y comunidades separadas, vinculadas por caminos, por el río y por una historia que no se refleja en los mapas que trazaron los colonos. Sé, por lo poco que he podido leer y por lo que se comenta en Ashwood, que la comunidad Wolasq lleva generaciones asentada en el norte del condado, junto al Meduxen, y que vivían aquí desde mucho antes de que nuestros antepasados llegaran. Para ellos el río no es un accidente geográfico, sino el corazón de su pueblo, lo que une y alimenta a su comunidad.

Corbin no habla. Yo tampoco. Tengo la conversación de mi madre pegada como aceite al paladar. Un aceite de cuyo sabor amargo no me puedo desprender. «El bosque fue quien respondió». Parece una superstición, una forma de pensamiento mágico con la que mi madre intenta asimilar el trauma. Ahora mismo, con la sombra de los pinos agitados por el viento cerrándose sobre la carretera y el río corriendo al fondo, suena plausible. Me descubro esperando algo irracional, ver una figura entre los árboles, los ojos luminosos en las zonas más oscuras.

Al cabo de unos minutos Corbin reduce la velocidad y gira por un camino de grava. La casa de Leah aparece tras una curva. Es una casa humilde con un porche de madera, un jardín, una camioneta

aparcada y una pila ordenada de leña cerca de un cobertizo que debe ser un taller. Hay huellas de vida por todas partes: un comedero de pájaros, una cuerda de tender, una pala apoyada junto a un pequeño huerto. El humo que sale de la chimenea es fino y constante.

Corbin aparca y se queda un segundo con las manos en el volante. Está pensando en lo que viene, tal vez arrepintiéndose de haberme traído. Me mira de reojo.

—No sueltes discursos.

—No pensaba hacerlo.

—Y no hables del bosque como si fuera un monstruo de película. Los blancos no comprendéis la forma de entender el mundo de los Maliseet.

Me extraña que se deje fuera de ese grupo. De los blancos, pero asiento. Me trago la respuesta. Si lo pienso, no sé cómo hablar del bosque sin darle forma, porque sin esa forma me da mucho más miedo. Abro la puerta, el frío me muerde la cara y me llega el olor de madera recién cortada. Recuerdo que Corbin me comentó que los Maliseet le habían enseñado su oficio. Le imagino aquí de más joven, tallando y construyendo con la madera.

Leah —supongo que es ella— abre antes de que toquemos. Nos ha visto llegar desde la ventana, pienso. Es una mujer de presencia tranquila. Lleva el pelo recogido y un jersey grueso, y en su mirada hay una mezcla de cautela y cordialidad mesurada.

—Corbin —saluda primero, y veo en su gesto el respeto que siente por él. No es mera cortesía—. Pasa.

Luego me mira a mí.

—Soy Ewan Abrams.

Ella asiente. Sé que no confía en mí a pesar de no ser hostil.

—Conozco a tu madre. Pasa, por favor.

—Gracias por recibirnos.

Leah se aparta para dejarnos entrar. El interior tiene la calidez de una casa habitada. Hay mantas dobladas en el respaldo del sofá, una mesa con libros y papeles y en la cocina se oye el silbido tenue de una tetera. El aroma que flota en el aire es herbal y resinoso, huele como el bosque.

Corbin se sienta primero en el sofá y yo lo imito. Mis rodillas están tensas. No debería sentirme culpable por entrar en una casa, pero me acompaña la sensación de que estoy en un lugar donde mi apellido no es bienvenido.

Del pasillo lateral sale un hombre secándose las manos con un paño. Interpreto que es el marido de Leah. Es ancho de hombros, más o menos de la edad de mi madre, quizá un poco más, con una expresión que no intenta ser amable. Mira a Corbin con un asentimiento breve, y luego me mira a mí con una frialdad que me deja claro que no va a ser tan cortés como su esposa.

—Micah —dice Leah—. Él es Ewan.

Micah no ofrece la mano, solo se nos queda mirando desde la puerta del pasillo.

—Ya sé quién es —responde—. Abrams.

Escupe la palabra y siento un latigazo en el estómago. El impulso de explicarme, de justificarme, de decir que yo no soy mi padre. Corbin me mira un segundo, y su mirada me frena: «Sin discursos».

Leah corta la tensión al moverse con calmada naturalidad. Va hacia la cocina y sirve la infusión en tres tazas grandes. El líquido tiene un color dorado pálido, apetecible. Deja la bandeja sobre la mesa de café y se sienta en el sillón junto a nosotros.

—Es cedro. Os calentará. Hoy es un día especialmente frío —dice, dejando una taza frente a cada uno—. Luego hablamos.

Micah se queda de pie, apoyado en el marco de la puerta que da al pasillo. No se sienta. No nos concede ese gesto. Sus ojos saltan de mí a Corbin, decidiendo qué riesgo es mayor.

Tomo la taza con ambas manos. El calor me trepa por los dedos. El olor a cedro es fuerte y al respirarlo siento que me limpia los pulmones. Me recuerda a la cara más amable del bosque, al abrazo con que te envuelve cuando todo está en calma. Doy un sorbo. No lleva azúcar, es amargo, un sabor al que no estoy acostumbrado y que mi cuerpo rechaza al principio. Sin embargo, me calienta el pecho y me baja un poco la tensión de la mandíbula a medida que bebo.

—Corbin me dijo que habéis visto algo en el bosque —dice, y mira a Corbin, no a mí—. Y que estabais buscando pruebas de la desaparición del señor Abrams cuando lo visteis.

Corbin asiente una sola vez.

—Sí.

Micah resopla por la nariz.

—Y ahora han venido a traer problemas aquí.

Leah no lo reprende ni le da la razón. Solo lo mira un instante, como recordándole que esa casa también es suya y que, en su mesa, se habla con calma.

—No han venido a traer nada —dice ella—. Han venido a preguntar y a contar lo que vieron. —Vuelve la mirada hacia mí. La cordialidad sigue ahí, aunque me está examinando, quiere ver mis intenciones a través de mis ojos—. Y tú has venido porque quieres respuestas sobre tu padre, ¿verdad?

Trago saliva. No debería sorprenderme que lo diga así, a bocajarro. Porque sí, es la verdad. Necesito encajar muchas cosas, entender otras tantas. No es solo por su desaparición.

—He venido porque no sé nada con certeza, pero sí sé que hay gente a la que él hizo daño.

Micah suelta una risa breve, sin humor.

—Qué conveniente descubrirlo cuando el hombre ya no está.

—No vengo a limpiar su nombre. Solo quiero entender quién… —me detengo. Micah ha hablado en pasado, dando por sentado que nunca más va a estar. A estas alturas, todo el mundo habla así— era.

Leah inclina un poco la cabeza, decidiendo si estoy diciendo la verdad o si me estoy contando una mentira a mí mismo.

—Entonces dime por qué vienes exactamente —pide—. Sin adornos.

Corbin me mira de nuevo, y esta vez su mirada no es de advertencia, es expectante. Dejo la taza en la mesa con cuidado. Mis manos tiemblan un poco, no las escondo.

—Porque mi madre tiene miedo del bosque. Y porque yo he vuelto a Ashwood y… —Hago una pausa, buscando una forma honesta de explicarlo—. Y estoy recordando, notando cosas que no sé explicar. Y ustedes… ustedes conocen este lugar de otra manera. Yo solo lo conozco desde el lado de la gente que lo ha usado y lo ha nombrado para su conveniencia. Sé que hay vínculos entre lo que ha pasado con mi padre y las injusticias que hicieron con vuestra comunidad, como los hay con lo que pasó con el padre de Corbin y con otros…

Micah se mueve, casi imperceptible. Leah entrelaza los dedos alrededor de su taza.

—Mi colaboración con el Club de Lectura no significa que no tenga límites —dice con calma—. Puedo tender puentes con las mujeres de Ashwood, hablar de libros, de historias, de lo que oculta un pueblo y lo que nos une, pero cuando se trata de ciertas cosas…

—deja esa frase a medias—. Hay heridas que no se curan con buenas intenciones.

—Lo sé —respondo.

—¿Lo sabes? —Micah alza las cejas, y ahí sí veo un destello de rabia—. ¿Lo sabes de verdad? ¿Entiendes lo que Leah te está diciendo?

El silencio se alarga. Corbin no interviene. Puedo notar su tensión a mi lado como una corriente eléctrica.

—No lo sé de verdad —admito—. Pero por eso estoy aquí.

Leah aguanta mi mirada unos segundos. Luego asiente, muy despacio. Ha tomado una decisión pequeña e importante.

—Bien. Entonces empezamos por lo que visteis.

Corbin se inclina un poco hacia adelante. Su voz suena más baja, más firme que antes. Por alguna razón decide contarlo él.

—Fuimos al pantano siguiendo la pista de los negocios del señor Abrams. Encontramos un árbol hueco, un cedro blanco. En cuanto nos acercamos, la temperatura cayó de golpe y se hizo un silencio absoluto. Dentro del hueco había restos, huesos y carne en putrefacción, enseguida pensamos que tal vez fueran humanos… Y tal vez por sugestión empezamos a notar cosas raras, un gruñido que salía de lo más hondo del árbol. Salimos huyendo y oí perfectamente los chapoteos y una respiración pesada que nos seguía de cerca. Cuando volvimos con la *sheriff* Ward y ella confirmó que era solo una guarida de oso negro con restos de ciervo y alce, yo me fijé bien en el suelo. No había ni una sola huella de patas grandes ni rastros de ningún animal en el barro alrededor del cedro, a pesar de que ambos sentimos que algo nos perseguía. Sé lo que vi y sé lo que escuché, y eso no era un oso normal.

—Y yo escuché que articulaba mi nombre. O eso me pareció… —añado.

Micah aprieta la mandíbula. Sus ojos pasan de Corbin a mí y luego se detienen en Leah, que toma aire y deja la taza en la mesa con un cuidado ceremonial.

—No todo lo que sentimos y para lo que no encontramos explicación es sobrenatural —dice, entendiendo por dónde vamos—. Y si empezamos a ponerle nombre, podemos equivocarnos y hacerlo más grande de lo que es. Si lo nombramos sin estar seguros otros usarán ese nombre para su propio beneficio.

Se hace un silencio raro, cargado. El té de cedro perfuma el ambiente y suaviza los nervios. Micah por fin se sienta, aunque está preparado para levantarse en cualquier momento.

—Leah —dice, tenso—. No sabes qué están buscando realmente.

Ella lo mira sin dureza.

—Sí lo sé. —Y luego me mira a mí—. Están buscando una historia que dé sentido a lo que están viviendo. El problema es que, a veces, cuando explicas algo, lo invitas a tu casa.

Se me eriza la piel.

—Mi madre cree que el bosque respondió a sus plegarias. Ella… ha sufrido mucho a manos de mi padre. —Me odio un poco por cómo suena, como una frase de locos, pero Leah asiente con la cabeza, como si lo supiera todo—. Ella deseaba que Dios hiciera desaparecer a mi padre, y creo que tiene miedo de haber influido en algo más grande que ella. Y después de lo del tronco… yo también empiezo a pensar que hay algo más que no podemos explicar.

Leah no se burla. No se ríe. Solo baja la mirada un instante, reflexiva.

—Helen Abrams no es una mujer tonta —dice por fin—. Si ha dicho eso, es porque ha sentido algo más que la culpa que la atormenta ahora.

Micah resopla, esta vez parece más preocupación que desprecio.

—¿Qué queréis de nosotros? —pregunta directo, desafiándome a decir la palabra equivocada—. ¿Que os demos permiso para algo? ¿Que os expliquemos el bosque? Corbin, tú sabes de sobra a qué nos lleva esto, tú llevas toda tu vida aquí. Tu madre era Maliseet. Sabes que no nos hace bien, que ellos no entienden nuestras cosas.

Esas últimas frases me dejan en shock. No soy capaz de reaccionar, de decir nada. No tenía ni idea de eso, Corbin jamás me lo contó, nunca confió en mí lo suficiente para compartir algo tan importante, tan íntimo y tan ligado a su identidad. No quiero interrumpir la conversación con ninguna clase de reproche, todo lo que siento ahora es infantil y absurdo. Solo miro a Corbin, esperando que él añada información, que explique algo, pero sigue hablando con ellos.

—Quiero saber si esto tiene que ver con lo que mi padre me contó cuando era crío, con las cosas que nadie en Ashwood recuerda ya.

Leah lo mira con una atención distinta, más personal.

—¿Qué te contó tu padre?

Corbin aprieta los labios. Está eligiendo con cuidado qué parte de sí mismo expone en esta mesa. No sé si es por mí, por ellos, o porque es incapaz de confiar del todo en nadie.

—Que hubo un pacto. Uno antiguo. Y que se rompió más de una vez. Yo no conocí a mi madre —me mira un momento, como disculpándose con esa revelación—. Ella le contó historias, creo que intentaba influir en sus decisiones, pero una vez que no estuvo, mi padre tomó las peores. No creía en esas cosas, y cuando me las contó lo hizo con desprecio, comparándome con mi madre como si ambos creyéramos en supercherías.

Micah clava la mirada en Leah. Esa frase acaba de encender una mecha invisible. Leah no responde de inmediato. Es una mujer reflexiva, veo que no quiere precipitarse.

—Nunca te hemos hablado de lo que tenía que ver con tu padre por respeto a tu dolor. No solo por su desaparición, sino por lo que tuviste que vivir con él. Nunca nos lo has contado, y no necesitamos saberlo, vimos tus cicatrices. Lo que también veo es que no solo venís por Leonard, ni por Robert, venís por Ashwood.

Al pronunciar el nombre del pueblo no habla de un lugar, suena a algo vivo que respira más allá de la ventana. Un ente que espera al otro lado de la carretera.

—No… No sé si lo entiendo —admito con cierto pudor.

Leah sostiene mi mirada un segundo más, decidiendo cuánto peso soy capaz de soportar. Luego habla.

—Cuando los primeros colonos se asentaron en el norte del condado no sabían leer la tierra, venían de otro lugar, un lugar muy distinto. La miraban y veían riqueza: madera, agua, pieles y minerales. No veían las corrientes subterráneas, ni las zonas de suelo blando, ni los lugares donde la tierra respira desde sus profundidades. —Hace una pausa breve y mira a Corbin también—. El Meduxen se desbordó dos veces en menos de diez años. Arrastró casas, se llevó al ganado, ahogó a niños y a adultos. Dijeron que fue mala suerte, algo incontrolable. Nosotros sabíamos que se habían excedido. Habían talado donde no debían, hecho diques y drenado el suelo...

Micah se cruza de brazos. Ya no está dispuesto a interrumpir.

—Los cedros blancos —continúa Leah— crecen donde el terreno es inestable. Donde hay agua bajo tierra, o bolsas de aire. Son resistentes, pero sus raíces buscan el equilibrio. Nuestros ancianos sabían qué zonas no tocar porque llevábamos generaciones viviendo aquí. Los colonos no.

Corbin se inclina apenas hacia adelante. No la interrumpe. La mira con atención. No sé si es la primera vez que escucha esta historia. Por su expresión, lo parece.

—Hubo enfrentamientos al principio, luego cansancio y, finalmente, un acuerdo. Era simple sentido común. —Sus dedos dibujan una línea invisible sobre la mesa—. No cruzar más allá del gran cedro al norte. No talar ciertos árboles. No excavar en la zona que ahora llamáis el pantano. A cambio, nuestra comunidad no interfería con el resto de la explotación.

—¿Y funcionó? —pregunto.

—Durante décadas, sí. —Leah asiente—. Era una cuestión de supervivencia para ambas comunidades. Si rompes la tierra en el punto equivocado, la tierra cede. Si drenas donde no debes, el río busca su camino. Son simples consecuencias, más que castigos.

Consecuencias. ¿Realmente estaba paseando mi padre cuando desapareció? Empiezo a pensar que no. Micah se acomoda en la silla. Ya no parece a punto de saltar con cualquier frase. También escucha y espera.

—Con el tiempo —prosigue Leah— el acuerdo se convirtió en folklore para algunos y en una superstición para otros. La gente nueva empezó a llamarlo cuento indígena, pero cada vez que alguien forzaba los límites, algo ocurría. Hundimientos, animales desorientados, explosiones de gases acumulados en huecos naturales, o escapes que alteraban la cabeza y la salud de quien se acercaba demasiado.

Siento un cosquilleo frío en la nuca. Pienso en el cedro hueco y en la caída brusca de temperatura. Recuerdo mi nombre articulado desde la oscuridad. Leah me observa y espera que caiga por mí mismo en la cuenta.

—Cuando alteras un lugar inestable, suceden cosas que no puedes predecir. Y, a veces, esas cosas no tienen una explicación clara.

Micah me mira entonces, directo.

—Tu padre empezó a comprar terrenos al norte hace años. —No lo dice con tono acusatorio esta vez, solo está dándome un dato—. Hablaba de nuevas perforaciones, de ampliar el aserradero hacia zonas que nadie había tocado en generaciones para hacerlo rentable de nuevo. Incluso de ofrecer esas zonas para prospecciones.

La culpa se me instala en el pecho con su desagradable peso.

—No sabía nada de eso.

—No tenías por qué saberlo —responde Leah—. Pero él sí sabía que existía una advertencia y no le importaba. No la creía, no respetaba los límites.

Corbin baja la mirada.

—Mi padre decía que los hombres avanzan o se quedan atrás. Era consciente del peligro de explotar ciertas tierras, pero no se tomaba en serio las advertencias. Nunca usó su influencia para llegar a acuerdos o mejorar las condiciones en el aserradero, hizo todo lo contrario. Pensaba que servir bien a la empresa lo haría medrar en ella.

Micah suelta un suspiro áspero.

—Avanzar no es lo mismo que arrasar. Muchos no entienden la diferencia.

Hay un momento de silencio reflexivo. El que necesitamos para empezar a encajar las piezas.

—Vuestros padres no desaparecieron por un castigo divino —dice Leah. Ahora me mira solo a mí—. Creyeron que podían dominar algo que no entendían y no eran capaces de respetar los límites, eso es lo que ocurrió.

—Mi madre cree que el bosque respondió a sus ruegos.

Leah niega despacio.

—Tu madre es una mujer que ha sufrido. Cuando alguien que sufre desea que el dolor termine, necesita encontrar sentido a ese dolor, pero el bosque no responde a plegarias.

Micah apoya los codos en las rodillas, inclinado hacia delante. Ya no está enfadado, solo cansado.

—Os voy a contar algo, y os advierto que no quiero que vuestras cabezas cuadriculadas empiecen a hacer asunciones extrañas. En nuestra tradición hay una palabra para los hombres que cruzan ciertos límites —dice tras una pausa—. Y no es nada que salga a cazar entre los árboles a los hombres incautos o malvados.

Leah lo mira de lado, midiendo cuánto decir, pero ambos han tomado una decisión en conjunto sin que nos hayamos dado cuenta siquiera.

—El Chenoo. —Corbin alza la vista y yo siento un leve escalofrío —. Es una advertencia, una enseñanza, como todas las leyendas — aclara Leah enseguida, quizá porque percibe el modo en que mi mente intenta dibujar monstruos en la oscuridad—. Nuestros mayores hablaban del Chenoo cuando alguien dejaba de sentir y el frío entraba en su corazón, endureciéndolo.

Micah asiente, grave.

—Es el hombre que sigue avanzando aunque todo a su alrededor le diga que se detenga. El que se vuelve imparable y pierde la humanidad por el camino. A ese hombre, el corazón se le congela.

—Pierde la medida —añade Leah—. Y entonces pierde el equilibrio.

El cedro hueco vuelve a mi cabeza. El golpe de aire helado. La sensación de que algo nos miraba desde dentro. Mi nombre en la oscuridad. ¿Tiene una explicación? Si es un símbolo, ¿por qué esa presencia fue tan real? Ni Corbin ni yo sabíamos de la existencia de nada parecido cuando entramos en aquel lugar.

—¿Y qué tiene que ver eso con…? —empiezo.

—Con el bosque, nada —dice Leah con firmeza—. El Chenoo vive en las decisiones de los hombres.

Corbin traga saliva.

—Mi padre no era un monstruo —murmura, casi para sí.

—No —responde Micah sin dureza—. Era un hombre que creyó que su progreso justificaba cualquier cosa y pasaba sobre la voluntad de su hijo y la aplastaba. Un hombre para el que los límites no significaban nada. Explotaba y maltrataba, y no le importaba permitir que una comunidad enfermara si con eso podía colmar sus ambiciones. Pero el hambre de un hombre así jamás se colma…

Leah desvía la mirada a mí.

—Tu padre tampoco era un monstruo. Era un hombre convencido de que la tierra era un recurso sin límites. Si alguien rompe el equilibrio demasiadas veces, las consecuencias llegan, a veces en forma de derrumbe, a veces en forma de accidente y a veces de formas que no comprendemos.

—¿Entonces qué es lo que vimos en el cedro? —me atrevo a preguntar.

—Puede tener explicación física. Tal vez haya algo en ese lugar que afecta a la mente, y el miedo hizo todo lo demás. La mente siempre intenta dar forma a lo que no entiende.

Recuerdo el gruñido. El chapoteo. Mi nombre.

—Pero —añade Micah— cuando un lugar lleva años siendo forzado, perforado y drenado… se vuelve impredecible y la gente confunde lo impredecible con lo sobrenatural.

Leah inclina apenas la cabeza.

—La leyenda del Chenoo nos recuerda lo que ocurre cuando olvidamos por qué existían los límites. Nuestro pueblo guarda la sabiduría de las historias y aprende de ellas. No las olvida.

Afuera se levanta el viento y hace crujir la madera de la casa.

—Entonces no es el bosque el que me está señalando —pienso en alto, con cierto alivio.

Micah me observa con atención renovada.

—El bosque no señala a nadie.

—El bosque permanece. Somos nosotros quienes escogemos qué dejamos en él —interviene Leah.

Corbin me mira de reojo. En su expresión hay algo frágil, una expectativa que no acabo de comprender.

—Los pactos no se sostienen con palabras —dice Micah—, se sostienen con decisiones.

Asiento lentamente. Siento el peso de esa verdad acomodándose dentro de mí, donde antes solo había culpa. Si el Chenoo existe en algún lugar, no está esperando entre los árboles, está en la línea exacta donde un hombre decide si cruzar o no un límite. En esa zona liminal. Y al mirar a Corbin entiendo lo que Ashwood me está pidiendo. No es que huya, ni siquiera es el perdón. Me pide que me responsabilice.

Ashwood me está pidiendo que elija.

—¿Qué queréis que haga? —pregunto.

Micah arquea una ceja.

—Esa es la primera pregunta correcta que has hecho desde que entraste.

Leah no sonríe, aunque algo en su mirada se suaviza.

—No queremos nada. —Hace una pausa—. Pero si vas a quedarte en Ashwood, tendrás que decidir qué tipo de hombre quieres ser. Uno que repite la historia, o uno que entiende por qué existían ciertos límites.

El peso de esas palabras cae sobre mí con más fuerza que cualquier amenaza sobrenatural.

—Si el pacto fue real —digo despacio—, entonces puede volver a serlo.

Micah me sostiene la mirada unos segundos, evaluándome.

—Eso es… los pactos se cumplen con actos.

Asiento. Comprendo lo que me pide y mi presencia en el pueblo tiene más sentido que cuando respondí a la llamada de mi madre. No solo tengo que cerrar mis heridas, hay algo más importante, algo que apunta a mis raíces. A mi propia identidad.

Afuera, el viento golpea una última vez la fachada antes de amainar con un suspiro de calma.

Capítulo 23

La lluvia empieza antes de que lleguemos a Ashwood. Fina y persistente, cae desde todas partes a la vez. El cielo es de un gris uniforme y ha descendido hasta borrar los bordes del bosque, cubriéndolo con un manto frío y silencioso.

Sigo al coche de Corbin por la carretera estrecha. El limpiaparabrisas marca un ritmo constante que termina hipnotizándome. Las palabras de Leah siguen resonando en mi cabeza. Todo lo que ha dicho, dando vueltas en mi mente, intentando encajarse en el puzzle de piezas sueltas de lo que sé.

«La tierra responde a acciones».

No sé qué puedo hacer exactamente para arreglar lo que está roto, o si yo puedo hacer algo siquiera. Ya no soy nadie en este pueblo, aunque sea el hijo de uno de sus habitantes más influyentes. Pero si algo da más vueltas en mi cabeza es lo de Corbin.

Su madre era Maliseet. ¿Cómo no lo supe?

Repaso nuestra adolescencia. Tal vez hay una pista que siempre estuvo ahí. Recuerdo la facilidad con la que atravesaba este territorio que para mí siempre fue una especie de frontera. Pensaba que era porque pertenecía a Ashwood de una manera que yo no entendía, y no era eso. Corbin pertenecía a otro linaje y a otra memoria. Y yo nunca pregunté. Ciertas cosas han sido tabú siempre en el pueblo, y de los Maliseet no se hablaba cuando éramos pequeños. Existían en los límites de nuestras vidas, como espectros a los que era mejor no molestar.

Siento una punzada de vergüenza, porque mientras mi padre usaba su influencia para silenciar denuncias y presionar a sus familias, yo me besaba con el hijo de una mujer que pertenecía

precisamente a esa comunidad a la que él dañaba. Y no tenía ni idea. Vivía en una burbuja donde el conflicto era abstracto, donde la reserva era un lugar al que no se iba y no una historia atravesada por decisiones concretas y por nombres propios.

Corbin no está enfadado conmigo solo por irme. También ha cargado con una herencia que yo jamás tuve que cuestionar. Yo podía marcharme a San Francisco y reinventarme. Él no. Él se quedó en un territorio donde su apellido paterno y su sangre materna tiraban en direcciones opuestas. Y nunca me lo dijo, porque yo no era el lugar seguro para esa verdad. No entonces.

Durante años he pensado que yo era el que vivía entre dos mundos: Ashwood y la ciudad, el hijo obediente y el hombre que no encajaba en el molde. Y Corbin lleva toda su vida caminando sobre una línea mucho más fina, con el peso de una historia que yo ignoraba cómodamente.

Llegamos al pueblo casi sin que me dé cuenta. Según entramos, las luces empiezan a encenderse detrás de los cristales empañados. Ashwood se recoge sobre sí mismo con el mal tiempo, como si el invierno hubiera llegado sin avisar. Corbin no va hacia su casa, dobla en la calle principal y se detiene frente al Juniper Coffee. La luz cálida del interior convierte las vidrieras empañadas en rectángulos dorados. Es un refugio en mitad de la oscuridad que está cayendo prematuramente sobre el pueblo.

Apago el motor y salgo del coche. La lluvia fría me golpea la cara al instante. Corbin ya está bajando del suyo. La parka negra se le pega a los hombros mientras sube los dos escalones del porche de la cafetería. Al abrir la puerta, una campanilla suena y el olor a café recién molido nos envuelve con una sensación de bienvenida.

Julia está ante la estantería llena de libros usados de la esquina, ordenando algunos ejemplares nuevos. En un cartel se describe el sistema de préstamo de libros: deja uno, llévate otro, y si te gusta mucho, quédatelo.

Levanta la vista y sonríe al vernos.

—¡Vaya pinta traéis! —dice colocando el último libro—. Si lo sé preparo sopa en lugar de café.

Corbin sacude un poco la parka antes de colgarla en el perchero de la entrada. Yo hago lo mismo con el chaquetón.

—Con algo caliente nos conformamos —dice él.

Julia lo mira primero a él y luego a mí. En su expresión veo esa mezcla de curiosidad y afecto que nos reserva desde que volvimos a coincidir.

—¿Café o chocolate?

—Café —dice Corbin.

—Chocolate —digo yo.

Ella asiente y sonríe como si eso confirmara sus sospechas.

—Id a sentaros. Os lo llevo.

Nos acomodamos en una mesa cerca de la ventana. La lluvia corre por el cristal formando líneas torcidas que distorsionan el exterior gris. Durante unos segundos ninguno de los dos habla. El calor del local empieza a devolverme la sensibilidad a los dedos. No sé cómo empezar la conversación y dejo que el silencio se asiente entre los dos. Un silencio reflexivo. Corbin mira el agua resbalar por el cristal y al fin dice algo.

—Leah no habla así con cualquiera. Y mucho menos Micah. Han debido ver algo en ti.

—Me alivia, la verdad…

Julia llega con las tazas humeantes y deja también un pequeño plato con galletas.

—Invita la casa. Para entrar en calor.

—Gracias —decimos a la vez.

Nos dedica una última mirada, como si percibiera que necesitamos espacio, y vuelve al mostrador. El silencio regresa. Tomo un sorbo del chocolate, que está demasiado caliente y demasiado dulce. Me ancla al presente. Hay algo de lo que quiero hablar, e intento que la frase sea suave, sin reproche.

—No sabía lo de tu madre.

Corbin no reacciona enseguida. Remueve su café y por un momento pienso que no va a responder.

—No es algo de lo que suela hablar, ni siquiera ahora —dice finalmente.

Asiento.

—Entiendo por qué.

Y estoy siendo honesto. No he sacado el tema porque quiera una explicación sobre por qué no compartió eso conmigo. Ahora puedo entenderlo mejor que nunca.

—Murió cuando yo tenía dos años. Apenas la recuerdo —continúa —. Solo imágenes sueltas. Mi padre decía que tenía sus ojos y su pelo. Creo que él la quería, aunque no entiendo qué vio ella en él. Me parece que su carácter empeoró cuando murió. La familia de mi madre ya debió ver que no era un buen hombre, nunca aceptó que se casara con él.

No hace falta que diga más.

—Así que cortaron relación.

—Eso pensaba yo. —Corbin hace girar su taza entre las manos—. Cuando mi padre desapareció, mi abuela vino a buscarme y me enteré de que él había estado evitando activamente que tuvieran contacto conmigo.

—¿Por qué?

Corbin se encoge ligeramente de hombros.

—Supongo que no quería que influyeran en mí. O no quería que supieran lo mierda de padre que era. No entiendo por qué no me dejó con ellos cuando mi madre murió.

—Puede que pensara que eras lo único que le quedaba de ella.

—No lo sé, y ahora da igual, la verdad. Solo me queda mi abuela. Está delicada de salud.

—Lo siento.

—Mi abuelo vivía entonces —continúa—. Ellos no tenían mucho, pero… —Hace un gesto leve con la mano—, intentaron arroparme cuanto pudieron una vez no estuvo mi padre.

—Ojalá hubieras podido tener la confianza suficiente conmigo para contármelo.

Corbin me mira y veo que reprime un reproche. Se lame los labios y niega con la cabeza.

—Eso no habría cambiado gran cosa. Tú… —Aprieta los labios, se lo piensa. Mira la calle—. Tú me ayudaste bastante en un momento muy malo, aunque luego te fueras.

—No pude escoger.

Corbin me mira otra vez. Sus ojos oscuros me atraviesan.

—¿Seguro?

Asiento. Es mi turno para quedarme callado, pensando en cómo decirle lo que quiero decirle.

—No pude escoger irme —digo al fin—. Pero sí escogí irme sin mirar atrás. —Corbin no dice nada. Solo me mira, esperando—. Cuando mi padre te pegó aquella vez… —Me paso una mano por la cara—. Yo sabía que no era la primera vez que se ponía así. Él… era como tu padre, pero pagaba sus frustraciones con mi madre. Conmigo era un padre perfecto, autoritario y rígido, también

preocupado. Yo intentaba no escuchar las discusiones y ponía excusas cuando oía golpes o cosas romperse. Me iba al bosque… Me iba contigo.

Su expresión cambia apenas con una nueva luz de reconocimiento.

—Después de lo que sucedió en el merendero, en casa, le dio una paliza y pensé que todo lo que hacía él era porque yo lo provocaba de alguna manera. Que si yo fuera… diferente, si yo fuera el hijo que él quería, él no se ensañaría con ella ni le echaría la culpa de que yo hubiera salido gay.

Corbin baja un poco la mirada hacia la mesa.

—No sabía eso…

—Ni siquiera me lo conté a mí mismo, Corbin. —Me encojo de hombros—. Fue mi padre el que tomó la decisión de que me fuera, y yo me aferré a ella. Pensé que si desaparecía de sus vidas, él dejaría de tener motivos para maltratar a mi madre. Y todos estos años me he estado engañando al convencerme de que ellos estaban bien aquí, sin mí.

El silencio que sigue no es hostil, solo tenso. Corbin me está escuchando, está entendiendo cosas. Veo que el recelo en su mirada es una sombra débil.

Hace girar otra vez la taza medio vacía entre sus manos.

—Podrías haber escrito —dice. Su tono es suave, aunque no deje de ser un reproche, al menos no es tan áspero y violento como los que me ha estado dedicando hasta ahora—. Una última vez, al menos. Me quedé esperando un último mensaje en la biblioteca.

—Sí —respondo. Respiro hondo antes de seguir—. Al principio pensaba hacerlo. Cada semana. Luego cada mes. Pero cada vez que lo intentaba… no sabía qué decirte. Había pasado demasiado tiempo. Sentía que cualquier palabra sonaría a excusa. —Me humedezco los labios. La lluvia golpea el cristal a un ritmo constante

—. Y el tiempo siguió pasando. Cada vez que pensaba en llamarte o escribirte… era más difícil que la vez anterior. Más vergonzoso. Más tarde. —Levanto la vista hacia él, aunque me resulte difícil—. Hasta que se convirtió en algo enorme que no sabía cómo deshacer.

Corbin me observa unos segundos largos.

—Eso sí suena cobarde.

—Lo fue —admito. No intento suavizarlo—. Pero no fue porque no me importaras. Fue porque me importabas demasiado y no sabía cómo enfrentarme a la distancia. A saber que ya no podría ir a la biblioteca, encontrarte allí… o ir a tu casa. Tocarte… La sola idea de escucharte sin poder tocarte me mataba. Me resultaba más insoportable que la idea de no volver a escucharte. —Trago con dificultad. Me duele la garganta, aunque siento que un peso enorme dentro de mí se diluye poco a poco. Corbin se queda quieto, evaluando cada palabra, mirándome—. No te estoy pidiendo que lo entiendas —añado—. Solo… que me dejes intentarlo ahora.

—Intentar qué.

—Arreglar lo que pueda. Y lo que no se pueda… al menos no seguir empeorándolo.

Corbin bebe un sorbo de café antes de contestar.

—Eso no se arregla con una conversación en una cafetería, aunque agradezco que hayas sido sincero por fin. Sobre todo contigo mismo.

—Por eso no solo te pido perdón. Te pido tiempo.

Corbin apoya la taza en la mesa y observa la lluvia durante unos segundos. Luego vuelve a mirarme.

—Bien… ya veremos.

No es un sí, pero al menos no es un no, y ahora mismo es mucho más de lo que esperaba de Corbin. Asiento y nos terminamos

nuestras bebidas en un silencio menos tenso de lo que estoy acostumbrado.

El abismo entre nosotros ya no me parece tan imposible de cruzar.

Capítulo 24

Sigue lloviendo cuando vuelvo a casa. Ya es de noche y la luz del porche proyecta un haz cálido sobre el suelo mojado. El olor a comida me da la bienvenida al abrir la puerta. Hay voces en la cocina. Me quedo quieto un segundo en el recibidor al percibir algo extraño. No son las voces de las amigas de mi madre. Hay una voz masculina que me provoca una fuerte sensación de irrealidad al reconocerla. Me acerco, extrañado, y me quedo quieto en la puerta sin reconocer la escena.

Ian está sentado en la mesa de la cocina con mi madre. Hablan entre ellos. Ella tiene las manos alrededor de una taza y lo escucha con atención. Cuando levanta la vista y me ve, su expresión se ilumina con una sonrisa.

—Ya estás aquí. Te estábamos esperando para cenar.

La cotidianidad de la escena me sorprende. Durante años imaginé esta casa congelada en el tiempo, detenida en el día en que me fui. Aquí soy el adolescente, el hijo sin vida propia. Y me doy cuenta de que eso ha cambiado.

Ian se gira en la silla y me mira. También sonríe.

—Hola.

Su tono es tranquilo, sin reproche. Se levanta y se acerca para abrazarme. El beso breve me hace sentir incómodo. Mi madre está ahí. No tiene por qué ver esto, no tiene por…

—No sabía que venías —le digo con sincera sorpresa. Mi incomodidad es evidente, no la puedo disimular.

—Llegué hace un rato —dice ayudándome a quintarme la chaqueta. La deja colgada de una silla—. Estoy hambriento, pero quería que cenáramos los tres juntos.

Mi madre aún sonríe. No está incómoda, me mira con calidez. Su aceptación me resulta chocante, porque jamás pensé que la tendría.

—Ian me ha ayudado a hacer la cena. No se le da mal la cocina.

Se levanta para servirme un plato antes de que pueda protestar. El vapor asciende desde la olla y llena la cocina de un olor reconfortante. Me siento con ellos mientras coloca el plato delante de mí.

—¿Has estado investigando? —pregunta.

Cojo la cuchara y soplo un poco antes de probar. El calor me recorre el cuerpo entero y no acaba de reconfortarme. Estoy descolocado.

—Sí... He ido a hablar con los Maliseet sobre la zona del pantano.

Mi madre frunce el ceño y asiente. No quiere preguntar más, no delante de Ian. Sigue siendo un extraño, alguien que no puede comprender las particularidades de este pueblo.

Ian me observa con atención.

—Tu madre me ha puesto al día de lo básico. Sobre tu padre y sobre lo que estás investigando.

—No sé si lo llamaría investigación. Solo intento entender qué ha pasado.

Ian se inclina un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa y alcanza mi mano para estrecharla.

—Ewan, he venido porque sé que esto es importante para ti. —Habla con calma—. He visto quién puede ayudarnos y podemos contratar investigadores privados especializados en desapariciones. Gente profesional.

Dejo la cuchara en el plato. No es la primera vez que me lo propone, lo hizo antes de que viniera, lo ha hecho varias veces en

nuestras conversaciones, cuando lo llamo antes de dormir. El ofrecimiento, como siempre, me pone a la defensiva.

—Esto no es San Francisco.

—No creo que lo sea, pero hay cosas que funcionan igual en todos los sitios.

Mi madre interviene antes de que yo pueda replicar.

—La *sheriff* Ward se está ocupando de ello —dice con tranquilidad—. Yo confío en ella. Todos lo hacemos. Es una gran profesional. Ewan es un hijo preocupado y quiere respuestas, y a veces las respuestas no son sencillas de obtener, ni rápidas.

Ian asiente con respeto.

—No dudo de la profesionalidad de la sheriff, aunque una cosa no excluye la otra.

—Tal vez —responde ella—. Pero Ashwood es un lugar pequeño. A veces cuando entra demasiada gente en un asunto, lo único que consiguen es remover más cosas de las necesarias y de la peor manera. Hay que respetar el ritmo del pueblo.

Ian asiente despacio y no discute. Eso me sorprende casi tanto como la actitud de mi madre.

—No he venido a imponerte nada, solo quiero ayudar —me dice.

—Lo sé, aunque mi madre tiene razón.

Sé que no va a darse por vencido y que esta conversación no ha terminado, aunque Ian desvíe el tema para aligerar el ambiente.

—Tu madre me estaba contando cotilleos del pueblo. Parece que Ashwood tiene más historia de la que imaginaba para un pueblo tan pequeño.

—Tiene más de lo que yo mismo pensaba —respondo.

La conversación deriva hacia temas más ligeros durante un rato. Mi madre le cuenta cosas sobre su vida como profesora en Ashwood e Ian responde sus preguntas sobre la ciudad, sobre nuestro trabajo y nuestra vida juntos. Soy incapaz de intervenir para contarle nada, demasiado acostumbrado a que mi existencia en San Francisco sea un tema tabú en mi casa. Mi madre, contra mis propios prejuicios, escucha con interés genuino, hace preguntas e incluso se ríe.

La observo mientras hablan. No está incómoda. No lo está en absoluto. Y pienso que podría haber sido así hace años. Que podría haber traído a Ian sin miedo, sin secretos, sin esa sensación constante de estar rompiendo algo. Tal vez ahora las cosas serían de otra manera entre nosotros e Ian podría entenderme mejor. Me conocería. Podría haberlo hecho si Leonard hubiera desaparecido antes. Mi madre nunca fue el problema. Todo ese tiempo perdido se me queda trabado en la garganta. Me la cierra con una presión desagradable.

Cuando terminamos, mi madre recoge los platos antes de que pueda ofrecerme a ayudar.

—Id al salón. Yo termino aquí.

Ian se levanta, pero duda un momento.

—Puedo echar una mano.

—No hace falta —responde ella con una sonrisa. Me empuja hacia el pasillo con complicidad—. Tendréis cosas de las que hablar.

Salimos de la cocina. El sonido del agua corriendo en el fregadero queda atrás. Ian se detiene al entrar en el salón y me mira, preocupado.

—¿Estás bien? Has estado muy callado.

Tardo un poco en responder.

—Sí. Es que esto es muy raro…

—Sé que debí avisarte, pero habríamos acabado discutiendo y, sinceramente, Ewan, necesitaba verte ya.

Se acerca a mí. El calor de sus manos agarrando las mías me devuelve al ahora. Es agradable, físico. He necesitado ese contacto y no me he dado cuenta. Al mismo tiempo siento un rechazo que no soy capaz de racionalizar. No quiero que esté aquí. Está invadiendo un espacio que no le pertenece, al que no le he invitado.

No le aparto cuando llega el beso. Ian siempre besa así, controlando cada gesto. Una mano se desliza hasta mi nuca, la otra sigue sujetando la mía. Y cierro los ojos, dejándome llevar. Dejo de pensar unos preciosos segundos. El contacto me ancla al cuerpo. Al presente. A mi vida ordenada y previsible, construida con cuidado para que nada destaque demasiado. Con Ian todo ha sido siempre así. Seguro. Fácil. Una superficie lisa donde no hay aristas que corten mientras te dejes guiar por él.

Siento su respiración y respondo al beso, despertando a él con un segundo de retraso. Mis dedos se cierran alrededor de los suyos.

Podría volver a nuestro piso en San Francisco, a las mañanas de sexo rápido y café antes del trabajo, a las cenas improvisadas en la cocina mientras hablamos de la editorial. Podría volver a la rutina que hemos construido entre los dos, a esa versión de mí mismo que sabe moverse en un mundo limpio y racional, donde los problemas tienen soluciones prácticas y los silencios no duran demasiado.

Ian cree en ese mundo. Siempre lo ha hecho. Y una parte de mí quiere creer en él ahora mismo, porque aquí todo es distinto. Aquí nada es racional. Aquí todo es complicado y me lleva a lugares que duelen. Ashwood tiene otro ritmo. Las cosas no se resuelven con llamadas ni con especialistas. Aquí las historias se quedan atrapadas en la memoria de la gente. Aquí cada decisión tiene raíces mucho más profundas de lo que cualquiera se puede imaginar.

El beso se prolonga un poco más. Hay ternura en él. Y también costumbre. Podemos volver a lo de antes. Podemos fingir que esto

es solo un paréntesis extraño en medio de nuestra vida. Podemos seguir adelante sin mirar demasiado atrás.

Esa idea me seduce. Sería tan fácil. Tan limpio. Pero incluso con los ojos cerrados sigo viendo el bosque. El cedro hueco. La casa de Leah. La mirada de Corbin en la cafetería mientras afuera llueve, esperando algo de mí. Esperando. Sé que me está esperando.

Ian separa los labios de los míos y apoya la frente contra la mía.

—Te echaba de menos —murmura.

Abro los ojos. La lámpara del salón ilumina suavemente su rostro. Su expresión es sincera, tranquila, llena de una confianza que siempre me ha resultado reconfortante. Eso es lo que me enamoró de él: su confianza, su capacidad para hacerme confiar incluso en mí mismo.

Pero ahora siento una grieta ensancharse dentro de mí y ya no estoy seguro de quién soy cuando estoy con él. Le acaricio la muñeca con el pulgar, todavía sujetando su mano.

—Yo también.

No fuerzo esa frase. No es una mentira. No es toda la verdad.

Mi madre viene al salón tras unos minutos, secándose las manos en un paño. Nos mira a los dos con un brillo satisfecho en sus ojos que me desconcierta.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —responde Ian antes de que yo diga nada.

Ella asiente y se cuelga el paño del delantal.

—Es tarde ya. Mañana tendréis tiempo para hablar más. —Nos observa un instante y luego añade con naturalidad—. La habitación de invitados está hecha y tiene una cama grande. Podéis quedaros ahí los dos.

La normalidad de ese comentario me deja clavado en el sitio, sin palabras, con un calor avergonzado subiendo a mis mejillas. Ian le da las gracias con una sonrisa, pero yo sigo procesando el hecho de que mi madre lo diga así, sin rodeos.

Durante años imaginé esta conversación de mil maneras distintas, siempre llena de tensión o de silencios incómodos. Y ahora ocurre de la forma más simple posible. Puedo dormir en casa con mi novio. Es así de simple. La miro y ella se da cuenta de lo que me está pasando por la cabeza. Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Ewan.

—Buenas noches, mamá.

Ian se despide de ella y subimos al piso superior con el equipaje que esperaba en la entrada. El parqué cruje suavemente bajo nuestros pasos con un sonido familiar.

La habitación de invitados está al fondo del pasillo. Mi madre ha dejado una lámpara encendida sobre la mesilla y el edredón está doblado con cuidado. La habitación es acogedora y está perfumada. Ian cierra la puerta detrás de nosotros.

Durante unos segundos ninguno habla. El silencio está lleno de todo lo que ha pasado estos días y de todo lo que aún no sabemos cómo decir. Ian se acerca primero.

—Ha sido un día largo —dice en voz baja—. Este lugar está muy lejos de todo.

Asiento. Yo estoy lejos de todo y ahora mismo eso no importa.

Sus manos encuentran mi cintura. Cuando me besa otra vez me permito expresar la ansiedad que estoy sintiendo. Es un beso más profundo y necesitado. Algo dentro de mí se relaja. Necesitaba esto. El calor de otro cuerpo, el peso de unas manos conocidas, la sensación de no estar solo dentro de mi propia cabeza, en mitad de una tempestad que me zarandea de un lado a otro.

Ian siempre ha sido bueno leyendo mis silencios y no intenta retomar ninguna conversación. Sus dedos recorren mi espalda y el resto del mundo se difumina. La casa, el bosque, la lluvia que golpea las ventanas. Todo queda lejos.

Me empuja hacia la cama sin hablar y empieza a desnudarme. Siento una urgencia que no esperaba. Una necesidad que se abre paso con una intensidad incontestable. Mi cuerpo está buscando refugio en algo conocido.

Ian responde con la misma entrega de siempre.

Me dejo arrastrar por el ritmo de la respiración compartida, por el contacto de la piel cuando al fin quedamos desnudos. Por la ilusión momentánea de que todo sigue igual que antes.

Su boca arde contra mi vientre y siento la erección palpitar contra su cuerpo. Su lengua en mi sexo borra por unos minutos incluso la vergüenza que amenaza con abrirse paso al darme cuenta de que está haciéndome una felación en un cuarto tan cercano al de mi madre. Me muerdo el puño y aguanto los gemidos.

—Aaah… Ten cuidado… Por favor… Shhh… —susurro desesperado. Ian frota su mejilla contra mi sexo antes de incorporarse para besarme otra vez.

—Tranquilo, no haremos ruido —murmura en mi oído—. Date la vuelta.

Obedezco, estremecido por el placer y el deseo que ha alimentado. Su cuerpo se acopla al mío cuando arqueo la espalda. Oigo que escupe en su mano y ahogo un gemido cuando me prepara con los dedos.

Qué fácil sería que todo siguiera igual. Que siguiéramos siendo estos. La irrupción en mi cuerpo es lenta y me provoca un intenso estremecimiento de placer. Qué fácil sería abandonarse, pero incluso en medio de este momento siento que algo no encaja del todo.

Empieza a moverse, sujetándome debajo de su cuerpo, besándome el cuello y mordiéndome la piel. Me trago los gemidos, aprieto la cara contra las sábanas y me muevo contra su cuerpo. A pesar de la desesperación, no puedo dejar de notarlo. Algo pasa. Hay una distancia que no había visto hasta ahora. Una pequeña separación entre lo que mi cuerpo hace y lo que mi mente está pensando.

Intento ignorarla. Me concentro en él, en su olor, en la presión de cada embestida en mis entrañas. Sin embargo… estoy en otro lugar.

En el bosque. En la cafetería. En la mirada de Corbin al otro lado de la mesa. Algo dentro de mí se está moviendo en una dirección que ya no puedo fingir no ver.

Las caricias de Ian, apretadas entre mi cuerpo y la cama, acaban por alejarme de la disonancia. Llegado un punto solo hay placer y sudor y tengo que centrarme en no gemir en voz alta. En ser silencioso. Eso vuelve el orgasmo intenso y extraño. Una descarga larga que me deja temblando debajo de él. Le siento derramarse en mis entrañas y pienso, en un instante de vergüenza, que hemos manchado las sábanas de mi madre.

Ian pasa un brazo por encima de mi pecho y apoya la cabeza en mi hombro al ladearse, abrazándome.

—Te necesitaba —murmura.

Cierro los ojos. Yo también lo necesitaba, eso es cierto, pero necesitar a alguien no siempre significa que siga siendo el lugar al que perteneces.

Capítulo 25

Abro los ojos en la oscuridad. El jardín de la casa está quieto y vacío, las luces apagadas. Estoy descalzo sobre la hierba. La humedad cosquillea en la planta de mis pies, fría. La noche es profunda, cargada de nubes bajas que apenas dejan pasar la luz de la luna henchida.

El viejo arce junto a la cerca es un esqueleto desnudo de formas inquietantes. Es el árbol de siempre, lo reconozco, y a la vez me parece ajeno, extraño en un paisaje que suele resultarme relajante. El sendero que se adentra entre los árboles me invita a perderme en el vacío tras la valla con una pulsión instintiva. El bosque me llama. La línea oscura del horizonte me encapsula en este instante en el que el tiempo no corre. Sé que si miro mi móvil, no ha pasado un solo minuto desde que he salido de casa.

No sé cuándo he salido de casa, de hecho. No recuerdo haberme levantado de la cama, ni haber bajado las escaleras. Ian tampoco está aquí.

Estoy solo. Puedo oír mi respiración en el silencio y la quietud se quiebra. Algo se mueve al otro lado del jardín. Una presencia que altera el espacio sin hacer ruido, como si el aire vibrara a su alrededor de forma antinatural al moverse.

Está junto al borde del bosque. Sé que está ahí. No puedo distinguirlo bien. La oscuridad se cierne sobre su cuerpo y oculta sus contornos. Aun así, es demasiado grande para ser un animal del bosque. Su silueta irregular, torcida, está hecha de fragmentos mal ensamblados.

Da un paso hacia delante. Se desplaza con un sonido húmedo. No me gusta ese ruido. Me trae a la cabeza cosas desagradables. Huesos rompiéndose. Carne desgarrándose.

Intento moverme y no puedo.

El corazón se contrae en mi pecho cuando comprendo que esa cosa está mirándome. Me mira, aunque no tiene ojos, aunque su rostro es una masa de sombra que cambia de forma cada vez que intento enfocarla. El miedo que estremece mis venas sí es familiar. Lo reconozco. Sé ante quién lo he sentido antes.

Se acerca. La distancia entre nosotros se reduce. Un intenso olor a podredumbre invade el ambiente y vuelve difícil respirar. Quiero gritar. Nada brota de mi garganta.

La criatura se inclina hacia mí y olfatea el aire. Durante un segundo pienso que va a arrojarse sobre mí. En lugar de eso, habla.

—Ewan…

La voz no sale de una boca. Vibra entre nosotros, profunda y deformada, como atravesando capas de agua antes de llegar a mis oídos.

—Ewan…

Mi nombre se arrastra por el jardín. La hierba se mueve alrededor de mis pies, aunque no hay viento.

La cosa da otro paso.

—Ewan…

Ahora está tan cerca que puedo ver cómo la sombra que forma su cuerpo se deshace en filamentos que reptan por el suelo. Reconozco esa presencia. Un terror antiguo me abre las entrañas con un aguijonazo gélido, una certeza instintiva: eso me está llamando y no quiere hablar. Quiere que vaya. Quiere que me vaya con ella. Quiere que me vaya con él.

El sendero hacia el bosque se abre detrás de la criatura. Un hilo negro que marca el camino hacia ninguna parte. La voz vuelve a pronunciar mi nombre. Más cerca. Más fuerte. Dentro de mí. Es mi voz, es la de mi padre.

—Ewan.

La cosa alza la cabeza y sé que lleva mucho tiempo esperándome. Aguardando en el bosque a que cruce el umbral seguro de mi jardín. Ahora tiene rostro. Tiene los ojos de Leonard Abrams. Y estira un brazo nervudo, largo como una rama. Sus dedos son garras que me señalan, me reclaman. El terror me paraliza.

Del árbol marcado a cuchillo brota un brillo repentino, de un dorado intenso.

Esa luz atrapa mi atención. Me impide seguir mirando el sendero hacia el que me he movido sin darme cuenta. Estoy demasiado cerca del límite. A punto de caer en el abismo que espera al otro lado. A solo un gesto de tomar esa mano deforme que me tiende la oscuridad.

Noto la calidez de la luz que irradia el dibujo y la voz vuelve a mi garganta. Y grito. Grito y me agito queriendo regresar a la casa.

El techo de la habitación aparece sobre mí entre sombras confusas. La lluvia repiquetea contra las ventanas con un ritmo constante que tarda unos segundos en volver a convertirse en algo reconocible. Estoy empapado de sudor, tengo el pelo pegado a la cara y mi corazón late tan fuerte que me duele el pecho.

—Ewan.

Mi nombre me aterroriza, intento deshacerme de lo que sea que me apresa. Algo me sujeta con fuerza. Tengo miedo de que la criatura me haya atrapado, de que me arrastre al bosque.

—Eh. Tranquilo. Estás aquí. Ewan.

Tardo un momento en comprender. Estoy en la habitación de invitados. La lámpara está encendida y el olor de las sábanas es un perfume limpio y fresco que borra el recuerdo del hedor de la pesadilla.

Solo era eso, una pesadilla.

Ian se incorpora un poco, observándome con preocupación.

—Estabas soñando.

Me paso una mano por la cara. Tengo la piel fría y húmeda.

—Sí…

El abrazo me ayuda a regresar a la realidad. Notar el latido de su corazón en el silencio en el que nos quedamos me ancla a ella.

—¿Quieres contarme qué has soñado? —pregunta Ian en voz baja.

Niego con la cabeza antes de pensarlo demasiado. La imagen del jardín sigue pegada a mis ojos cuando parpadeo. La criatura. Mi nombre en esa voz. Mi padre. Un hormigueo angustioso me recorre la piel.

—No es más que una pesadilla.

Ian no parece convencido. Se remueve y me mira, evaluando si decir lo que está pensando. No quiero que lo diga. No quiero hablar, pero él no suele callarse las cosas.

—No estás bien.

El comentario me irrita. No es lo que necesito ahora.

—Claro que no estoy bien, estoy investigando la desaparición de mi padre —replico con una brusquedad que no puedo controlar.

—No me refiero a eso. —Hace una pausa, vuelve a pensar. Ojala lo dejara ahí. Ojala no hable más—. Ewan, te estás obsesionando. La investigación no te está haciendo bien, y tú no eres un detective. Solo eres un escritor. Un escritor con demasiada implicación en esto.

Me siento en el borde de la cama. El suelo está frío bajo mis pies.

—No lo entiendes.

—Explícamelo —suspira.

—Mi padre no se perdió. Le sucedió algo en el bosque, no sé si alguien lo mató o si sufrió un accidente, pero tiene que ver con sus negocios. Es… son las consecuencias de haber abusado del bosque.

—¿Quieres decir que se han vengado por algo?

—No. No lo sé. Quiero decir que tiene que ver con sus pretensiones de ampliar los límites del aserradero hacia el norte.

—Si lo que dices es cierto y hay más de lo que parece, más razón para que dejes esa investigación en manos de profesionales. Podemos traer a gente que sepa investigar este tipo de cosas. Detectives, abogados si hace falta. Personas que no estén emocionalmente implicadas.

Niego con la cabeza.

—Llama a quien quieras. Paga a quien quieras, yo no voy a irme hasta que no aclare esto, Ian.

La respuesta es más brusca de lo que quería. Ian me mira fijamente.

—¿Por qué no?

—Porque esto no es un caso normal.

—Claro que no es normal, acabas de decir que puede haber corrupción sistémica, que puede haber un caso de asesinato…

—No me refiero a eso —le corto—. No entiendes este lugar. No entiendes que esto no es San Francisco.

Su mirada pesa. Me juzga. Si le hablo de lo que creo ahora mismo pensará que he enloquecido. No puedo compartirlo con él. No puedo decirle que creo que el bosque se ha cobrado un precio, que mi padre rompió un pacto antiguo y por eso ha desaparecido. Ian se pone en pie y camina por la habitación. Está frustrado.

—Lo que entiendo es que te está afectando demasiado —dice—. Ewan, estás metiéndote en asuntos que no sabes dónde terminan y

no tienes que hacerlo solo.

—Sí, tengo que hacerlo.

—No. —Su voz se endurece—. No tienes que hacerlo solo. Estás eligiendo hacerlo solo. Lo elegiste desde el principio. Esto no es solo sobre tu padre. Nos afecta a nosotros también. Afecta a nuestra vida.

—Tú no has querido tener nada que ver…

—Yo pensé que volverías a casa y lo dejarías en manos de la policía. Pensé que regresarías a la vida que has construido lejos de quienes te expulsaron y aborrecían todo lo que eras lejos de aquí. Y para colmo cuando vengo me doy cuenta de que ese rechazo no existe… De que tu madre es una bellísima persona a la que he estado odiando por haberte hecho daño.

Las palabras de Ian me golpean con una mezcla incómoda de culpa y resentimiento.

—Mi madre no tuvo elección —respondo en voz baja—. Sabes cómo era mi padre.

—No lo sé. —Ian se detiene frente a la ventana—. Tú me contaste que te echaron de casa y por eso pensé que este lugar era una herida que no merecía la pena volver a abrir. —Se gira hacia mí —. Y ahora te veo aquí, metido en algo que te está devorando por dentro y de lo que yo no conozco ni la milésima parte.

—No me está devorando.

—Claro que sí. —No alza la voz, pero su calma resulta más difícil de soportar que el enfado que debería sentir—. Mírate, Ewan. No duermes, estás irritable, empiezas a hablar de conspiraciones alrededor de un aserradero perdido en mitad del bosque… —Sacude la cabeza—. Esto no es sano.

Me levanto de la cama.

—No es una conspiración.

—Entonces dime qué es.

Abro la boca. La cierro. No puedo decirlo. Si lo hago, la conversación terminará en este mismo instante. Ian me observa y algo en su expresión cambia.

—¿Ves? —dice con suavidad—. Ni siquiera puedes explicarlo. —Da unos pasos más por la habitación. Se pasa la mano por la nuca —. Ewan, si hay corrupción empresarial, si hay un crimen, si tu padre estaba metido en algo turbio… eso tiene una vía legal.

—Eso no resolvería nada.

—Resolvería lo importante.

—No para mí.

Ian me mira largo rato.

—Dime qué es lo importante para ti, porque quiero entenderlo.

Pienso en el jardín del sueño, en la criatura. En el bosque bajo la lluvia.

—Saber la verdad.

—La verdad necesita pruebas.

—No todas las verdades funcionan así.

Ian deja escapar una risa breve, cansada.

—Eso es lo que dice la gente cuando empieza a perder el contacto con la realidad.

Esa frase es como un bofetón. Yo sí me estoy alterando. Más que enfado, es una profunda frustración. Hace tiempo que hay una distancia entre Ian y yo, la de la costumbre, la de haberse dado por sentado el uno al otro. No sé si siempre estuvo ahí, si he sido un cabrón que ha fingido algo que no es todo este tiempo. Ahora no sé nada, aunque sí tengo algo claro:

—No estoy perdiendo el contacto con la realidad.

—¿Seguro? —Da un paso hacia mí—. Porque desde fuera parece otra cosa. Parece que has vuelto aquí para enfrentarte a tu pasado y te has quedado atrapado en él.

Aprieto los dientes.

—No tienes ni idea de lo que significa este lugar para mí.

—Lo sé mejor de lo que crees.

—No.

Niega con la cabeza.

—Lo que sé es que te marchaste para sobrevivir. Para construir una vida donde no tuvieras que justificar quién eres. —Su voz baja un poco—. Y ahora te veo intentando quedarte aquí… como si ese chico que escapó no hubiera aprendido nada. Este lugar siempre ha significado dolor para ti.

El silencio vuelve a llenar la habitación.

—No vine aquí para quedarme —lo rompo.

—Empiezo a pensar que sí —replica él.

—Pues no es verdad.

—Entonces demuéstralo.

Eso me desconcierta. Hay un silencio confuso. Ian me mira muy fijo, consciente de la gravedad de la situación. Del límite al que nos hemos acercado.

—¿Cómo?

—Vuelve conmigo a casa —me pide en un tono cansado. No respondo. No soy capaz de hacerlo ahora, y él sigue hablando—. Deja que la policía haga su trabajo. Si quieres investigar más, lo

haremos desde casa. Con gente preparada. Sin arriesgar tu estabilidad… ni lo que tenemos.

La propuesta es tentadora. Ese mundo sigue ahí y una parte de mí reconoce lo fácil que sería aceptarla. Volver a San Francisco, a su rutina ordenada y a esa vida donde los problemas tienen límites claros. Y hay otra parte, cada vez más grande, cada vez más consciente, que sabe que esa puerta ya no existe. Que esa vida no es la mía.

—No puedo irme —digo finalmente.

Ian cierra los ojos un segundo. Cuando los abre hay algo distinto en su expresión, una aceptación amarga que no había visto antes en él.

—Eso pensaba.

Recoge la camisa de la silla y empieza a vestirse.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho antes de venir. —Se enfunda los pantalones y se abrocha los botones con calma—. Dar un paso atrás.

—Ian…

—No. —Hace un gesto cuando trato de acercarme. No está siendo brusco. Todo en él destila la resignación de quien lleva tiempo sabiendo que lo inevitable ocurriría—. Ahora mismo no quieres ayuda, tampoco quieres volver a la vida que teníamos. Ni siquiera puedes decirme qué es exactamente lo que buscas aquí. Ha sido un error venir, pensé que te haría reaccionar verme, en algún sentido, pero… —Se pone los zapatos—. Creo que no sabes lo que quieres. Y yo no puedo quedarme esperando a que lo averigües.

Estoy paralizado. La escena sucede ajena a mí, a mi cuerpo y a mi mente, atrapada en esa suspensión familiar. Quedarme callado, meter la cabeza en el agujero de siempre y esperar a que la

tormenta pase, eso es lo que quiero, lo que me pide el cuerpo a gritos. Tal vez las cosas no han cambiado en absoluto y sigo siendo el cobarde que he sido siempre, tal vez la valentía que he creído encontrar estos días es un espejismo.

Ian toma su chaqueta. Ni siquiera ha deshecho la maleta. La agarra y va a la puerta. La escena transcurre a cámara lenta. Sé que en cuanto salga de la habitación todo habrá pasado. Y también sé que en cuanto lo haga todo habrá terminado. Dentro de mí salta una chispa de conciencia, un fogonazo de claridad que se rebela contra el paroxismo.

—Ian. —Se detiene justo antes de abrir la puerta. No se gira de inmediato. Permanece quieto unos segundos, como si dudara si merece la pena escuchar lo que tengo que decir—. Ian, espera.

Se vuelve con la maleta en la mano.

—¿Qué, Ewan?

Camino hacia él. Cada paso se siente extraño, estoy haciendo equilibrios en una cuerda sobre el abismo.

—No es que no sepa lo que quiero. —Me arranco las palabras de dentro, me obligo a darles forma—. Es que he tardado en reconocerlo.

Ian me observa en silencio. Las cosas tardan en ordenarse dentro de mi cabeza. Durante años he pensado que esa vida que construimos en San Francisco era lo más cercano que tendría nunca a un hogar. Un lugar seguro, previsible, donde nada de lo que fui podía alcanzarme.

—Cuando me fui de aquí creí que escapar era lo único que podía hacer —continúo—. Pensé que la única forma de sobrevivir era convertirme en alguien distinto. Y lo conseguí. Hemos construido algo bueno allí. Una vida que funcionaba. Funcionaba porque los dos éramos buenos haciendo que funcionara.

—Se nos da bien ser un equipo… —añade, y yo asiento. Es verdad, somos muy buenos en eso. Somos los mejores en eso.

—Aquí todo es distinto —respondo. Me lamo los labios, los noto resecos y me empieza a doler la garganta—. Siempre pensé que este lugar era solo hostilidad, el recuerdo de lo que me hicieron sentir cuando era joven. —Miro a la ventana, hacia la oscuridad donde empieza el bosque—. Y ahora sé que hay más capas de las que veía entonces. —Ian guarda silencio, me escucha con atención, aunque la resignación en su rostro se vuelve cada vez más triste y evidente—. No es fácil. No es un lugar cómodo. Nada aquí lo es. —Respiro hondo—. Aun así, creo que estoy siendo más honesto que nunca conmigo mismo. Más real.

Ian suspira. Tarda unos segundos en responder.

—Ya lo sé.

Esa aceptación me sorprende.

—¿Qué?

—Que ya no eres el mismo. —Se apoya un momento en el marco de la puerta con un gesto cansado—. No empezó con lo de tu padre. Llevo tiempo viéndolo, los dos hemos cambiado. Y se nos da bien ser un equipo, pero eso no es suficiente. Creo que llevamos tiempo funcionando por inercia.

Siento algo cerrarse en mi pecho.

—Ian…

—No es culpa de nadie —me corta con suavidad—. Y te quiero, Ewan. Eso no ha cambiado.

—Yo también te quiero —sé que es verdad cuando lo digo. Es cierto, aunque no venga acompañado de lo de antes.

Él asiente y nos quedamos mirándonos.

—Lo que no puedo hacer —continúa él— es quedarme esperando a que descubras quién eres ahora.

Asiento lentamente.

—Necesito hacer esto. Aunque no sepa exactamente a dónde me lleva.

Ian sostiene mi mirada unos segundos más.

—Entonces esa es la decisión que estás tomando.

—Sí.

Ian abre la puerta y antes de salir se detiene una última vez.

—Si vuelves a San Francisco… —dice sin mirarme— no será para seguir como antes.

Luego sale al pasillo. Sus pasos resuenan en la escalera mientras baja a la planta inferior. La puerta de entrada se abre. Se cierra. La casa se queda en silencio.

De pie, en mitad de la habitación, escucho la lluvia contra el tejado.

Ian acaba de dejarme.

Capítulo 26

Un coche se detiene frente a la casa. Lo oigo desde la cocina, donde estoy fregando los platos del desayuno con un gesto automático, la mirada perdida sin ver realmente lo que estoy haciendo. Una idea sin sentido me cruza la cabeza: Ian ha vuelto. O no se ha ido, se ha quedado en el coche reconsiderándolo todo. Vamos a hablar y todo volverá ser como antes. No quiero que sean como antes y, con todo, mi cabeza no deja de volver a eso: mi vida en San Francisco ya no existe. Si regreso, no será el mismo lugar del que me fui. Si Ian no me hubiera dejado no habrían cambiado demasiado las cosas. Soy otra persona, no soy el mismo que se fue… y eso me aterra.

El motor se apaga. Oigo la puerta del coche, los pasos sobre la grava mojada. Me paso una mano por la cara antes de ir hacia al recibidor. Tengo la cabeza espesa por la falta de sueño. No estoy seguro de estar despierto. Suena el timbre y tengo una corazonada. Una mala sensación. Cuando abro la puerta, la *sheriff* Ward está en el porche. Lleva el abrigo oscuro empapado por la lluvia fina y una bolsa de plástico transparente en la mano. Dentro hay un reloj.

—Buenos días, Ewan.

—Buenos días, *sheriff* Ward. ¿Qué ocurre?

—¿Está tu madre en casa?

Asiento. Mis ojos se quedan clavados en el objeto dentro de la bolsa. El reloj está cubierto de barro seco y manchas oscuras. El cristal está roto.

—Sí. Sí, pasa. ¿Eso es de mi padre?

La *sheriff* aprieta los labios y me responde mientras entra.

—Es lo que he venido a comprobar.

Helen aparece en el pasillo. Debe de haber oído nuestras voces. Lleva una chaqueta gris sobre la bata y el pelo recogido con descuido.

—Buenos días, *sheriff*, ¿va todo bien? —pregunta con preocupación.

Ward levanta la bolsa.

—Necesito que me confirme algo.

Helen se acerca y toma la bolsa que la *sheriff* le tiende. Mira el reloj a través del plástico. Sus ojos se quedan fijos en él. No pregunta nada y no necesita que Ward haga preguntas. Antes de hablar, acaricia la esfera del reloj sobre el plástico.

—Sí —dice al fin en voz baja—. Es de Leonard.

Ward asiente con gravedad.

—¿Está segura?

Helen señala la parte trasera del reloj.

—Ahí. Tiene las iniciales.

Ward gira la bolsa e incluso a través de la suciedad se puede distinguir el grabado: L.A.

—Se lo regalé yo —añade Helen.

En su voz hay una constatación cansada.

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunto.

Ward me mira entonces.

—En el pantano. Estaba parcialmente enterrado en el fango, cerca del cedro blanco.

El mismo lugar. La imagen vuelve a mi mente con una claridad desagradable: el árbol pálido, los restos animales, la lluvia cayendo sobre el agua negra.

—¿Había algo más?

Ward niega con la cabeza.

—Nada, solo el reloj.

Helen aparta la mirada del reloj y vuelve a entrar en el salón. La *sheriff* la observa en silencio hasta que desaparece por el pasillo. Luego vuelve a mirarme.

—Hemos reactivado la búsqueda en esa zona y me gustaría que vinieras conmigo a la oficina. Hay cosas que deberías saber.

Asiento. No tengo energía para discutir. Ni siquiera la tengo para sentir lo que debería estar sintiendo. Tengo una nube oscura ocupando toda mi cabeza, sofocando las emociones y devorándolas.

—Déjame coger el abrigo.

Ward no dice nada durante el camino. El limpiaparabrisas chirría con cada oscilación para apartar la capa de lluvia que se escurre por el cristal. El día está especialmente cerrado y frío. Me apoyo contra el reposacabezas y cierro los ojos. Me duele el cuerpo y la falta de sueño no ayuda. Una presión sorda me comprime la cabeza y borra los sonidos como si estuviera encerrado en una campana. En la oscuridad tras mis párpados veo el borde del bosque, la figura que espera en el límite del jardín. La sombra de brazos largos inclinándose hacia mí. La voz astillada.

«Ewan».

Abro los ojos.

Ward conduce con una mano apoyada en el volante, concentrada en la carretera.

—He estado revisando algunos archivos.

—¿Sobre mi padre?

—Sobre varias cosas.

El coche atraviesa el centro de Ashwood. Las calles están vacías bajo la lluvia. Las ventanas de la cafetería brillan como un faro en el día oscuro. Julia tiene el local lleno y la veo caminar de una mesa a otra con una bandeja en la mano.

Ward aparca junto a su oficina.

—Vamos dentro.

Dawson está en la recepción y nos saluda cuando entramos. El ambiente es cálido en el interior y el olor del café es una bienvenida agradable. Sigo a la *sheriff* hasta su despacho. Ella deja la bolsa con el reloj sobre la mesa y se sienta detrás del escritorio. Yo me siento frente a ella. No acabo de ser consciente de mis propios movimientos.

—Cuando empezamos a revisar la zona del cedro blanco —dice echándole un vistazo al reloj— pensé que se trataba de un caso de depredación animal.

—Eran restos animales, ¿no? —pregunto preocupado.

—Sí, pero hay algo que no mencioné el otro día.

La miro. No acaba de atreverse a decir lo que está pensando y eso me parece raro en alguien tan directo como ella.

—¿Qué?

—No había huellas. —Me mantiene la mirada—. Ni de oso. Ni de lobo. Ni de puma. Ningún rastro que indicara la presencia de un animal grande.

El recuerdo del lugar vuelve nítido a mi cabeza. El barro oscuro, el silencio total, el frío en los huesos.

—Lo vimos cuando regresamos contigo al cedro. Algo nos siguió, a mí y a Corbin, pero no había más huellas que las nuestras.

Ward suelta el aire despacio por la nariz.

—Tiene que haber una explicación racional. Tanto para los restos como para lo que os pasó. Y sea lo que sea, creo que tuvo que ver con la desaparición de tu padre. La primera vez que investigamos el pantano no encontramos nada y ese árbol hueco lleno de restos no nos habría pasado desapercibido.

Necesita creer eso. Yo no lo tengo tan claro a estas alturas. Creo que el bosque se ha cobrado su precio. Ward abre un cajón del escritorio y saca una carpeta gruesa que deja sobre la mesa y empuja hacia mí.

—Mientras investigábamos lo del aserradero empecé a revisar documentos de tu padre. Los tenía en su oficina.

Abro la carpeta. Hay copias de contratos, planos, documentos legales. Me marea verlos.

—Sé que estaba moviendo lo del aserradero.

Paso una hoja. Reconozco los mapas del condado. Varias parcelas están marcadas en rojo.

Ward guarda silencio unos segundos antes de empezar. No está mirando los papeles, sino el reloj dentro de la bolsa. Las agujas están detenidas. Cuando vuelve a levantar la vista hacia mí, su expresión ha cambiado. Ya no es la de alguien que simplemente informa; es la de alguien que ha llegado a una conclusión que no le gusta.

—La desaparición de tu padre ha sido lo que ha terminado de encajar varias piezas que llevaban décadas sueltas en este pueblo.

—Mercer, Brooks y Collins…

Ella me mira, sorprendida y niega con la cabeza, dejando pasar la oportunidad de echarme la bronca por haber investigado por mi cuenta. Finalmente, asiente.

—Al principio pensé que estábamos ante un caso aislado. Un empresario que desaparece en el bosque, seguramente por un

accidente… pero esto no solo había pasado antes, le había pasado a gente que de una forma u otra estaba relacionada con Leonard.

—El capataz, el concejal, el ingeniero forestal y el agente inmobiliario. ¿Cómo no se han dado cuenta antes las autoridades?

—Porque esos hombres no eran cualquiera. Todos ocupaban un lugar muy concreto dentro del engranaje de este pueblo. Sus propias argucias para tapar sus negocios ilegales hicieron que las desapariciones apenas se investigasen.

—Acción y consecuencias… —divago, pensando en Leah.

Ward abre una libreta llena de apuntes ordenados y me muestra una lista. Señala el primer nombre con el dedo.

—Robert Mercer era el capataz del aserradero. El hombre que conocía el lugar mejor que nadie y que ejecutaba las órdenes sobre el terreno. Alan Brooks. Concejal del ayuntamiento durante quince años. El encargado de dar cobertura política a muchas de las decisiones relacionadas con el desarrollo industrial del condado. Edward Collins. Ingeniero forestal. Era quien firmaba los informes técnicos sobre los límites de explotación forestal y los planos de las lindes.

Mi mirada baja lentamente hasta el último nombre.

—Y mi padre.

—Leonard Abrams —asiente Ward—. Promotor inmobiliario. El hombre que movía el dinero. El que buscaba inversores cuando el aserradero empezó a quedarse sin recursos.

—Cuatro piezas del mismo mecanismo.

Ella cierra la libreta.

—Y todos acabaron desapareciendo. Las investigaciones sobre eso acabaron cerradas con causas vagas tras una ejecución deficiente.

—Una investigación liderada por Walter Hargreeve.

Ward suspira y asiente.

—Al principio, cuando llegué, simplemente pensé que había sido negligente con algunos casos antiguos. Pero no fue negligencia.

La *sheriff* me señala uno de los papeles que tengo entre las manos. Miro el documento. Es un informe policial antiguo. Ward señala una línea concreta.

—Fue encubrimiento —digo en voz baja.

—Cuando desapareció Robert Mercer, el caso se cerró oficialmente como abandono voluntario. Hargreeve escribió esa versión. A pesar de que había indicios de que Mercer estaba metido en asuntos turbios relacionados con la expansión ilegal del aserradero. Si ese caso se hubiera investigado como debía, habrían salido a la luz muchas cosas.

—¿Por qué no lo hizo?

Ward tarda un momento en responder.

—Porque el aserradero era el corazón económico de Ashwood —dice finalmente—. Y porque en pueblos pequeños como este a veces la gente decide que mantener el orden es más importante que decir la verdad. Así que la narrativa oficial fue que Mercer bebía demasiado y decidió desaparecer. Con el resto las conclusiones son parecidas: perdido en el bosque, abandono, posible suicidio… Hargreeve envió los informes incompletos o falseados a las autoridades federales para que todo siguiera como siempre.

—Caso cerrado.

Ella asiente. El despacho queda en silencio. La presión en mi cabeza es ahora más fuerte. Las piezas encajan aunque siguen revoloteando en mi cabeza, formando la imagen total a trompicones.

—Entonces, todos ellos cruzaron una línea y el bosque se los tragó.

Ward no responde de inmediato. Sus ojos vuelven al reloj dentro de la bolsa.

—Lo que yo sé es que cuatro hombres tomaron decisiones muy concretas sobre un territorio que nunca debió tocarse y los cuatro desaparecieron.

Mientras Ward continúa hablando sobre permisos, irregularidades y expedientes archivados, una parte de mi mente deja de escuchar. Estoy viendo otra cosa. El pantano bajo la lluvia. El cedro blanco. La figura en el jardín inclinándose hacia mí en la oscuridad.

«Ewan».

Siento que se me eriza la piel de la espalda. Una gota de sudor frío resbala por mi sien.

—¿Estás bien? —La voz de Ward llega hasta mí al tiempo que su contacto en mi mano.

Asiento lentamente. Es mentira. No estoy bien, porque mientras ella busca una explicación racional, yo no puedo dejar de pensar en otra posibilidad. En algo antiguo. En algo que llevaba mucho tiempo esperando en el bosque.

«Ewan».

Ward retira la mano cuando vuelvo a centrar la mirada en ella.

—Si necesitas tomarte un momento…

—Estoy bien.

No lo estoy. La presión en mi cabeza late detrás de los ojos como si algo estuviera empujando desde dentro. Me esfuerzo por no volver a mirar el reloj.

—Voy a pedir refuerzos del condado. Si hay algo allí, lo encontraremos. La policía tribal de los Maliseet también está colaborando.

Asiento, aunque no sé muy bien qué significa eso. ¿Van a buscar a mi padre, o buscan algo más? Recojo la carpeta que sigue abierta frente a mí y la empujo hacia ella.

—Gracias por contármelo.

Ward me observa un momento.

—No quería que te metieras en esto porque sabía que terminaríamos aquí, en un punto donde las cosas dejan de ser simples y donde un civil no debería encontrarse.

—Soy su hijo, no podía no hacer nada…

—Lo entiendo, pero te está pasando factura. Deja que te lleve a casa, está lloviendo mucho.

—¿Y la búsqueda?

—Ya estamos en ello.

Cuando me levanto de la silla la habitación se inclina hacia un lado. La oficina se ha convertido en un barco a la deriva en plena tormenta. Tengo que apoyar una mano en el respaldo para no perder el equilibrio y Ward nota mi zozobra.

—Ewan.

—Estoy bien.

Salimos del despacho. Dawson levanta la vista desde la recepción cuando cruzamos la oficina. El aire frío del exterior me ayuda a despejar un poco la cabeza. En el breve trayecto hasta mi casa no hay conversaciones. Ward se detiene junto a la puerta sin apagar el motor.

—Si tienes más detalles sobre el caso, cualquier cosa, necesito que me lo digas.

—Lo haré.

—Cuídate, Ewan, y confía en nosotros.

Asiento y me bajo del coche. Ward espera a que alcance el porche para irse. No se fía de que no llegue a cruzar la puerta. Y es justo cuando entro en casa que la presión en mi cabeza vuelve con más fuerza. El mundo parece amortiguarse a mi alrededor. Los sonidos se alejan como si estuviera bajo el agua.

Me apoyo en la puerta.

«Respira. Solo respira».

La presión sigue. Es una voz. Es la misma voz quebrada del bosque, más allá de mis oídos. Dentro de mí. Una voz que se arrastra atravesando una masa espesa antes de llegar a mi mente.

«Ewan».

Escucho la lluvia tras la puerta. El bosque es una presencia que rodea la casa y la aísla del resto del mundo y tengo la sensación angustiosa de que alguien me está esperando allí. El mismo escalofrío del sueño me recorre la espalda.

Aprieto los dientes y sacudo la cabeza.

—¿Ewan? —la voz preocupada de mi madre sale de la cocina. Hay más voces.

—Ahora vuelvo, mamá, he olvidado una cosa.

Antes de que pueda responder estoy cruzando el patio bajo la lluvia.

Capítulo 27

Corbin

No ha parado de llover desde ayer por la tarde. Una lluvia constante que hace difícil saber la hora sin mirar el reloj. La densa capa de nubes negras que descarga sobre el bosque no deja un resquicio a la luz del día que parece haberse saltado un amanecer. Por mucho que me guste la lluvia, se me está haciendo eterno.

Estoy en el salón, inclinado sobre la mesa baja, desmontando la carcasa de una vieja radio portátil que dejó de funcionar hace semanas. Morrow dormita a mi lado y suelta un gemido de descontento. Solo hemos podido salir al jardín unos minutos, lo suficiente para que haga sus cosas y se dé cuenta de que no puede ir al bosque sin acabar calada. A Morrow le gusta menos la lluvia que tener que quedarse en casa. La perra me observa trajinar con el aparato roto. No es que me importe demasiado la radio, lo que necesito es tener las manos ocupadas, a falta de salir a trabajar. Este tiempo no va a permitirme aplicar la capa de barniz que tenía planeada para la glorieta y tengo que quedarme en casa. Y es el peor día para quedarse encerrado. Al menos tengo la música. Suena Joy Division de fondo, y sé que es contradictorio que la música oscura me ayude a sobrellevar estos días, pero ha sido así toda mi vida y seguirá así hasta que me muera. Supongo que es una forma de canalizar estas emociones densas y desagradables.

El destornillador gira entre mis dedos, retiro los tornillos uno a uno y los dejo alineados en el borde de la mesa, todos en fila, en un orden compulsivo. Luego levanto la tapa y observo el interior. Cables, polvo en un circuito viejo. No es nada complicado. Veo que una soldadura se ha roto. Es fácil reparar los aparatos viejos y siempre me ha hecho sentir bien hacerlo. Intervenir en algo que no funciona y que vuelva a la vida es una de las cosas que más útil te

pueden hacer sentir en la vida. Hoy, por más que me empeñe, no parece el día para arreglar nada. Tras pelar el cable y volver a hacer la soldadura, la radio sigue sin funcionar. Algo se me está escapando y no soy capaz de concentrarme lo suficiente para verlo.

Cada pocos minutos mi cabeza vuelve al mismo lugar. A la cafetería, a los ojos de Ewan. Al cedro blanco y a las preguntas que no dejan de asediar mi mente.

Deshago la soldadura y suspiro frustrado. Hoy no es el día. Hoy debería estar haciendo otra cosa. Debería estar en el bosque buscando respuestas. Debería estar yendo a casa de Ewan para asegurarme de que todo está bien, porque hay algo dentro de mí que me dice que algo va muy mal.

El teléfono vibra sobre la mesa de la cocina y lo miro por reflejo. Ha entrado otro mensaje nuevo. Es James otra vez. No tengo ganas de hablar por teléfono. Ni de hablar, en general, así que lo dejo ahí.

Vuelvo a la radio y levanto el cable suelto. Lo giro entre los dedos. Debería cambiarlo. Es muy viejo, seguro que eso arreglaría el problema. Ojala fuera tan sencillo arreglar la maraña que tengo dentro; cambiar un cable y que todo vuelva a fluir, que no haya distorsiones. El timbre de la puerta suena antes de que vuelva a intentarlo. Morrow salta del sofá y corre hasta la puerta para ladrar a quien osa perturbar su paz. No espero a nadie y me planteo ignorar la llamada como he hecho tantas veces en mi vida.

El timbre vuelve a sonar y esta vez lo hace varias veces, con impaciencia. Dejo el destornillador sobre la mesa y me levanto con un resoplido.

—¡Corb, sé que estás ahí!

Es James. Que no tenga ganas de hablar ni de ver a nadie no es excusa para dejarlo fuera con la lluvia. Abro la puerta y le hago un gesto para que entre, resignado.

—Joder —dice en cuanto me ve. Morrow lo recibe reclamando las caricias de rigor, llenándolo de babas—. Odio que te hagas el muerto.

—Buenos días, James. Yo odio que no captes las indirectas.

Acaricia a Morow con una mano. Trae dos vasos de café en una bandeja de cartón y una bolsa de papel de la cafetería y hace malabares para que no se le caigan mientras saluda a la perra. Una vez que Morrow queda satisfecha y vuelve al sofá, me mira.

—No contestabas.

—Estaba ocupado.

Levanta una ceja al ver la radio abierta sobre la mesa del salón.

—¿Desmontando electrodomésticos?

—Algo así. ¿Qué más te da?

Cierra la puerta con el pie y deja el paraguas apoyado en la pared. El olor del café llena enseguida la casa. Tengo cafetera, pero James ama el café del Junipers.

—Te he escrito seis veces —dice dejando la bolsa en la mesa—. Y te llamé.

—No lo oí.

James me observa unos segundos. Me conoce demasiado bien para tragarse esa patraña. Se sienta en la mesa de la cocina y empuja uno de los vasos de café hacia mí.

—Toma. Seguro que ni has desayunado.

Tiene razón, me doy cuenta porque lo dice él. Agarro el vaso y el calor resulta reconfortante entre mis manos. James abre la bolsa y saca donuts de distintos colores. Ha comprado de mis favoritos, los de chocolate negro con almendra.

—Julia dijo que no habías pasado hoy.

—No puedo trabajar con esta lluvia.

—Ajá. —James me mira por encima del vaso de café—. Sé que odias que haga esto, pero llevas días sin responder más que con monosílabos a mis mensajes.

—Eso lo hago siempre.

—Ya, pero las cosas no están como siempre.

Agarro uno de los donuts y le doy un bocado. Me tomo mi tiempo para saborearlo antes de responder. James ya está aquí y no voy a echarlo, tampoco voy a mentirle. Es mi amigo. Se merece que sea sincero con él y que corresponda a su preocupación.

—No, la verdad es que no lo están.

—¿Y me vas a contar cómo están o aún no lo tienes claro?

No respondo enseguida. Bajo la mirada al café y lo remuevo con el palito que traía el vaso.

—Sí que nos liamos. De adolescentes, antes de que se fuera. Al poco de desaparecer mi padre.

—Ya, eso está más que claro.

Enarco una ceja. James levanta las manos en señal de paz.

—Quiero que lo escuches de mi boca —digo señalándole con el palito. Luego suspiro. Me tomo unos segundos. No estoy acostumbrado a hablar con nadie de mis cosas. Y menos de esto—. Han pasado muchos años, pero cuando lo vi me di cuenta de que la cicatriz seguía ahí. Y duele.

—Eso es bastante revelador, ¿no?

Me encojo de hombros y doy un par de sorbos más al café.

—Él fue el único que se me acercó cuando más lo necesitaba, y el único con el que no me sentía invisible y fuera de lugar. Ayer me di cuenta de que vivíamos en una burbuja de música y películas de

terror mientras nuestras casas se caían a pedazos por la violencia de nuestros padres. —Aprieto el vaso de café y relajo los dedos al darme cuenta—. Su padre nos pilló enrollándonos, me dio un puñetazo y por lo que me contó Ewan ayer, luego lo pagó con su madre. Yo no sabía nada de eso. Sabía que Leonard era un homófobo y un tirano, pero no hasta qué punto llegaba. —Suspiro. Mi ceguera tampoco me hace sentir la mejor persona del mundo—. Ewan me pidió tiempo ayer. Me pidió perdón por ser un cobarde.

James me está escuchando. No es una de esas personas de las que esperarías una escucha activa y una comprensión profunda, pero como siempre, las apariencias engañan y lleva un tiempo demostrándome que nuestra relación no solo se reduce a pasarlo bien de vez en cuando.

—¿Y se lo vas a dar? —pregunta al cabo de unos segundos—. El tiempo, digo. Porque el perdón parece que ya lo tiene, aunque te resistas a aceptarlo.

Suelto una risa sin humor. No deja de sorprenderme hasta qué punto es observador el cabrón.

—No sé qué darle. Por un lado quiero que se largue y me deje con mis cosas. Por otro, cuando estuvimos en el pantano pasó algo raro… —No quiero quedar como un loco. Me detengo antes de decir nada que pueda hacerle pensar eso.

—¿Qué pasó?

—Fuimos a investigar y encontramos la guarida de un oso. Y… esto te va a sonar ridículo, pero te juro que oímos cómo nos perseguía. Salimos de allí por patas, creo que nos sugestionamos con el ambiente de allí.

—Ese sitio siempre me ha dado escalofríos. ¿No había oso entonces?

—Creo que no. Pero cuando pensaba que algo nos perseguía solo me importaba que no le pasara nada a él y luego no dejaba de

pensar que soy un imbécil porque quiero seguir siendo el puerto seguro de alguien que me dejó tirado.

James me mira y sé que está esperando que saque conclusiones solito. Me irrita un poco, porque no quiero decirlo en voz alta.

—A mí me parecen reacciones normales cuando quieres a alguien a pesar de todo. —Voy a replicar, pero James me hace un gesto pidiéndome tiempo para seguir. Se lo doy—. Llevamos tiempo viéndonos y… consolándonos mutuamente. Hasta que Ewan llegó las cosas eran ligeras, follábamos, pasábamos el rato y ya está, pero desde que él está aquí, tú no estás conmigo cuando estamos juntos.

Me siento fatal cuando dice eso, porque es verdad, y tengo miedo de haberlo utilizado. James nunca ha sido una opción para algo serio, los dos lo sabemos, aun así, no quiero hacerle daño ni instrumentalizarlo.

—James, yo…

—Eh, está bien, no te estoy echando nada en cara. Somos amigos y lo seguiremos siendo siempre, pero esta situación te está pidiendo que elijas, como me dijiste tú a mí aquella noche. No puedes vivir siempre entre dos mundos.

—¿Qué quieres decir?

—Que deberías hablar con él, pero hacerlo de verdad, sin investigaciones ni padres desaparecidos que os distraigan de lo que hay debajo. Hasta que no arregles eso no va a servir de nada que te sientes a arreglar radios y cachivaches, ninguno te va a sonar bien.

Me hace reír cómo ha escogido las palabras. Me gusta esta faceta de James que estoy conociendo. Al final, uno nunca conoce a la gente hasta que no vienen mal dadas. En el pasado los tipos con los que me he liado o con los que he intentado algo han puesto tierra o silencio de por medio cuando han visto que las cosas se ponen difíciles. James no es un lío. Es un amigo y me está demostrando que puedo confiar en él.

Voy a responder cuando el timbre suena. Los dos volvemos la cabeza al mismo tiempo. Morrow ladra, salta del sofá y corre hacia la puerta. James me mira.

—¿Esperas a alguien?

Niego con la cabeza, aunque tengo una intuición. Sé quién es. Algo se tensa dentro de mí cuando me levanto y me acerco a la puerta. El timbre vuelve a sonar y abro.

Ewan está en el porche. Está empapado. El agua le cae por el pelo y se le escurre por la cara y el cuello. Su abrigo gotea. Respira un poco más rápido de lo normal. Por un momento solo me mira y hay un brillo en sus ojos que no me gusta. Me preocupa.

—Hola —dice por fin.

—Entra —respondo sin pensarlo, haciendo un gesto hacia el interior.

Ewan da un paso adelante y al ver a James detrás de mí, se detiene. Parpadea y duda con un gesto de evidente confusión.

—No sabía que estabas ocupado —dice con un tono inseguro—. Solo venía a… a contarte una cosa.

—No estoy ocupado. Pasa. James es de la familia, puedes confiar en él.

Duda un instante. Mira al exterior, a la lluvia que se acumula en el suelo y cae en chorros desde el tejado. Luego entra. Morrow se le acerca moviendo la cola, reclamando caricias con el hocico. Ewan la mira como si fuera una aparición. La acaricia con el ceño fruncido.

—No sabía que tenías perro.

—Es una chica, se llama Morrow, y no suele ser tan maja con los desconocidos —respondo cerrando la puerta tras él—. Así que tienes su sello de aprobación para estar aquí.

El sonido de la intensa lluvia queda amortiguado por la madera. James se levanta de la mesa.

—Buenos días, Ewan —dice con naturalidad—. Hay donuts de sobra, si quieres comerte alguno.

—Hola, James.

Ewan saluda aunque no parece haber escuchado el resto. Mira a James y vuelve a mirarme a mí. Está pálido. Algo no va bien.

—¿Qué pasa?

Se pasa una mano por el pelo mojado.

—Ward ha encontrado algo en el pantano.

Ahí está. Ha pasado algo. Han encontrado algo.

—¿Qué?

—Un reloj, de mi padre. Estaba enterrado en el fango cerca del cedro blanco. Con las iniciales grabadas. Mi madre lo ha reconocido. —Se acelera al hablar, alterado—. Van a reactivar la búsqueda allí. Y… Ward sabe cosas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cosas sabe Ward?

Ewan traga saliva.

—Sobre los negocios de nuestros padres. Y de otros. Lo del aserradero, las lindes… —Se pasa una mano por la cara—. Han estado ocultando información durante años. Hargreeve falsificó informes para que las autoridades federales no intervinieran.

James y yo intercambiamos una mirada breve.

—¿Te ha contado todo eso hoy? —pregunto.

—Sí.

Hay algo raro en su forma de hablar. No está del todo aquí.

—Ewan —digo bajando un poco el tono—. Estás empapado.

Parpadea, como si no se hubiera dado cuenta hasta ahora.

—Sí, bueno…

—Ven. —Lo guío hacia la cocina—. Siéntate.

Obedece sin protestar, moviéndose con una rigidez que no es normal en él. Cojo una taza y le sirvo café caliente de mi cafetera. No es tan bueno como el que ha traído James, pero bastará. Se lo pongo delante.

—Bebe un poco. Entra en calor. Creo que te estás poniendo malo.

Lo agarra con las dos manos. Los dedos le tiemblan ligeramente. Debe ser por el shock, por la posibilidad de haber encontrado pistas de Leonard y de que estas le lleven a la peor de las resoluciones.

James se apoya en la encimera. Me mira, preguntándome en silencio si se marcha con un cabeceo que señala la puerta. Niego.

Ewan da un sorbo y cierra los ojos.

—Tienen que buscar allí. En el pantano. Es donde está todo —dice.

—Sí, es lo que van a hacer.

Levanta la mirada hacia mí.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo. —Me siento junto a él, le agarro del brazo—. Y tú tienes que entender que ahora hay un equipo trabajando en ello. Gente preparada.

Niega con la cabeza, inquieto.

—No es solo eso.

—¿Entonces qué es?

Duda. Por un segundo parece que va a decir algo más, algo importante.

—Nada —murmura—. Da igual.

Aprieto la mandíbula. No me gusta nada. Está rumiando algo y vuelve a enroscarse sobre sí mismo.

—Ewan, tienes que descansar.

Su expresión se tensa.

—No puedo, esto tiene que solventarse de una vez por todas.

—Así no le eres de ayuda a nadie, ¿lo entiendes?

Me mira en silencio. James se mueve detrás de nosotros.

—El tiempo se está poniendo peor, no podrán buscar hasta que no se calme, y Corb tiene razón, es mejor que aproveches para descansar —interviene.

Ewan lo mira y aprieta los labios. Se lo piensa y asiente despacio. Cuando me mira tengo la impresión de estar delante del crío que fue. Un chaval que huía hacia mí cuando las cosas se ponían feas en casa. Que de alguna manera me pedía auxilio cuando yo apenas podía mantenerme agarrado al madero en medio de mi propio naufragio.

—Solo quería que lo supieras —me dice—. Lo del reloj. Y lo demás.

—Está bien, creo que es momento de que te dé mi teléfono para que no tengas que venir en plena tormenta a avisarme de las novedades, ¿llevas el móvil encima?

Ewan asiente y lo saca del bolsillo de su abrigo. Le dicto el número. Le cuesta teclearlo, tiene las manos temblorosas y debe borrar un par de dígitos para corregirlo. Me hace una llamada perdida para que registre su número.

—Siento haberos molestado —dice poniéndose en pie. Lo agarro del brazo.

—Eh, no molestas.

—Yo solo estaba de visita —explica James—. Y ya me iba, puedes quedarte si quieres.

Ewan nos mira a uno y a otro y niega con la cabeza. Está nervioso, veo la angustia en su mirada.

—No, solo venía a eso. Te avisaré cuando empiecen la búsqueda en el pantano.

—Puedo llevarte a casa si no quieres quedarte hasta que amaine —me ofrezco. Él vuelve a negar con la cabeza—. No te encuentras bien.

—He debido resfriarme. Puedo regresar solo, mi casa no está lejos y voy con el coche.

—¿Estás seguro?

—Sí.

No me hace ninguna gracia que se vaya solo. Tengo un mal presentimiento. Ese brillo en la mirada podría ser un indicio de fiebre, y sé que no está tan mal como para no poder volver solo a casa. También sé que está pasando algo más, que la noticia del hallazgo de ese reloj en el pantano le ha afectado.

—¿Vas a volver a casa y te vas a meter en la cama?

—Sí.

—¿En serio? —Él baja la mirada a mi mano. Aún le estoy sujetando y no me había dado cuenta.

—Me meteré en la cama, en serio. Tampoco puedo hacer mucho con este tiempo, ¿no? —añade con una sonrisa forzada.

—Prométemelo —le digo muy serio.

Se le empaña la mirada. Esos ojos me recuerdan a la última vez que lo vi, antes de que se marchara sin despedirse.

—Te lo prometo.

Sé que estoy condicionado, una parte de mí no se fía de las promesas de Ewan, por tontas que sean. Estoy viendo un miedo que reconozco en él, el que lo hace huir y tomar las peores decisiones. Y me digo que ya no es un niño. Me digo que yo no puedo agarrarlo, obligarlo a sentarse y encerrarlo en mi casa. Le suelto despacio. Ewan mira a James.

—Disculpa, James. Espero que nos veamos en mejores circunstancias.

—No hay nada que disculpar. Puedo acercarte a tu casa, me pilla de camino al taller.

No es verdad, el taller de James está al otro extremo del pueblo. Él también ha notado que pasa algo y no quiere dejarle ir solo. Ewan no está dispuesto a dejarse ayudar y niega con la cabeza, acercándose a la puerta.

—Estoy bien. Solo es el principio de un resfriado, nada que no arregle un caldo. Nos vemos. —Levanta el móvil—. Ya te aviso si hay novedades.

—Ewan —lo llamo cuando abre la puerta. Se vuelve una vez más, con esa mirada que parece estar en otro mundo—. Ten cuidado.

Él asiente antes de salir y cerrar. A través de la ventana se le ve correr hacia su coche. James y yo nos miramos hasta que escuchamos el motor encenderse y alejarse por el camino de gravilla encharcado.

—No está bien.

—No está bien —decimos a la vez.

Niego con la cabeza. La visita me ha puesto nervioso.

—No esperaba que yo estuviera aquí —dice James.

Morrow vuelve a tumbarse en el sofá. Mantiene la cabeza erguida, pendiente de nosotros, consciente de que algo no está como siempre. La casa se ha quedado extrañamente vacía desde que Ewan ha salido. Él ha traído algo tenso, incómodo. Ahora solo queda una sensación desagradable en el pecho. Un pálpito que no me gusta y tampoco entiendo. Me paso una mano por la nuca y camino hasta la ventana para verlo desaparecer al final del sendero. El coche ya no está, no hay rastro de él ni de sus luces.

—No está bien —repite James.

—Ya.

—No es solo que esté resfriado.

—No.

James resopla.

—¿Puedes usar más de una sílaba para responderme?

Me giro hacia él con el ceño fruncido, irritado sin entender por qué.

—¿Qué quieres que te diga? Claro que no está bien. Tiene la cara de alguien que lleva tres días sin dormir y estaba empapado, temblando y hablando como si estuviera en otra dimensión. Y además está nervioso. —Aprieto la mandíbula—. Asustado.

James asiente despacio. Estaba esperando a que lo dijera yo. A que le diera forma a mi inquietud.

—Eso.

Me acerco a la taza de Ewan. Apenas ha bebido la mitad del café y sigue saliendo un poco de vapor de la superficie. Hay algo íntimo en el hueco que ha dejado en la cocina, en la silla movida hacia atrás. Me dan ganas de recogerlo todo, de borrar su rastro aquí para dejar de sentir este desorden dentro de mí.

James me observa y rompe el silencio.

—Creo que quería pedirte ayuda.

Levanto la vista.

—No.

—Sí.

Niego con la cabeza.

—Si hubiera querido pedírmela, lo habría hecho.

James suelta una risa cansada.

—No todo el mundo sabe pedir ayuda, Corbin.

Eso me irrita más, porque tiene razón.

—Es adulto. No es un crío. Si necesita algo, puede decirlo, y ahora tiene mi móvil.

—Claro, porque la gente que peor está siempre pide ayuda con mucha claridad y mucha madurez emocional —dice con una ironía que da justo en la diana. Está hablando de mí—. Vamos, no me jodas, Corb.

Me aparto de la mesa y voy hasta el salón. La radio abierta sigue donde la he dejado, con los tornillos alineados en fila, la soldadura rehecha y deshecha. El aparato muerto es una imagen bastante exacta de cómo me siento ahora mismo, desmontado e inútil.

James me sigue, no me deja encerrarme en el silencio.

—Ha venido bajo una tormenta a contarte eso en persona —continúa—. Se ha encontrado conmigo aquí y casi sale corriendo. Luego ha intentado largarse aunque era obvio que no quería irse así. Y tú lo has visto.

Aprieto los labios.

—Sí, sí, ¡tienes razón!

—Entonces deja de hacerte el idiota.

Me giro hacia él.

—No me estoy haciendo el idiota.

—No, estás peor. Estás siendo orgulloso. Y cobarde.

—Ten cuidado —le advierto levantando el dedo índice y plantándome delante de él.

James alza una ceja.

—¿Por qué? ¿Porque te estoy diciendo lo que no quieres oír? —Hace un gesto vago hacia la puerta por la que acaba de salir Ewan —. Ese tío ha venido aquí porque no sabía a dónde ir, y tú lo sabes.

Me aparto de él. Me siento en el brazo del sofá y me froto la cara con las manos.

—Ir a su casa se me hace violento —admito—. Nunca me han querido allí. Y no creo que le vaya a solucionar nada. Ya no somos adolescentes.

James se acerca con un suspiro y habla sin rastro de ironía esta vez.

—Lo estás complicando, y debería darte igual lo que piense su familia, ¿no? Eres tú el que siempre habla de ser quien eres con orgullo. Deberías ir porque estás preocupado y porque él te está buscando porque está asustado. A veces no hay más que eso. Y deberías aclararle que no somos novios.

—Eso no debería importarle.

—Pues parece que le importa, Corb. No seas cabezón. Está claro que sigue habiendo algo entre vosotros. Lo he visto en la forma en que te miraba y en la forma en que tú no lo soltabas del brazo. —No digo nada. Él me mira y vuelve a suspirar, exasperado—. Y si no lo solventáis ahora, os va a explotar en la cara igual. Solo que peor.

¿Recuerdas lo que me dijiste sobre tomar las decisiones para tener el control?

Odio que utilice mis propias palabras contra mí, pero me lo tengo merecido. Soy genial dando consejos que luego no me aplico. Me levanto otra vez, incapaz de quedarme quieto. Voy hasta la ventana. El bosque más allá del sendero de grava casi no se ve por la cortina de lluvia. Parece más oscuro, como si se hubiera acercado a la casa desde que Ewan se ha ido. Una presión desagradable me aprieta el pecho.

No me gusta que haya vuelto solo. No me gusta nada.

—Es adulto —lo estoy diciendo para convencerme y me suena falso. Lo es, es adulto, pero ahora mismo vuelve a ser un niño asustado—. Puede meterse en la cama, tomarse algo caliente y descansar. No necesita que vaya detrás como…

—Como alguien que lo quiere.

Aprieto la mandíbula.

—James.

—¿Qué? ¿Vas a seguir fingiendo que esto no va de eso?

No respondo. Porque sí va de eso. De la forma en que he sentido el impulso de agarrarlo y no dejarle salir por la puerta, de abrazarlo y dejar atrás el rencor. De cómo he visto el miedo en su cara y he reconocido al chico que, durante la peor tormenta de mi vida, me ofreció un refugio sin saberlo, aunque luego su propia tormenta me lo arrebatara.

James se acerca un poco más.

—No te estoy diciendo que te declares ni que resolváis veinte años de mierda esta tarde —dice, más suave—. Te estoy diciendo que vayas a ver si está bien. Que llames a su puerta y que no seas gilipollas.

Suelto una risa breve y amarga.

—Tienes una forma un poco agresiva de dar consejos, ¿sabes?

—Funciona, que es lo importante.

Me quedo quieto. Escucho la lluvia. Pienso en Ewan conduciendo así, con la mirada perdida y el cuerpo tenso. Pienso en lo que no ha dicho. En la forma en que ha evitado quedarse aunque parecía necesitarlo. La preocupación ya no cabe en mí. Me está empujando y no puedo ignorarla.

James asiente antes de que diga nada.

—Esa es la cara de alguien que ya ha decidido algo y está buscando excusas para no moverse.

Lo miro con fastidio.

—No me gusta que me conozcas tanto.

—Pues imagínate a mí, que te aguanto.

Voy hasta la percha y cojo la chaqueta impermeable. Morrow se pone de pie en cuanto me ve moverme y menea la cola con esperanza.

—Tú no vienes —le digo.

La perra emite un resoplido frustrado y James sonríe. Me pongo la chaqueta y busco las llaves del coche en el cuenco de la entrada. Me detengo un momento con ellas en la mano. Hay una parte de mí que sigue resistiéndose. Que me dice que esto es una mala idea, que ir a la casa de los Abrams, aunque ahora sea para llamar a la puerta del hijo y no del padre, es abrir demasiado una puerta que me ha costado años mantener cerrada. También hay otra parte, más honda y menos cobarde, que sabe que si no voy, no dejaré de pensar en ello ni un minuto, y me arrepentiré.

—Si no está en la cama como te ha prometido —dice James a mi espalda—, me debes veinte dólares.

—Eres imbécil.

—Sí, pero tengo razón.

Le señalo con las llaves antes de irme.

—No te acostumbres.

La lluvia fría me golpea la cara al salir y tengo que correr hasta la camioneta. Meto la llave en el contacto y el motor arranca con un rugido grave. Y me digo que solo voy a comprobar que está bien, nada más.

No me lo creo ni yo.

Capítulo 28

Corbin

Detengo la camioneta frente a la casa de los Abrams. El limpiaparabrisas apenas consigue apartar el agua del cristal y me quedo quieto agarrado al volante, mirando la fachada borrosa detrás de la cortina de lluvia. No sé muy bien qué espero encontrar aquí. A Ewan metido en la cama, tal vez, con fiebre y dolor de cabeza, avergonzado de haberme preocupado por nada. Sería lo mejor. Es lo más probable, me estoy poniendo nervioso por nada.

Por más que me lo repito, la presión en el pecho no afloja. La desagradable corazonada sigue ahí. Un mal sabor de boca, una sensación incómoda de que las cosas no están siendo como deberían ser. Algo va mal.

Apago el motor, me subo la capucha y echo a correr hasta el porche. Miro la puerta antes de llamar. Solo es una hoja de madera; para mí es una compuerta de piedra. Me siento muy fuera de lugar. Durante años esta casa ha sido el centro de algo vetado para mí, un sitio al que no se entra, alrededor del que solo se dan rodeos. Un lugar que se ignora y un punto ciego en la memoria. Ahora estoy en el porche con el corazón golpeándome las costillas y la lluvia escurriéndose por mi pelo.

Llamo sin pensarlo más y la puerta no tarda en abrirse.

Helen Abrams aparece al otro lado con una chaqueta clara sobre la ropa de estar por casa. Me mira sorprendida y me preparo para la incomodidad, para la distancia o incluso para el rechazo. No sería raro. No después de todo. Es lo que ha definido nuestra relación hasta ahora. Miradas esquivas, saludos tensos y silencios eternos.

Su expresión, no obstante, cambia enseguida.

—Corbin —dice con un reconocimiento sincero en la voz—. ¿Qué haces aquí?

Me quedo quieto, desconcertado, y me fuerzo a reaccionar.

—Hola, señora Abrams.

Ella me dedica una sonrisa cansada, extrañamente cálida.

—Pasa, estás calado.

Entro sin discutir. El calor de la casa me abraza y me llega el olor a té y a bizcocho recién hecho. En el salón están Dolly Finch, Ruth Calder y Margaret Lowell. Las tres levantan la vista al verme entrar. La escena tiene algo tan doméstico y tan extraño que vuelvo a sentirme ajeno a este sitio, como si hubiera irrumpido en una fotografía antigua.

Dolly es la primera en reaccionar.

—Bueno, bueno… —dice, mirándome de arriba abajo—. Si es Corbin Mercer. ¿Cómo estás, hijo? ¿Quieres un té?

Margaret no sonríe, me saluda con un leve asentimiento. Ruth aprieta las manos sobre el regazo con un gesto prudente.

—Estoy bien, señora Finch, gracias.

—No lo parece —dice Helen—. ¿Ha pasado algo?

—Buscaba a Ewan.

Helen frunce el ceño.

—¿A Ewan?

—Sí. Ha estado en mi casa hace un rato. No se encontraba bien. Me ha contado lo del reloj.

Veo cómo la preocupación les cambia las caras a las cuatro. Helen suspira.

—Lo sé, está siendo un día difícil —dice—. Estaba muy alterado por lo que ha encontrado la *sheriff*, fue a hablar con ella y regresó, pero hace un rato que ha salido.

—¿No está aquí?

Helen parpadea extrañada.

—No… —responde despacio—. ¿No te ha dicho dónde ha ido?

—Me ha dicho que venía a casa. Me ha prometido que se acostaría.

«Maldito mentiroso. ¿Has escogido ser valiente de la peor manera?», pienso con amargura. Y yo soy un imbécil por no haberlo detenido. He perdido un tiempo valiosísimo convenciéndome de hacer lo que en realidad quiero hacer.

Dolly deja la taza sobre el platillo con demasiado cuidado. Ruth mira a Helen. Margaret entrecierra los ojos, afilando la atención como si estuviera encajando las piezas de la situación.

—¿Cuánto hace que se ha ido de tu casa? —pregunta Helen.

—Hará unos… quince minutos. Quizá algo más.

Helen pierde un poco de color. Se asoma a la ventana y niega con la cabeza.

—No ha venido, su coche no está. Lo habría escuchado llegar, estamos aquí toda la mañana.

Dolly se remueve en el sillón.

—A lo mejor ha parado en otro sitio —dice demasiado rápido—. En la cafetería, o…

—Llamadlo por teléfono —la corta Margaret, seca.

Ruth se lleva la mano al pecho.

—Ay, Dios mío, ayúdanos.

Helen ya está buscando el móvil en el bolsillo del cárdigan. Marca con dedos torpes, se lleva el teléfono al oído. Esperamos. La lluvia golpea los cristales. Nadie habla. Helen baja lentamente el móvil.

—No lo coge.

Siento cómo la inquietud se vuelve algo más punzante, doloroso. Saco mi móvil y pruebo a llamarlo yo. Pongo el manos libres. Los tonos suenan hasta que salta el buzón de voz. Helen me mira horrorizada.

Margaret se levanta.

—¿Ha dicho algo raro antes de irse? —pregunta.

—Sí. —Las cuatro mujeres me miran—. Estaba muy nervioso. Hablaba del pantano, del reloj, de que allí estaba todo. Parecía… No sé. Como si estuviera pensando en otra cosa al mismo tiempo.

Helen cierra los ojos un segundo.

—Dios.

—¿Creeis que ha ido al pantano con la que está cayendo? —pregunta Ruth.

—Puede que haya vuelto con Ward, deberíamos llamarla antes de alarmarnos —sugiere Dolly.

Helen tiene la cara desencajada. Ya no queda nada de la serenidad con la que me abrió la puerta. Se apresura para marcar el número de la *sheriff* Ward. La conversación es breve y no deja lugar a dudas: Ewan no está allí.

—Voy a buscarlo —decido.

Helen levanta la cabeza de golpe.

—Yo voy contigo.

—No. Vuelve a llamar a la *sheriff* Ward y dile que voy de camino al pantano para buscar a Ewan.

Margaret está rebuscando en su bolso. Dolly empieza a ponerse nerviosa, a hablar demasiado rápido.

—No puede haber ido solo, no con este tiempo, no después de lo de esta mañana. No tiene sentido.

—Claro que lo tiene —murmura Helen—. Sabes que lo tiene.

La miro. Ella también sabe algo. No sé cuánto. No sé desde cuándo. Pero lo sabe. Y por la forma en que me miran las demás, en que parecen comprender lo que Helen acaba de decir, ellas también lo saben.

Margaret se acerca a mí y me pone algo en la mano. Es cálido y rugoso, va sujeto a un cordel. Me aprieta los dedos alrededor del objeto, que tiene el tamaño de una moneda.

—Llévate esto y ten confianza. Lo encontrarás. Vosotros no tenéis cuentas pendientes, no con el bosque.

La miro. Conozco a Margaret más que al resto, siempre ha estado metida en iniciativas sociales del pueblo, en cosas de feminismo y labor social. Una vez quiso que diera una charla en la biblioteca sobre mi experiencia viviendo en un pueblo pequeño siendo gay… Me negué. Su mirada está clavada en mí con intensidad. La misma que me dirigen las demás, que se han quedado calladas del todo.

—Tráemelo de vuelta —dice Helen.

No sé qué contestar a eso. No sé si alguien puede prometer una cosa así. Y, sin embargo, lo hago.

—Lo traeré sano y salvo, te lo prometo.

Una vez sentado en el coche, antes de arrancar, abro la mano y observo lo que Margaret ha dejado en ella. Es un amuleto. Un medallón de madera con un símbolo tallado. Reconocerlo me hiela la sangre: son las mismas líneas, el mismo dibujo que alguien talló en los árboles alrededor de mi casa y la de Ewan.

Esos dibujos siempre han querido protegernos.

Ewan

La carretera es un borrón gris detrás del parabrisas. Llueve tanto que los *limpia* apenas logran apartar el agua una fracción de segundo para que pueda ver el camino. El día se ha puesto tan oscuro que empiezo a dudar de que el sol esté fuera y el tiempo no se haya deformado y me haya escupido en plena noche. El calor me pega el sudor frío a la piel. Me brota de dentro, repta hasta mi cara y me sale por los ojos. No es la tormenta la única que me pone las cosas difíciles, mi propio cuerpo está en ebullición y me lleva al borde del delirio.

No quiero seguir sintiendo esto y la visita a la casa de Corbin no lo ha mejorado. Creía que tendría algo a lo que aferrarme, que podría pedirle… ¿qué iba a pedirle? No tengo derecho a hacerlo. Renuncié a quien era a su lado, renuncié a mis raíces y a todo lo que era en este lugar. Ahora soy un punto ciego, una página en blanco desgarrada.

Y aun así he ido, como si bastara con aparecer en su puerta para que todo encajara otra vez y el tiempo no hubiera seguido su curso sin mí. Me aferro al volante con más fuerza de la necesaria. Me tiemblan las manos. No sé si es la fiebre o algo que está rompiéndose dentro de mí.

Ian.

Pienso en Ian. Una herida reciente que todavía no ha terminado de abrirse. Su mirada, la distancia entre nosotros que nunca podré cerrar, las palabras que no he dicho, las que dije mal. Lo que he roto. Lo que no sé arreglar.

No queda nada. Ni aquí, ni fuera, ni en ningún sitio. Estoy en medio, suspendido en un lugar que no existe. Y en ese preciso lugar, cuando detengo el coche, algo se abre paso como si siempre hubiera

estado ahí, esperando a que todo lo demás se apartara. Esperando a que estuviera solo.

«Ewan».

Mi nombre atraviesa la lluvia, se cuela por debajo de todo y resuena dentro de mí.

Aprieto los dientes.

—No…

No quiero oírlo, no quiero volver a ese lugar, pero ya estoy en él. Lo he estado todo el tiempo. Agarro la brújula en mi bolsillo con un reflejo inconsciente y aprieto el puño a su alrededor. Noto cómo vibra, cómo la aguja gira enloquecida en su interior, haciéndola zumbar. No sé qué está pasando y ya no puedo detenerlo. Esta vez la única dirección posible no me lleva a un destino seguro. Me lleva al único destino posible.

Un relámpago ilumina el cielo y el bosque aparece nítido ante mí. Me está esperando. Me está pidiendo que me enfrente de una vez por todas a mis fantasmas. A todo aquello de lo que he huído.

«Ewan».

Suena más cerca, más claro. Bajo del coche. Me está llamando. No, me está reclamando, y no sé si camino hacia ello o si estoy siendo arrastrado. El agua me cala en cuanto pongo un pie fuera. Fría, lo empapa todo en segundos. La capucha no sirve de nada, la lluvia se cuela por el cuello, me recorre la espalda, se mezcla con el sudor que tengo pegado a la piel.

Avanzo. Ya no tengo opciones.

El suelo no es firme. Cede bajo mi peso con un sonido húmedo. Cada paso me hunde un poco más que el anterior. El barro me agarra las botas, me retiene, me obliga a arrancarme de él con cada movimiento.

No veo el camino y tampoco sé si lo hay, aun así, sigo.

«Ewan».

Está más cerca. En todas partes. En la lluvia, en el viento, en el barro bajo mis pies.

Aprieto los dientes y sigo avanzando. El bosque se cierra a mi alrededor. Las sombras se alargan, se deforman con cada relámpago. Uno de esos fogonazos dibuja la silueta familiar. La sombra recortada sobre el montículo.

El cedro blanco.

Su esqueleto expuesto se alza entre los árboles, desnudo y retorcido, con las ramas abiertas en mitad de un grito silencioso.

—Ewan.

Está ahí, justo delante. Me detengo y algo se mueve. Algo lento, pesado, apenas perceptible entre la cortina de agua y yo. Y dos puntos de luz se encienden ante mí. Fríos, azul verdoso. Me miran sin parpadear y el mundo se reduce a eso. A esa mirada. A esa presencia que me reconoce, que estaba esperando a que llegara exactamente hasta aquí.

—Te he encontrado… —murmuro, con la voz rota, sin saber si hablo con mi padre o con algo que no tiene nombre.

El siguiente paso me hunde los pies hasta los tobillos en el barro. El suelo se vuelve más líquido, deja de ser tierra y empieza a ser otra cosa. Una cosa que tira de mí, que tiene conciencia y que me reclama. No me detengo. No puedo.

La voz ya no llama. La voz es una fuerza consciente, un contacto frío y viscoso en mis tobillos. Y antes de que pueda reaccionar, tira de mí y el mundo se viene abajo.

Corbin

Nunca el camino entre Ashwood y el bosque se me había hecho tan largo. Ni tan jodido. Conduzco más rápido de lo que debería, con la mandíbula tensa y el pulso disparado. La carretera se hace cada vez más estrecha y la lluvia es un manto constante de agua. Si pierdo el tiempo, temo encontrarme un desastre. Temo que el bosque se lo haya tragado sin dejar rastro, como hizo con nuestros padres.

Saco el móvil y marco sin apartar la vista de la carretera. James tarda dos tonos en responder.

—¿Corbin?

—Ewan no estaba en su casa. Estoy seguro de que ha ido al pantano.

—Voy para allá —dice James sin dudar—. ¿Estás cerca?

—Llegando al pantano.

—Avisa a Ward.

—Helen ya lo ha hecho.

—Vale, ten cuidado. Voy ya.

El camino se vuelve barro. Las ruedas pierden agarre y tengo que corregir varias veces. La velocidad no ayuda a mantener la estabilidad. Parece que la tormenta se haya condensado en un punto de oscuridad en esta zona del bosque. Los árboles cierran filas alrededor del camino y sus siluetas se recortan en negro con cada relámpago.

A un lado, torcido, medio hundido en el barro, termino por ver el coche de Ewan. El corazón me da un vuelco y freno de golpe. La puerta del conductor está abierta, no hay nadie en el interior del vehículo.

—Mierda.

Apago el motor y salgo casi de un salto calándome la capucha de la parka. La lluvia me empapa en un instante mientras me acerco al

coche y compruebo que está vacío. La llave sigue puesta.

—Ewan… Joder.

Mi voz se pierde bajo el sonido de la lluvia. Vuelvo a mi coche y me hago con la linterna y la cuerda que tengo en el maletero. Se me pasan muchas cosas por la cabeza, que esté herido, que se haya caído o esté atrapado en algún sitio. Cierro el maletero de un golpe seco y espanto los pensamientos. No es momento de darle vueltas, es momento de actuar. De encontrarlo.

Me adentro en el bosque y el terreno cambia enseguida. El suelo empieza a ceder bajo cada paso. El barro se pega a las botas, tirando hacia abajo y la lluvia lo convierte todo en una masa oscura e inestable.

—¡Ewan! —grito.

Mi voz es devorada por la lluvia. No hay respuesta. Ni siquiera creo que haya podido oírme si está cerca. El estruendo de la tormenta se lo traga todo. Avanzo unos metros más, guiándome por la intuición más que por la consciencia del terreno que piso. La linterna apenas sirve de ayuda, el haz de luz se difumina entre la lluvia, inútil.

O no del todo… Algo brilla en el suelo. Me detengo, bajo la luz y veo algo entre el barro, medio hundido. Es un objeto pequeño. Me agacho y lo saco con cuidado, limpiándolo con el pulgar. Es una brújula de latón. La aguja gira sin control, vibrando sin encontrar el norte.

Le doy la vuelta sabiendo qué me voy a encontrar. Y ahí está: la C negra dibujada en la parte trasera con el mismo esmalte que usaba para pintarme las uñas de negro cuando era un crío. Se me encoge el corazón en el pecho. Recuerdo el peso de esa misma brújula en mi mano tantos años atrás, en otra vida. El día que se la di y se la quedó. Nunca se la reclamé, pensé que siempre le serviría para encontrar el camino cuando se perdiera. Aprieto el metal

mojado entre los dedos y la aguja empieza a detenerse. Gira despacio y oscila hasta marcar una dirección.

—Ewan —digo más bajo esta vez.

Y sigo la dirección que marca la brújula. Es absurdo, lo sé, no tiene puto sentido y seguramente me estoy volviendo loco, pero creo que el bosque me está señalando el camino.

Capítulo 29

El impacto no llega. No me estrello contra el suelo. No me hundo en el barro. No hay dolor. Solo la sensación de atravesar una membrana blanda y húmeda, la conciencia de que el mundo se ha abierto para dejarme pasar y luego se ha cerrado tras de mí. Me pregunto si me sentí igual al nacer. No tengo tiempo de reflexionar sobre ello. Sobre nada.

Los sonidos desaparecen. La lluvia, el viento, todo se apaga de golpe. Y cuando abro los ojos, estoy de pie.

Miro a mi alrededor. Estoy en la biblioteca. No debería estar aquí. ¿Me he ahogado?, tal vez estoy desmayado en el pantano, con el fango llenándome la boca despacio, sofocándome. No importa, estoy aquí, aunque sea imposible. Las estanterías a mi alrededor están torcidas, hechas de raíces, son demasiado altas. La luz es tenue y fría. Todo está cubierto del polvo blanquecino que destella en el ambiente.

Mis pasos no hacen ruido. Todo está mal. Muy mal. Nada es como debería ser. Paso la mano sobre el lomo de un libro. El tacto es tan real que me confunde.

—No… —murmuro.

Reconozco la portada. Es un viejo ejemplar de *Drácula*, con los cantos desgastados y las páginas amarillentas. Una cubierta millones de veces abierta por nuestras manos, por las mías y las de Corbin, en busca de los mensajes que nos dejábamos allí en secreto.

Me estaba esperando y justo al reconocerlo cae un papel doblado de su interior. Me agacho para recogerlo y lo abro. Ahí están nuestras palabras. Nuestra letra. La suya. La mía. Mensajes intercalados. Paso las páginas. Las notas están ahí. Hay bromas, preguntas y respuestas que nadie más podía entender. Hay sueños

que ninguno se atrevía a esbozar. Los intentos tímidos de confesar cuánto nos queríamos. Somos nosotros. Lo más auténtico que tuvimos. Que tuve. Todo sigue ahí, menos una cosa: las últimas páginas.

El vacío de las páginas en blanco me cierra la garganta. La última frase, escrita con la letra de Corbin, me encoge el corazón.

Esto no tenía sentido sin que contestaras, pero he vuelto igual, por si algún día decides hacerlo.

No dejes que lo que ha pasado defina quiénes somos.

Recuerdo el día en que dejé de venir. El día en que decidí que aquello no era suficiente. Que tenía que arrancarme aquel amor como una muela podrida. Que prefería la nada a esa terrible añoranza, al dolor de tenerlo tan cerca y no poder tocarlo. No atreverme ni a mirarlo. El día en que fui un cobarde y me escondí en el silencio.

—Lo siento tanto… —murmuro.

El libro se me escurre entre las manos, cae al suelo con un golpe seco y se queda abierto por la nota de Corbin. Un punzón invisible me perfora la nuca, helado. Alguien me está mirando. No estoy solo en la biblioteca. Un frío repentino convierte mi aliento en nubes blancas. Siento la parálisis familiar amenazando con negarme hasta respirar.

—Al fin has dejado de huir —dice la voz quebrada, tornándose humana y familiar.

Me doy la vuelta despacio. Mi padre está ahí, a solo unos metros, con el mismo traje de lana gris que solía llevar para ir a la inmobiliaria. Hay algo diferente. Tiene los bajos del pantalón sucios de un fango negro y viscoso. Me mira con los mismos ojos con los que me miraba de niño, esperando algo de mí que yo deseaba darle con toda mi alma y no podía. Y, de nuevo, hay algo diferente, una luz azulada en los ojos, como un resplandor bajo aguas oscuras.

—Papá… ¿Qué te ha pasado?

—Eso ya no importa, has venido a mí.

Da un paso. Retrocedo y me golpeo con la estantería. Un dolor intenso me cierra la garganta.

—Sé lo que hiciste, papá. Con esta tierra y con mamá…

Mi padre suelta una risa seca, un sonido de cristal rompiéndose, que me recuerda al miedo en mi habitación, la angustia bajo las sábanas al escuchar su violencia.

—Lo hice por este pueblo. Por nosotros. —Da otro paso. Al acercarse veo su piel. Tiene la textura de las cortezas de los árboles y ahora parece más alto. Su sombra me cubre. Está creciendo. O tal vez yo me estoy haciendo más pequeño—. Yo construí un legado, Ewan. Un imperio de tierras que tú nunca has sabido valorar. Tú despreciaste todo lo que éramos.

Levanta un brazo. Es demasiado largo y nervudo, una rama negra, carnosa, que me toca la mejilla con dedos largos y fríos como espinas.

—Tú renegaste de mí… —me atrevo a replicar con un hilo de voz.

—Eso ya no importa. Aquí no hay juicios, solo el frío. Quédate aquí, ya no tendrás que fingir ser nadie. El hambre lo borrará todo.

El rostro de mi padre se crispa y revela una hilera de dientes largos y afilados. Sus ojos brillan con más intensidad. No puedo moverme. Hay algo en esa luz que me paraliza. Algo en lo que dice que tengo que escuchar. El frío que irradia calma la fiebre que me quema las entrañas. Ahora la siento con más intensidad.

—Yo no soy parte de tu cadena… —digo con la voz quebrada.

Los dedos de mi padre, ramas retorcidas terminadas en punta, bajan por mi cuello. Arañan sobre mi ropa y se detienen sobre mi esternón. Extiende el dedo índice y busca un punto en concreto. Sé que no estoy dormido porque cuando hunde el negro punzón en mi

pecho siento un dolor ardiente. Un relámpago frío que me roba el aliento y me quema hasta el brazo.

—Tú eres parte de mí. Y volverás donde siempre debiste estar… A mi lado.

Corbin

La brújula no se comporta como debería. Tiembla, se desvía unos grados y vuelve a centrarse, como si le costara encontrar un punto concreto. Entre las oscilaciones, una dirección despunta. Se detiene más tiempo en un lugar antes de volver a comportarse erráticamente. Sigo esa dirección.

La luz de la linterna apenas me muestra un terreno reconocible. He perdido por completo los puntos de referencia y la oscuridad se traga el haz de luz con una avidez ansiosa. El manto grueso de lluvia está subiendo el nivel de agua en el pantano. El suelo se vuelve blando bajo mis pies. Cada paso suena distinto, más húmedo, más hueco, siento que camino sobre un terreno inestable.

El olor a agua estancada y madera podrida se hace insoportable. Un rayo ilumina el bosque y levanto la vista. He llegado a un lugar conocido. El cedro blanco está delante de mí. Ha caído. Se ha hundido en el barro y no lo ha hecho de forma limpia. No es un árbol tumbado por el viento sin más. Está arrancado de raíz. El tronco enorme yace inclinado, y el cepellón levantado abre una herida en la tierra, un hueco oscuro que supura podredumbre. De ahí viene el olor. Me acerco despacio y la pestilencia me hace cubrirme la nariz con el cuello de la chaqueta.

La lluvia golpea las raíces expuestas, negras y retorcidas. El agua se filtra hacia abajo, deslizándose entre los huecos en cascadas, desapareciendo en la oscuridad. Hay un túnel que no debería estar ahí.

La brújula vibra en mi mano. La aguja gira y se sacude de un lado a otro, incapaz de fijarse, como si todo fuera norte. Como si estuviera en el lugar exacto donde todas las direcciones confluyen.

—Joder…

Doy un paso más y el barro cede bajo la bota. Estoy demasiado cerca del borde así que me detengo y escucho. Al principio solo hay lluvia, el sonido torrencial del agua siendo tragada por la tierra. Debajo, muy por debajo, hay algo más. Un eco. Un sonido que no encaja. Una voz lejana y distorsionada.

—…bin…

Se me corta la respiración. El corazón se detiene en mi pecho unos segundos.

—Ewan.

Me acerco más al borde y enfoco con la linterna. Estoy seguro de que está ahí abajo, en la oscuridad. La luz no alcanza a mostrarme más que el hueco negro, una boca abierta tragándose un río de oscuridad. El túnel desciende en ángulo, irregular, como si la tierra se hubiera abierto a la fuerza.

La brújula se agita con más violencia, vibra en mi puño. Aprieto los dedos alrededor del metal.

—¡Ewan! ¡Aguanta! —grito mientras suelto la cuerda de mi cintura y busco un lugar donde fijarla. Logro atarla a una raíz gruesa, pero cuando voy a asegurarla en mi cuerpo un golpe de agua me hace resbalar.

Los pies se me hunden más de lo que esperaba al deslizarme y tengo que apoyar la mano en el borde para no caer de golpe. El barro está frío, blando, cede como carne en descomposición. El asidero es resbaladizo y he perdido la cuerda. Manoteo desesperado por encontrarla y el barro cede bajo mis manos.

Vuelvo a escuchar la voz, más débil. Más lejos.

—…Cor…

El agua me arrastra. El primer tramo es un deslizamiento torpe. Intento frenar. No hay dónde agarrarse. Las manos se me llenan de tierra, las raíces se rompen al tocarlas, la oscuridad se cierra y caigo sin control.

Apenas pasan unos segundos cuando choco contra algo. Una resistencia blanda y húmeda que se rompe a mi paso. Como si la tierra tuviera piel y yo la hubiera desgarrado. El aire desaparece un instante, me quedo sin respiración y mi cuerpo deja de pesar. Estoy suspendido, tal vez cayendo desde un lugar demasiado alto.

Grito y la oscuridad me engulle.

Ewan

El dolor no se parece a nada que haya sentido antes. Es una presión desde dentro, algo ha encontrado mi corazón y lo está apretando, probando hasta dónde puede llegar antes de romperlo. La garra de mi padre se hunde en mi pecho hasta la muñeca.

Ocupa mi carne sin atravesarla, sin causar herida. Sin sangre. La siento dentro de mí, cerrándose alrededor de algo que late cada vez más lento.

El frío que irradian sus dedos es un alivio al principio. La fiebre que me consumía se apaga, las ideas dejan de girar, el ruido en mi cabeza se disuelve. Todo se vuelve claro y simple. Un silencio vacío me acoge. Podría quedarme así. Podría dejar de luchar.

—¿Lo notas? —dice él, muy cerca. Noto su aliento gélido contra mi mejilla—. Así es más fácil.

Su voz ya no tiene aristas. Es la voz de mi padre. La misma que me aconsejaba, que me guiaba cuando era niño. La que tanto necesité que dijera dos simples palabras.

—No hay culpa. No hay miedo. No hay nada que demostrar.

La presión aumenta. El latido se ralentiza.

—Siempre te ha pesado demasiado sentir —continúa—. Pensar. Dudar. Aquí no hace falta. Todo está claro, ¿verdad? Sabes a dónde perteneces. A quién perteneces.

El frío se extiende por mi pecho, baja por los brazos, entumece los dedos. La tensión en mi cuerpo se afloja. La resistencia deja de tener sentido.

Puede que tenga razón.

Tal vez todo esto…

Tal vez yo…

Bajo la mirada. Me pesa la cabeza. Un sueño ponzoñoso me cierra los párpados. Al dejar de mirarlo a él, veo lo que hay en el suelo.

El libro.

Sigue ahí. Está abierto. Las páginas manchadas de barro. Las notas arrancadas, esparcidas alrededor como hojas muertas. Algo se agita en mi pecho. Hay un trozo de papel doblado, atrapado bajo el lomo. La tinta corrida aún es legible. Reconozco la letra antes de leerla.

Corbin.

He dejado otra nota.
No sé si la vas a leer.
Aun así, sigo viniendo.
Te quiero.

El frío duda. Apenas un instante.

—No mires eso —dice mi padre.

Hay una tensión escondida en su voz. Me recuerda a cuando era niño, a cuando estaba enfadado y fingía que no. Es algo que no encaja con la calma que intenta imponer.

Levanto la vista.

—Ewan —dice mi padre. Y otra voz se superpone a la suya, queriendo ganarse mi atención, despertarme de la pesadilla. Pronuncia mi nombre con seguridad.

Esa otra voz es clara y cercana. Es más real que todo lo que me rodea.

—Ewan —repite.

Proviene de detrás de él. Hago un esfuerzo inhumano por mantener los ojos abiertos, por apartarlos del rostro deformado de mi padre y enfocarlos tras él.

Lo reconozco. No es como es ahora. Es como era.

Es Corbin.

Más joven, con el pelo más largo cayéndole sobre la frente, desordenado. Tiene la misma expresión abierta que recuerdo, sin el peso que llegó después. Está de pie a solo unos pasos de nosotros. Y no está solo. Hay alguien a su lado y tardo un segundo en reconocerlo.

Soy yo.

Más delgado y torpe, encogiendo los hombros como si quisiera ocupar el menor espacio posible. La mano de Corbin aferra la mía con fuerza. Estoy aterrado, lo recuerdo. Tengo miedo, quiero esconderme, desaparecer, pero él no me suelta la mano.

—No estás solo —dice Corbin. Su voz no se corresponde del todo. No es la de antes, es la de ahora. Sus dos voces se superponen en una sola. Suave y madura. Profunda y cálida—. Nunca lo estuviste.

La presión en mi pecho tiembla. La garra se tensa.

—Mírame —dice mi padre, y ahora su ira es evidente—. No vas a seguir avergonzándome. No me vas a seguir decepcionando.

Esas palabras amenazan con hacer crecer el hielo. Me duelen como dentelladas, más que la garra que presiona dentro de mí. Miro a ese chico que fui. ¿Qué puedo hacer para calmar la ira de mi padre? ¿Qué puedo hacer para que quiera a ese chico? ¿Para que me quiera a mí? Ese chico perdido y asustado se aferra a la mano de Corbin. Quiere huir y no lo hace. Está tomando la decisión correcta. Por una vez. Está cambiando la historia.

—Yo no existo para complacerte, papá —dice con la voz débil. Hace un esfuerzo por sacarse la voz del pecho. No sé si es él o soy yo el que habla. Si la voz viene del pasado o del presente—. Soy alguien distinto a ti. Y no voy a ir contigo.

El frío ya no calma, duele. Es un desierto blanco extendiéndose en mi interior. Un lugar vacío al que no quiero ir. Quema.

—Tú irás donde yo te diga. Eres carne de mi carne. Eres mi legado.

Lo miro. Lo miro de verdad. No al monstruo, ni a los ojos gélidos que me atraviesan. Lo miro a él. A lo que fue y a lo que quiso ser. Y algo encaja. Lo hace con naturalidad, despacio. Siempre ha estado ahí, esperando a que dejara de esquivar la evidencia. La pieza del puzzle que faltaba y que solo necesitaba un leve empujón para encontrar su lugar.

Nunca quiso verme. Tampoco vió a mamá. Solo veía lo que necesitaba que fuéramos. Piezas. Formas que encajaran en su idea del mundo. Engranajes que tenían que hacer funcionar su maquinaria.

Si no lo hacíamos, todo se rompía. Él se rompía. Y nos rompía con él. El mundo, en su caos, en su imprevisibilidad, siempre fue una amenaza para mi padre. Un lugar hostil en el que no tenía control alguno. Y yo se lo recordaba constantemente. Yo no encajaba en su esquema.

El frío sigue extendiéndose, lento, insistente, buscando apagarlo todo, pero ya no me dejo llevar.

—No —digo con firmeza. Mi reflejo adolescente repite la palabra con claridad—. Tú no querías un hijo. Querías algo que se pareciera a ti —continúo—. Algo que pudieras moldear. Corregir y usar.

—No vuelvas a hacerlo… —amenaza. Su voz vuelve a ser un cuchillo de hielo.

La presión en mi pecho aumenta. La garra se cierra y el dolor estalla. Y yo ya no me callo.

—Y cuando no encajaba… —respiro hondo— lo rompías pensando que podrías reconstruirlo a tu manera.

El aire se espesa. Las estanterías crujen.

—Cállate.

—Como hiciste con mamá.

Su rostro se contrae un instante. Le duele. Sé que a él también le duele. Que aún queda algo de consciencia en él.

—No hables de lo que no entiendes.

—Lo entiendo mejor de lo que crees. —El frío intenta meterse en mi garganta para callarme—. Tú no querías a nadie. Solo querías controlarlo todo.

El silencio se abre entre nosotros. Está vivo.

—¡Yo quería lo mejor para todos! ¡Tú lo estropeaste! ¡Tú…!

La garra se hunde más. Un latido se pierde. Esta vez no me encojo, no me apago. Si tengo que desaparecer lo haré sin renunciar a quién soy.

—No es culpa mía. No es culpa mía… no haber sido lo que querías.

El frío vacila. Sus ojos brillan más.

—Eres una decepción.

—No es culpa mía que no supieras querer —continúo sin escucharle—. Ni que tu ambición no tuviera límite.

El espacio vibra. Las raíces se tensan como nervios.

—Tú destrozaste el futuro de nuestra familia.

Siento su aliento pestilente contra mi rostro. Cada palabra pesa y se clava. El niño tras mi padre se encoge, quiere desaparecer. Corbin sostiene su mano y no se lo permite.

—No. Yo no voy a cargar con eso, papá. Tú no supiste cuidar de nosotros. Y ahora somos libres.

—¡Sois míos, los dos!

La presión en mi pecho es insoportable. Me ahoga. Amenaza con cerrarme la garganta y asfixiarme. Y cuando creo que no voy a poder hablar otra vez, algo cambia. La fuerza ya no es solo suya. Hay resistencia.

—No soy tuyo —replico con la voz rota. El dolor en mi pecho arde y el frío se quiebra en grietas—. No voy a pagar por tus errores… Ni voy a perpetuarlos.

Doy un paso adelante. No sé cómo lo hago. Avanzo aunque la garra sigue dentro de mí. Ya no me sostiene. No me paraliza. Mi padre —el monstruo—, lo que una vez fue él, retrocede.

—Tendré que obligarte entonces —gruñe con la voz irreconocible.

—No soy tu legado. —El brillo en sus ojos vacila. La fuerza en mi pecho empieza a ceder. Veo rabia en sus ojos y un vacío insondable que clama por llenarse. Lo reconozco, ese vacío siempre estuvo ahí —. Y no soy responsable de lo que te ha pasado.

El terror y el dolor siguen ahí. Ahora son una corriente al fondo. Puedo pensar con claridad, e incluso sentir compasión por lo que tengo delante. No se la merece. Sé que debería odiarle con toda la intensidad del rencor y me sorprendo rechazando ese veneno.

Tampoco se merece mi odio. No voy a permitir que siga influyendo en mis decisiones, que esa oscuridad me arrastre con él.

A mi alrededor los estantes de la biblioteca se deshacen. Las raíces se mueven, despiertan y crujen al extenderse. Sus largos y afilados extremos avanzan por el suelo hacia el monstruo, pasan entre mis piernas y se enredan en las suyas.

—¡No! ¡No voy a irme solo!

—Tú te hiciste esto.

—¡Eres mi hijo!

—Sí, pero no soy tuyo. —Extiendo la mano y aprieto los dedos alrededor de su brazo. No es de carne. Es algo duro y húmedo a la vez. Madera viva que late sin estar viva del todo. Empujo. La fuerza nace en el mismo lugar donde está el miedo—. Nunca lo fui.

Siento que cede. Un crujido seco atraviesa el espacio, imposible de ubicar. No sé si viene de su cuerpo, del mío o de la propia tierra que nos rodea. No sé si hay un límite entre lo que somos ahora mismo, pero ahora empieza a imponerse. La garra dentro de mi pecho se tensa. El frío se resquebraja y las grietas estallan.

—¡No! —ruge, y ya no suena humano—. ¡No puedes…!

Le empujo con fuerza y el dolor estalla. No voy a detenerme. Soy capaz de consumirme en este fuego antes que dejar que me arrastre con él.

La garra sale. La siento deslizarse fuera de mí como una raíz desenterrada, arrancada, arrastrando un frío espeso que se resiste a liberarme. Me doblo hacia delante con un grito desgarrado y el aire vuelve de golpe a mis pulmones. Retrocedo, tambaleándome, llevándome la mano al pecho. Duele aunque no hay sangre. No hay herida.

Mi padre, esa cosa que fue mi padre, retrocede también. Las raíces crecen, avanzan desde las paredes, desde el suelo, desde las

estanterías que ya no son estanterías, sino entramados vivos que respiran y se retuercen. Están enredadas en sus piernas y trepan hasta su torso. Sus extremos son punzones. No quiero ver lo que va a ocurrir, pero mis ojos no me obedecen. Algo en mí quiere asegurarse de que desaparece y me obliga a ver cómo se clavan en su carne. Esa carne que no es carne del todo, que suena como madera quebrada al ser atravesada. Las raíces son espinas duras como dientes y provocan un sonido húmedo y seco a la vez. Esa madera fría sangra y la sangre es negra como el cieno. Esa carne inerte se desgarra.

—¡Ewan! —grita. En ese grito aún queda algo de él que hace que se me encoja el estómago—. ¡Ewan, ayúdame!

Me quedo quieto. No es la parálisis de siempre, esta vez estoy decidiendo no hacer nada. Estoy tomando una determinación. Las raíces siguen avanzando, atravesándolo, abriéndose paso por su cuerpo. La piel se agrieta y se abre para mostrar las entrañas. Debajo no hay solo carne, hay vetas oscuras, fibras, cosas que ya no son humanas. Y un corazón petrificado. El corazón del frío, que late un aliento gélido que lo llena todo por un momento.

El bosque lo reclama. Las raíces tiran y lo parten en trozos. El sonido es insoportable. Madera, hueso, carne y hielo cediendo al mismo tiempo, como si todo fuera lo mismo. El espacio entero se contrae. Las raíces lo arrastran hacia el fondo, hacia la oscuridad que espera hambrienta y paciente a recibir un alimento que ha estado preparando durante mucho tiempo.

Y él… Él desaparece. A tirones. A pedazos. Hasta que no queda nada que pueda reconocer como mi padre. Hasta que no queda nada en absoluto. Mi padre ya no está. El monstruo tampoco.

Y me quedo solo.

El dolor en el pecho late con fuerza, demasiado rápido. Mis piernas ceden y caigo de rodillas sobre el barro. El mundo se inclina,

se deshace. Se descompone. Y el aire pesado y frío pasa cada vez más despacio a mis pulmones.

Estoy cansado. Quiero cerrar los ojos y algo me lo impide. Es Corbin. A su lado hay alguien más. Estamos nosotros. Los que fuimos, agarrados de la mano. Ya no hay miedo.

—Ewan, estoy aquí —dice Corbin—. ¡Ewan! ¡Vamos, vamos! ¡Hay que salir de aquí!

Su voz es lo único que se mantiene nítido. Sus brazos me rodean antes de que pueda caer, cálidos y reales. Me aferro. El mundo no ha dejado de desmoronarse a mi alrededor y es el único punto de referencia que tengo. Lo único material.

El peso desaparece, el agua me rodea y cierro los ojos. Me hunde en las profundidades silenciosas y una paz como no he sentido jamás lo llena todo.

Capítulo 30

Corbin

El golpe contra el agua me corta la respiración. No tengo tiempo para orientarme, ni para pensar en la caída o lo que acabo de atravesar. Solo hay corriente. Fría, violenta, empujando en todas las direcciones a la vez. El túnel no es un túnel como tal, es una herida abierta en la tierra por donde el agua se cuela con fuerza. La linterna ha desaparecido. La oscuridad es casi total, apenas rota por reflejos turbios que no sé de dónde vienen.

—¡Ewan! —grito, y mi voz se pierde, deformada por el eco y el estruendo.

No hay respuesta.

Avanzo a ciegas, tanteando con las manos, dejándome arrastrar cuando no tengo dónde apoyarme. El suelo no es suelo, es una mezcla de barro, raíces y piedra suelta que cede bajo el peso y amenaza con tragarme. El agua me golpea en el pecho, me empuja contra las paredes, me mete en la boca un sabor agrio y denso que me hace toser. No sé cuánto tiempo pasa, si estoy bajando o si el túnel se retuerce sobre sí mismo.

No debería poder ver con esta oscuridad, con el agua golpeándome y todo moviéndose sin forma ni concierto, pero lo distingo igual. Es algo que no pertenece del todo a este lugar. Una silueta más oscura que la propia oscuridad.

Está aferrada a Ewan.

No lo sujeta, está… clavada. Enroscada. Sus extremidades no tienen forma clara, se alargan y se hunden en él como raíces buscando tierra húmeda. Por un segundo terrorífico pienso que lo

está arrastrando hacia abajo, que no está atrapado por la corriente sino por eso.

—¡Eh! —grito, sin saber a quién—. ¡Suéltalo!

El agua golpea con más fuerza, se levanta entre nosotros como un muro y la luz —no sé de dónde sale esa luz— parpadea. Puedo verlo mejor. Tiene la cara de Leonard. O algo parecido a una cara con sus rasgos. La boca abierta en un gesto que no es un grito ni una respiración, los ojos hundidos, brillando con un reflejo frío y muerto.

No sé cómo voy a enfrentarme a eso. Y antes de que encuentre la respuesta, de que pueda aferrarme a una de las raíces que brotan de las paredes, la criatura se rompe. La corriente la arranca de Ewan con violencia, desgarrándola con un sonido de ramas y huesos partiéndose. Se deforma al separarse, se estira en fibras que se tensan hasta el límite y el agua las empuja y las retuerce hacia el fondo del túnel. Los restos de esa visión desaparecen a tirones, atrapados entre los remolinos de barro y espuma, tragados por el pantano.

El cuerpo inmóvil de Ewan golpea contra la pared, atrapado por una raíz.

—No… —El miedo me muerde por dentro y avanzo hasta él con desesperación—. No, no, no…

Me lanzo hacia él. El agua me arrastra en diagonal y creo que voy a pasar de largo cuando logro agarrarme a una raíz gruesa que asoma de la pared y la uso para impulsarme. Consigo alcanzar su chaqueta y tiro de él. Su cabeza cae hacia atrás con un movimiento que me hiela la sangre. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. No reacciona.

—Eh, eh, mírame… —le digo, aunque sé que no puede oírme.

Le paso un brazo por debajo de las axilas e intento liberarlo de donde está encajado. No está atrapado por nada concreto, es el

peso, la posición, la forma en la que la corriente lo empuja contra las paredes lo que lo mantiene ahí. Tiro con más fuerza. Resbalo. El barro se desliza bajo mis botas y casi somos arrastrados por la corriente.

—Joder… —aprieto los dientes y vuelvo a intentarlo.

Consigo sacarlo de ese punto y la corriente nos golpea de lleno. Esta vez no hay dónde agarrarse. Nos arrastra varios metros hasta que mi espalda choca contra una pared lateral donde el flujo pierde algo de fuerza. Me aferro a lo primero que encuentro, una grieta, una irregularidad en un saliente de roca, lo que sea. Mantengo a Ewan pegado a mí, sujetándole la cabeza para que no golpee contra nada.

—No te me mueras ahora, ¿me oyes? —murmuro entre dientes, más para mí que para él.

No responde. No respira. No sé si es tarde. Probablemente es tarde y siento que la desesperación me trepa desde el estómago. El pánico amenaza con hacerme perder el control. No hay espacio para él. No ahora. Tengo que centrarme. Miro alrededor buscando una salida, un punto más alto, algo que no esté completamente anegado. La corriente sigue subiendo. Si nos quedamos aquí, nos ahogaremos.

—¡Corbin!

La voz llega desde algún punto más arriba, filtrada por el eco y el rugido del agua. Tardo un segundo en reconocerla.

—¡James!

—¡Estoy aquí! ¡Aguantad!

Un haz de luz aparece entre la oscuridad, tembloroso, buscando. Lo sigo con la mirada hasta encontrar una abertura en la pared del túnel, una especie de repisa elevada donde el agua no golpea con tanta fuerza. La silueta de James se recorta allí, tendiéndome algo.

—¡La cuerda! ¡Cógela!

Se arrastra más hacia el borde, clavando el cuerpo contra la roca para no resbalar. Lanza un extremo que cae a un metro escaso de mí. Suelto una mano, la que no sostiene a Ewan, y me estiro todo lo que puedo. La corriente tira en sentido contrario. Mis dedos rozan la cuerda, la pierdo, vuelvo a intentarlo.

—¡Vamos!

La agarro al fin.

—¡Tira! —le grito.

No hace falta que se lo repita. La cuerda se tensa de inmediato. El tirón casi me arranca el brazo, pero lo uso a mi favor. Me impulso con las piernas, busco apoyo donde no lo hay, arrastro a Ewan conmigo centímetro a centímetro mientras el agua intenta arrebatárnoslo todo.

James tira desde arriba, gruñendo por el esfuerzo. Yo empujo desde abajo, notando cómo los músculos me arden y empiezan a fallar. Pienso que no vamos a poder, que la cuerda va a resbalar, que voy a soltarlo. No lo hago. Con un último esfuerzo consigo alzar el cuerpo de Ewan lo suficiente para que James pueda agarrarlo por la chaqueta y tirar de él hacia la repisa. Luego me arrastra a mí.

Caigo de rodillas sobre la roca, jadeando, con el cuerpo temblando por el esfuerzo y el frío. No hay tiempo para recuperarse. Me giro de inmediato hacia Ewan. Está inmóvil. Demasiado quieto. Inerte.

—No… no, no, no… —me inclino sobre él, le busco el pulso en el cuello.

Nada.

El mundo se estrecha hasta asfixiarme.

Le coloco boca arriba, apartándole el pelo de la cara con manos que no dejan de temblar. Tiene la piel helada. Los labios

amoratados. No está respirando.

—Corbin… —empieza James, pero lo corto sin mirarlo.

—No.

Le echo la cabeza hacia atrás, le abro la vía aérea como puedo, recordando de forma torpe todo lo que una vez aprendí y nunca pensé que tendría que usar así. Le sello la boca con la mía y soplo.

Nada.

Empiezo con las compresiones. Una, dos, tres… intento mantener el ritmo aunque el cuerpo no me responda del todo. El agua sigue cayendo alrededor, el túnel cruje, todo amenaza con venirse abajo y lo único que importa es ese pecho que no se mueve. Ese corazón que no late.

—Vamos… —murmuro, volviendo a inclinarme para darle aire—. Vamos, joder…

Otra vez. Compresiones. Aire. Compresiones. Aire.

—Ewan, mírame… —le hablo aunque tenga los ojos cerrados, aunque no esté ahí—. No me hagas esto ahora.

El recuerdo de sus notas, de su voz, de todo lo que hemos dejado sin decir, me golpea con saña.

—Te he encontrado, ¿vale? —La voz se me rompe—. Ya está. Ya ha pasado. Pero tienes que quedarte. Tienes que quedarte conmigo.

Le doy otra insuflación. Su pecho se eleva apenas, de forma mecánica.

—Por favor…

No sé si se lo pido a él, al bosque o a lo que sea que haya ahí abajo, escuchando.

—No te vayas otra vez.

Vuelvo a presionar su esternón, marcando el ritmo con una desesperación que ya no intento contener. El mundo se reduce a ese cuerpo bajo mis manos, a ese silencio que se niega a romperse.

—Ewan… vuelve.

Y sigo.

Ewan

No hay suelo. No hay agua. No hay cuerpo.

No soy nada en concreto. No hay dolor, ni frío, no hay pensamientos que tiren de mí en una dirección u otra. Solo una suspensión agradable. Todo lo que soy se ha disuelto en algo más amplio, más tranquilo. Un océano de calma. Es una calma que no pide nada, no exige esfuerzo y no duele. Podría quedarme aquí. Podría no hacer nada más. La idea llega con una inercia suave. Es como dejar de nadar y permitir que el agua te lleve sin resistencia.

Aunque algo no encaja.

Un tirón leve, un hilo tensándose en algún lugar. Es una insistencia callada, constante, que se niega a desaparecer conmigo. Intento ignorarla, dejar que se diluya igual que todo lo demás, pero no lo hace. Permanece. Y escucho algo.

—…wan…

No lo entiendo. No quiero entenderlo. La calma se resiente, es una superficie que vibra al contacto con algo externo. El hilo se tensa un poco más.

—Ewan…

El nombre atraviesa el agua y, con él, vuelve mi cuerpo. El peso cae sobre mí sin aviso, aplastándome. El frío regresa clavándose en la piel, llenándome la boca y la garganta. El pecho me arde como si me hubiera tragado una brasa. Intento respirar y no puedo. No hay

aire. Solo presión. Solo agua. Todo mi cuerpo reacciona antes de que pueda pensar, se sacude, lucha, intenta abrirse paso aunque no haya espacio para hacerlo.

El instinto es brutal, me arrastra hacia arriba. Cada intento de inspirar es un fracaso que duele, quema y me hace querer rendirme otra vez, volver a ese lugar donde nada importaba.

Pero ahora sí hay algo que importa.

—¡Ewan!

Reconozco la voz de Corbin y me aferro a ella con desesperación. No voy a irme. No ahora. He tomado una decisión y no voy a olvidarla. Voy a vivir. El hilo se convierte en un tirón firme. Algo me sostiene desde el otro lado, negándose a soltarme.

Mi pecho se contrae y el aire entra violentamente, como un estallido. Me atraviesa, me quema por dentro, arrastra consigo el agua que había llenado cada rincón de mí. Toso con fuerza. Mi cuerpo se sacude sin control y me doblo sobre mí mismo mientras intento expulsarlo todo. Cada espasmo duele, cada bocanada de aire es torpe e insuficiente.

Hay manos sujetándome. Firmes, tensas, aferrándome para que no vuelva a escaparme.

—Eh, eh… Tranquilo… estás aquí… —La voz tiembla.

Parpadeo. Todo se mueve y la luz es débil, inestable. Tardo en enfocar, en entender qué es esto, dónde estoy, qué es real y qué no. Y al fin le veo.

Corbin.

Está inclinado sobre mí, demasiado cerca, con los ojos clavados en los míos, abiertos con una expresión de miedo y alerta. No puedo hacer nada más que mirarlo. Asegurarme de que es él. De que está aquí. De que no es otra cosa, ni un recuerdo, ni una ilusión más de ese lugar del que acabo de salir.

Levanto la mano, aunque me cuesta. El brazo pesa, torpe, no termina de responderme. Consigo llevarla hasta su cara. La piel está fría por el agua y debajo hay calor. Vida. Realidad. La realidad en la que quiero permanecer.

Una sonrisa débil se me escapa, dolorosa e inevitable.

—No… —respiro con la voz arrastra por el esfuerzo—. No sueñes con que vaya a irme ahora…

El mundo sigue deformándose a mi alrededor, pero ya no me suelto. No esta vez.

A lo lejos, se escucha el sonido de las sirenas.

Capítulo 31

Me pesa el cuerpo. Los párpados, los brazos, la cabeza… noto que se hunde en la almohada y me cuesta moverla cuando abro los ojos. Una luz dorada entra por una ventana que no reconozco, filtrada por unas cortinas *beige* muy finas, impersonales. No entiendo dónde estoy. Huele a desinfectante y un pitido constante brota desde algún lugar a mi izquierda.

El dolor llega lo último. Me duele el pecho, la garganta y los pulmones. No sé lo que es tragar cristales, pero estoy seguro de que uno se siente así después de hacerlo. Intento moverme y una punzada me atraviesa las costillas. Se me escapa un sonido ronco y alguien se incorpora de golpe en la silla junto a la cama.

—Ewan.

Es mi madre, está despeinada, tiene unas ojeras profundas y la ropa algo desordenada. Hay una manta doblada sobre sus piernas y un vaso de café de máquina vacío sobre la mesita. Su rostro se ilumina con una sonrisa cuando se sienta a mi lado en la cama.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

La voz se le rompe un poco. Está muy preocupada. O lo ha estado. La miro sin acabar de comprender. Me siento como si hubiera dormido durante años. Quiero preguntar qué ha pasado, cuánto tiempo llevo aquí, por qué me duele respirar. No me da tiempo a ordenar mis pensamientos, la puerta se abre y Corbin entra con una bolsa de papel y dos vasos de cartón en la mano. Lleva barba de varios días, el pelo húmedo por la lluvia y una sudadera negra algo arrugada. Se queda inmóvil al verme despierto. No dice nada.

Se le nota en la cara que no esperaba encontrarme así. Despierto de verdad. Mirándole.

Mi madre se levanta.

—Voy a avisar a una enfermera.

Sale de la habitación dejándonos solos. El breve silencio entre los dos está lleno de cosas. De emociones que necesitan encontrar un camino para expresarse, que se agolpan. Corbin deja la bolsa sobre la mesa pequeña junto a la ventana sin apartar los ojos de mí.

—Hola —dice con la voz áspera. Cansada.

Intento sonreír y apenas me sale una mueca.

—Tienes una pinta horrible.

Por un momento pienso que va a reírse. En lugar de eso baja la cabeza y se pasa una mano por la nuca.

—Tú tampoco estás precisamente en tu mejor momento.

—¿Cuánto tiempo…?

La garganta me arde tanto que apenas logro empujar las palabras a través de ella. Corbin coge el vaso de agua de la mesita y me ayuda a incorporarme un poco. El gesto es cuidadoso, tiene miedo de hacerme daño. Su brazo cálido a mi alrededor me ayuda a terminar de contactar con la realidad.

—Cinco días —dice—. Has pasado dos en cuidados intensivos. —Cinco días. Intento asimilarlo y no puedo. Él lo nota—. Tragaste mucha agua. Agua, barro, mierda de ahí abajo… Te encontraron los pulmones llenos. Pensaban que… —Se interrumpe. No hace falta que siga. Pensaban que me iba a morir. Me siento así, exactamente como si hubiera estado a punto de palmar—. También estabas intoxicado. Ward dice que probablemente había bolsas de gas atrapadas bajo tierra. Metano, sulfuro de hidrógeno o no sé qué, gases de descomposición. Con los derrumbes se debieron liberar. Menos mal que te trajeron echando leches con la ambulancia. Ward fue previsora.

Cierro los ojos un instante. Vuelve el agua negra. El olor. La sensación de estar hundiéndome en algo que llevaba demasiado tiempo pudriéndose bajo tierra.

—Han encontrado túneles —continúa Corbin en voz más baja—. Naturales. Cavidades enormes bajo el pantano. Algunas conectadas entre sí. Ward lleva días investigando con equipos del estado.

Abro los ojos otra vez y le miro.

—¿Y…?

No sé qué estoy preguntando exactamente. Mi padre. Robert. El pantano. Todo. Corbin lo entiende igual. Él está pensando en lo mismo.

—Han encontrado cosas. Relojes. Hebillas. Herramientas viejas. Una chaqueta. Llaves. Cosas arrastradas por el agua y atrapadas entre las rocas. Algunas eran de Leonard. —Corbin traga saliva antes de seguir—. También encontraron un mechero y una navaja que Ward cree que podrían ser de mi padre. Tengo que comprobarlo en cuanto regresemos a Ashwood.

La habitación se queda en silencio. Alguien pasa con un carro metálico por el pasillo. Se escucha una voz, una puerta abriéndose, el zumbido constante del aire acondicionado y el pitido de la máquina de constantes.

—¿No hay nada más?

—No hay restos. No todavía, al menos. Pero creen que mucha gente cayó ahí abajo a lo largo de los años. Parece que los túneles se derrumban, se abren y se vuelven a cerrar con el tiempo. Es una zona muy inestable.

Me quedo mirando el techo. Blanco. Limpio. Demasiado limpio para todo lo que sigue pegado dentro de mí. Aún noto el lodo como un sudario pegado a mis entrañas. Aún me duele la garra cerrada en el corazón. Pienso en Leonard. En Robert Mercer. En James O’Leary. En todos los nombres que el bosque ha ido enterrando bajo capas

de barro y silencio. ¿Todo ha sido casualidad? ¿Todo ha sido fortuito? Sigue habiendo un patrón que no explican los túneles ni los derrumbes.

Pienso en el rostro que vi allí abajo. No sé si de verdad era él. No sé si quiero saberlo. Lo más fácil es pensar que fueron los gases, que nada de eso fue real. El cuerpo de mi padre yace enterrado en el barro en algún lugar del pantano y no ha estado acechando en el bosque, anhelando llevarse todo lo que era suyo antes de desaparecer.

La puerta vuelve a abrirse. Mi madre entra con una enfermera. Antes de que lleguen a la cama noto la mano de Corbin agarrando la mía sobre la sábana, sin miedo a que nadie vea ese gesto.

El dolor se hace más llevadero. El miedo que me atenaza al recordar retrocede como un animalillo asustado. No importa lo que haya pasado, estoy vivo y estoy aquí. Tengo otra oportunidad. Y él está conmigo.

Corbin

El coche avanza despacio por la carretera mojada. Hemos dejado atrás Bangor y los árboles pasan a ambos lados como manchas oscuras bajo un cielo gris que amenaza con más lluvia. Hace frío afuera. La calefacción está demasiado alta porque Helen insiste en que Ewan aún no debería pasar frío. Él va dormido en el asiento de atrás, apoyado contra la ventanilla, con una manta sobre las piernas y el rostro pálido, agotado todavía.

De vez en cuando lo miro por el retrovisor. Sigue aquí y todavía me cuesta creerlo. Ha estado cerca de no contarlo.

Helen va a mi lado con un termo entre las manos y un libro cerrado en el regazo. Lleva el pelo recogido y unas gafas de sol inútiles con este tiempo, que solo usa para cubrirse las ojeras. Está

cansada. Todos lo estamos. Aun así, hay algo tranquilo en ella. Algo cálido y sereno. No se parece en nada a Leonard.

Durante años pensé que me odiaba. Nunca fue desagradable conmigo cuando éramos adolescentes, siempre sonreía cuando iba a casa, me ofrecía comida, me preguntaba por mi padre, con todo, después de lo que pasó, asumí que tenía que pensar lo mismo que Leonard. Que debía verme como el error que había desviado a su hijo de la vida que esperaban para él.

Ahora me siento idiota por haber pensado eso. Estos días la he visto dormir en una silla de hospital, pelear con médicos, leer durante horas junto a la cama de Ewan, obligarme a comer cuando llevaba demasiado tiempo sin hacerlo. Me ha hablado de libros, de arte, de música, de Ashwood cuando aún era un sitio donde la gente dejaba las puertas abiertas en verano y organizaba barbacoas junto al río. Me ha preguntado por mi trabajo, por la cabaña, incluso por mi perra, a la que James ha cuidado todos estos días. Me ha tratado como si llevara años formando parte de la familia y solo hubiéramos estado demasiado tiempo sin vernos.

Aprieto un poco más las manos sobre el volante. Hace dos noches, cuando Ewan dormía y la lluvia golpeaba las ventanas del hospital, Helen y yo bajamos a por café. La cafetería estaba medio vacía. Había una máquina expendedora rota, una televisión encendida sin sonido y un hombre dormido en dos sillas juntas al fondo de la sala.

Helen sostenía el vaso caliente entre las manos y miraba por la ventana.

—Sé lo que significaste para él. —No supe qué decir—. Y sé lo que él significó para ti.

La miré entonces. Esperaba pena o incomodidad y solo encontré cansancio, una tristeza vieja en su mirada.

—Debería haber hecho más —dijo—. Tendría que haberme enfrentado a Leonard. Tendría que haber protegido a Ewan mejor de

lo que lo hice.

Recuerdo que negué con la cabeza. Porque es fácil pensar lo que uno tendría que haber hecho cuando ya han pasado veinte años. Porque Leonard sabía aplastar a la gente sin que la gente lo notara. Pero Helen siguió hablando.

—Os separó porque sabía que lo que había entre vosotros era importante. Y porque sabía que Ewan le obedecería. Se parece más a mí de lo que Leonard nunca quiso reconocer y eso le dolía mucho en el orgullo.

No supe qué responder a eso. Jamás me he atrevido a decir en voz alta algo tan sencillo y tan devastador.

Lo que había entre vosotros era importante.

Miro un instante a Helen. Está observando la carretera con expresión distraída.

—¿En qué piensas? —pregunta al notar que la miro.

—En que no eres como yo pensaba.

Ella sonríe.

—Tú sí eres como yo pensaba.

—Creía que me odiabas.

Helen me mira con una sorpresa tan sincera que casi me hace reír.

—Corbin… jamás te he odiado. —Baja la vista al termo y suspira —. De hecho, muchas veces me sentí mal por no ir a buscarte. Por no hacerte saber que yo no pensaba como Leonard. Sé que no puedo arreglar eso ahora, pero al menos puedo intentar no seguir cometiendo el mismo error. Eras un buen chico, y eres un buen hombre ahora.

El limpiaparabrisas chirría contra el cristal.

—No fue tu culpa. Ahora sé que no. Creo que siempre lo he sabido y me asustaba tu rechazo.

—Pues ya sabes que no lo tienes. De hecho, no quiero que te alejes. Eres bueno para mi hijo, lo sé —dice Helen al cabo de un momento—. Y no tienes que quedarte fuera de casa. Ya has pasado demasiado tiempo ahí fuera.

No sé muy bien qué hacer con algo así. Estas cosas me superan, pero Helen rompe el silencio incómodo de nuevo.

—Mi casa es tu casa, Corbin.

Miro otra vez por el retrovisor. Ewan sigue dormido. Tiene el ceño fruncido, como si no pudiera descansar del todo. Hay una sombra de barba en su mandíbula y el pelo le cae sobre la frente. Parece más frágil de lo que lo he visto nunca y eso me provoca una emoción que jamás había sentido con tanta intensidad. Quiero protegerlo, cuidarlo y evitar que vuelva a pasarle algo así.

Su madre me está diciendo que hay sitio para mí, que no tengo que marcharme antes de que alguien me eche. Ewan fue mi familia desde que nos encontramos en el bosque, desde que le di la brújula que sigo guardando en el bolsillo y que me llevó a él cuando más me necesitaba. Cuando más le necesitaba.

—Gracias…

—No. Salvaste a Ewan. Estaría muerto si no hubieras entrado ahí, y ahora estaríamos llorando los dos y lamentándonos por todo el tiempo que hemos perdido por miedo o por… vergüenza. Lamentando la familia que no pudimos ser.

Aprieto los labios. Siento un calor incómodo subirme hasta los ojos. Es una emoción rutilante, mezcla de felicidad y alivio. Me tomo mi tiempo para volver a hablar sin que me tiemble la voz.

—¿Te gustaría que fuéramos familia?

—Eso depende solo de vosotros… Pero claro que sí. Me encantaría.

El silencio durante el resto del viaje nos arropa. Es una manta cálida en un día frío. Es cómodo como solo puede serlo entre personas que se comprenden y se aceptan.

Ewan

Me despierto al notar que el coche se detiene, saliendo de un sueño ligero y extraño. No reconozco nada por un segundo angustioso. Luego veo el porche, la mecedora de mi madre, las macetas vacías junto a los escalones y la vieja corona de ramas secas colgada en la puerta.

Es la casa de mi madre. Ahora sé que mi padre no va a volver y que este lugar es solo suyo. Ahora también es mi único hogar. He perdido el que tenía y me sorprende que no me importe tanto.

Me siento torpe al incorporarme. Tengo el cuello rígido por la postura y los pulmones protestan con una punzada sorda cuando respiro hondo. El largo trayecto desde Bangor me ha dejado agotado. Corbin sale primero y rodea el coche, abre mi puerta antes de que me dé tiempo a intentarlo yo.

—Eh, despacio.

Me tiende la mano. La acepto porque sé que si me levanto demasiado rápido voy a marearme otra vez. El suelo se mueve un poco bajo mis pies cuando me incorporo. Corbin me sujeta por el brazo y me acerca una mano a la espalda, preparado para sostenerme si me falla el equilibrio.

—Estoy bien.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo te creo.

Pero no me suelta. Mi madre coge el bolso del asiento delantero y se vuelve hacia nosotros.

—Voy a pasar por la farmacia antes de que cierre. Te han mandado antibióticos, inhaladores y algo para el dolor. No tardaré nada.

—Mamá, no hace falta que vayas tú.

—Sí hace falta.

Me besa en la frente como si siguiera teniendo diez años y luego me mira con esa expresión que no ha abandonado su rostro estos días, una mezcla de alivio y miedo constante.

—Hazle caso a Corbin.

Ella sonríe y le da las llaves de casa a Corbin.

—Yo me ocupo de instalarlo, señora Abrams.

—Helen. Soy Helen —le corrige mi madre echando a andar hacia la calle principal.

—Veo que os habéis organizado muy bien a mis espaldas —comento cuando desaparece calle abajo.

—Alguien tenía que hacerlo. Tú estabas demasiado ocupado durmiendo a pierna suelta —bromea. Le miro de reojo y le doy un codazo tan flojo que lo hace reir entre dientes.

Intento caminar por mi cuenta y el cuerpo no responde como espero. Estoy lento y débil. Creo que he dejado una parte de mí en ese túnel, en el agua turbia que se llevó a esa pesadilla con la cara de mi padre.

Corbin abre la puerta y me deja entrar primero.

La casa me da la bienvenida con su olor a madera, a libros y al ambientador que hace mi propia madre.

—Vale —digo mientras me quito la chaqueta bajo la supervisión de Corbin, que enseguida me ayuda—. Ya puedes dejar de mirarme así.

Corbin deja la bolsa de deporte que llevaba en la otra mano sobre la mesa del salón.

—¿Cómo te miro?

—Como si fueras a tener que reanimarme otra vez si me siento demasiado deprisa.

—Aún no estás recuperado. Has estado al borde de la muerte, Ewan, claro que me da miedo que vuelva a pasar.

—Lo sé. Lo siento… Esto me hace sentir raro, demasiado frágil…

Su voz se suaviza enseguida a pesar de arrastrar con él el cansancio y el miedo vivido.

—Sé que no estás inútil. Solo… déjame ayudarte un poco, ¿vale?

Quiero decirle que no necesito ayuda. Puedo caminar, sentarme y subir unas escaleras sin romperme en pedazos. Quiero fingir que solo ha sido un bache y estoy bien, pero la realidad es que subir los tres escalones del porche me ha dejado sin aire. Corbin me acompaña hasta el sofá y me siento con cuidado, notando un dolor punzante en el pecho.

—Joder…

—¿Te duele mucho?

—Solo cuando respiro, me muevo, hablo o existo en general.

Por fin consigo arrancarle una sonrisa.

—Eres muy tonto.

Va hasta la cocina y vuelve con un vaso de agua. Lo deja en la mesa baja frente a mí y luego se queda ahí, de pie, sin saber muy bien qué hacer con las manos. Le miro. No tiene buena cara. Tiene

ojeras, barba de días y la ropa arrugada. La expresión cansada de alguien que lleva días sosteniéndose por inercia.

—Siéntate un poco, tienes pinta de no haber descansado en una semana.

—No he descansado en una semana.

—Pues con más razón.

Duda un instante y se sienta a mi lado. Puedo imaginar lo raro que es para él estar en mi casa, que estemos tan cerca aquí. Me remuevo para acomodarme y suelto un quejido, él va a agarrar un cojín y lo detengo. Está demasiado pendiente de mí y es una sensación extraña.

—Puedo hacerlo yo. No soy de cristal…

—Ya sé que no eres de cristal, no pienso eso.

—Pues entonces deja de mirarme así.

—No te estoy mirando de ninguna manera, pesado.

—Sí, me miras como si fuera a romperme si dejas de hacerlo.

Corbin baja la mirada. Se queda callado tanto tiempo que empiezo a arrepentirme de haberlo dicho. Luego chasquea la lengua y me mira con una expresión resolutiva. De pronto no parece tan cansado.

—No puedo hacer otra cosa ahora mismo. Tengo miedo de que desaparezcas. De despertarme y de que esto solo sea un sueño.

No sé qué decir. Me acaba de dejar sin palabras. Él evita mis ojos después de haber dicho algo tan sencillo y tan grande. *No puedo hacer otra cosa ahora mismo.*

Hay cansancio en su cara. Miedo todavía. Algo frágil y desprotegido que pocas veces he visto en él. Corbin es sólido, el tipo de persona que aguanta lo que le echen encima y sigue adelante aunque le esté destrozando por dentro. Y ahora está aquí, sentado

en el borde del sofá, mirándome como si todavía necesitara asegurarse de que sigo respirando. La emoción me sube de golpe a la garganta.

—Corbin… —se me rompe la voz.

Él levanta la cabeza de inmediato y algo en su expresión cambia al verme así. Me mira y sé que entiende exactamente lo que está pasando dentro de mí. A él le está ocurriendo lo mismo. Y dejo de pensar. Levanto una mano y la llevo a su cara. La barba raspa un poco bajo mis dedos. Antes de que pueda arrepentirme, me inclino hacia él y lo beso.

Corbin se queda muy quieto un segundo. No lo esperaba. Tras la duda inicial, lo acepta y me corresponde. Lo hace con una necesidad contenida, con una delicadeza que no nace del miedo a hacerme daño, sino de la contención. Hay algo muy fuerte pulsando dentro de nosotros. Me coge la cara entre las manos y me acaricia con los dedos, cerciorándose de que estoy aquí. Sus labios están fríos al principio, luego el calor los enciende poco a poco. Los reconozco, los he anhelado todos estos años. He soñado con ellos y me he obligado a olvidarlos. Mi cuerpo nunca lo hizo. Siento que regreso a mi verdadero hogar.

El beso duele un poco. Por el pecho, por la garganta, por todo lo que sigo teniendo roto. Aun así, no quiero apartarme. Llevo años conteniendo esto y los muros por fin han caído.

Cuando nos separamos apenas dejamos espacio entre los dos. Corbin apoya la frente contra la mía y cierra los ojos.

—Pensé que te perdía —dice en voz baja—. Cuando te saqué de ahí abajo… —Traga saliva—. Joder, Ewan, estabas muerto, no respirabas. Y me di cuenta de que no podía quedarme así. No podía seguir fingiendo que puedo vivir con esto como he vivido todos estos años.

—Corbin…

Él niega con la cabeza. Le aprieto las manos entre las mías.

—Tu vuelta a Ashwood ha sido como despertar de un sueño muy largo —continúa—. Como si hubiera estado vivo a medias desde que te fuiste. Trabajando, comiendo, durmiendo… haciendo todo lo que se supone que tenía que hacer, pero sin estar del todo aquí. Me faltaba algo. —Tiene los ojos húmedos—. Me habría jodido la vida perderte ahora. No poder arreglar esto contigo, no poder decirte que te perdono. No decirte que entiendo por qué te fuiste y todo lo que te hizo pasar Leonard.

Se me empaña la vista. Aprieto más fuerte sus manos y vuelvo a besarlo, con más intensidad. Sin miedo.

—Siento haber necesitado llegar hasta aquí para entender algunas cosas —murmuro cuando me separo—. Siento haber llevado todo tan lejos. Siento haberte dejado solo con todo aquello.

Corbin niega despacio.

—Creo que una parte de nosotros nunca se fue. Que en algún lugar hemos estado unidos por algo invisible… —responde en voz baja.

—Pensaba que no creías en esas cosas.

—No sé… Ewan. Pasó algo raro en el bosque. Sé que había gases, que estábamos bajo tierra y en una situación extrema, pero no tengo explicación para lo que pasó.

Me aparto un poco para mirarlo mejor y siento que las manos empiezan a temblarme. No sé si contarle lo que vi, me faltan las fuerzas para enfrentarlo aún, para describir todo lo que ocurrió. Él lo nota, me aprieta las manos y eso me insufla algo de valor.

—Vi a mi padre allí abajo. No era él exactamente, había cambiado… Y quería llevarme con él, arrastrarme hacia las entrañas de la tierra.

Corbin se lame los labios. En sus ojos veo reconocimiento y una comprensión tan profunda que vuelve el suelo más estable a mis pies.

—Yo también lo vi. —Hace una pausa, parece buscar las palabras —. Tienes razón y no soy precisamente la persona más espiritual del mundo. Y Leah tenía razón en muchas cosas. Los derrumbes, los gases, la tierra… todo eso es real, pero también creo que el bosque… —duda.

—Ha devuelto todo a su lugar.

—Nos ha devuelto el uno al otro —añade.

Asiento. No es una creencia, lo que tengo dentro es una certeza. Estoy roto y al mismo tiempo siento que he recuperado algo importante. Algo vital. No decimos nada más, nos quedamos abrazados, besándonos poco a poco hasta que regresa mi madre.

Capítulo 32

En noviembre los días son cortos. Me encanta la noche, soy un animal nocturno, aunque no me acaba de gustar que anochezca tan pronto. Apenas son las cuatro y media de la tarde y ya está oscureciendo. He vuelto pronto a casa para terminar un relieve en madera que rematará el dintel de la glorieta. No me lo han pedido, estoy tomándome una licencia artística y he decidido grabar el árbol de la vida para honrar la unión entre Ashwood y la reserva. No es una unión evidente aún, las raíces de ambas comunidades se han entrelazado bajo tierra, casi en secreto, y sus frutos empiezan a verse ahora. Acción de gracias es dentro de tres días y se ha organizado un enorme banquete alrededor de la glorieta. Creo que les encantará el detalle, al menos a la mayoría.

Estoy vaciando las líneas del dibujo en mi pequeño taller. La radio suena baja, una emisora local que apenas escucho. Morrow está en su cojín cuando levanta la cabeza bruscamente y empieza a agitar la cola. Se levanta y lloriquea. No entiendo qué quiere hasta que escucho el timbre.

No espero a nadie. Estoy muy concentrado en el trabajo y pienso en ignorar al visitante. La actitud de la perra me lo quita de la cabeza. Está demasiado contenta y eso solo puede significar una cosa: es una visita deseada. Ella entra en estampida en casa y va a la puerta a rascar. Cuando abro y lo veo ahí de pie, con la chaqueta subida hasta el cuello y las manos hundidas en los bolsillos, entiendo la actitud de Morrow. Es Ewan. Y aunque me alivia y me alegra verle de pie en mi porche, también me preocupa. Lo agarro del brazo y lo meto en casa.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar en casa, aún no estás recuperado del todo.

Trae las mejillas rojas por el frío y el pelo revuelto por el viento. Parece cansado, aunque mucho mejor que cuando volvimos del hospital. Mucho más él.

—Ya puedo caminar bien —dice, quitándose la bufanda. Morrow busca sus manos para recibir caricias, lloriqueando de alegría—. Hola, bonita —la saluda con un par de caricias. Luego me mira—. Me estaba agobiando en casa. He venido dando un paseo.

Cierro la puerta detrás de él y me cruzo de brazos. La perra se da por satisfecha y va a tumbarse a su sitio del sofá.

—Un paseo de casi media hora por el bosque al anochecer. Muy buena idea. Si estabas aburrido me podías haber enviado un mensaje.

—Tú estás viniendo todos los días a casa. Quería darte una sorpresa.

Sonríe un poco. No termina de salirle el gesto, como si le costara. Baja la vista. Ahí lo noto enseguida. En la forma en que se queda quieto, en cómo se frota una mano contra la otra.

—No estás bien.

—Estoy mejor.

—No he dicho eso.

Se hace un silencio pequeño entre los dos. Puede caminar solo y sé que le irrita que esté tan encima de él, eso no me impide acompañarlo al sofá para que se siente. Le doy un poco de tiempo yendo a la cocina y sirviendo un par de tazas de café humeante de la jarra.

—No es el cuerpo —dice cuando me siento a su lado y le pongo la taza delante. La agarra para calentarse las manos—. O no solo eso.

—Has estado en shock muchos días… Lo que pasó fue muy fuerte, Ewan.

Levanta los ojos hacia mí y asiente.

—Siento que llevo el pantano dentro todavía. —Se lleva una mano al pecho—. Tengo un frío raro aquí desde que pasó aquello. Como si no hubiera salido del todo de allí.

—Hay cosas que no desaparecen cuando salimos de ellas… Nos llevará un tiempo.

—Necesitaba estar contigo —añade, casi avergonzado—. Sin más.

Verlo tan vulnerable me rompe por dentro. Cojo la manta gruesa de cuadros que siempre dejo doblada en el brazo del sofá y Ewan se deja envolver sin protestar. Le cubro los hombros, le ajusto la tela alrededor del cuerpo y luego lo atraigo hacia mí. Al principio está frío de verdad. Las manos, la punta de la nariz, el cuello. Lo abrazo fuerte, una mano en su espalda y la otra en su nuca, y noto cómo exhala lentamente contra mi cuello, liberándose de una tensión que no era tan evidente.

—Ya estás aquí —murmuro.

Él asiente.

Nos quedamos así un rato. Poco a poco deja de temblar. Lo noto en la forma en que se relaja contra mi cuerpo, en cómo sus dedos dejan de aferrarse a mi jersey. Cuando levanta la cara, sus labios rozan los míos apenas un instante. Es un beso suave. Casi torpe al principio. Como si todavía no acabáramos de creernos que podemos hacer esto sin miedo, sin prisa, sin mirar hacia la puerta esperando que alguien entre de golpe.

Le aparto un mechón de pelo de la frente y vuelvo a besarlo.

Esta vez Ewan responde enseguida. Suspira contra mi boca. Sus manos, todavía frías, se apoyan en mi pecho. Lo abrazo más cerca. La manta queda atrapada entre los dos y aun así siento cómo el calor empieza a abrirse paso poco a poco, cómo deja de traer el frío de fuera y empieza a oler a mi casa, a leña, a lana húmeda. A él.

Lo beso despacio, una vez y otra, hasta que deja de tensarse cada vez que lo toco.

Mis manos bajan por su espalda, por su cintura. Él me acaricia la cara, el cuello, los hombros, como si necesitara comprobar que sigo aquí. Como si tuviera miedo de cerrar los ojos y despertarse solo.

—Corbin —susurra—. Necesito que me toques… Que borres este frío…

No tiene que decir nada más. Puede que ese lugar no vaya a salir nunca de nosotros, que ese frío nos acompañará siempre, no importa. No voy a dejar que avance, voy a sofocarlo con nuestro calor las veces que haga falta.

Le tomo las manos entre las mías y tiro suavemente de él. La luz de la habitación está apagada, apenas entra la claridad azulada del bosque por la ventana. La cama sigue deshecha de esta mañana. Ewan se queda quieto junto a ella, mirándome con inseguridad. No puedo evitar pensar en el chiquillo que fue, en los adolescentes que fuimos. En lo que nos robaron y ahora pienso recuperar. Creo que él se siente como debería haberse sentido entonces, sabiendo que íbamos a dar un paso importante. Este momento nos conecta con el pasado.

Le quito la chaqueta despacio. Luego el jersey. Debajo, su cuerpo todavía tiene marcas tenues: moratones amarillos, la piel más pálida sobre las costillas, el cardenal en el pecho. Paso los dedos con cuidado sobre él.

Él contiene el aliento.

—¿Te duele?

—No cuando me tocas tú.

Él se sienta en la cama guiado por mí, yo me arrodillo entre sus piernas separadas. Después beso esa herida invisible. La piel alrededor. El centro de su pecho. Lo beso como si pudiera arrancarle de ahí todo lo que todavía le duele. Ewan me toca el pelo, la nuca.

Oigo un temblor en su respiración. Cuando vuelvo a mirarlo tiene los ojos brillantes.

—Eh —murmuro. Se le escapa una lágrima antes de que pueda evitarlo. Luego otra. No parece triste. Solo desbordado. Le beso la mejilla húmeda. El borde del ojo. La sien—. Tranquilo, todo está bien…

—Pensé que no íbamos a llegar aquí nunca —dice con la voz rota.

—Yo también lo pensaba…

—Y ahora siento que si cierro los ojos voy a despertarme otra vez en San Francisco o en el hospital… o allí abajo.

Lo tumbo despacio sobre la cama y me inclino sobre él. Bajo esa luz tenue parece más joven y más cansado. Y más precioso de lo que puedo soportar.

—No estás allí abajo —le digo, apoyando la frente contra la suya —. Estás aquí conmigo. Esto es real. A mí también me cuesta creerlo a veces, pero es real.

Sus manos me rodean la cara. Me mira como si necesitara grabarse cada detalle.

—No quiero volver a perderte.

—No vas a hacerlo.

Lo beso otra vez y sigo bajando, despacio, cubriéndole el cuello, el pecho, el estómago de besos lentos. Sus manos se aferran a mis hombros. Lo siento estremecerse bajo mi boca, no de frío, no ya, algo que llevaba demasiado tiempo contenido, dormido, está despertando.

—Estoy aquí —susurro contra la piel.

Ewan asiente, aunque no dice nada. Sus dedos se enredan en mi camiseta, tiran de ella con una urgencia suave. Los dos necesitamos

menos barreras, menos distancia. Me dejo guiar. Nos deshacemos de la ropa sin prisa, sin torpeza. Cada gesto tiene peso, cada capa que cae es también una defensa que dejamos atrás. No hay rencor, no hay amargura. Los veinte años de silencio solo han sido un sueño. No han sido nada.

Cuando vuelvo a él, desnudo, lo miro un segundo antes de empezar a tocarlo. Necesito verlo así. Real. Aquí. Respondiendo a mis caricias con suaves suspiros. Paso las manos por su cuerpo despacio, reconociendo cada línea, cada cambio, cada marca que el tiempo y todo lo vivido han dejado en él. Él hace lo mismo conmigo, mirándome con un asombro contenido. Reconociéndome de nuevo. O por primera vez. Nunca nos habíamos permitido esto.

No hay prisa. No hay miedo. Solo este momento. Él y yo, en el presente, como siempre debió ser.

Me inclino y vuelvo a besarlo, más profundo ahora, más firme. Ewan responde con un gemido bajo, casi roto, y me rodea con los brazos, pegándose a mí como si quisiera desaparecer en ese contacto. Su piel ya no está fría. Está cálida. Viva.

Nos movemos juntos con una lentitud que no es duda, sino cuidado. Me acomodo entre sus piernas, lo sostengo, lo guío sin forzar nada, atento a cada respiración, a cada pequeño gesto. Él me sigue, confía, se abre poco a poco, y en ese proceso hay algo casi doloroso de lo hermoso que es.

—No tengas prisa —murmuro.

—No la tengo… —responde, y su voz tiembla—. Solo… no pares.

No paro. Lo beso mientras lo toco, lo siento adaptarse a mí, su cuerpo deja de resistirse y empieza a recibirme de verdad cuando me hundo despacio en él. Hay un momento en que se aferra a mí con fuerza, enterrando la cara en mi cuello. Me detengo un instante.

—Estoy bien… —susurra—. Sigue...

Aprieto su cuerpo contra el mío, lo sostengo cuando empiezo a moverme con un ritmo constante. Se nos rompe la respiración. Todo es contenido y desbordado a la vez. No hay nada mecánico, nada aprendido. Solo nosotros, encontrándonos después de demasiado tiempo, poniendo las cosas en su lugar.

Ewan gime bajo, casi sin darse cuenta, y luego vuelve a llorar, pero esta vez no intento detenerlo. Beso sus lágrimas, su boca, su piel caliente.

—Corbin…

—Estoy aquí.

—No me sueltes.

—No lo haré.

Nos movemos juntos hasta que ya no hay distancia posible entre los dos. Hasta que el frío desaparece del todo. Hasta que su cuerpo deja de recordar el pantano y solo responde a esto, a mí, a nosotros. Ewan se aferra a mí cuando el clímax nos alcanza al mismo tiempo, en un instante maravilloso de sincronía. Yo lo sostengo, lo envuelvo, lo mantengo aquí mientras su respiración se deshace contra mi piel.

Me quedo sobre él, aferrándolo, respirando juntos, hasta que poco a poco todo se calma y me tumbo a su lado, atrayéndolo contra mi pecho. Su cuerpo encaja ahí como si siempre hubiera sido su sitio.

Ewan suspira agotado, pero en paz. Ya no tiembla. Ya no llora, aunque las lágrimas han dejado surcos en su rostro que limpio con el pulgar.

—¿Y ahora qué? —murmura muy bajito.

Estiro el brazo para alcanzar algo que ha estado aguardando en mi mesita estos días. Se lo coloco en la mano y le cierro los dedos alrededor. Quiero que le quede algo claro. Que se lo grabe en la cabeza.

—Ahora… si tú quieres, caminamos juntos.

Veo el brillo de reconocimiento en sus ojos al mirar lo que he dejado en su mano. La vieja brújula destella en la penumbra. Su aguja se balancea lentamente y se detiene justo entre los dos, como si tirasen de ella dos fuerzas opuestas pero equilibradas. Ewan aprieta los labios, me mira y me besa con fuerza.

—Claro que quiero —responde convencido.

Todo lo que estaba mal ha vuelto a ponerse en su sitio. El futuro me resulta un lugar menos hostil y triste. Y, aunque el frío volverá en algún momento, sé que lo sofocaremos juntos. Como siempre debió ser.

Epílogo

El día es extraño para mediados de diciembre. El cielo está despejado y el sol cae entre las ramas desnudas con una luz dorada que hace brillar las placas de hielo junto al río y calienta la piel de la cara. El bosque parece tranquilo, ha dejado de resultar amenazante y críptico y vuelve a ser el lugar seguro que recuerdo de mi infancia. Tengo la impresión de que por fin está en paz.

Estamos en el límite norte, allí donde el terreno empieza a hundirse y el pantano se extiende entre los cedros blancos, el barro oscuro y las raíces deformadas por el agua. Más allá, nadie ha vuelto a entrar desde que las autoridades abandonaron la zona.

Ward cerró el caso hace semanas.

No del todo ni de la forma en la que se cierran las cosas normalmente. No han encontrado restos, solo objetos: relojes, anillos, herramientas, hebillas, llaves, una cartera deformada por el agua, una navaja, un mechero, trozos de ropa atrapados entre las piedras y las raíces. Pertenencias suficientes para dar por muertos a Leonard Abrams, Robert Mercer y a los otros hombres a los que el bosque se tragó. Nadie en Ashwood habla ya de huidas ni de abandonos.

En cuanto a Walter Hargreeve, ha sido procesado. Ward augura que no irá a prisión muchos años. Está enfermo y demasiado viejo para eso. Aun así, afronta cargos por falsificación de informes, encubrimiento y negligencia. La empresa maderera para la que trabajaba Robert y a quien beneficiaban Leonard y los demás está siendo investigada por sobornos, manipulación de lindes y ocultación de riesgos ambientales. Por primera vez en la historia del pueblo la gente habla de todo eso a plena luz del día.

Ashwood se ha cansado de esconder las cosas. Y yo también.

El proceso para devolver las tierras del pantano a la protección Maliseet ya ha comenzado. Va lento, porque todo lo legal va lento, pero esta vez nadie parece dispuesto a dejarlo morir en un cajón. También hay conversaciones para convertir el viejo aserradero en un centro de interpretación sobre la historia del bosque, la reserva y el pueblo.

Micah tenía razón, los pactos se cumplen con actos y estar tomando decisiones me hace sentir mejor que nunca. En paz conmigo mismo.

Leah está junto a un cedro blanco. Ha preparado algo sencillo. Una tela oscura extendida sobre el suelo. Ramitas de cedro, tabaco, unas pequeñas bolsitas de hierbas secas. Aiyana, la abuela de Corbin, está sentada un poco más atrás sobre un tocón, apoyada en su bastón. Tiene una manta sobre las piernas y observa todo en silencio. Morrow está tumbada a sus pies y observa con tranquilidad el rito.

Helen, Margaret, Dolly y Ruth están junto a ellas. Hablan en voz baja, con las manos metidas en los bolsillos de los abrigos. James se ha quedado un poco aparte, cerca del río.

Corbin sostiene la caja entre las manos. Dentro están la navaja y el mechero de Robert Mercer. También una fotografía vieja, deformada en las esquinas, en la que aparece de niño sentado sobre los hombros de su padre junto al lago, en algún instante en el que fueron felices.

Leah dice unas palabras en maliseet antes de hablar en inglés. Habla de los muertos y de la tierra. De cómo hay personas que se pierden durante demasiado tiempo y necesitan que alguien las acompañe de vuelta. Nos mira al decir eso.

Corbin escucha en silencio, luego se agacha junto al cedro blanco y deja la caja en el pequeño hoyo que han cavado entre las raíces.

Hay un largo silencio respetuoso. El viento mueve las ramas desnudas por encima de nosotros.

—No fuiste perfecto —dice en voz baja—. Y me hiciste daño. Estés donde estés, solo quiero que sepas que te libero de mi rencor y que deseo que encuentres la paz que no tuviste en vida.

Se le rompe un poco la voz y no dice nada más. Yo le aprieto el hombro y él se queda quieto un instante, respirando hondo, antes de echar tierra sobre la caja. Leah añade unas ramas de cedro y un puñado de tierra oscura. Después Micah hace lo mismo. Luego Aiyana, con movimientos lentos, tras acercarse ayudada por el bastón.

Cuando termina, el cedro queda allí. Ruth se santigua y el grupo empieza a caminar de vuelta a los coches. Corbin se acerca a Margaret mientras los demás empiezan a hablar entre ellos otra vez.

—Creo que esto es tuyo —dice sacando el amuleto del bolsillo de la chaqueta—. No sé qué hace exactamente, pero sé que nos ha protegido. Que me ha protegido mucho tiempo.

Margaret sonríe y niega despacio con la cabeza.

—No. Quédatelo tú. Es tuyo, de hecho.

—¿Desde cuándo tú…?

—No soy yo. Somos todas. —Margaret hace un gesto hacia el resto de mujeres. El Club de Lectura y las Maliseet caminan juntas, charlan animadas—. Nunca nos dejamos caer.

—Gracias… —dice Corbin. Margaret nos guiña un ojo y vuelve junto a sus amigas.

Al verlas juntas comprendo que esta nueva paz para Ashwood no es un regalo del destino; es el resultado de un pacto de cuidado y resistencia que en algún momento puso por encima la protección al dominio. La unión que esas mujeres logran entre el pueblo y la

reserva es el corazón oculto de Ashwood, la conciencia de que la tierra solo responde a actos de justicia y de memoria.

Corbin baja la vista hacia el pequeño amuleto y sonríe apenas.

—No esperaba que mi madre fuera parte de un aquelarre de brujas buenas —bromeo con una risilla.

Antes de que Corbin me pueda responder, James se pone a nuestra altura.

—Chicos, tengo que deciros algo.

—Claro —dice Corbin.

Nos detenemos un momento. El grupo nos adelanta un poco. James sonríe de oreja a oreja.

—He hablado con mi familia. —Corbin y yo nos miramos—. Les he dicho que soy gay.

El silencio solo dura un segundo. Corbin suelta una risa honesta y le da un golpe en el hombro.

—Joder, James, ya era hora.

—Por esa sonrisa parece que ha ido bien —comento.

—¡Sí! A ver… Es algo que les costará un poco asimilar del todo, pero no han tenido una mala reacción. A mi madre le va a costar un poco más porque está obsesionada con que le dé nietos, pero se acabará conformando con los que tiene por parte de mi hermana. —Sonríe, algo nervioso—. Y creo que voy a marcharme de Ashwood.

—¿Marcharte? —pregunto.

James asiente.

—No ahora mismo. Pero voy a empezar a preparar las cosas. Quiero probar suerte en una ciudad más grande. Encontrar un trabajo mejor. Estudiar ingeniería, que es lo que siempre he querido hacer.

—Ya era hora, tío. Me alegro mucho por ti —le dice Corbin.

—Yo también —añado de corazón.

James se encoge de hombros y sonríe.

—Tenéis la culpa. Veros a vosotros me hizo entender que esconderse demasiado tiempo también te puede hacer mucho daño. Hay que enfrentar las cosas y luchar por lo que uno es, ¿no?

—Eso es. No tienes nada de lo que avergonzarte —le dice Corbin.

James le da un abrazo fuerte. Luego me abraza a mí.

—Cuídalo, va de duro pero en el fondo es un osito de peluche.

Suelto una risa y asiento.

—Gracias por todo, James.

Él niega con la cabeza, hace un gesto con las manos como restando importancia al hecho de que nos salvara la vida, o de haber sido un sostén tan importante para Corbin, y después se marcha hacia su coche.

Corbin y yo nos quedamos un momento quietos, viendo cómo los demás empiezan a alejarse entre los árboles. Luego entrelazo mi mano con la suya. No nos importa que nos vean cuando llegamos a las inmediaciones de la cabaña de Corbin, donde el grupo ya está despidiéndose.

—Se acerca Navidad —digo cuando nos detenemos—. No sé si es buen momento para hablarlo, pero… quería decirte que nos haría mucha ilusión que la celebraras en casa, con nosotros.

Corbin aprieta un poco más mi mano.

—Mi abuela y el resto de mi familia la celebran en la reserva. Siempre hacen algo grande.

—¿Sí?

—Aprecio mucho vuestra invitación, pero si a Helen no le parece mal… me gustaría que vinierais con nosotros. Ahora sois parte de mi familia también.

Helen, que espera cerca de mi coche junto a Margaret y las demás, se vuelve al oírnos.

—Me parece perfecto —dice enseguida. La muy chismosa tenía la oreja puesta en lo que estamos hablando—. De hecho, ya estamos organizando algo con Leah y las mujeres de la reserva para fin de año en el pueblo.

Ruth sonríe.

—No dejéis que Margaret haga la sidra caliente, el año pasado casi quema el centro comunitario de la reserva intentando hacerla.

—Eso es una exageración —protesta Margaret.

—Tu olla empezó a echar humo.

—Era vapor.

Las voces se mezclan y aprovechamos que empiezan a discutir para ir hasta la casa. Morrow nos sigue agitando la cola. Corbin me mira de reojo. Yo le devuelvo la mirada y aprieto su mano.

—¿Vendrás esta noche? —me pregunta.

—Vendré en cuanto deje al aquelarre en sus respectivas casas.

—Te quiero, Ewan…

—Te quiero, Corbin —le respondo.

Sonríe. Sé que las mujeres nos están mirando cuando nos besamos. El bosque también nos mira y una breve brisa cálida nos envuelve con una caricia. En mi bolsillo, donde siempre llevo la pequeña brújula de latón, sé que la aguja siempre está apuntando hacia Corbin.

Y sé que ya no voy a volver a la ciudad. Este es mi hogar y el corazón de todo lo que soy. Es el lugar en el que quiero estar, donde mis raíces se hunden en la tierra y me dan estabilidad. Ya he empezado una novela nueva. Ian sigue siendo mi editor, aunque estamos dolidos y la relación se ciñe a lo profesional, seguiremos siendo un buen equipo y las heridas se curarán algún día. Regresaré a San Francisco a por algunas cosas, iré a las presentaciones y cumpliré con mi trabajo, pero siempre volveré donde estoy completo.

Otras obras de las autoras:

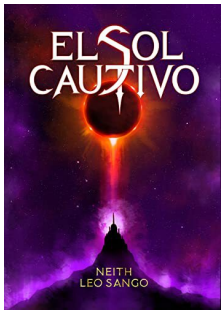
Si has llegado hasta aquí, suponemos que nuestra historia te ha gustado o, al menos te ha enganchado, y queremos agradecerte el tiempo que has dedicado a ella. Esperamos que haya dejado algo en ti. Si quieres hacernos llegar tus comentarios, seguirnos o simplemente conversar, puedes encontrarnos en:

Nuestra web

Nuestro Instagram

Nuestro Tiktok

Aprovechamos para invitarte a leer nuestras obras:

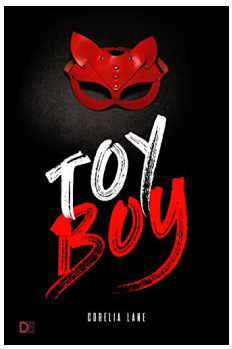


El sol cautivo, de Neith y Leo Sango

La Isla del Eclipse no ha visto la luz del sol en un milenio. Gobernada por la raza de los shaanar, longeva y tiránica, todo aquel que nace con magia en el reino de la noche eterna es asesinado o esclavizado. El resto sobrevive bajo el peso de un sistema de castas desigual en el que los shaanar ocupan la cúspide, parasitando con elegancia todo lo que encuentran a su alrededor.

Nathair, el hermano del rey, nació con el don de la magia. Indultado por este, vive recluido en una torre pero, a su pesar, no es tan distinto a cualquier otro esclavo: sus vínculos con la magia han sido cercenados y su destino es servir al rey con total obediencia.

La aparición de una criatura en el bastión promete darle algo de emoción a su tediosa existencia cuando decide sacarla de su celda y quedársela como mascota. Sin saberlo, Nathair tiene ante él todas las claves de su libertad en la forma de un demonio que no es lo que parece.



Toy Boy, de Corelia Lane

Los días de gloria como actor quedaron atrás para Jude Larson. Ahora es un respetado productor con mucho dinero y escasa motivación para vivir. Su solitaria existencia cambia de pronto cuando contrata a un nuevo mecánico para su colección de coches de lujo.

Terry es bueno en su trabajo, pero es un joven rebelde, impertinente y rabiosamente atractivo. No tarda en convertirse en una obsesión peligrosa para el millonario. Un robo y una carrera ilegal le dan la excusa perfecta para ponerle la correa a su mecánico, de forma literal.

Cuando el pasado llama a la puerta despertando todos los miedos ocultos, su nuevo toy boy parece la única tabla de salvación para Jude.



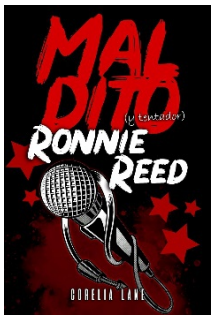
Obsesión, de Corelia Lane

Aidan es un artista. Rebelde, con un pasado problemático cuya sombra se extiende al presente. Haberse enamorado de un policía resulta paradójico para él, inconformista y poco dado a respetar a la autoridad.

Will, su novio, es el perfecto equilibrio que la vida ermitaña y solitaria de Aidan necesita. Vital y sociable, se entrega a su trabajo de forma vocacional.

Su relación va viento en popa hasta que el pintor debe sustituir a su antiguo modelo por un atractivo y solícito joven llamado Cody que pondrá a prueba el carácter despreocupado de Will y obsesionará a Aidan hasta lo enfermizo.

La mayor tormenta de nieve que se recuerda en su ciudad revelará un misterio y descubrirá la verdadera cara de Aidan, Will y Cody mientras luchan contra sus propios fantasmas.



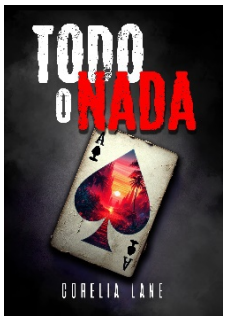
Maldito (y tentador) Ronnie Reed, de Corelia Lane

Ronnie Reed está en la cima de la fama. El cantante de Bright Violet Blood, el grupo del momento, es joven, atractivo y carismático, pero también es un chico impulsivo que no se lo piensa dos veces a la hora de denunciar el abuso que ha presenciado en la fiesta de su productora. Revelarlo públicamente pone una peligrosa diana sobre él y debe huir del país para mantenerse a salvo hasta un futuro juicio.

Dave McKenzie es guardaespaldas en la organización Lux. Es paciente, metódico y vive entregado a su trabajo como una forma de enmendar los errores del pasado. Acostumbrado a escoltar a niños, no sabe lo difícil que va a ser encargarse de una estrella cuando acepta su última misión. Sobre todo, porque el cantante es la tentación más irresistible a la que ha tenido que enfrentarse.

El viaje por las carreteras de Europa pondrá a prueba la paciencia y la resistencia de Dave ante las provocaciones del irreverente e incontrolable Ronnie.

Maldito (y tentador) Ronnie Reed es una novela ligera que combina erotismo, romance y tensión para que no puedas despegarte de ella hasta acabarla.



Todo o nada, de Corelia Lane

¿Qué harías si no tuvieras nada que perder y tu supervivencia dependiera de la perversión de quien lo tiene todo?

Eric es un joven vagabundo de Elysium, una ciudad superpoblada y decadente. Desesperado por cambiar su vida, acepta participar en El Pase al Paraíso: una partida de póker organizada por un misterioso

millonario. La victoria promete un año de lujo en una isla paradisíaca y un cuantioso premio al final de la estancia.
Tras ganar el disputado Pase, Eric viaja a la isla, pero descubre que el paraíso no es lo que parece y su destino es convertirse en el esclavo de las perversiones de un excéntrico empresario. Allí tendrá que enfrentar una serie de pruebas y tentaciones mientras descubre los oscuros secretos de la isla y conoce a sus habitantes. ¿Podrá resistirse al peligroso magnetismo de su captor? ¿O se dejará seducir por el lado más oscuro del paraíso?



[Causa y efecto, de Corelia Lane]

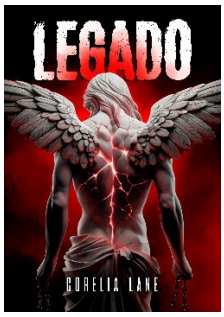
Las predicciones se han cumplido: el mundo se muere bajo la indiferencia de los poderosos.

Ander, atrapado en la megalópolis de Elysium, sueña con liberarse del yugo de un padre intolerante y contemplar el mar con el que siempre ha soñado. Al ser seleccionado para el Proyecto Odín, una iniciativa de la poderosa empresa Valkyria destinada a forjar a los líderes del futuro, ve una oportunidad que no puede desaprovechar.

Sin embargo, el paraíso al que es llevado para su formación oculta algo oscuro y aterrador en sus entrañas.

En este segundo libro del Proyecto Valkyria, Corelia Lane nos sumerge una vez más en los enigmas de una paradisíaca isla llena de secretos, con una narrativa que mezcla el thriller distópico con la sensualidad de sus protagonistas. Aunque puede leerse como una obra independiente, si quedaste intrigado con Todo o nada

encontrarás en Causa y efecto una continuación llena de sorpresas y emociones intensas.



Legado, de Corelia Lane

Desde la muerte de sus padres, Victor ha vivido a la sombra de su tío: Benedict W. Valkyria.

Cerca de su mayoría de edad, la isla del magnate se convierte en su nuevo hogar. Allí tendrá que prepararse para sucederlo, pero no es el refugio que esperaba. La imponente mansión guarda secretos tan seductores como oscuros, atrapando a Victor en un ambiente de desconfianza y miedo.

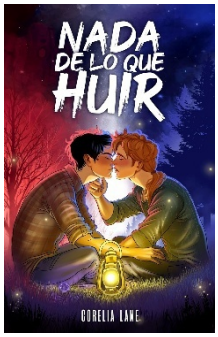
Mientras intenta entender su lugar en el mundo, su tío comienza a mostrar un comportamiento errático y cruel: algo ha cambiado.

Las incógnitas sobre su origen y su futuro emergen y enfrentan a Victor a la aterradora posibilidad de que su vida nunca le haya pertenecido.

¿Hasta dónde puede llevarlo el deseo de sobrevivir y qué precio estará dispuesto a pagar para conseguirlo?

Con el poder absoluto en juego, el único camino hacia la libertad es la traición. La inocencia y la bondad serán apuestas cuya pérdida podría cambiar a Victor para siempre.

Legado es un thriller psicológico, ambientado en un futuro distópico, que ahonda en un antiguo dilema: ¿El mal está en nuestra naturaleza, o es el mundo el que nos corrompe?



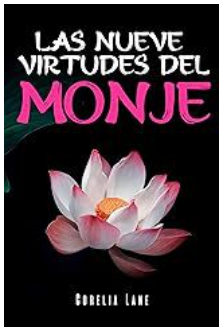
Nada de lo que huir, de Corelia Lane

Sashá está solo. No recuerda de dónde viene, ni qué heridas lleva dentro, pero sí sabe que algo le falta: está lejos de su hogar. Lo único claro es que necesita respuestas… y no está seguro de querer encontrarlas.

En su camino se cruza Julian, un chico que vive entre caminos y objetos olvidados, con una sonrisa serena y una vida sin prisas. Contra todo pronóstico, Sashá acepta su ayuda. Juntos emprenden un viaje en busca de respuestas.

Pero a cada paso, Sashá empieza a recordar. Trozos de una vida anterior marcada por la dureza, el miedo y la desconfianza. Su mundo no era amable. Y este, con su calma casi irreal, le resulta sospechosamente bello. ¿Puede alguien como él encajar aquí? ¿O está condenado a abandonar lo que empieza a querer?

Nada de lo que huir es una historia sobre segundas oportunidades, la calidez de los encuentros inesperados y la búsqueda de un lugar al que, por fin, llamar hogar. Una historia boyslove romántica, cozy e inspirada en la magia emocional y visual de las películas de Studio Ghibli.



Las nueve virtudes del monje, de Corelia Lane

Tras un atentado contra su vida, la reina Azami de Albiran se ve obligada a refugiarse en el país vecino. El Monasterio de la Virtud promete ser una experiencia aburrida para la reina y su doncella hasta que son puestas al cargo de Biarn, un atractivo monje que no tarda en demostrar que no es lo que parece.

Biarn, Monje de la Virtud y maestro del rebelde Kisar, tiene un reto entre manos: mantener alejadas a las mujeres de la atención de su aprendiz, algo que parece imposible. El momento en que su pupilo será puesto a prueba se acerca y las distracciones ponen en peligro su permanencia en la orden. ¿Podrá mantener a Kisar alejado de las tentaciones? Y lo más difícil, ¿podrá resistirlas él mismo?

La reina Azami pondrá al monje ante la decisión más importante que tendrá que tomar en su vida: aferrarse al deber o seguir el camino de sus deseos.

Las nueve virtudes del monje es una novela ambientada en un mundo imaginario inspirado en el siglo XIX. En ella encontrarás altas dosis de erotismo, romanticismo, sorpresas y un misterio por resolver: ¿quién quiere matar a la reina de Albiran?

Para estar al día de nuestras cosas, recibir contenido exclusivo y pistas sobre las siguientes novelas, síguenos en nuestro newsletter.